

La sombra de Teresa



DAVID ROCHA PÉREZ



Círculo Rojo
EDITORIAL

LA SOMBRA DE TERESA

DAVID ROCHA PÉREZ



Primera edición: agosto 2019

ISBN: 978-84-1338-380-4

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: David Rocha Pérez

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía de autor: María del Mar Blanco González

© Ilustración de cubierta: proporcionada por el autor

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

*A mis padres, por enseñarme a ser quien
soy y apoyarme siempre.*

*A María del Mar, por ser la mitad indivisible
de mi vida y por decirme: «¡Escribe!».*

I

17 de enero de 2020. Viernes. 07:15.

Roberto Malatierra caminó tropezando por el pasillo; levantado repentinamente y a deshoras, arrastraba una espantosa resaca y el malhumor incrustado, hacía décadas, en la piel.

—¿Quién coño me llama a estas horas, para un puto día libre que tengo! —gritó al aire mientras se acercaba al ruidoso aparato, con marcador de anilla y negro betún, símbolo de una añoranza a un tiempo pasado que se resistía a sucumbir al mundo digital y portátil que absorbía el resto del apartamento—. ¿Diga?

—Buenos días, inspector.

—¿Sara, eres tú? ¿Qué hostias...?

—Antes de que sigas, jefe, aún es pronto para que me impresiones con tu maravilloso lenguaje.

—¿Es mi día libre! ¿Qué puta parte de eso no entiendes? —volvió a gritar. La voz al otro lado de la línea aguardó unos segundos. Malatierra respiró profundo—. ¿Está bien? ¿Qué ocurre, Sara? Se escuchó un resuello por el teléfono.

—Inspector, esta noche tuvimos que viajar a la provincia de Cáceres...

—¿Cáceres? —se sorprendió.

—Trujillo, para ser más exactos. Esta noche ha habido carnicería y de las buenas, jefe. Nos avisaron de la central, han asignado este caso al grupo.

—Pero ¿qué hostias me estás contando, Sarita? Trujillo no es de nuestra...

—Competencia, sí, señor, lo sé, pero órdenes de arriba.

—¿De arriba?

—De la Dirección General. Parece que los hechos podrían tener relación con el suceso de Cuenca.

—¿Cuenca? ¿Qué ha pasado allí? —preguntó tratando de salir de la somnolencia vespertina que aún le nublaba la mente.

—Aún no lo sabemos, jefe, mandamos al italiano allí. Pero lo único que sabemos es que, a mitad de camino, el coche se le jodió y estaba esperando a la grúa. Parece que otra carnicería, no tengo más detalles.

—¿Y por qué habéis mandado al novato allí solo, si puede saberse? Él también tenía día libre, tenías que haberme llamado.

—Jefe, Tiziano tiene mejor despertar que usted.

—¿No me jodas! ¿Eso es una broma?

—Ojalá lo fuera.

Malatierra apretó el puño derecho reaccionando ante la impertinencia de su subordinada.

—Está bien, Sara; me visto y parto para Trujillo, dejaremos al novato arreglárselas solo por el momento, que se vaya curtiendo.

—OK, jefe, le esperamos; tenga cuidado.

—Por cierto, ¿cuánto tiempo se tarda en llegar a Trujillo desde Madrid?

—Unas dos horas y media. Jefe, tengo que colgar: me avisan de la científica; luego le veo.

—¡Sara ...! Sara... joder, ha colgado. Esta mujer tiene cafeína en lugar de sangre —refunfuñó.

Malatierra fue al cuarto de baño, abrió el agua de la ducha y esperó a que saliera caliente. Se miró al espejo y vio dos grandes ojeras asomarse a la mirada; el pelo revuelto, frondoso y bien abigarrado a la testa; la piel llena de puntos negros, curtida, dura como una roca; el rostro con rasgos simétricos y una mirada de ojos verdes algo envejecidos, retales de una belleza gastada por el tiempo y la soledad.

Se metió en la ducha y se dejó llevar unos instantes por el más absoluto relax.

El Ford azul subía por la calle empedrada, atravesando la neblina que inundaba la ciudad tras la copiosa lluvia que la había castigado durante toda la noche. Eran las 7:30 de la mañana y aún se percibía cierta calma en Cuenca. Parecía resistirse a desprezarse, como si quisiera mantenerse dormida y cálida un poco más antes de salir a la hostilidad del invierno conquense.

Los dos agentes que custodiaban la puerta se miraron absortos al ver el vehículo pararse en seco delante de ellos. Dos coches patrulla aparcados en las inmediaciones alumbraban con sus destellos azules el Ford que acababa de irrumpir en escena. Se bajó del coche un tipo alto y fuerte, cabeza rapada, mirada azul y portando una juventud impropia a los aires de autoridad con los que se dirigió directamente a ellos.

—Tiziano, de la UDEV —dijo mostrando simultáneamente su placa identificativa.

Los dos agentes lo miraron con incredulidad. Uno de ellos abrió la puerta y le cedió el paso.

—Adelante —dijo uno de los agentes.

Al entrar en la casa, un tufo a excremento y carne putrefacta le sobrecogió el estómago tan de súbito que a punto estuvo de vomitar.

—Buenos días, ¿viene usted del grupo central? —le asaltó una voz femenina.

Una agente de policía, acompañada de dos hombres uniformados, se encontraba en la planta baja de la casa. Uno de los hombres estaba sentado en un sofá; el otro aguardaba de pie, cerca del balcón que se asomaba al vacío sobre el que se encumbraba la vieja casa, desafiando a la gravedad y formando parte de las Casas Colgadas, signo distintivo de la ciudad.

Tiziano afirmó en silencio, escrutando con la mirada a su alrededor.

—¿Dónde está el cuerpo? —preguntó.

—Arriba, el forense está haciendo una primera inspección sobre el terreno y los de la científica están buscando huellas. Tenga, vea esto —le dijo la agente entregándole una cámara digital.

Tiziano la tomó, al tiempo que pulsaba el botón de encendido.

—¿De qué se trata, agente?

—Son las fotos que hemos tomado del cuerpo antes de descolgarlo.

—¿Descolgarlo?

La mujer hizo un gesto con la cabeza, indicándole el balcón. Tiziano se aproximó al voladizo y se asomó. Impresionado por la altura del tajo, aferró una de sus manos a la barandilla y uno de los otros dos policías le señaló hacia arriba.

—La encontramos colgada desde esa ventana.

Tiziano pudo ver restos de sangre pegados a la fachada exterior de la casa. Cogió la cámara y empezó a pasar las veinticinco fotos que habían tomado antes de su llegada. Tuvo que apretar el mentón para mantener el rigor en su expresión. Era tan novato que resplandecían en él tanto el orgullo como la inseguridad. Pudo ver a una anciana de pelo castaño, colgada boca abajo desde la ventana de la segunda planta por una gruesa cuerda anudada a sus tobillos, a la vez que sus manos, con los brazos extendidos en cruz, habían sido ancladas a la pared con dos gruesos clavos. Pudo ver los dos agujeros que estos habían dejado en la fachada. Estaba desnuda. La imagen era verdaderamente dantesca.

—¿Cuándo la encontraron? —preguntó, buscando alguna excusa para dejar de observar el dossier fotográfico.

—Hace unas cinco horas, sobre las dos y cuarto de la madrugada: una llamada al 091 de un vecino que, asomándose a su balcón, se dio cuenta de la crucificada —dijo la agente.

—¿Crucificada? —preguntó Tiziano.

—Ya lo ha visto en las fotos.

Tiziano asintió disimulando que, debido a la impresión que la imagen le había provocado, no se había percatado de ese detalle.

Subió a la segunda planta. Se escuchaba el rumor continuo de los de la científica con sus luces ultravioletas escudriñando cada rincón de la habitación. Al entrar en ella, vio el extraño sistema de anclaje incrustado en la pared, con el que habían colgado el cuerpo, que ahora se mostraba tendido en una camilla portátil. Alguien cubierto con el típico mono hermético de gasa y con mascarilla se le acercó sin preámbulo ni saludo previo.

—De momento solo sabemos que se llamaba Yasmina Crespo Alonso, según su DNI. Hemos rastreado en la base de datos: mujer de 62 años, divorciada, madre de dos hijas, ambas mayores de edad. Era maestra, aún en activo. Toledana de nacimiento y afincada en Cuenca desde hace más de veinte años. Una patrulla acudió al domicilio tras una llamada al 091; nadie abrió, pero el vecino que avisó del asesinato dejó entrar a los agentes en su casa y desde su balcón pudieron verla.

—¿Cuándo la descolgaron?

—Unos treinta minutos después, cuando se tramitó la orden judicial para entrar en la vivienda.

—¿Han avisado a sus hijas?

—Aún no. Ahora mismo estarán haciendo las pesquisas oportunas en comisaría para localizarlas.

—¿Tenía pareja?

—No, que sepamos.

—¿Y se sabe la causa de la muerte? —preguntó por último Tiziano dándose cuenta de lo ingenuo que sonó su pregunta justo al momento de hacerla.

El hombre ataviado de malla blanca le contestó con una mirada rasgada y escrutadora.

—Bueno, aún tenemos que llevarla a laboratorio para la autopsia, pero de momento diría que, al no presentar heridas externas graves, puede que muriese por asfixia. Algo típico de la crucifixión romana.

—¿Y por qué alguien querría crucificar a esta mujer?

—No lo sé, eso ya es cosa suya —dijo el forense con aire distante—; solo puedo mostrarle esto de momento. Vea esa inscripción en la pared. Está hecha con sangre, probablemente de la propia víctima, aún no la hemos analizado.

Tiziano se giró sobre sí mismo para contemplar la pared a su espalda.

SI UN INVITADO EN TU HOGAR TE ENFADA, TRÁTALO CRUELMENTE Y SIN
PIEDAD

Se quedó unos segundos leyendo en silencio la misteriosa frase antes de fotografiarla con su teléfono. El forense volvió a su labor, arrodillándose sobre el cadáver para continuar con los preparativos del traslado a la morgue.

Una vibración en su bolsillo le despejó del aturdimiento. Al coger el móvil se dio cuenta de que le temblaba el pulso. Pulsó el botón verde.

—Tiziano al habla —dijo con severidad simulada.

—Novato, ¿has podido llegar?

Se volvió instintivamente alrededor suyo: no quería que los demás agentes que estaban en escena descubrieran cómo lo llamaban. Salió de la habitación y volvió a la planta baja de la vivienda para poder hablar con más calma.

—Sí, a pesar de la batería de mierda del coche que me habéis asignado, aquí estoy —dijo con ironía.

—*Tranqui, ¿eh?*, que lo de la batería no ha sido algo personal, chico, los recortes nos afectan a todos. Bueno, ¿qué tenemos por Cuenca?

—Una crucifixión romana, Sara —dijo intentando hacerse el interesante.

—¿En serio? ¿De quién?

—Mujer blanca, algo más de sesenta años, divorciada, que se sepa vivía sola, aunque tiene dos hijas de momento no localizadas. No tiene signos de violencia, aparte, claro, de lo de la crucifixión. Un vecino llamó a la policía al ver desde su balcón el cadáver colgado boca abajo, el cuerpo desnudo y los brazos en cruz, atravesadas las palmas de las manos con dos clavos de acero a la propia fachada y atada por los tobillos con una cuerda.

—Vaya, qué casualidad, un mismo método de tortura y muerte a cientos de kilómetros. Parece que estamos ante un asesino laborioso. Te mando unas fotos al móvil, Tiziano, tu descripción tiene bastantes coincidencias con lo que tenemos en Trujillo. Trata de encontrar todos los datos que puedas de la víctima, en la comisaría local te ayudarán.

—Ya lo sé, Sara, a eso iba.

—Muy bien, compi, ¿alguna cosa más?

—Hay una inscripción en la pared de la habitación desde donde la han dejado colgada.

—¿Una inscripción dices?

—Sí, escrita con sangre; te mando una foto al móvil.

—OK, chico. Bueno, a seguir investigando, ¿de acuerdo? Espera nuevas órdenes y si tienes alguna novedad, llama. *Ciao*. —Colgó.

Tiziano resopló, aún no sabía si la mezcla de simpatía y de ironía que la subinspectora empleaba con él le agradaba. Su impoluta vanidad de recién ascendido pugnaba fuertemente con el tono de inferioridad con el que lo trataban.

Trujillo, 11:05.

—¿Cuántos cuerpos hay? —preguntó Malatierra nada más bajarse del coche que había dejado en mitad de la Plaza Mayor, rompiendo el revuelo de vecinos que se amontonaban ante la noticia, que ya había discurrido por las calles trujillanas con la velocidad del rayo.

—Un varón, adulto, de unos noventa kilos, aunque aún no se ha podido precisar la edad —contestó Sara.

Malatierra la miró de soslayo sin dejar de andar entre la multitud.

—Vamos a tener que esperar a la autopsia dado el estado en el que se encuentra.

—¿Estaba solo? ¿Algún familiar?

—De momento nada, no se ha localizado documentación identificativa.

El inspector miró hacia abajo al resbalar repentinamente: estaban cerca de la vivienda donde se había encontrado el cadáver y el suelo estaba encharcado. Con la mirada entrenada por la intuición de años de experiencia, se percató de la existencia de un camión de bomberos.

—¿Ha habido fuego? —preguntó.

—En realidad ha sido un incendio en la vivienda lo que ha despertado a los vecinos y lo que ha llevado a descubrir el cuerpo.

Inspector y subinspectora levantaron sobre sus cabezas la cinta policial que acordonaba la zona. Pudieron ver los restos humeantes de la vivienda, con la fachada tiznada de negro, e impregnada con el olor del fuego extinguido no hacía muchas horas.

—¿Y por qué nos lo asignan a nosotros? Pudo haber sido un simple accidente o un suicidio —refunfuñó Malatierra.

—Jefe, dudo mucho que alguien se suicide de esta manera, espere a ver el cuerpo.

El inspector la miró levemente extrañado.

Entraron en el portal; aún olía a humo. Subieron a la primera planta y accedieron a la vivienda. Los cascotes calcinados crujían tras sus pasos. El sol de la mañana atravesaba las ventanas, de cuyos quicios apuntaban amenazantes retales del cristal de las ventanas que habían resistido al fuego y al trabajo de los bomberos.

—¿Por qué no se han llevado aún el cadáver para hacerle la autopsia?

—Porque yo lo he ordenado —dijo Sara con autoridad. Malatierra se paró en seco y se volvió hacia ella—. Quería que viera el cuerpo y la escena del crimen tal y como la encontraron, jefe, aunque esto me ha costado alguna que otra palabrita con el juez de guardia, que parecía tener prisa por terminar el trabajo.

El inspector se sintió halagado ante la deferencia de su subordinada.

—Es por allí, jefe —le indicó Sara señalándole con el dedo un pequeño pasillo que se abría a la izquierda.

Al entrar en la habitación, el inspector abrió los ojos, miró fugazmente a Sara —que trataba de no mirar lo que ya había visto— y contempló con horror la escena: un cuerpo de varón, calcinado y clavado en la pared boca abajo en forma de cruz inversa; se presentaba como uno de los asesinatos más terribles que Roberto Malatierra había visto nunca.

—Desde luego que no ha sido un suicidio —afirmó lacónico.

—Jefe, mire las fotos que ha mandado el italiano desde Cuenca. —Sara le mostró el móvil.

—¡Joder! Parece el mismo *modus operandi*.

—¿Cree que puede tratarse del mismo asesino?

—Aún es pronto, Sara; de momento solo tenemos dos cuerpos encontrados la misma noche en distintas ciudades. ¿Qué sabemos hasta ahora?

Sara puso al inspector al corriente de los datos que por el momento conocían de la escena de Cuenca y, tras mostrarle todas las fotos, guardó el móvil de nuevo.

—Está bien, que se lleven el cuerpo, necesitamos los datos de la autopsia cuanto antes —dijo alzando la voz a su alrededor para que los agentes que custodiaban la escena del crimen se

movieran.

—¿Qué puede significar la inscripción que nos ha enviado Tiziano?

—No lo sé, Sara. Pero si es el mismo asesino, tiene que haber dejado algún mensaje similar aquí.

—Los de la científica han estado más de dos horas peinando cada centímetro de la vivienda y nada, jefe, esto está limpio.

—Más bien quemado, Sara, pero tiene que haber otra inscripción. Que sigan buscando hasta que la encuentren.

—Y, mientras tanto, ¿qué hacemos nosotros?

—De momento hay que esperar el resultado de la autopsia: necesitamos saber la identidad del sujeto. ¿Algún vecino ha podido dar algún dato?

—El bloque solo tiene dos plantas y está vacío; en el resto de las viviendas no vive nadie actualmente. Nadie ha podido darnos una referencia fiable de la persona que vive aquí.

El inspector se asomó a la ventana. Vio a la multitud expectante, llenando una de las plazas mayores más importantes del país, atestada de la curiosidad vecinal, llena de rostros compungidos y en alerta que parecían fijar la mirada en el punto exacto donde se encontraba el inspector Malatierra. Sintió la presión de su trabajo, la responsabilidad de dar una respuesta convincente ante tal atrocidad y, sobre todo, de descubrir y capturar al sanguinario autor. Miró a Sara: estaba supervisando a los cuatro agentes que, con ayuda de un forense, trataban de desenclavar el cuerpo calcinado de la pared.

Una voz emergió de entre la multitud. Alguien intentaba abrirse paso a marchas forzadas. Malatierra pudo divisar desde la ventana a una mujer que estaba empujando a la gran marea humana, abriendo una línea de paso ante el ímpetu de aquella joven que parecía gritar algo. Se asomó un poco más para intentar escuchar lo que decía aquella mujer que iba rompiendo la quietud calmada de la muchedumbre, que, poco a poco, como por efecto dominó, fue dirigiendo los rostros hacia el sonoro imprevisto.

—¡Por favor, déjenme pasar, déjenme pasar! —gritaba la mujer. Tenía el pelo negro brillante, ligeramente ondulado, de ojos grandes y ateridos en lágrimas y una esbeltez y figura agravada por los tacones que sonaban estrepitosos entre la multitud—. ¡Por favor, es la casa de mi padre! —volvió a gritar.

—¡Mierda!

Malatierra salió corriendo de la habitación para encontrarse con la mujer. Bajó las escaleras raudamente, dando temerarios saltos, y al salir a la plaza se topó con ella: de cuarenta y pocos años, pelo larguísimo y rostro de una belleza dulce, rota por las lágrimas y los gritos de desesperación. Dos agentes de los que cuidaban el cordón policial trataban de detenerla, pero a pesar de los fuertes brazos de los dos fornidos policías, la mujer se resistía, luchaba por zafarse. Uno de ellos recibió un fuerte manotazo de la mujer en su rostro, lo que impulsó a su compañero, ante la involuntaria agresión, a emplear mayor contundencia con la mujer obligándola a tumbarse en el suelo; tras doblarle ambos brazos por la espalda, procedieron a engrilletarla.

La mujer, al verse maniatada y totalmente inmóvil, rompió a llorar de la impotencia emitiendo unos alaridos que retumbaron en toda la plaza.

—¡Pero qué coño pasa aquí! —Apareció Malatierra aullando como una fiera. Los dos agentes que aún mantenían cierta presión sobre el cuerpo de la mujer lo miraron sorprendidos y aflojaron instintivamente. Malatierra llegó hasta ellos y ayudó a la mujer a incorporarse—. Soy el Inspector Roberto Malatierra, ¿quién es usted, señorita?

—¡Mi padre vive en esa casa! ¿Dónde está, por favor? ¡Dígamelo!

—Calma, señorita, tranquilícese —le dijo el inspector apaciguando el tono de su voz ante la inminente tragedia.

—¡No quiero calmarme, estúpido! ¡Dígame dónde está mi padre, imbécil! —gritó la mujer con una rabia totalmente liberada.

—Lo único que sabemos de momento es que ha habido un incendio y hemos encontrado un cuerpo calcinado. Aún estamos investigando —dijo el inspector con sequedad, lo que provocó el silencio repentino de la mujer y que su mirada se le clavara en los ojos, inundada de trágica sorpresa y sin palabras que pudieran salir en ese momento de su boca—. ¿Afirma que su padre vivía en esa vivienda, señorita?

La mujer perdió de repente la tensión en todos sus músculos. Su mirada se cubrió con la tristeza más amarga, sus rodillas se doblaron y a punto estuvo de caer al suelo con el cuerpo desplomado y el alma rota si no es por el inspector, que pudo sujetar justo a tiempo el peso derrotado de la mujer.

—¡Rápido, una ambulancia! —ordenó a uno de los agentes. Cual caballo blanco de acero y luces, el vehículo sanitario emergió a los pocos minutos de entre el gentío para llevarse a la mujer vencida—. Que custodien a esa mujer; cuando se recupere, que me avisen. Quiero saber quién es, ¿está claro? —ordenó.

—¡A la orden, inspector!

Malatierra se apresuró a volver a la vivienda y, al girarse, vio a Sara desde la ventana contemplando la escena. No le dijo nada, tan solo un gesto para que subiera de inmediato. Justo al atravesar de nuevo el portal, se cruzó con el equipo restante bajando por las escaleras con el cuerpo en la caja oficial de depósito. Dejó pasar a la fúnebre comitiva para subir los escalones.

—Tiene que ver esto, jefe —dijo Sara asomándose por la puerta de la vivienda.

Al llegar de nuevo a la habitación donde había estado el crucificado, pudo descubrir lo que hacía unos minutos había intuido al ver las fotos de Tiziano. Estaba escrito en vertical, aprovechando el espacio de la pared que había ocultado el cuerpo crucificado:

*CUANDO ESTÉS EN EL HÁBITAT DE OTRA PERSONA, MUESTRA RESPETO O
MEJOR NO VAYAS ALLÁ*

—Tenemos que hablar con esa mujer. Baja e infórmate de adónde la han llevado —ordenó a Sara.

—Voy, jefe.

Se quedó un minuto a solas en la habitación quemada, mirando la inscripción en la pared y recordando la enviada desde Cuenca. Encendió un cigarrillo para evadirse, para saborear otro olor y decirse a sí mismo, en silencio, que jamás había visto algo así.

II

17 de enero de 2020. Viernes. 05:00. Acantilados de Barbate.

El levante azotaba la línea de playa, como un leviatán invisible surgido de la misteriosa oscuridad del océano, levantando crestas de sal en las aristas de las olas que brillaban en el vasto mar con el reflejo de la luna, haciendo danzar los matorrales y arqueando con fiera suavidad los troncos más duros de los pinos de La Breña.

Rodrigo intentaba encender un cigarrillo a duras penas en medio de aquel vendaval.

—Puto levante —masculló.

Su cuerpo musculado se erizaba a causa de la temperatura. No iba muy abrigado: apenas un jersey fino, pantalones de *trekking* y unas zapatillas tipo *trail*. Necesitaba tener movilidad, así que había dejado el *plumón* en la furgoneta, a unos dos kilómetros y medio del punto de recogida, sito en un pequeño recoveco que los caprichos del mar y su sempiterna erosión habían moldeado entre aquellos acantilados, cerca del Parque Natural de la Breña y Marismas del Barbate. No era el lugar habitual para la recogida, pero la desembocadura del río estaba más controlada que nunca y, desde que instalaron los anclajes antilanchas, los desembarcos por aquella zona eran cada vez más inseguros.

A su lado, taciturno y expectante, se encontraba un chico joven, moreno de piel, hirsuta la barba y arrugada la mirada, bordeada de grietas en la piel, forjadas tras muchas horas cara al sol. Lo llamaban el Chinas, mitad gaditano, mitad marroquí. No era el más culto ni educado del lugar, pero tenía don de gentes y una habilidad natural para el negocio. El Chinas poseía los contactos necesarios en ambos lados del mar, incluido algún funcionario de la oficina de gestión de tráfico marítimo que, tras dejarse acariciar por los deleites de sustanciosos sobornos, le brindaba valiosa información acerca de los operativos policiales que transcurrían un día sí y otro también por la zona.

—Es la hora, Rodrigo; ahora estar saliendo de Marruecos, seguro —le dijo con su peculiar acento moruno.

—La ventana es de un par de horas, más vale que esos amigos tuyos no la caguen.

—Tú no preocupar, ¿eh?; amigos de confianza, buenos contrabandistas, muy buenos con la lancha.

Rodrigo exhaló la última calada de un rápido cigarrillo consumido más por el levante que por sus ansias.

—¿Y las mulas?, ¿todo el mundo en su sitio? —preguntó Rodrigo.

El Chinas oteó en la oscuridad e hizo un gesto afirmativo.

Agazapados entre la maleza dejaron transcurrir el tiempo, intentando no contar los minutos y respirando profundamente para acallar los nervios. Rodrigo sabía que si esta operación salía bien, se ganaría la confianza de «la empresa» y la plata le rompería los bolsillos. No podía fallar. Dos mil kilos de «buri» en polvo era una mercancía muy valiosa y se la habían encargado a él, solo a él.

Dos pequeños fogonazos de luz a unos treinta metros de la orilla dieron la señal. Como conejos saltando de sus madrigueras, unos cuarenta hombres salieron a la línea de playa. Nadie los habría visto de tan escondidos que estaban entre la negra noche y los matorrales altos. Como una danza bien ensayada, todos llegaron simultáneamente al punto donde una zodiac plus 3000, con sus quince metros de eslora y sus dos motores que aunaban unos quinientos caballos de potencia, acababa de arribar tras desafiar a un océano inhóspito y rugiente.

Rodrigo tuvo que tomar una bocanada de aire tras la primera carrera, tan esperada como repentina, que le había dejado súbitamente sin aliento. Se dispuso a dar la orden, pero la pequeña colonia de hormigas estaba bien instruida y antes de que dijera nada, las «mulas» ya estaban cargando sobre sus espaldas los cuarenta bidones con cincuenta kilos cada uno sobre sus espaldas. Para que no se formara ningún embudo se habían tomado tres caminos distintos, de similar distancia, que discurrían serpenteando la arboleda de pinos mediterráneos con un irregular paralelismo hasta el lugar donde se habían camuflado con la maleza tres furgonetas de tamaño mediano que llevarían la carga dividida siguiendo rutas diferentes hasta la guardería, la casa-madre donde la mercancía se juntaría de nuevo para partir hasta Madrid.

Rodrigo encabezaba una de las tres hileras de hombres que se habían formado tras la recogida y se dispuso a marcar el ritmo del grupo conteniendo la premura, sabedor que sus hombres iban cargando cincuenta kilos de peso a sus espaldas. Quitó el seguro de su Glock y la empuñó en su mano diestra, por si acaso.

La noche aún era oscura, pero el maldito levante hacía crujir ramas, silbaba entre los huecos de las rocas, azotaba los cuerpos y dificultaba la marcha. Rodrigo maldijo en silencio. El viento provocaba sensación de alarma, aunque todo iba según los planes; la inquietud aumentó al girarse en la cima de una pequeña duna y ver que se había separado unos metros de la cabeza de su grupo, que apretaban dientes y músculos tratando de seguir la marcha del líder.

—Llevan demasiado peso —se dijo Rodrigo—; puta mierda.

Trató de mantener la fila unida moderando el ritmo y siguieron avanzando. Cada paso era más pesado y cada metro recorrido más próxima hacía la victoria. Rodrigo se sentía frenético, importante, deseando saborear las mieles del éxito.

Un estruendo metálico cortó el viento asomando desde una altura no muy lejana, recorriendo con un foco de luz blanca una línea imaginaria a sus espaldas. Los tres grupos, cada uno por separado, se agacharon al unísono.

—¡Mierda, Chinas!, ¿qué coño hace ese «pájaro» aquí?

Un flamante helicóptero de la Guardia Civil surcaba el cielo en paralelo a la línea de costa: buscaba a su presa, que hacía media hora había partido con su carga desde el punto que ahora iluminaba el ruidoso aparato.

—Yo no sé, Rodri, mi contacto no dijo nada de esto; debe ser cambio de planes.

—¿Cambio de planes? —Rodrigo cogió del cuello al Chinas que, cargado como iba, tuvo que apretar las piernas para no perder el equilibrio—. Como esto salga mal, antes de que nos pillen te reviento los huevos a balazos, capullo —amenazó.

—Tranquilo, Rodri, por favor, el «pájaro» solo va de pasada, mira.

Rodrigo contempló que el Chinas tenía razón. El helicóptero se alejaba siguiendo la línea de costa. Soltó al cansado porteador y siguió caminando sin decir nada más.

Tardaron casi una hora en recorrer la distancia hasta el primer vehículo. Lo cargaron con los bidones y Rodrigo arrancó sin encender las luces. Había luna llena y con su reflejo era suficiente. El grupo se disipó entre la maleza y la primera de las tres furgonetas emprendió el corto traslado hasta la guardería.

—En veinte minutos esto está listo, Rodri —le dijo el Chinas desde el asiento del copiloto.

Rodrigo, tan absorto estaba en conducir aquel trasto por la pista de arena y baches que lo hacían brincar, que no contestó.

Al llegar a la A2233 encendió las luces reglamentarias, respiró de nuevo; el tacto del asfalto le dio sensación de ligereza, apretó el acelerador hasta marcar los cien kilómetros por hora, velocidad máxima permitida en la ruta y que sabía que era mejor no sobrepasar, pues hubiese sido un error imperdonable de novato joderla por una simple multa de tráfico. Seguro que alguno de esos picoletos andaba agazapado en la nocturnidad de alguna cuneta presto a la recaudación sancionadora.

Al pasar por el Museo del Atún, Rodrigo se relamió inconscientemente. Ya estaban llegando. La guardería esperaba tras un pequeño enlace por un camino de tierra que se abría a la derecha de la carretera. La enorme cancela automática empezó abrirse justo en el momento en que la furgoneta estaba a escasos cien metros; una sincronía metódica y perfecta para no estar expuesto más tiempo del estrictamente necesario. Entró en un amplio garaje y esperó a que la puerta metálica volviera a cerrarse. Tras la repentina oscuridad de la nave, se encendió una luz amplia de linterna que los apuntaba. Rodrigo salió del vehículo y pudo ver que las otras dos cargas habían llegado un poco antes que él. Todo estaba listo y él, más que orgulloso.

—Buen trabajo —se escuchó.

III

17 de enero de 2020. Viernes. 16:00. Trujillo.

Acababan de llamar de la central de Trujillo. La mujer que irrumpió en la escena del crimen se estaba recuperando en el Hospital Regional de un cuadro de ansiedad. Malatierra, que había comido solo mientras Sara asistía a la autopsia del crucificado, se dirigió primero a la morgue a recoger a esta. Le estaba esperando en la entrada de vehículos oficiales: de pie, sola, con los tejanos bien ajustados y un jersey ceñido de cuello vuelto que le configuraban una atractiva figura, con esa dulzura en el rostro, pelo corto, estilo chico o a lo Sinéad O'Connor, como gustaba decir a ella. Era su compañera de trabajo hacía ya casi una década, y quizás por relajarse demasiado, hastiado de tantos años de duro trabajo, a veces le gustaba contemplarla sin el prisma receloso del ámbito laboral, sino como lo que verdaderamente era: una mujer preciosa.

Paró el vehículo —un Citroën Xsara— delante de ella y esperó a que su compañera se montase en el asiento del copiloto; el habitáculo se inundó con un aroma fresco, síntoma de que la subinspectora se esmeraba tanto en su trabajo como en su feminidad. Arrancó de nuevo.

—¿Ha podido dormir siesta, jefe? —dijo a modo de saludo.

—He apoyado la cabeza sobre mi mano en comisaría delante de un café. —Malatierra bostezó —. ¿Qué tal la autopsia?

—Nada especial: murió de asfixia hacia las 05:45 de la mañana a causa de la inhalación de humo, unos quince minutos después de la llamada al servicio de extinción de incendios por algún vecino.

—Revisé el informe de bomberos; dicen que llegaron al lugar de los hechos a esa misma hora —precisó.

—Sí, ya ve, jefe, por poco lo pillan vivo.

—Según el informe, el incendio se originó en el salón de la vivienda; usaron queroseno como elemento incendiario y la propagación fue rápida; podría haber afectado a viviendas contiguas, pero la actuación de los bomberos fue certera.

—¿Hallaron el recipiente de donde vertieron el queroseno?

—No, nada de eso, no tenemos pistas para hallar el origen de la materia incendiaria.

—Pues la autopsia tampoco ha revelado nada extraño, no había drogas ni otras sustancias en el sujeto; muerte por asfixia, varón de unos noventa kilos, sin identificar por el momento —narraba la subinspectora mientras leía sus propias notas.

Malatierra, con la mirada atenta al tráfico, se mostró enigmático.

—Es extraño.

—¿El qué, jefe?

—Si iban a incendiar la vivienda, ¿para qué molestarse en clavarlo en la pared de esa manera? Han tenido que entrar en la vivienda con bastante antelación, despertar a la víctima, suponiendo que estuviera durmiendo a esas horas de la madrugada, colgarlo boca abajo, provocar el incendio y salir corriendo de allí.

—Si alguien hubiera dado alguna reseña, algún posible sospechoso, podríamos haber colocado controles en todos los accesos principales de la ciudad, pero nadie ha visto nada: el asesino ha podido marcharse de aquí con total libertad.

—Dices eso con demasiada seguridad, Sara —corrigió Malatierra.

—¿A qué te refieres? —Lo miró impaciente.

—Hablas de asesino en singular y ...lo cierto es que se me antoja difícil que una sola persona pueda clavar en la pared a un tipo gordo de noventa kilos.

—Y además en forma de cruz —añadió Sara tratando de disimular su error.

—De cruz invertida para más inri.

—¿Más inri? —mostró Sara su sorpresa.

—Hay que pedirle al italiano que, en cuanto vuelva a Madrid, revise la base de datos, que busque actividad de sectas satánicas por la zona.

—No me joda... ¿en eso está pensando?

—Es una posibilidad, subinspectora, no podemos desecharla por el momento dada la estética del crimen.

—A la orden. Por cierto, mientras echaba su siesta en comisaría, los de la científica han contrastado el ADN del tipo gordo con el de la mujer que vamos a visitar; según los análisis es, efectivamente, hija biológica del cadáver.

Malatierra se limitó a afirmar en silencio ante la ausencia de sorpresa.

La bella ciudad pasó inadvertida para ambos mientras discurría su conversación: calles alineadas caprichosamente, colores ocres y marrones, con alguna fachada que sorprendía con un tono rojo. Historia anclada en el lugar, tierra de conquistadores ya casi olvidados o desechados por las nuevas normas morales que reprendían contra las invasiones al nuevo mundo que antaño dieron gloria al viejo imperio y que ahora, por el desgaste que conlleva la propia historia, las envolvía de cierta vergüenza nacional.

Llegaron al Hospital Regional. En la misma puerta de entrada esperaba un agente para llevarlos a la habitación.

—La mujer se llama Elsa y se encuentra estable según los médicos, inspector.

Sara hablaba por teléfono con Tiziano, dándole las nuevas instrucciones:

—No sé nada de sectas, novato, pero seguro que tú podrás ilustrarnos.

La planta destinada a observación se mostraba repleta de gente, batas blancas que se cruzaban por doquier, rumores en cada habitación abierta, familiares de visita, algunas camillas vacías aparcadas en los laterales de los pasillos y otras empujadas por celadores que trasladaban con una cuidadosa prisa a diversos enfermos. Al fondo del pasillo principal, y custodiada por una joven de uniforme con pinta de recién salida de la academia de Ávila, estaba la habitación a la que se dirigían.

—Buenas tardes, señora. Elsa se llama, ¿verdad? —saludó entonces Malatierra nada más entrar.

La mujer permaneció en silencio; estaba tan adormilada a causa de los tranquilizantes que no mostró ningún gesto que anunciara sus ganas de colaborar. Tenía el gesto algo torcido y la mirada alicaída y triste, lo que no privaba a sus grandes ojos de contener una luz propia y especial que hacía reverberar su mirada por todo el espacio de la habitación.

—Elsa Fajardé Crespo —contestó con cierta solemnidad.

—Esta mañana afirmaba usted que era... —se interrumpió a sí mismo ante la mirada de Elsa, que quiso eliminar la retórica de la frase de Malatierra. Este se percató del detalle y, sintiéndose aludido como el alumno recriminado por su maestra con solo una mirada, se corrigió a sí mismo —. Siento mucho el fallecimiento de su padre.

—No ha sido un fallecimiento, ya me han contado cómo lo encontraron —dijo.

—¿Quién se lo ha dicho? —espetó Sara.

—La poli de la puerta. —La señaló con un breve gesto de la cabeza.

La aludida viró hacia el interior de la habitación con rostro inseguro y de excusa titubeante, a la que Malatierra y Sara respondieron con sendas expresiones de reproche comprensivo ante la joven y probablemente novata policía.

—¿Puede usted sospechar de alguien?, ¿alguna persona que tuviera enemistad con su padre? —atacó el inspector.

—¿Enemistad dice? ¿Para hacer algo así, tan horrible? Eso no puede ser enemistad, inspector.

—¿Y qué cree que pudo haber sido, Elsa? —preguntó Sara en un tono más amable viendo que a su jefe se le iba de las manos su falta de delicadeza.

Elsa cerró los ojos fuertemente intentando evitarlo, pero el torrente de lágrimas resbaló por las mejillas. A pesar de los calmantes, la tristeza la ahogaba por dentro y abría su propio camino.

—Entiendo cómo se siente y disculpe mi actitud, pero estamos intentando agarrar al desalmado que ha hecho esto. Si prefiere podemos volver en otro momento para hablar con usted —templó el inspector.

Elsa respiró profundamente y negó con la cabeza.

—¿Qué necesitan saber?

—¿Dónde está su madre?

—Mis padres se divorciaron hace muchos años. Tuve una hermana, Inés, desapareció a los nueve años y no fue encontrada. Fue demasiado para el matrimonio: acabaron por culparse el uno al otro y se divorciaron. No se volvieron a ver desde entonces.

—Vaya, lo siento. ¿Dónde desapareció su hermana?

—Vivíamos en Sevilla. Yo tenía doce años cuando ocurrió. Jugábamos en el Parque del Alamillo; mi madre nos vigilaba distraída hablando con otras madres y de buenas a primeras...

—Se le volvió a bloquear la voz—. Disculpen... yo...

—Tranquila, Elsa, tómate tu tiempo —le dijo Sara cogiéndole una mano.

—En fin, desapareció sin más; se montó un revuelo enorme, mi madre gritaba histérica, policías recorriendo la zona... pero nada. Fue como si se la tragara la tierra.

Sara le dio un clínex para que se despejara y, tras una breve pausa, continuó.

—Al año siguiente mis padres se divorciaron; yo me quedé con mi madre y visitaba a mi padre cada dos semanas, bueno, lo típico tras los divorcios, ya saben.

—No hemos podido conseguir ningún dato de su padre, es como si nadie lo conociese aquí en Trujillo. ¿A qué se dedicaba? —se interesó Malatierra.

—Agente inmobiliario, pero la oficina la tenía en Cáceres; iba y venía a diario y siempre fue de trabajar de sol a sol, así que la vida la hacía allí. Por lo demás era algo reservado, pero un buen hombre.

—¿Cuál era su nombre completo? —preguntó Sara abriendo su pequeña libreta de notas para apuntar la respuesta.

—Carlos Fajardé Rull.

—Elsa, encontramos esta inscripción pintada con sangre en la pared donde encontraron a su padre. Necesito que la lea y nos diga si le dice algo. —Sara le acercó la pantalla del móvil para que pudiera leerla.

CUANDO ESTÉS EN EL HÁBITAT DE OTRA PERSONA, MUESTRA RESPETO O MEJOR NO VAYAS ALLÁ

Tras leerla miró con incertidumbre a la subinspectora. Se estremeció, hizo amago de saltar de la cama hospitalaria, de salir de allí, pero su debilidad tan solo le llevó a elevar brevemente la cabeza para volver a caer derrotada sobre la almohada.

—¿Qué significa esa frase? ¿Estaba escrita en la pared dicen? —se inquietó.

—No lo sabemos aún —intervino Malatierra—, pero lo descubriremos, se lo aseguro.

Malatierra y Sara se miraron un segundo y, como si a fuerza de horas trabajando juntos se hubieran vuelto telepáticos, se despidieron de Elsa, mostrándole sus respetos por lo ocurrido y garantizándole su máximo esfuerzo en la investigación.

—Si tiene alguna novedad, llámeme, ¿de acuerdo? —Malatierra le acercó una tarjeta personal.

—Lo haré, inspector.

—¿Podemos hacer algo por usted? —preguntó Sara despidiéndose.

Elsa se tomó un par de segundos para contestar. Tragó saliva. La rabia contenida le enervó el rostro, los tendones apretando el cuello, supurando odio por los ojos.

—¡Pillen al cabrón que ha matado a mi padre!

Mantuvieron un respetuoso silencio ante la ira desatada de la pobre mujer postrada en la cama. Ninguno dijo nada, tan solo asintieron.

—Y si pueden acercarme mi bolso, por favor. Quiero llamar a mi madre, supongo que aún no sabrá nada.

Ambos afirmaron y Sara cogió el bolso que estaba tendido en la silla destinada a las visitas y se lo puso en la cama.

—Gracias.

—Por cierto, Elsa —dijo Malatierra volviéndose hacia la paciente—, ¿dónde vive su madre?

—En Cuenca.

—¿Y se llama? —Esta vez fue Sara la que preguntó repentinamente, pues le sobrevino una corazonada.

—Yasmina.

Malatierra se despidió sin decir nada más y Sara marchó tras él. Al salir de la habitación y seguros de que Elsa no los veía, se miraron.

—Esta mañana Tiziano dijo que la mujer colgada en Cuenca se llamaba Yasmina Crespo Alonso, divorciada y con dos hijas no localizadas aún —aseveró Sara.

—¡Joder, me cago en la puta! —Y se volvió hacia la puerta de la habitación, pero fue cogido del brazo por su compañera, que quiso impedirle.

—No, jefe, esta mujer ya ha sufrido bastante, no le anunciemos otra desgracia hasta que no estemos seguros.

Malatierra, cogido por el brazo de su compañera, reparó sobre su propio impulso y aflojando la tensión le dio la razón a la subinspectora.

—Sara...

—Chssss —le señaló con un dedo en la boca—. Escuche, jefe, está llamando por teléfono —susurró en voz baja.

Ambos se colocaron lo más cerca que pudieron de la puerta de la habitación sin que fueran vistos por Elsa. Le hicieron un gesto a la policía que la custodiaba —que los miraba perpleja— para que no delatara su situación y disimulara.

—Espera, jefe, ahora comprobaremos si la madre de Elsa sigue viva —volvió a decir al mínimo volumen.

Tan solo se escuchó un sonido agudo, seco y electrónico. Un *pip* típico de cualquier teléfono. No hubo conversación entre Elsa y su madre. Malatierra y Sara se miraron con amargo silencio.

Anduvieron rápido por el pasillo: se notaba la tensión *in crescendo* entre ambos. Acababan de hablar con la hija de, probablemente, las dos víctimas y eso abría demasiadas posibilidades. Necesitaban pensar.

—Sara, hay que llamar a Tiziano. Si está tratando de localizar a las hijas de la mujer de Cuenca, no estaría bien que por una cruel casualidad Elsa fuera una de ellas.

Mientras decía esto, Sara, diligente como siempre, ya estaba marcando el número.

—Mierda, no lo coge.

Se sentaron en la sala de espera.

—Joder, nada, no lo coge. ¿Dónde coño se habrá metido el italiano? —seguía insistiendo la subinspectora.

Malatierra apoyó la espalda lo más cómodamente que pudo en el respaldo de la silla y dejó caer el peso de su cabeza hacia atrás. Necesitaba un momento de relajación. Dos asesinatos el mismo día, en ciudades distintas, el mismo *modus operandi*, la misma estética, dos enigmáticos mensajes escritos en sangre y ambas víctimas relacionadas por un antiguo matrimonio y una hija desgarrada de dolor en el hospital. No, no era el típico crimen al que tantas veces se había enfrentado. Por un momento se sintió de nuevo como un novato: no sabía qué hacer, cómo interpretar lo ocurrido.

Se escucharon unos pasos acelerados. Una visión fugaz arrancó al inspector de su ensimismamiento. La joven policía que custodiaba la habitación de Elsa acababa de aparecer en la sala de espera, acelerada, parándose frente al mostrador y pidiendo ayuda al enfermero de turno, que rápidamente se levantó de su silla y emprendió una enérgica carrera.

—¡Llama a la doctora, rápido! —le gritó a un compañero.

—¡Vamos, jefe! —exclamó Sara dándole un golpecito en el brazo al tiempo que se levantaba casi de un salto para seguir a la carrera al enfermero.

Malatierra se acopló al ritmo de los demás como pudo, pero sus 59 años y su adicción a la nicotina le pesaban demasiado, así que se retrasó unos metros. Vio como el enfermero, la agente de policía y Sara se perdían tras cruzar la puerta de la habitación de Elsa. Al llegar allí, jadeando y apoyándose en el quicio de la puerta, la imagen le estremeció. El enfermero había roto el pijama de Elsa y le practicaba un masaje cardiovascular. Los ojos de la paciente permanecían inmóviles, en un terreno impreciso entre la vida y la muerte.

—¡Quítese de en medio! —le gritaron.

Tres personas más llegaron de forma atropellada, empujando al inspector y, rodeando al cuerpo de la paciente, empezaron a maniobrar con la diligencia que da el conocimiento de la profesión. Uno de ellos cargó una jeringa con un líquido transparente contenido en un botecito; el otro frotaba las dos placas de la máquina reanimadora extendiendo un gel sobre ellas y una mujer, que parecía la doctora, sustituyó al enfermero en el masaje. Malatierra se sorprendió del ímpetu con que lo

hacia, hundiendo sus manos entrelazadas sobre el esternón de Elsa, abombando intermitentemente su cuerpo y llevando al límite la elasticidad de la caja torácica.

Se sintió inútil, torpe y viejo. Sara estaba apoyada sobre la pared esperando el devenir de los acontecimientos. La subinspectora miraba el cuerpo ya casi abandonado de Elsa, con una mano tapándose la boca y los ojos envueltos en incipientes lágrimas. Le encantaba verla así, tan humana, tan sensible. Él, que tantos años estuvo creyéndose el rol de duro inspector, había redescubierto gracias a su compañera el alivio de la sensibilidad y lo maravilloso que era ser simplemente humano.

Mientras continuaba el trance, Malatierra descubrió el móvil de Elsa tirado en el suelo de la habitación. Entonces su mente empezó a desbloquearse. Salió de la habitación y cogió su propio móvil.

—Mierda —dijo.

Descubrió tres llamadas perdidas de Tiziano extremadamente recientes, así que pulsó el botón de rellamada.

—Jefe, ¿dónde estaba? Tengo noticias —dijo directamente Tiziano desde Cuenca.

—¿Qué ocurre? —contestó un Malatierra esperándose lo peor y mirando a Sara, que también había salido de la habitación para dejar hacer su trabajo a los médicos.

—Ya he podido identificar a las hijas de la víctima...

Malatierra clavó la mirada en Sara, afirmándole lo que ya intuían.

—Se llaman Inés y Elsa y no se le va a creer, pero acabo de hablar por teléfono con esta última. He tenido que darle la noticia del asesinato de su madre y parece que se ha ido la línea o me ha colgado.

—¡No me jodas!

—Bueno, tampoco ha sido tan difícil... —dijo el italiano con orgullo.

Malatierra dejó reposar su peso sobre la pared del pasillo y se llevó una mano a la frente. Sara se acercó lo máximo que pudo, pegando su oreja al móvil para intentar oír la conversación.

—Además he descubierto que la otra hija, Inés, desapareció hace años en...

—En Sevilla, Tiziano, en Sevilla.

—¡Coño, jefe! —se sobresaltó—. ¿Cómo sabe eso?

Sara se apartó un poco al escuchar esto último y miró al inspector.

—¡Pues lo sé porque acabamos de hablar con Elsa aquí en Trujillo; resulta que también es hija de Carlos, nuestra víctima, y ahora mismo, tras tu llamada, le está dando un infarto!

Malatierra le dio su móvil a Sara y empezó a caminar por el pasillo en dirección a la salida. El otro lado de línea enmudeció de súbito.

—Tiziano, soy yo, Sara. —La subinspectora retomó la conversación.

—Joder, Sara, ¿qué está pasando? ¿Elsa está bien? ¿En serio que le está dando un...?

—Sí, Tiziano, así es. —Lo cortó en seco.

Se escuchó resoplar desde Cuenca.

—Lo siento, yo... no sabía...

—Sí, ya, tranquilo, Tiziano, esto solo ha sido una cagada.

—¿Elsa está bien?

En ese momento apareció en el umbral de la habitación el rostro desencajado de una doctora seguida por la lánguida expresión de sus ayudantes. Un gesto de negación lo dijo todo. El móvil tembló en la mano de Sara.

—¿Sara? ¿Sigues ahí?

Tragó saliva para poder hablar.

—Sí, aquí estoy. Mira, no te preocupes, ya te llamaremos; de momento quiero que vuelvas a Madrid, tenemos que analizar toda la información con tranquilidad, ¿me oyes?

—Sí... de acuerdo.

—*Ciao*. —Colgó sin más.

La silueta de Malatierra se dibujó a contraluz al fondo del pasillo. Los brazos en jarras y mirando al techo. Sara se le acercó.

—Bueno, jefe, ya ha terminado todo; será mejor volver a Madrid, ha sido un día largo.

Malatierra se giró hacia ella inquietándola con la mirada más compungida que jamás le había mostrado.

—Te equivocas, Sara, me temo que esto solo acaba de empezar.

IV

17 de enero de 2020. Viernes. 20:00. Madrid.

La irrupción de una tormenta, anunciada poco antes por unos truenos cada vez menos lejanos, hacía tintinear las ramas del Ahuehuate en el Parterre del Retiro. Eucaliptos, cedros, robles y álamos bailaban en una caprichosa armonía que parecía dar cierto sentido al rugir estrepitoso y desordenado del cielo. Hablaban con el viento en un idioma compuesto por ráfagas de silbidos. Inquietante era el sonido de aquel bosque, obra del hombre, resistiendo la amenaza del cemento, siendo la frontera entre dos mundos: la ciudad rugiente y la armonía de la naturaleza. Cuando llovía, el Retiro sonaba a Mozart, con violines escondidos y flautas invisibles. Se vaciaba de gente y se llenaba de notas musicales.

A Pelayo le gustaba escuchar esa sinfonía imaginaria que él iba organizando con la destreza del artesano en su cabeza. Mientras corría por sus caminos, respiraba el bosque, lo vivía, lo llevaba dentro, se convertía en parte de él y todo se olvidaba momentáneamente. El Retiro era, de verdad, el retiro al que se abandonaba casi a diario. Un paraíso con entrada libre, un cielo terrenal en el que volar con la ligereza, casi tecnológica, de sus zapatillas de *running*; un mundo en el que se vivía a no menos de ciento cincuenta pulsaciones, impregnado en una dulce mezcla de sudor y humedad vegetal. Brincaban sus zancadas por la senda circundante a la valla oeste, en paralelo a la Avenida Alfonso XII, retándose imaginariamente con los rugidos metalúrgicos de los coches que discurrían por ella, con la prisa apretando sus venas de acero, obedeciendo a los latigazos de sus amos que relajaban el estrés acumulado sobre pedal del acelerador. Pelayo los miraba de reojo mientras seguía volando a ras del suelo, acariciándolo en cada pisada, rotando sus extremidades a una velocidad vertiginosa como si de las bielas de una vieja locomotora se tratase.

En esa senda paralela a la ciudad, a veces, cerraba los ojos unos segundos para imbuirse aún más en ese ambiente de paz y templanza. Sintiendo como el viento chocaba contra su rostro, apretando los músculos, acelerando el corazón, llenándolo de sangre y vaciando su cabeza de los escombros del día. Corriendo hasta dejar de sentir el suelo bajo la silueta de los edificios urbanos que se acercaban al límite del bosque, con sus gestos ásperos de ventanas y balcones llenos de gris y cemento.

—¡Ey! ¡No tan de prisa!

Teresa, su mujer, lo acompañaba ese día, embutida en esa ropa deportiva que tan bien dibujaba el discurso femenino de la naturaleza más exquisita. Llevaba su pelo apresado en una goma, atado por detrás para que no le molestase su golpeteo en la cara y, moviéndose libre, desplegado en mil puntas en la desembocadura de la coleta. Ese pelo salvaje, tan liso y domesticado, solo era una pequeña muestra de la melena vibrante y morena que Teresa portaba cada día. A Pelayo le gustaba

la sutil vibración que la musculatura de las piernas y glúteos de su mujer llenaban de microscópicas ondas todo su cuerpo.

—Vamos, caracol —le dijo animosamente.

Ella le lanzó una mirada de simpática anotación en cuenta para el futuro inmediato.

—¡Capullo! —contestó la mujer alada.

Pelayo le tendió su mano derecha y ella contestó abrazando con su izquierda el gesto de su marido.

Así llegaron a una de las puertas del parque, a la altura de la Plaza de la Independencia, con la Puerta de Alcalá contando el tiempo acumulado en su quietud, esperándolos de vuelta a casa y dejándolos ir por la Calle Salustiano Olózaga como si nada, como cada día. Pelayo y Teresa, con el acompañamiento natural de los pasos tras quince años de matrimonio y mil huellas dejadas en el Retiro de sus noches y atardeceres, se acercaban a su casa y su aroma de plácido descanso. Hicieron el gesto de cruzar la calle para cambiar de acera, por el mismo sitio que lo hacían siempre, como si fuera la cláusula no escrita de un pacto con el destino, como un cauce discurrido siempre por sus mismas aguas.

Un coche tuvo que frenar en seco y acto seguido también lo tuvo que hacer el vehículo siguiente. Pelayo tiró instintivamente del brazo de su mujer para apartarla; ella, a su vez, trató de empujar a su marido movida por el mismo espasmo. Las miradas buscándose y, tras la rápida certeza de que todo estaba bien, las miradas buscando al conductor que les había parado el corazón y les había devuelto súbitamente a la realidad del asfalto.

Malatierra y Sara hablaban por el manos libres siguiéndose el uno al otro en sendos vehículos. El viaje de retorno a Madrid estaba prácticamente hecho tras debatir los pasos a seguir en la ardua investigación que se les había echado encima después de los trágicos sucesos de Trujillo y Cuenca, ahogando los kilómetros en ideas, suposiciones, hipótesis. Dialogaron con energía durante la primera parte del trayecto; después compartieron el silencio del comunicador encendido, sabiendo que estaban el uno con el otro sin necesidad de decir nada, como dos mentes conectadas que pensaban al unísono. Tan solo algún chascarrillo momentáneo de Sara, que obligaba a Malatierra a esbozar una sonrisa y a buscar a su compañera desde el retrovisor, comprobando la presencia del segundo coche. Madrid los había recibido con lluvia y una cantidad considerable de incógnitas.

—Sara, en cuanto lleguemos a la oficina quiero que descargues en el ordenador las fotografías que has tomado desde tu móvil y después quiero que te largues a disfrutar de tu fin de semana, ya está bien de trabajo por hoy. ¿Entendido?

—¿Eso va por todos, jefe?

—Sí, el italiano también puede irse, aún es joven para empezar a acumular horas extra.

—Me refería a usted, jefe.

—Yo me quedaré un rato más, ya descansé ayer.

—Ayer descansó porque ha estado toda la semana con el asunto de la burundanga gastando kilómetros y simpatía por toda la Costa del Sol —dijo Sara con tono de reproche—. También debería descansar, jefe.

Su voz sonó maternal. A Malatierra le enternecía ese punto de Sara. No podría reconocérselo en público, pero le encantaba que aún alguien se preocupara tan sinceramente por él.

—Yo haré lo que tenga que hacer y tú cumplirás las órdenes, ¿OK? —dijo Malatierra conteniendo una sonrisa, esperando con ansia a ver qué contestaba la subinspectora.

Esta aguardó un segundo apretando con fuerza el volante de su vehículo mientras miraba desafiante al coche de su jefe que le abría camino entre la marabunta madrileña.

—¿Sara?

—No puedo hablar ahora, jefe

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Pues que el comunicador está abierto.

—¿Y?

—Pues que no quiero que me oiga decirle lo capullo que puede llegar a ser —dijo con retintín.

Malatierra estalló en una imprevista carcajada ante la simpática insolencia de la subinspectora.

—No te preocupes, Sara, creo que ya tengo una ligera idea al respecto —dijo el inspector sin ocultar su risa, mirando por el retrovisor intentando descubrir el semblante de su compañera.

—Está bien, cumpliré la órdenes —complació Sara—, pero quiero que sepa que mientras usted se queda en la oficina aniquilando sus neuronas con este asunto de mierda, yo estaré en casa, tomando un baño caliente y acompañada por un Ribera reserva de 2010.

Malatierra sonrió. Deseó ser invitado a esa bañera, con esa nínfula de pelo corto, cortísimo que asomaba a ras del agua espumosa. Una imagen nítida le sobrevino: deseaba navegar en esa bañera, sorteando las rodillas que emergían cual punta de un iceberg bien caliente, guiado por la luz de esos ojos negros.

—Me parece muy bien, Sara, te lo mereces —una extraña nostalgia asomó en su voz.

Sara suspiró, convencida y resignada de la falta de remedio de su jefe. Sintió compasión y admiración al mismo tiempo.

—Todos lo merecemos, así que no me parece justo que se machaque tanto.

—Yo ya soy viejo, Sara, la noche es para ti.

—Sí, y la botella de 2010 también, toda entera para mí... Si al menos pudiera compartirla con alguien —dijo Sara sugerente.

A Malatierra se le despertaron los ojos como a un niño al descubrir un regalo, pero la carretera le devolvió a la cruda realidad.

—¡Jodeeeeeer!

Sara, que iba muy pegada al coche del inspector, también tuvo que empujar el freno con toda su fuerza.

—¡Hostia puta, jefe, la madre que lo...! —gritó al intercomunicador que llevaba enganchado en su oreja.

El inspector, transmitiendo toda la tensión de su cuerpo al volante que agarraba como si fuera a arrancarlo, empezó a gritar a una pareja de treinta y pico de años, vestidos con ropa de deporte, que indudablemente habían salido a correr y que tan absortos iban en lo suyo, que se arrojaron a la calzada sin mirar antes de intentar cruzarla.

—¡Me cago en la puta! ¡¿Es que no veis por dónde coño vais, par de gilipollas?! —les recriminó.

Faltó apenas un metro para arrollar a la pareja de corredores. Vio como él tiró de ella de un brazo y la mujer, recíprocamente, trató de empujar al hombre hacia atrás. Los dos se quedaron mirándolo, sin decir nada, con el rostro blanqueado por el miedo y la amenaza del impacto que estuvieron a punto de recibir. El hombre tenía cierta estatura, sobre uno ochenta aproximadamente, pelo castaño, ojos claros llenos de pavor. Una escultura atlética, fina y bien dibujada se advertía tras las mallas y la térmica que envolvía su cuerpo. La mujer, de una belleza clara y limpia,

acorde con la palidez sonrojada de su tez, se acompañaba de un cuerpo esbelto de suaves curvas y armónicas formas que bendecían su naturaleza femenina.

El hombre se retiró de la carretera dando un paso atrás y, elevando levemente la mano en señal de disculpa, dejó pasar al enfurecido conductor. Tras él, el otro coche, que también los miró desde los ojos extrañados de Sara.

—¿Está bien, jefe?

—¡Sí, joder, putos cabrones... han estado a punto de...!

—Bueno, inspector, no ha pasado nada.

—¡Par de gilipollas que no miran por dónde van, coño! Porque soy un puto madero si no me bajo y los corro a hostias.

Se escuchó una carcajada breve y seca de Sara por el intercomunicador.

—Tranqui, jefe, no se me venga tan arriba, respire —dijo Sara con su inconfundible medida.

—¡Vaya día de mierda!

—Desde luego: dos asesinatos y un frenazo, ya solo le falta que le entre diarrea o algo así, jefe.

Malatierra rompió a reír.

—¿Nunca pierdes el sentido del humor, Sara?

—No crea, solo lo mantengo por usted.

—¿Y eso? —volvió el tono simpático al inspector.

—Los del ministerio del Interior me pagan un plus por aplacar sus indómitos ataques de ira, jefe.

—Está bien, me rindo, Sara —suspiró dejando salir una sonrisa de alivio en su rostro—. Estamos llegando, corto y cerrado.

Abrigada bajo el agua caliente de la ducha, Teresa aún notaba un sutil temblor involuntario en sus piernas tras el susto con aquel conductor. Escuchaba a Pelayo que estaba desnudándose para compartir la ducha, despegando de su cuerpo la ropa de licra impregnada en sudor.

—Ha faltado poco, cariño.

—Perdona, ¿qué dices?

—Que ha faltado poco —dijo Pelayo tirando al suelo sus calcetines.

El torso desnudo, de musculatura fina y simétrica, bien dibujado, desplazó la mampara para encontrarse con su mujer. La cogió por la cintura para estrecharla contra su cuerpo. De espaldas, bajo la lluvia doméstica del baño y envueltos en una nube de vaho que los evaporaba, mezclándolos, fundiéndolos en un solo cuerpo. No era ya el ímpetu de los primeros días, de aquellos encuentros furtivos en el asiento de atrás del coche o la insinuación de la caricia en la intimidad pública de una sala de cine. Ahora ya eran años de matrimonio: el encuentro diario y rutinario que tanto apresaba la imaginación, ahora el enardecimiento era algo más liviano. Pero lo compensaban con la caricia experta y el entrenamiento que la convivencia proporcionaba. Sabían de memoria el recorrido exacto de los labios por el cuerpo amado, una coreografía de tacto y sentidos, una ópera de gemidos conocidos y espasmos esperados.

Salieron de la ducha recién amados, con el cuerpo exhausto por la paliza de besos, mordiscos y apretones. Teresa salió en primer lugar, se envolvió en el albornoz y se dirigió al dormitorio, no sin antes regalar a su marido una sonrisa de satisfacción que Pelayo recibió con agrado mientras terminaba de secarse.

—¿Te apetece que salgamos? —le preguntó a su mujer.

Escuchó a Teresa trastear los cajones del vestidor del dormitorio.

—Uff, cariño, estoy realmente cansada, casi me apetece más quedarme en casa y hacer un sofa-peli —contestó con la voz aniñada, esa que solo se usa en el lenguaje de la intimidad.

Pelayo apareció en el dormitorio, desnudo, con la toalla colgada al hombro a modo de túnica romana.

—¿Sofá-peli?

—Sofá-peli —confirmó ella.

V

17 de enero de 2020. Viernes. 21:00. Madrid.

Malatierra se había quedado solo en las oficinas de la UDEV, Unidad de Delincuencia Especializada y Violencia, y, recostado en el sillón de su despacho, se tomó un par de minutos para respirar. Se había despedido de Sara y Tiziano. Ya era demasiado tarde para un viernes, así que el resto de personal había desaparecido. Durante todo el día se mantuvo firme y profesional, pero por dentro aún notaba la tensión y el miedo; daba igual los años de experiencia o que en la placa de su despacho pusiera Jefe de Sección de Homicidios y Crimen Organizado: en su trabajo, cuanta más experiencia acumulaba, cuanto más creía que sabía, aparecía un nuevo caso, diferente a los demás, que volvía a provocarle la inquietud de la época de novato. Renovarse o morir era imprescindible. Así que a veces, en la soledad taciturna de su despacho, necesitaba respirar, aplacar quizás alguna lágrima furtiva y reordenar su cabeza.

«Dos asesinatos. Yasmina Crespo Alonso, Cuenca. Carlos Fajardé Rull, Trujillo. Fueron matrimonio, tuvieron dos hijas. Una de ellas, Inés, desaparecida hacía años. Divorciados. Crucificados en la pared boca abajo. Su hija Elsa fallecida en el hospital de un infarto imprevisto, una llamada de Tiziano inoportuna. Tiene cojones. Y dos leyendas escritas en la pared con sangre de ambas víctimas: “Si un invitado en tu hogar te enfada, trátalo cruelmente y sin piedad”. “Cuando estés en el hábitat de otra persona, muestra respeto o mejor no vayas allá”».

Así sonaba la cabeza del inspector, con pensamientos atropellándose a toda velocidad, buscando conexiones ocultas, tratando de encontrar el rastro dejado porque siempre solían dejar un camino. Nadie mataba con tanta parafernalia sin marcar una senda para ser hallado y reconocido en su obra y que esta no quedara en el anonimato para desvanecerse después en el olvido.

Sabía que aún le faltaban datos, pero gracias a las nuevas tecnologías de la sociedad de la información en la que vivían y que tanto se le atragantaba a Malatierra, Sara y Tiziano no tardarían en ir llenando las piezas formales y rutinarias de la escena del crimen: el resto de los miembros de la familia, amigos íntimos, amantes, vicios ocultos, negocios ocultos... todo aquello que podría conducirles a descubrir el origen, el móvil y, finalmente, la autoría de los hechos. Él seguía siendo un sabueso, un inspector de los de antes; no pasaba interminables horas muertas delante de Google: Malatierra era más de olfato e instinto, un viejo perro cazador que siempre tenía el hocico atento a los rastros velados que arrastraba el viento.

Respiró hondo y encendió la televisión del despacho. Tenía que enfrentarse al mundo exterior, a lo que estaba ocurriendo. En el canal veinticuatro horas apareció automáticamente la imagen de la mujer asesinada en Cuenca. Estaba sobre una camilla y tapada con una sábana blanca. La trasladaban. Le pareció ver de refilón el perfil de Tiziano en un movimiento de cámara.

—Joder —dijo con serenidad—. Ya estamos en el candelero.

Ya no era el mundo opaco de hace veinte años. Ahora todo salía a la luz, todo se sabía casi al instante. Las noticias volaban raudas de un punto a otro del planeta a la velocidad del rayo. La presentadora narraba lo acontecido, la forma en que fueron ejecutados, la hora de la muerte y demás pormenores. Un vecino del lugar declaraba ante las cámaras y, por supuesto, no faltó una breve mención a la Policía Nacional, a la UDEV, lo que colocaba a Malatierra en el ojo del huracán. En la sombra, en el anonimato de momento, pero en el centro exacto de un campo de presión en el que las fuerzas circundantes —la Dirección General; el Ministerio del Interior; la misma sociedad y sus espontáneos llamamientos a la Justicia; los medios de comunicación y medio planeta enganchado a las redes— ejercía sobre él una presión invisible y mortífera. En cualquier momento el asunto podía estallarle en la cara.

Miró de reojo el teléfono de su despacho. Guardaba en su silencio el destino de Malatierra. Quince años como jefe de la Sección de Homicidios y Crimen Organizado, con un expediente impoluto y muchas investigaciones culminadas con éxito, le daban cierto margen; pero sabía que su crédito se iría consumiendo cada segundo y —su intuición casi nunca le había fallado— este caso iba a superar todo lo visto hasta la fecha.

Estaba cansado y aturdido, así que optó por apagar el televisor, levantarse del sillón y largarse a casa. «Mañana será otro día, viejo perro», se dijo. Abrió la puerta del despacho, apagó la luz y girando sobre sí mismo agarró el pomo de nuevo para cerrar justo cuando el fax emitió el típico pitido que anunciaba el inminente mensaje. Algo estaba por llegar, así que volvió a encender la luz y a entrar. Esperó a que la máquina hablara en su lenguaje de papel recién impreso.

Solo era un folio. Un mensaje extraño, bien centrado, con un tipo de letra que se le antojó terriblemente familiar.

NO DES TU OPINIÓN O CONSEJO A MENOS QUE TE SEA PEDIDO

«Pero... ¿qué coño significa esto? », dijo en la inhóspita soledad de la oficina. Instintivamente, Malatierra echó mano a la funda de su pistola, anclada en su cintura y miró en derredor. Nada. Nadie. Solo él y el mensaje. No estaba firmado, pero observó en el margen superior el número de fax de remitente. Cogió el teléfono y marcó el número de la oficina de registro y documentación. Ocho tonos sin que nadie contestara bastaron para volver a recordar que era viernes, pasadas las nueve de la noche y que probablemente él era el único que aún quedaba en el edificio.

Se resignó a salir de la oficina con el mensaje en la mano. Lo leyó una y mil veces en el breve trayecto de ascensor. Lo dobló con cuidado y lo guardó en el bolsillo trasero de su pantalón. Se despidió de los agentes de seguridad que custodiaban la puerta del edificio y, ya en su coche, reprimió un breve impulso de llamar a Sara.

Arrancó.

Conduciendo hacia su casa, la tensión se le iba acumulando en las cervicales. Era la alerta de su instinto, un lenguaje de síntomas y sensaciones que él conocía muy bien. El fax le había despertado su sexto sentido y ahora una pregunta ocupaba su cabeza: «¿Es posible que el psicópata que desde hoy estoy obligado a buscar ya me haya encontrado a mí?».

VI

18 de enero de 2020. Sábado. 10:00. Madrid.

A Teresa le costó levantarse; aún llevaba el sueño pegado a la piel cuando avanzó hacia la cocina en busca de café. Algo le decía su marido desde la mesa de la cocina, pero ella era de esas personas que necesitaban una dosis de cafeína antes de arrancar al cien por cien en su plano consciente. Al entrar en la cocina, vio de refilón que Pelayo tenía la tele encendida y, mientras le hablaba, mantenía la mirada absorta en el televisor. Cuando por fin cogió la cafetera y vertió la oscura gasolina sobre la taza tomó consciencia. La cocina estaba limpia y ordenada, señal de que Pelayo ya llevaba rato despierto. Tomó un primer sorbo de café que le recorrió el cuerpo al instante. Se acercó a su marido para darle un beso sobre la cabeza y pudo escuchar varias palabras sueltas que procedían de las noticias que emitía el televisor: Trujillo, asesinato, Cuenca, víctimas divorciadas. Pero aún no estaba echándole cuenta.

—¡Qué forma más espantosa de morir! —dijo Pelayo sin apartar la mirada del televisor.

Teresa cogió un par de tostadas y fue untándolas con mermelada. Notó que el pulso le temblaba un poco, nada que le hubiera preocupado nunca, siempre vibraba un poco al despertarse. Ella lo llamaba el «síndrome vespertino». Los yonquis de la cafeína eran así, decía a veces con sorna. Con las tostadas preparadas cogió el plato con una mano y la taza de café con la otra y se sentó al lado de su marido. El crujir del pan tostado tras su primer mordisco retumbó en su cabeza como un eco silencioso e interior. Su cabeza acababa de despertarse del todo de súbito, acelerando de cero a cien en un solo instante. Fue un nombre lo que le atenazó el corazón. Yasmina Crespo Alonso.

—¡Sube el volumen, Pelayo! —ordenó. Este obedeció sin apartar la vista de la pantalla, palpando dos veces su mano ciega sobre la mesa hasta toparse con el mando a distancia y pulsando sin mirar el botón del volumen.

«... La víctima tenía 63 años; aún se desconoce si puede estar relacionada con el crimen de Cuenca, pero se sabe que ambas víctimas contrajeron matrimonio y fueron padres de dos hijas. Se divorciaron hace...».

Un suspiro brotó de las entrañas de Teresa, que se llevó la mano a la boca por la sorpresa. La taza de café le volvió a temblar derramando algunas gotas sobre su mano sin inmutarse a pesar de la temperatura.

—No puede ser.

—Desde luego, cariño, vaya matanza. Los han crucificado a los dos, boca abajo. No se han visto imágenes, pero lo estaban contando justo antes de que despertaras.

Teresa trató de fingir serenidad, pero su interior ardía. Tuvo que apoyar la taza de café sobre la mesa y esconder las manos debajo de ella para no delatarse. Notaba que su rostro se quedaba blanco mortecino y su cuerpo, frío. Por primera vez en muchos años sintió algo que hacía tiempo que había intentado olvidar: miedo. Escuchó atenta los detalles de las noticias. Los dos asesinatos y la muerte inesperada de Elsa, la hija mayor de ambos, al sufrir un fallo cardiovascular grave tras enterarse de tan trágica noticia. Escuchó también que la otra hija del exmatrimonio fallecido desapareció en Sevilla en 1992. Inés, un caso aún no resuelto.

Teresa apretó los dientes y evitó como pudo romper a llorar. Pelayo se levantó sin mirarla. Solo decía algo sobre la crueldad humana, pero Teresa no podía oírle. Estaba aturdida y llena de dolor, un dolor inmenso, profundo, del pasado. Su marido desapareció de la cocina y notó que algo le decía desde el pasillo.

—¿Cariño? Que si hace falta añadir algo más a la lista.

Teresa reaccionó y cogió la lista de la compra que habitualmente rellenaba Pelayo todos los sábados por la mañana.

—No, amor, está todo bien apuntado.

Apareció de nuevo en la cocina antes de marcharse para recoger la lista.

—Está bien, pues ahora vengo entonces —le dijo dándole un beso y marchándose a por el aprovisionamiento semanal.

Al escuchar el portazo, Teresa se derrumbó en un mar de lágrimas, un torrente acumulado en años de silencio con los que quiso borrar de su memoria cierta parte de su vida. Pero el silencio no borra, solo acumula, y en el momento más inesperado desborda el gran lago del alma sin que haya diques capaces de controlarlo.

Eso era Teresa en aquel momento: una herida derramada con la fuerza del dolor abigarrado, de la soledad punzante, del peso del recuerdo no compartido, no liberado, incrustado en su más trágica intimidad. Pensó en Pelayo. Nunca se había atrevido a contarle su verdadera historia. Un pasado que durante años consiguió apartar de su camino, pero que, como una sombra, permanece inevitablemente pegada al sujeto que la proyecta.

Se secó las lágrimas y respiró; intentó recomponerse y, ante la tardanza de los anuncios, empezó a cambiar de canal para conocer todo lo que, de momento, se sabía. Al parecer, fue un avance extraordinario, pues todos los canales habían vuelto a la típica programación infantil propia de un sábado por la mañana.

Encendió su portátil y esperó ansiosamente a que el aparato arrancara. Accedió a las noticias digitales de diversos periódicos y siguió extrayendo datos que se le iban clavando en lo más profundo de su corazón, pues la evidencia era inescrutable. «Son ellos», se dijo a sí misma. La ahogó una profunda pesadumbre.

Se dejó llevar por la avalancha de emociones durante unos veinte minutos y, pasados estos, algo más calmada, supo de inmediato hacia dónde tenía que ir. Cogió las llaves y con el pijama puesto salió de casa para bajar a la cochera. Al abrir la puerta del pequeño trastero le sobrevino un olor nauseabundo a tiempo viejo y cerrado. Sabía lo que estaba buscando. Un pequeño baúl de color rojo que aún guardaba de su infancia. Era el único objeto que la vinculaba con los trágicos sucesos de su niñez. Tras apartar varias cajas atestadas de libros y casetes de otra época, descubrió una vieja maleta a la que su instinto, y no tanto su memoria, reaccionó con la certeza del matemático. Ahí debía estar. Y, en efecto, el pasado, como ser inerte y sin prisas, esperaba encajonado en un pequeño baúl de color rojo.

Teresa lo abrió temerosa. Sabía perfectamente lo que había allí dentro, pero no le agradaba

volverse a encontrar con sus recuerdos. Lo primero que cogió fue una vieja foto familiar en la casa de Toledo, sus abuelos Elsa y Saturnino presidían la escena; escoradas, sus tres hijas acompañadas de sus respectivos maridos y en la parte inferior, como si de un esquema genealógico se tratara, una pequeña retahíla de cinco nietos, un chico y cuatro chicas, entre las que estaba ella. Teresa. Cogió la foto y la apretó sobre el pecho, cerró los ojos y sollozó.

Lo siguiente que guardaba de su infancia era una tarjeta con un teléfono escrito a bolígrafo. Revivió en su cabeza el momento en el que se despidió del Padre Luis Argüelles. «Si algún día necesitas mi ayuda, no dudes en llamar a este número; si para cuando llegue ese momento yo estoy destinado en otro lugar, no te preocupes: si algún día me traslado de esta Iglesia de Santo Domingo en Toledo, dejaré las señas suficientes a mis sucesores para que puedas localizarme». Se deslizó una lágrima por la mejilla de Teresa.

Por último, el tercer objeto que guardaba en aquel baulito era un sobre pequeño que le dio su abuela Elsa. Lo abrió y extrajo una nota impresa en cartulina con unas once frases que nunca consiguió entender:

- 1- No des tu opinión o consejo a menos que te sea pedido.
- 2- No cuentes tus problemas a otros a menos que estés seguro que quieran oírlos.
- 3- Cuando estés en el hábitat de otra persona, muestra respeto o mejor no vayas allá.
- 4- Si un invitado en tu hogar te enfada, trátalo cruelmente y sin piedad.
- 5- No hagas avances sexuales a menos que te sea dada una señal de apareamiento.
- 6- No tomes lo que no te pertenece a menos que sea una carga para la otra persona y que esté clamando por ser liberada.
- 7- Reconoce el poder de la magia si la has empleado exitosamente para obtener algo deseado. Si niegas el poder de la magia después de haber acudido a ella con éxito, perderás todo lo conseguido.
- 8- No te preocupes por algo que no tenga que ver contigo.
- 9- No hieras a niños pequeños.
- 10- No mates animales no humanos a menos que seas atacado o para alimento.
- 11- Cuando estés en territorio abierto, no molestes a nadie. Si alguien te molesta, pídele que pare. Si no lo hace, destrúyelo.

En el reverso de la tarjeta Teresa leyó una nota escrita de su abuela: «Si algún día te encuentras con algunas de estas frases, rézale a la Virgen y al Señor, cariño mío. Tu abuela que te quiere».

Con el lejano recuerdo de la ternura y simpatía de su abuela, Teresa volvió a guardar el baúl, dejando tan solo en él la foto familiar y llevándose consigo el sobre de su abuela en el que introdujo también el número de teléfono del Padre Luis.

VII

18 de enero de 2020. Sábado. 12:00. Madrid.

Malatierra había dormido como un lirón, más por acumulación de cansancio que por tranquilidad. Tomó un café y cogió el fax recibido la noche anterior en la oficina.

NO DES TU OPINIÓN O CONSEJO A MENOS QUE TE SEA PEDIDO

¿Qué era? ¿Una amenaza, una advertencia? No entendía nada y eso le inquietaba. Llamó a la oficina de registro y documentación. Los sábados por la mañana siempre quedaba alguien de guardia. Les indicó que averiguaran el origen del mensaje que había recibido en el fax de su despacho.

—Es urgente —dijo.

Acto seguido mandó un WhatsApp a Sara:

—Oye, ¿comemos hoy?

Esperó unos segundos.

—¿A las tres en el asador Meléndiz?

—Allí nos vemos.

Pelayo ya había vuelto con la compra y advirtió que estaba solo en casa. Recorrió el piso buscando alguna nota de Teresa y, al no encontrar ninguna respuesta escrita, cogió su móvil. Tenía dos mensajes: uno de su mujer y otro de su amigo Rodrigo. Abrió el primero. «Cariño, he salido un momento, no tardo».

Después abrió el de Rodrigo: «Tío, te recuerdo que quedamos para esta noche; ya he avisado a Carlitos. A las diez en la Taberna Eguirre, OK????».

Casi lo había olvidado, así que se alegró del mensaje. Pensó que aún no se lo había comentado a Teresa, pero no recordó que su mujer le hubiera advertido de ningún plan para esta noche.

Teresa había salido apresuradamente de su hogar antes de que Pelayo regresara de la compra. Llevaba el corazón palpitando dentro de sí ¿Cuántos años hacía que no había visto a sus tíos Yasmina y Carlos y a su prima Elsa? Arrugó la frente mientras caminaba. Desde la trágica desaparición de su prima Inés habían pasado largos años. Fue la última vez que los vio. Tenía 9 años y fue a visitar a sus tíos a Sevilla. Por aquel entonces aún vivía en Toledo, auspiciada por el Padre Luis y el orfanato. Todavía le causaba dolor que nadie de su familia se hubiese hecho cargo de ella tras la muerte de sus padres.

Llegó a la biblioteca de su barrio y entró con premura para sentarse delante de unas de las pantallas disponibles con acceso a hemeroteca. Necesitaba encontrar los detalles de la muerte de sus padres. Mientras arrancaba el ordenador pensó en su marido. Nunca le había contado la verdad de su pasado. Le ahorró su trágica historia mintiéndole durante más de quince años: sus padres murieron por enfermedad siendo ella una niña y fue a parar al orfanato al no tener familia que se ocupara de ella. Se sintió mal. Pelayo era un buen hombre y además la quería. Lo había hecho cómplice de su propio olvido. Cuando lo conoció tuvo la extraña certeza de que si le contaba una nueva historia de su vida, una nueva Teresa resurgiría del terrible pasado enterrando a este para siempre; pero el pasado es un tatuaje que no lo borra ni el tiempo ni la mentira.

Buscó en los diarios nacionales y en alguno local que por aquel entonces existía. Tecleó: 24 de diciembre de 1986, sucesos. Y en la pantalla resurgió la vieja noticia con titulares de lo más variopinto: «Trágica Nochebuena de una familia toledana». «Asesinato de un matrimonio en plena cena de Nochebuena». «Un matrimonio discute en plena cena familiar y acaba en tragedia».

Teresa leyó todas las noticias publicadas sobre el suceso. Según el testimonio publicado de su propia hermana: «Ambos cónyuges entraron en una calurosa discusión a voces delante de su hija hasta que, en un arrebato de locura, Juan Antonio asestó una puñalada en el cuello a su mujer, Teresa, seccionándole la yugular para, acto seguido y con el mismo cuchillo, cortarse su propio cuello en un acto de autolisis frenético. Amanda, una de las hijas del matrimonio, lo presenció todo».

Le vino a la mente la sonrisa que le dedicó su hermana aquella noche desde los brazos de su tía Yasmina. Recordó el revuelo de ambulancias y coches de policía que se arremolinaron alrededor de la casa de «la tata». Volvió a vivir los gritos de angustia de sus tías, de sus primas Elsa e Inés, abrazadas en silencio. Revivió la escena en la que se llevaron a su abuela en ambulancia, víctima de una crisis de ansiedad. Pero sobre todo le estremeció una imagen: su hermana Amanda saliendo de la casa en brazos de un sanitario. Tenía el vestido manchado de sangre, con la cara llena de salpicaduras de color rojo. Mientras la limpiaban en el interior de la ambulancia, Teresa se acercó a ella. Asomó su cabecita por la puerta entreabierta y su hermana, que advirtió su presencia, la miró de soslayo como si nada hubiera pasado. Transmitía una calma antinatural y se dibujaba en su rostro un rictus de extraña satisfacción.

Tras el suceso, con sus padres muertos, el resto de la familia las abandonó y ella y su hermana fueron separadas; jamás volvió a verla. Tan solo su abuela Elsa, con la salud muy delicada, fue a visitarla al orfanato y le entregó el baúl rojo que conservaba en su trastero. «Guarda esto siempre, cariño», le rogó. Le dijo que lo olvidara todo, que olvidara a su familia y empezara de nuevo. Un triste abrazo y desapareció para morir unos meses más tarde.

Malatierra apareció en el asador Meléndiz con una camisa blanca y unos chinos inusitadamente bien planchados. Fiel a una puntualidad británica, Sara estaba en la barra, esperando, bajo la compañía de una copa.

—Hola.

—Vaya, te has arreglado. Compensas tu impuntualidad con elegancia —contestó Sara con aire sarcástico.

Malatierra hizo un repaso visual a la figura de la subinspectora. Vaqueros bien ajustados y un suéter escotado sobre unos tacones negros. Sabía cómo ensalzar su figura.

Se dirigieron a la mesa siguiendo al metre.

—¿Qué tal la botella de vino de anoche? —preguntó para romper el hielo.

—Pues amenizó mi trabajo, jefe, no estuvo mal.

—¿Tu trabajo? ¿A qué te refieres?

—Creo que ya sé lo que significan las frases que encontramos en Cuenca y en Trujillo.

Al inspector se le cambió el rostro. Por un momento había olvidado que eran compañeros de trabajo, así que volvió al modo «relación inspector-subinspectora».

—¿Y...?

—¿Te suena el nombre de Anton Szandor LaVey?

Malatierra negó con el gesto, lo que dio pie a Sara para proseguir:

—Varón, nacido en Chicago en 1930, fallecido en San Francisco en 1997. Su verdadero nombre era Howard Stanton LaVey. Escritor y músico estadounidense. Padre de la Iglesia Satánica. Fundó el sistema filosófico Satanismo Laveyano. Publicó varios libros, entre ellos la *Biblia Satánica*, en el que diseñó los once mandamientos satánicos.

—¿Once? ¿No se supone que son diez?

—Once, jefe, al mal le gusta diferenciarse del bien.

—¿Y cuáles son?

Sara sacó de su bolso un folio recién impreso de internet y se lo ofreció para que leyera:

- 1- No des tu opinión o consejo a menos que te sea pedido.
- 2- No cuentes tus problemas a otros a menos que estés seguro que quieran oírlos.
- 3- Cuando estés en el hábitat de otra persona, muestra respeto o mejor no vayas allá.
- 4- Si un invitado en tu hogar te enfada, trátalo cruelmente y sin piedad.
- 5- No hagas avances sexuales a menos que te sea dada una señal de apareamiento.
- 6- No tomes lo que no te pertenece a menos que sea una carga para la otra persona y que esté clamando por ser liberada.
- 7- Reconoce el poder de la magia si la has empleado exitosamente para obtener algo deseado. Si niegas el poder de la magia después de haber acudido a ella con éxito, perderás todo lo conseguido.
- 8- No te preocupes por algo que no tenga que ver contigo.
- 9- No hieras a niños pequeños.
- 10- No mates animales no humanos a menos que seas atacado o para alimento.
- 11- Cuando estés en territorio abierto, no molestes a nadie. Si alguien te molesta, pídele que pare. Si no lo hace, destrúyelo.

—Si te fijas, el tercero y el cuarto son los que encontramos en...

—También tenemos el número uno —interrumpió Malatierra dejando a Sara con la frase en la boca.

—¿El número uno? ¿Dónde?

—Anoche en la oficina, justo antes de irme.

Sara se reclinó hacia atrás ante la sorpresa. El inspector sacó de su bolsillo el fax y se lo entregó.

—No des tu opinión o consejo a menos que te sea pedido —leyó en voz alta. Se hizo un breve silencio entre los dos—. ¿Al fax de la oficina dices?

—Sí, Sara, a mi propio fax —lo dijo con un terrible estremecimiento en la cara.

—Estamos ante un fanático de satanás o algo así.

—Y es un fanático metódico; debe tener algún móvil y sentido para lo que está haciendo —añadió Malatierra. Sara agudizó el gesto para dejar que hablara—. De momento, las dos víctimas que tenemos no son aleatorias: estuvieron casadas, hubo un vínculo entre ellas.

—Así que las eligió por algún motivo concreto, ¿eso cree?

—Sí, pero hay algo que no me cuadra.

—¿El qué?

—Yo.

—¿Tú?

—Sí, Sara, el asesino me envió este fax al despacho y, que yo sepa, no hay nada que me vincule a las víctimas.

Sara colocó los codos sobre la mesa, entrecruzó las manos y apoyó su cabeza sobre ellas pensando.

—Quizás el psicópata quiere jugar al gato y al ratón. Por eso mandó ese fax: quiere que sepamos que él sabe quiénes somos y que somos quiénes le buscan.

Malatierra asintió.

—Hay algo más, Sara. Di orden a los de documentación para que averiguaran el origen del fax y quince minutos antes de llegar me han llamado para decirme que no consta en el registro ningún fax recibido a mi despacho con fecha de ayer.

—No puede ser, jefe, debe ser un error.

—Pues es lo que me han dicho.

—¿Qué es lo que le han dicho? —irrumpió Tiziano, que acababa de llegar al asador.

—Coño, el italiano, ¿qué haces tú aquí? —preguntó Malatierra, girando el torso sobre la silla.

—Sara me dijo que viniera a comer y que trajera lo que he averiguado —dijo.

El inspector cruzó una mirada con Sara para reprocharle que hubiese invitado al italiano. Había fantaseado con una cita a solas con la subinspectora al margen del trabajo, pero se cayó repentinamente de su sueño. Sara apartó el rostro de la mirada de su jefe dándose por aludida de la ensoñación frustrada.

Tiziano se sentó y empezó a sacar un montón de papeles de su cartera. Malatierra lo miró con cara de pocos amigos.

—Tiziano... hazme un resumen, ¿quieres? No acostumbro a leer mientras almuerzo.

El italiano interrumpió su movimiento durante un par de segundos y volvió a guardar los papeles en la cartera.

—Está bien. He encontrado algo. —Tiziano miró a Sara—. ¿Ya le has contado lo de los mandamientos satánicos? —Sara afirmó—. Puede que tengamos un vínculo entre las víctimas y Anton Szandor LaVey.

—Explícate —requirió el inspector.

—Me refiero a Saturnino Crespo Frail.

—¿Y quién coño es ese tipo?

—Jefe, según he indagado, es el padre de una de las víctimas, en concreto, de Yasmina, la crucificada de Cuenca. Nació en Toledo y murió en su ciudad natal en 1983 de un cáncer. Fue miembro de la *Church of Satan* y una figura bastante importante de su organización en España. Parece ser una organización muy discreta: apenas se conocen sus actividades, aunque tienen una web propia.

Malatierra se mostró incómodo ante la expresión en inglés. No le gustaban esas modernidades ni el aire de autocomplacencia que gastó Tiziano al pronunciarla.

—Iglesia de Satanás —le aclaró Sara.

Tiziano prosiguió:

—Saturnino se casó con Elsa Alonso Alonso. Tuvieron tres hijas. Teresa, Silvia y Yasmina. Y, por lo que he descubierto, la familia arrastra un pasado lleno de tragedias. Ya sabemos que Inés, una de las hijas de nuestros dos crucificados, desapareció en Sevilla en 1992. He preguntado a nuestros compañeros andaluces y me han remitido copia del expediente completo.

—¿Y hay algo? —preguntó Sara.

—Nada. Asunto cerrado e inconcluso. Tras año y medio de búsqueda, a la pobre Inés se la tragó la tierra. Ni una sola pista, ni un sospechoso, ni rastro alguno de la niña. Con respecto a la otra hija, Elsa... —el italiano se entrecortó al recordar lo sucedido.

—Tranquilo, italiano, no fue culpa tuya —le dijo Malatierra en tono conciliador.

Sara le apretó el hombro en señal de empatía y Tiziano siguió con la información.

—Otra de las hijas de Saturnino y Elsa, Teresa, también falleció en 1986. Según he podido averiguar, una pelea con su marido, en plena Nochebuena, con la familia reunida.

—¿Una pelea con su marido? —repitió Sara.

—Sí. Al parecer, una discusión que subió de nivel hasta el punto de que Juan Antonio, marido de Teresa, la degolló con un cuchillo para después clavárselo a sí mismo.

—¿Y dices que fue en Nochebuena con la familia reunida? —preguntó Malatierra.

—Sí, aunque los hechos ocurrieron en una habitación aparte. Solo hubo un testigo presencial: Amanda, una de las hijas de ambos que en aquel entonces tenía seis años.

—¡Dios santo, pobrecilla! —exclamó Sara llevándose la mano a la boca—. ¿Qué se sabe del paradero de Amanda?

—Fue adoptada por un matrimonio escocés, Aibert y Leanna Craig, pero no he hallado datos de ellos aún. No obstante, es extraña esa adopción.

—¿Por qué? —quiso indagar Malatierra, que cada vez mostraba más interés ante la sorpresiva diligencia del novato.

—Pues porque Amanda no fue hija única: tiene una hermana que, según los datos del registro civil, nació en la misma fecha, también llamada Teresa, como la madre.

—Gemelas entonces —afirmó Malatierra.

—O puede que mellizas —puntualizó Sara.

—En cualquier caso, no es muy habitual que se permitiera la adopción de una menor sin su hermana.

El camarero irrumpió en la escena con la comida: callos madrileños. Le preguntó a Tiziano si deseaba algo y él contestó que no, que ya había almorzado.

—¿Y la otra hija? Has dicho que se llamaba... —preguntó Sara atacando el plato con la cuchara.

—Silvia —afirmó el inspector.

—Exacto —dijo Tiziano—. De momento sabemos que está casada con un tal Miguel del Monte Obrezo y que tienen un hijo, Rubén, nacido en 1983. He hallado un domicilio en Llanes, Asturias. Es lo único que tengo por el momento.

—¿Y de la hermana de Amanda hay algo? —preguntó Malatierra.

—Sí, tenemos un domicilio aquí en Madrid y su teléfono móvil.

—Buen trabajo, italiano —concedió el inspector—. ¿Tienes planes para lo que queda de fin de semana? —Tiziano guardó silencio, admitiendo lo retórico de la pregunta—. Pues nos vamos a Asturias, hay que hablar con esa tal Silvia...

—¿Y con Teresa, jefe? —interrumpió Sara.

—De Teresa te vas a encargar tú —ordenó el inspector.

—Vaya, así que vosotros os vais a Asturias y yo me quedo en la capital —refunfuñó Sara con una sonrisa en la cara. Malatierra y Tiziano se miraron sorprendidos—. Está bien, chicos, no quisiera fastidiar vuestro fin de semana romántico —les atacó con ironía.

—Menos coña, Sara. Terminemos de comer y a currar antes de que nos aparezca otro crucificado por ahí.

—No tengo preparado el equipaje, inspector —alegó Tiziano.

—¡No me jodas, que no nos vamos de vacaciones, coño! Mañana por la noche estaremos de vuelta —cortó en seco el inspector.

VIII

18 de enero de 2020. Sábado. 18:00. Madrid.

Teresa, tras su regreso de la biblioteca, estuvo todo el día reprimiendo sus sentimientos, intentando que su marido no detectase ningún cambio emocional en ella. Por dentro estaba destrozada y llena de inquietud. Almorzó en casa con Pelayo aparentando normalidad y después deambuló por el hogar, entreteniéndose con todas las tareas domésticas que tuvo a mano. Su marido le anunció que saldría por la noche con sus amigos, lo que la relajó al saber que estaría sola toda la noche, o gran parte de ella. Necesitaba meditar.

Pelayo había salido a correr un rato. Ella declinó la propuesta alegando que no le apetecía. Estaba sola en casa, limpiando el polvo de los cristales, cuando sonó el teléfono.

—¿Diga?

—Buenas tardes. ¿Teresa Sánchez Crespo? —dijo una voz femenina.

—Sí, soy yo, ¿quién es?

—Buenas tardes, señora, le llamo de la UDEV, Unidad de Delincuencia Especializada y Violencia, soy la subinspectora Sara Trello.

Teresa guardó silencio, a la espera, nerviosa.

—Doña Teresa, me gustaría poder hablar con usted sobre un asunto, ¿sería posible que viniera a...?

—¿De qué quiere hablar conmigo? —la interrumpió.

—Bueno, señora, no sé si ha visto las noticias hoy, pero ha ocurrido una tragedia con relación a unos familiares suyos —aclaró la subinspectora.

Teresa apretó los dientes un instante como intentando reprimir lo que estaba a punto de decir:

—Sí, estoy enterada de lo ocurrido en Cuenca y en Trujillo —afirmó con la voz debilitada.

—Siento mucho lo de sus tíos, Teresa, y lo de su prima Elsa.

Teresa rompió a llorar. No pudo contenerlo. Sara se disculpó una vez más por la irrupción.

—Tranquila, señora, tómese su tiempo; si lo prefiere, puedo llamarla en otro momento.

—¿Qué quiere de mí? —contestó entre balbuceos.

—Aún no tenemos un sospechoso y necesitamos toda la información posible. Le agradecería su colaboración.

Se escuchaba sollozar al otro lado de la línea.

—Me encantaría poder ayudarla, subinspectora, pero hace muchos años que no tengo ninguna relación con ningún miembro de mi familia. Ni siquiera sabía que mis tíos estaban divorciados y que vivían en Cuenca y Trujillo, respectivamente. Me he enterado esta mañana al ver las noticias.

—¿Ninguna relación entonces? —insistió Sara.

—No, señora, ninguna. Le digo la verdad.

—¿Cuándo dejó de mantener el contacto?

—... —Teresa respiró profundo para calmarse.

—¿Tuvo algo que ver la trágica muerte de sus padres en la Nochebuena de 1986? —Sara mantuvo el tono firme y tranquilo; sabía que estaba metiendo el dedo en la llaga, ahondando en una herida sangrante. No le agradaba esa parte de su trabajo, pero no por ello perdía un ápice de profesionalidad.

Teresa, bañada en lágrimas, contestó como pudo:

—Sí, así es —contestó lacónica.

Sara sabía que la mujer estaba destrozada, así que le concedió algo de tregua.

—Mire, Teresa, entiendo cómo se siente y sé que no es un buen momento, pero necesitaría hablar con usted. Es importante para la investigación cualquier dato que pueda ofrecernos de las víctimas y del resto de su familia.

—Entiendo.

—Si no le parece mal y se siente capaz, podríamos vernos en un par de horas en mi oficina para hablar tranquilamente —le ofreció Sara en el tono más amable que pudo.

Teresa tardó unos segundos en responder.

—Está bien. Supongo que cuanto antes lo haga, mejor —dijo al fin—. Deme la dirección de su oficina y allí estaré —afirmó.

—Le mando la ubicación a este mismo móvil. Cuando llegue al edificio, toque al timbre y le abrirán. Hoy es sábado, así que la oficina en teoría está cerrada, pero le esperaré allí.

—De acuerdo, en unas dos horas estaré allí.

—Gracias por su colaboración, Teresa.

Sara escuchó el tono continuo de la línea. Había colgado antes de que pudiera despedirse. Mandó inmediatamente la ubicación de la oficina al móvil de Teresa y se dispuso a esperar su cita.

18 de enero de 2020. Sábado. A la misma hora.

Rodrigo entró en el edificio Grimofarmaceutix. Más de diez plantas acristaladas. Relucientes. Casi parecía una joya el edificio. La seguridad de la entrada no le hizo preguntas. Solo lo miraron e hicieron como si nada, así que Rodrigo siguió su camino hasta el ascensor. Una vez allí, se elevó hasta la última planta. Atravesó un pasillo lleno de despachos vacíos y llegó hasta la secretaria que custodiaba la puerta del despacho principal.

—Espere un segundo —le espetó una chica joven de gafas cuadradas que custodiaba la puerta del despacho principal. Rodrigo se detuvo quedándose a la espera.

Le escuchó decir por el micro que llevaba pegado a la boca y enganchado por la oreja: «Ya está aquí, Doña Rosa», «muy bien, Doña Rosa, le haré pasar».

La chica se levantó e indicó a Rodrigo que pasara al despacho. Una enorme puerta de doble hoja y madera sólida, que se abrió sin apenas oponer resistencia, dio paso a Rodrigo.

—Buenas tardes, Doña Rosa.

—Hola, Rodrigo; ven, siéntate.

En la mesa principal del despacho relucía un letrero: Dirección del Consejo de Administración. Rodrigo no entendía mucho de empresas, pero sabía que estaba ante un pez gordo. Un cuerpo

exuberante. Una pelirroja natural de piel blanca y ojos verdes esmeralda que seguro atraía miradas por doquier.

Rosa le arrojó sobre la mesa un sobre abierto del que sobresalió un fajo de billetes de doscientos euros.

—Ahí tienes lo tuyo, buen trabajo. La operación de Barbate salió magnífica. —Rodrigo recogió su sobre sin decir nada—. ¿Qué hay de la otra misión que se te encomendó? —le interrogó con mirada escrutadora.

—Está todo listo, señora —contestó.

—Entonces, ¿vendrá esta noche? —quiso asegurarse la mujer.

—Sí, Pelayo estará allí esta noche —confirmó Rodrigo.

—Más te vale que sea así.

—No se preocupe, señora...

—Ya puedes marcharte, Rodrigo, no necesito hablar más contigo por el momento —cortó Rosa bruscamente.

Rodrigo, petrificado, se giró sobre sí mismo y sin decir nada más salió del despacho apretando con rabia contenida el fajo de billetes que le había dado. «Odio a esta tía», pensó para sí. «Si no fuera por el dinero, le hubiera enseñado a ser más educada con una manita de hostias».

Tiziano había puesto el limitador de velocidad para ir más despreocupado. Salió con Malatierra en dirección Burgos esa misma tarde. El inspector iba de copiloto, dormitando. Estaban atravesando la circunvalación de la ciudad burgalesa para tomar dirección a Santander y de ahí a Llanes. Ya le había puesto al corriente del fax que había recibido el inspector en su oficina y no paraba de pensar en ello, al igual que Malatierra que, bajo el aspecto de hombre duro y curtido en mil batallas, le apretaba por dentro cierta sensación de miedo psicológico. Nunca nadie hasta ahora se había atrevido a invadir el espacio privado de su oficina. Quien fuera tenía demasiada información o demasiado poder. El silencio se hizo denso en el coche, los kilómetros excesivos, la impaciencia a flor de piel. El italiano supo interpretar la angustia de su jefe y se limitó a conducir. «Todo se irá esclareciendo», pensó.

18 de enero de 2020. Sábado. 20:20. Madrid.

Se había puesto tacones sin prever el retraso en el metro a causa de unas obras, lo que la obligó a descalzarse y a cubrir corriendo el último tramo que le faltaba desde la boca de metro hasta la ubicación que la subinspectora le había mandado. Le dolían los pies cuando frenó el ritmo en la puerta principal. Un edificio simple, sin nada que llamara la atención. Tan solo un minúsculo cartel oficial: U.D.E.V. Pulsó el portero automático y la puerta se abrió de inmediato.

En el *hall* del edificio, dos policías de uniforme hacían guardia tras un pequeño mostrador. La miraron.

—Buenas tardes, tengo una cita con...

—Sí, señora, la subinspectora la está esperando. Sígame, por favor —terminó la frase el agente.

A Teresa le entró cierta sensación de acorralamiento al saberse esperada, pero pensó: «No seas histérica, es lógico que avisaran de tu llegada». Entró en un despacho atestado de papeles, con varias mesas y ordenadores apagados. Allí estaba la subinspectora. Pelo moreno, muy corto y un rostro amable. Le ofreció la mano como saludo.

—Muchas gracias por venir. —Teresa estrechó la mano de Sara y asintió con la cabeza—. Tome asiento, por favor.

La subinspectora ojeó unos instantes una documentación que tenía entre manos mientras daba golpecitos en la mesa con un bolígrafo. El silencio se hizo eterno. Teresa notó un sudor frío brotando en su frente.

—Bien, Teresa, según la información de la que disponemos por el momento, su árbol genealógico se resumiría en lo siguiente. —Sara la miró tratando de buscar alguna leve reacción en su rostro—. Empecemos por sus abuelos maternos, Saturnino y Elsa. Él, fallecido en 1983 y ella, en 1987, pocos meses después de la trágica Nochebuena. —Volvió a fijar la mirada en los ojos de la interrogada.

»Tuvieron tres hijas: su madre, Teresa, y sus dos tías, Yasmina y Silvia. Su madre, casada con Juan Antonio, su padre; fallecidos ambos en diciembre de 1986. Su tía Yasmina casada con Carlos Fajardé Rull, víctimas de los asesinatos que estamos investigando recientemente. Tuvieron dos hijas: sus primas Inés y Elsa. La primera desaparecida en 1992. —La subinspectora hizo una pausa. Teresa asintió mostrando que lo sabía.

—Nunca se supo nada de ella —dijo.

—Cierto, Teresa: según consta en los archivos fue un caso no resuelto. En cuanto a su prima Elsa, desgraciadamente, como ya le dije, sufrió un fallo cardíaco al conocer la terrible noticia del asesinato de sus dos padres. —Teresa hizo de tripas corazón para no romper a llorar y suspiró —.Por otra parte, su tía Silvia, casada con Miguel Del Monte Obrezo, tuvieron un hijo, Rubén, y de momento, que sepamos, consta un domicilio en Llanes, un pueblo asturiano.

—No sabía que vivían allí. ¿Ellos están bien?

La pregunta pilló por sorpresa a Sara.

—Aún no lo sabemos, señora. Unos compañeros de mi unidad marchan a estas horas en su búsqueda para hacer las comprobaciones pertinentes. ¿Qué puede decirme de su hermana Amanda? Según constan en los datos del Registro Civil nacieron en la misma fecha.

—Es mi hermana gemela.

—¡Ah! Gemelas entonces.

—Sí ¿por? —quiso Teresa indagar acerca de lo que estaba pensando la subinspectora.

—No, nada, lo digo porque es extraño que dos gemelas no hayan tenido contacto durante tanto tiempo. Suelen ser hermanos muy unidos.

Teresa sintió que se le aceleraba el corazón y los ojos se le humedecían.

—No veo a mi hermana desde la Nochebuena de 1986. Tras lo sucedido nos separaron. A mí me llevaron al orfanato y a mi hermana... no lo sé, pero unas semanas después me informaron en el orfanato que mi hermana iba a ser adoptada por un matrimonio británico.

—Escocés para ser más exacto. Según hemos podido averiguar, los padres adoptivos de su hermana se llaman Aibert y Leanna —precisó Sara.

—Es la primera noticia que tengo. —Teresa se sorprendió de los datos de los que disponía la subinspectora y esta interpretó su expresión como de veracidad. De momento no dudaba de ella.

—Dígame, ¿recuerda a su familia como una familia unida?

—Sí, así es; al menos los pocos recuerdos que tengo. Muy unida hasta la Nochebuena de... —Tuvo que parar para ahogar un sollozo.

—Sí, desde aquella noche. Entiendo. —Sara le ofreció un vaso de agua y le dio unos segundos —. ¿Y ningún miembro de su familia quiso hacerse cargo de vosotras?

—No —contestó Teresa sin añadir más.

—¿Y por qué cree que ocurrió eso? ¿Por qué las abandonaron para siempre, sin tener más contacto con usted y su hermana?

Teresa ya no pudo aguantar más el llanto, así que iba limpiándose las lágrimas a medida que intentaba responder a las preguntas.

—Nunca supe por qué. La única ocasión en que volví a ver a uno de mis parientes fue tras la desaparición de mi prima Inés; me avisaron en el orfanato de la noticia y rogué al Padre Luis, que dirigía el establecimiento, poder ver a mis tíos. Él mismo me llevó a Sevilla para visitarlos. Me hubiera gustado preguntarles a ellos y a mi prima Elsa, pero estaban destrozados por la desaparición de Inés y no me atreví a hacerlo. Estuve un par de días con ellos, consolándoles como pude y...

—¿Y qué más...? Siga, Teresa, por favor —ordenó Sara amablemente.

—Y nada. El padre Luis me llevó de regreso a Toledo, al orfanato; jamás pude hablar con ellos abiertamente de lo sucedido a mis padres, ni del paradero de mi hermana. Mi visita a Sevilla se tradujo en el vacío más absoluto que he sentido jamás, me sentí egoísta y culpable.

—¿Por qué?

—Porque yo necesitaba respuestas, y pretendí que me las dieran unas personas que acababan de perder a una hija y a una hermana, respectivamente. Estaban sumidos en la más profunda tristeza que he visto jamás. —Se sonó la nariz, que se le había congestionado hasta el punto de impedirle casi respirar.

—¿Y nunca más volvió a ver a nadie de su familia después de aquella visita?

—Nunca más.

—Sé que es doloroso para usted hablar de esto, y la entiendo, pero permítame que insista. ¿Por qué cree que su familia decidió abandonarla a usted y a su hermana?

Teresa fijó la mirada un momento en Sara, la cual se apoyó sobre el respaldo de la silla esperando, quizás, una respuesta que le diera alguna pista.

—Porque... al menos por lo que recuerdo... mis padres eran un matrimonio feliz. Se adoraban, se mostraban cariñosos con nosotras y entre ellos mismos. No tengo ningún recuerdo de discusiones ni peleas entre mis padres. Eran buenas personas.

—¿Y eso qué tiene que ver? —se sorprendió Sara.

—Pues que dudo mucho que nadie en mi familia creyera el testimonio que dio mi hermana sobre lo sucedido. Yo no creo, desde luego, que mi padre matase a mi madre y luego se suicidara clavándose el mismo cuchillo. —Rompió a llorar—. Y es un pensamiento que lleva atenazándome toda la vida.

—¿Y qué insinúa?, ¿que fue su hermana, una niña de seis años?

—Justo antes de lo sucedido hubo un apagón en la casa de mi abuela y, cuando pudimos encender una vela, ella apareció en el salón, manchada de sangre y con el cuchillo en la mano.

Sara se estremeció. Ese detalle no aparecía en sus datos.

—¿Y sus padres?

—Mis padres ya estaban muertos cuando apareció Amanda. Mis tíos descubrieron los cadáveres en la habitación. Todo ocurrió muy rápido.

Sara intentó apartar la mirada de Teresa, pues estaba empezando a afectarle el estado emocional en el que se encontraba la mujer.

—Una última pregunta, Teresa. —Esta no dijo nada, se limitó a secarse las lágrimas y esperar—. ¿Le suena de algo el nombre de Anton Szandor LaVey?

Teresa se mostró confundida.

—No. ¿Quién es?

—Un escritor y músico estadounidense. Fundó la llamada Iglesia Satánica, una especie de asociación para adeptos del diablo y cosas así. Al parecer, según datos que tenemos, su abuelo Saturnino formó parte de esa organización, por eso se lo pregunto.

—No tengo recuerdos de mi abuelo, murió cuando yo iba a cumplir tres años y nadie nunca me había revelado ese dato.

—Pues verá, resulta que ese tal Anton ideó once mandamientos satánicos, a semejanza de los diez mandamientos cristianos.

—¿Once?

—Sí, suele ser habitual que este tipo de sectas busquen al mismo tiempo semejanzas con su antagonico y algún detalle que las diferencie.

—Entiendo, pero... ¿qué tiene que ver con el asesinato de mis tíos?

—Muy sencillo, Teresa, se lo mostraré.

Sara le enseñó las fotografías de las dos leyendas escritas con sangre que descubrieron en la escena de ambos crímenes.

—Se corresponden con los mandamientos tercero y cuarto.

Teresa palideció al ver las fotografías; se le secaron las lágrimas inmediatamente y su mente se activó de repente.

—Pero dice que son once. ¿Y los demás? —preguntó inquieta.

Sara sacó un folio donde tenía impresos los once mandamientos y se lo acercó. Teresa leyó con avidez y trató de disimular todo lo que pudo: esas once frases coincidían con la vieja nota que le dejó su abuela en el pequeño baúl rojo que guardaba en su trastero. «Mandamientos de satán», pensó. Miró a la subinspectora con cara circunspecta y guardó silencio.

—Por su expresión veo que no le dice nada esto —afirmó Sara.

—Lo siento —dijo Teresa aliviada de que no descubriera lo que sentía realmente en ese momento.

—Está bien, Teresa, siento haber tenido que molestarla en un día como este. Tenga —le entregó una tarjeta personal—, por si recuerda algo que pudiera ser de interés.

Se estrecharon las manos y se despidieron. Sara se quedó sola en el despacho unos minutos más. Cavilando. Solo tomó una anotación en su libreta: «¿¿Sospechosa??».

Al salir del edificio, Teresa se dejó inundar por una ráfaga de aire frío que la revitalizó. Decidió regresar a casa andando, tomándose su tiempo y así evitar tener que encontrarse con Pelayo. Puede que a la subinspectora pudiera ocultarle la sensación de pánico que tenía, pero a su marido sería más difícil, así que le escribió al móvil, le dijo que tardaría un rato en llegar a casa, que había salido de compras, le deseó una buena noche de juerga con sus amigos y le mandó besos. Pelayo no tardó en contestarle del mismo modo.

Entonces trató de recordar la nota escrita por su abuela: «Si alguna vez te encuentras con algunas de estas frases, rézale a la Virgen y al Señor, cariño mío. Tu abuela que te quiere».

Se le heló la sangre. Se acababa de encontrar con dos de esas enigmáticas frases.

IX

18 de enero de 2020. Sábado. 22:00. Madrid.

Pelayo salía de la boca de metro de Gran Vía. Se apresuró, pues ya era la hora. Había quedado con sus dos mejores amigos, Carlos y Rodrigo, lo que sucedía con una habitualidad cada vez menor. El trabajo, las obligaciones y acostumbrarse a las rutinas maritales daban algo de especial a cada salida con los colegas. Quince años de matrimonio daban para mucho, también para olvidar viejas costumbres. A veces pensaba si no se habría casado demasiado joven.

La Gran Vía madrileña estaba atestada de la fauna multicolor que la caracterizaba. Un gran valle de hormigón y cristal en el que la manada humana se afanaba en vivir deprisa. La Taberna Eguirre no andaba lejos y, cuando llegó, sus dos amigos ya estaban apostados en la barra con la primera cerveza.

—¡Ey, mira quién viene por aquí! —gritó Rodrigo al verlo entrar en la taberna.

Abrazos de rigor, las primeras risas y un camarero diligente, que ya colocaba otra jarra de cerveza fría sobre la barra a la voz de:

—Lo mismo que beben estos dos, por favor.

La vida conyugal había reducido mucho las ocasiones para alternar, así que las que se daban se aprovechaban al máximo. Tres hombres adultos, liberados por una noche y con recursos. Todos los vicios se antojaban posibles en una noche así. Un día es un día.

El plan era simple: unas cañas y picoteo en la taberna y después a deambular por alguno de esos garitos que aplacan la soledad y la rutina en la noche madrileña. Tras unas primeras rondas rápidas empezaron las risas y los comentarios varoniles: que si la jefa de Carlos se ponía unas minifaldas de la hostia; que si Marcela, la exmujer de Rodrigo no paraba de agobiarle con la urgente e imprescindible necesidad vital de vender el que fue hogar común del matrimonio... Libres, hombres y bravucones. El juego propio de la testosterona desatada.

Pidieron jamón ibérico, croquetas de bacalao y algunas viandas más que ofrecía la vitrina luminosa de la barra. Rodrigo, con sus aires de juventud fuera de órbita, vestía unos tejanos rasgados con una camiseta negra ajustada que marcaba su musculatura de cuarentón empeñado en no envejecer. Pelayo, de cuerpo atlético y delgado a causa del *running*, algo más clásico, llevaba camisa blanca, chinos azules y unos elegantes zapatos negros. Carlos, el tercero en discordia, tenía un estilo de esos sin definir, propio de un hombre sin gusto y sin mujer que le asesorase.

—Oye, Rodri, ¿qué tal el curro? —preguntó Carlos.

—Pues nada, lo de siempre, dando bandazos con la furgoneta. He estado haciendo portes desde el sur, en Barbate.

—Vaya. qué cabrón, seguro que habrás aprovechado para darte un garbeo por la zona.

—Que va. tío, solo curro, pero con bastante sustancia —dijo frotándose dos dedos de su mano derecha, indicando el típico símbolo de dinero.

—Estás que te sales, tío —dijo Pelayo apretando el brazo musculado de su amigo.

—Ya ves, hay que sacar tiempo para cuidarse.

—¿Y tú, sigues con esa manía del *running*? —preguntó Rodrigo.

—Sí, suelo salir casi a diario y ahora Teresa se está animando a venir conmigo también.

—Joder, ya no te deja solo ni para correr, ¿eh? —comentó Carlos.

Pelayo hizo un gesto de «no queda más remedio».

—¿Y tú, Carlos, sigues igual? —preguntó Pelayo.

—Pues sí.

—O sea, sin follar, ¿verdad, campeón? —dijo Pelayo provocando la risa de los tres.

—Cabrones, no me jodáis, yo al menos puedo follar con quien quiera y no como tú, que tu mujer te tiene atado.

—Más que atado, Carlos, disecado —añadió Pelayo.

Los tres reían al unísono por cada chorrada que soltaban. Rodrigo apuró su jarra de cerveza de un trago y rodeó con los brazos a sus dos compañeros.

—Oye, tíos, esta noche tengo preparado algo especial —dijo susurrando.

—¿Ah, sí?

—¡Nos vamos de putas! —gritó Carlos haciéndose el gracioso.

—Mucho mejor que eso, Carlitos: os voy a llevar a un sitio nuevo; lo conocí hace poco por recomendaciones de gente del trabajo. Ya veréis, os va a encantar.

—¿De qué se trata, una nueva discoteca? —preguntó Pelayo.

—Se llama Demáscaras, está en las afueras. Es un lugar fuera de lo común, solo para valientes. ¿Os atrevéis, verdad? —dijo con una sonrisa retadora.

Carlos y Pelayo, movidos por la intriga y las ganas de fiesta, contestaron afirmativamente a la vez. Rodrigo, en un alarde de bonanza y con maestría torera, sacó la tarjeta y pidió al camarero que se cobrase.

Salieron del local guiados por Rodrigo, quien había dejado su coche aparcado en uno de los *parkings* subterráneos del centro. Un pequeño viaje de veinte minutos gracias a un tráfico despejado los llevó a un local en los límites de la Casa de Campo. Un pequeño letrero luminoso les dio la bienvenida. Demáscaras. Se advertía como uno de esos lugares que pretenden preservar cierta intimidad, pero sin esconderse del todo.

Las puertas de entrada eran negras, con un extraño relieve de angelitos con rostros angustiados en el dintel que marcaban la frontera del misterioso lugar al que los llevó Rodrigo.

De vigilante, cual perro cancerbero, un tipo grande, con rostro serio y vestido de frac, controlaba el acceso. Les abrió la puerta con reverencia y un «buenas noches, caballeros». Pelayo sonrió internamente, pero reconoció que el efecto retro y algo misterioso estaba conseguido. Tras cruzar, entraron en un pequeño *hall* de paredes rojas, salpicadas de pequeños espejos con bordes dorados de todas las formas posibles. Una mezcla de cabaret parisino y de palacio victoriano abandonado. Se escuchaba una suave música de fondo, *jazz*, sin duda, esa música que nadie entiende, pero todo el mundo reconoce. La luz amable y tímida creaba una atmósfera indeterminada.

El tipo del frac les indicó que les siguiera. Al fondo colgaban del techo unas inmensas cortinas de terciopelo rojo que servían, a modo de segunda entrada, para velar por la intimidad de lo que iban a encontrarse. El hombre desplazó ligeramente una de ellas invitándoles a pasar.

La oscuridad se hizo mayor. Se trataba de un amplio salón, a la luz de unas pocas pero bien seleccionadas velas eléctricas dispuestas irregularmente por todo el espacio.

—¿Qué tal, tíos, os gusta? —preguntó Rodrigo.

—No está mal, Rodri, pero pensé que iríamos de putas más tarde —contestó Carlos soltando una carcajada forzada.

—Tío, no seas tan paleta, esto no es un puticlub y estas tías no follan por dinero.

Pelayo, muy observador y obviando el chiste fácil y grosero de su amigo, percibió al instante que, efectivamente, aquello no era un club de alterne, lo que le alivió pues, a pesar de las bromas que solían hacer al respecto, no entraban en sus hábitos ese tipo de locales.

Una pequeña barra circular dirigía la escena desde el centro del salón. Dos camareros bien uniformados atendían las peticiones alcohólicas de la clientela. La estancia estaba repleta de sillones y sofás colocados con un medido desorden y el ambiente era de lo más curioso. Parecía estar bien repartido entre hombres y mujeres —con estudiada paridad—, mucha elegancia en la vestimenta, fragancias suaves pero penetrantes y dos mujeres atadas a sendas cruces en forma de equis ancladas en la pared. Una de ellas llevaba una especie de bikini de látex negro y la otra, una minifalda de cuadritos y una máscara de cuero que le cubría toda la cabeza. Los pechos descubiertos. Pelayo los miró: eran bonitos, proporcionados, simétricos y de un tamaño amenazantemente grande, pero sin llegar a serlo. Al instante, Pelayo advirtió que, salvo él y su amigo Carlos, nadie parecía mostrar el más mínimo interés por aquellas dos damas expuestas como objetos. «¿*Body art*?», pensó errático.

Pelayo señaló a Carlos la barra para ir a pedir algo. Rodrigo ya estaba envuelto en la multitud, hablando con un pequeño grupo: estaba claro que no era la primera vez que visitaba el lugar, así que lo dejaron a su aire. Ocuparon dos taburetes y se apoyaron sobre la barra. Pelayo pidió un Bloody Mary picante y su amigo, mostrando su poco *glamour*, un Dyc con Coca-cola.

La escena se componía de pequeños grupos de tres a cinco personas, la mayoría portando *looks* muy sofisticados, lo que hacía destacar y descubrir fácilmente a otras figuras humanas que no encajaban, *a priori*, en el ambiente. Se cruzó delante de ellos un tipo vestido con un mono de cuero, pegado al cuerpo, cubriéndole hasta la cabeza y con solo unos orificios en la nariz para respirar y una cremallera horizontal donde se suponía que tendría la boca. Le daba un aspecto de personaje de cine gore. En otro rincón, dos chicas sentadas airadamente en uno de los sofás, vestidas al estilo lolitas y rodeadas de cuatro hombres y una mujer que observaban cómo se besaban con descaro, metiéndose las manos por debajo de la falda, regalándose sonrisitas llenas de complicidad y con miradas traviesas e infantiles. Una estética infantil para dos mujeres, probablemente, cuarentonas. «Buen efecto», pensaba Pelayo: mucha teatralidad y una estética absorbente que imponía respeto y excitación al mismo tiempo.

Rodrigo, con exasperación ante la quietud de sus amigos, se acercó a ellos para tratar de animarlos:

—¿Os gusta el lugar? Es un club de BDSM, probablemente el más antiguo de todo Madrid y dicen que de toda España. Aquí las fiestas son algo diferentes. ¿A que está de puta madre, Carlitos?

—Ya te digo, socio, es como en las pelis guarras, todo del mismo rollo, pero, oye, entonces... ¿aquí hay putas o no?

Rodrigo se echó a reír ante la insistencia.

—No, Carlitos, ya te he dicho que no. Esto no es un club de carretera. Verás, aquí funciona de otra manera. Ven, anda, que te voy a enseñar los reservados para que veas algo de lo que trato de

explicarte. ¿Tú vienes, Pelayo?

Este sonrió e hizo ademán de que siguieran ellos solos, prefería quedarse en la barra.

—Así que un club de BDSM —pensó Pelayo en voz alta mientras veía perderse entre la multitud a sus dos compañeros.

—Exacto, caballero, un club de BDSM, ¿le aterra la idea? —sonó de repente una voz femenina a su espalda. Este se volvió sorprendido para descubrir, justo a su lado, apoyada en la barra con un estilo casi cinematográfico, a una pelirroja de infarto.

—¿Y qué significa eso exactamente? —preguntó con picardía intentando que no se descubriese su total ignorancia sobre el tema, aunque la mujer lo miró con la condescendencia propia de quien quiere apiadarse de alguien. La pregunta estuvo mal calibrada y, desde luego, reveló su papel en la escena: el chico nuevo que no tiene ni idea. Pelayo sintió estupor ante la presencia de la pelirroja, encorsetada con un vestido negro ceñido, de escote infinito en el que se pronunciaba el busto redondeado de la mujer y con las piernas descubiertas hasta el límite de la ensoñación más masculina. La situación empezó a supeditar su voluntad al imprevisto; todo su ser era imprevisto en aquel momento.

Ella sonrió con dulzura maternal, lo que provocó en Pelayo una extraña confianza. Era una mujer que ni soñada podía ser tan mujer, con la feminidad brillando en su piel, ojos verdes esmeralda, tacones de punta fina, piernas largas y perfectas, su vestido que dibujaba las curvas del pecado original y rematada por un cabello pelirrojo cual medusa acechante.

—Muy sencillo, caballero. B, de *bondage*, que básicamente significa la supresión del movimiento físico; D, de dominación para expresar el arte de controlar; S, que nos revela el *sado* y la sumisión para gozar del placer de proporcionar dolor y de obedecer respectivamente; y M, de masoquismo, que está justo al otro lado de la misma moneda, para gozar del propio dolor —contestó la pelirroja.

—Pero... ¿proporcionado por quién? —siguió Pelayo mostrando interés en el asunto.

—Por un amo, dómina, *mistress*...—La pelirroja tomó un sorbo de su copa sin dejar de mirarle, otorgando un silencio arrebatador—. Tiene muchos nombres —terminó la frase después de tragar.

—¿Y por qué alguien iba a tener un amo?

—Muchísima gente no quiere ser libre, no es capaz de serlo. Prefieren la estabilidad y la seguridad que proporciona ser poseído. Y la sumisión no existe por sí sola, necesita un amo que la complete. Dominación y sumisión es un dualismo necesario. No podrás experimentar el verdadero placer si no tienes a alguien que te obligue a traspasar la frontera de lo físico y de la moral. No existe dominación sin una voluntad sometida; no puedes someter a alguien sin poseer el control físico de su cuerpo y no puedes adueñarte de su alma si no permites que la tuya fluya en su plenitud. Amo-sumiso, en todos los géneros, en cualquier combinación posible, es un todo inevitable.

Pelayo, extrañado por el discurso, no estaba seguro de si lo que acababa de escuchar tenía sentido, pero sintió atracción por esa mujer, así que continuó con la conversación.

—¿Y... usted qué es?

—¡Ah! Me has llamado de usted, eso denota cierta sumisión —sonrió. Pelayo se quedó en blanco sin saber qué decir, intervalo que aprovechó la mujer para continuar—. En realidad, yo soy una *switch*. Ni dómina ni sumisa. Las *switch* somos las hermafroditas del BDSM: según cada momento adoptamos uno u otro rol, somos el comodín de las artes oscuras del deseo. —Bebió de nuevo de su copa—. Aún no te he dicho mi nombre, me llamo Rosa. ¿Y vos, caballero?

—Pelayo, mucho gusto.

—Del gusto ya veremos, quizás, más adelante; por el momento prefiero que me cuentes que hace aquí un vainilla. ¿Quién te ha traído?

No hizo falta que Pelayo preguntara el significado de «vainilla»: sonó despectivo y en ese ambiente tan absorbente y con aires de secta, dedujo por sí solo que era la forma de identificar al extraño: alguien que aún no había salido del «armario BDSM».

Se sentía como un bicho intruso en un nido de mariposas voraces. Pelayo le contó que los había traído por primera vez su amigo Rodrigo; alabó la decoración y el gusto del local y la buena elaboración de los cócteles. Rosa no mostró ningún atisbo de interés en nada de lo que decía, su voz le estaba sonando a conversación de ascensor, forzado a hablar hasta que las puertas se abrieran. Estaba claro que ella pretendía dirigir la conversación, aunque supo mostrar el respeto de rigor ante una perorata tan trivial y aburrida.

Sin aviso preparatorio ni nada, Rosa pidió a Pelayo que la acompañase. Aquella empezó a caminar con seguridad, dando por hecho que el hombre la seguiría. Y así fue: empezó a caminar tras la estela imaginaria que ella iba abriendo. Pelayo, que ya empezaba a ir sobrecargado de alcohol, no pudo evitar fijarse en el movimiento ondulado de los glúteos de Rosa, el culo más redondito y maravilloso que había visto en muchos años. Se movía como la gata felina que era y, además, con la seguridad de ser plenamente consciente de ello. Emanaba poder por sus poros. Pelayo se sintió vulnerable, aterido por la imposibilidad de negarse a Rosa.

Atravesaron el salón principal hacia una de las esquinas en las que había una puerta entreabierta. Pasaron por un pasillo con luz tenue y salpicado a su vez de más puertas, como si del pasillo de un antiguo hotel se tratase; algunas estaban cerradas, otras, en cambio, invitaban a mirar lo que allí sucedía. Pasaron por varias de ellas. En la primera, un hombre esposado, completamente desnudo, estaba siendo azotado por una mujer enmascarada; en la segunda, Rosa se paró en seco deteniendo a Pelayo para obligarle a mirar, sabía que iba a sorprenderlo y así fue. La escena que se estaba representando escapaba a los límites de su imaginación: una mujer colgada boca abajo a través de un complejo sistema de cuerdas ancladas al techo y un hombre gordo, gordísimo, a su lado. Este introducía un *dildo* enorme por la vagina abierta hasta el extremo, una boca de carne desdentada mirando hacia arriba dada la posición de la mujer. Al mismo tiempo, el hombre gordo había introducido su falo en la boca de la mujer. Pelayo pudo observar que estaba flácido. Rosa lo cogió del brazo para acercarlo y le susurró.

—Ahora verás.

El tipo gordo sacó su miembro de la boca de aquella mujer que permanecía abierta e inmóvil y empezó a orinar sobre ella, resbalándose un líquido transparente por los labios y mojando parte del rostro de la mujer. Rosa sonrió a Pelayo.

—Bendita lluvia, ¿verdad?

Estremecido, Pelayo siguió a Rosa, que tiró ligeramente de él para que siguiera caminando hasta la siguiente puerta abierta con la que se toparon. Allí dentro solo había una chica joven sentada en una cama, rubia, guapísima, con un rostro dulce y aniñado. Estaba desnuda salvo por unas sandalias de tacón negras que sujetaban los diminutos pies con dos tiras, una rodeando el tobillo y otra justo a la altura de los dedos. Envolvían unos pies perfectos, con las uñas de exquisita pedicura y esmaltadas en rojo pasión. Dos lindos pies que sostenían a una nínfula que era la justa belleza.

—¿Sabías que el sentido de la belleza está íntimamente relacionado con la simetría? —Pelayo guardó silencio, pues no dejaba de contemplar a la joven—. Pues aquí tienes un ejemplo: te presento a mi sumisa más querida, puedes llamarla Carla —dijo Rosa.

Carla se levantó de la cama. Pelayo se acercó levemente para saludarla, le tendió la mano, pero no hubo respuesta, la mirada de Carla estaba fija en el suelo. Rosa se echó a reír.

—¡Ay, Pelayo, cuánto tienes que aprender aún! No pretenderás que mi sumisa te salude sin mi permiso, ¿no? —Pelayo la miró perplejo y sin poder abrir la boca—. Carla solo responde ante mí y solo hace lo que yo le diga, cuando yo lo diga y con quién yo diga. Es una sumisa excepcional, nació realmente para esto. ¿Adivinas dónde la conocí?

Pelayo hizo un gesto de negación.

—En un orfanato de Bogotá; ella solo tenía once añitos cuando la adopté. Ahora, como puedes ver, es una veinteañera maravillosa. ¿Qué te parece, te gusta?

Sintió una repentina repulsión por lo que acababa de oír.

—¿Cómo que la adoptaste? ¿Es tu hija? Pero... cómo... —arremetió con desconcierto.

—Sí, es mi hija adoptiva, educada e instruida por mí. Sobre su alma y su piel he modelado a la sumisa perfecta, sin límite, sin tiempo, solo sumisa. ¿Has oído hablar de las relaciones 24/7?

Otra vez la misma cara de sorpresa en Pelayo, que no sabía muy bien cómo tomar las riendas de la situación.

—... Por tu cara diría que no. Verás, normalmente en el mundo BDSM las personas suelen vivir bajo las convenciones y normas habituales, seguramente del mismo modo que tú, pero reservan cierto espacio para expresar sus roles, su naturaleza sumisa o dominante. Lo hablan, lo pactan, adoptan una determinada estética y empieza la función. Son sesiones temporales con principio y fin. Una vez satisfechos sus deseos vuelven al planeta común de los simples mortales. ¿Me sigues, Pelayo? —Sorprendido, pero sí, la seguía—. No obstante, existen otras personas que no hacen un simple teatro, sino que aceptan lo que son y viven coherentemente con ello, tal cual son y desean ser. En definitiva, una relación 24/7 quiere decir exactamente eso: veinticuatro horas al día, siete días a la semana. Una relación dom/dómina-sumiso/a con principio y hasta el final.

—¿A qué final te refieres? —exclamó Pelayo algo escandalizado.

—Al final de los días. —Soltó una carcajada que ruborizó al hombre.

—¡Pero Carla es tu hija adoptiva! —volvió a insistir esta vez con acritud.

—Carla es mi hija en todos los sentidos, ella nació para mí, yo le di la vida, puede que no en el sentido biológico del término, pero sus primeros once años de vida no son nada para ella. Cuando aparecí yo se lo di todo: amor, sustento, educación, le di hasta su alma, que no es más que una prolongación de la mía. Vivimos en una constante simbiosis en la que yo despliego mis deseos dominantes sobre ella, sin necesidad de pacto ni de teatros; es un apéndice unido a mí, a mi entera disposición. Carla y yo somos el paroxismo del BDSM.

—Has convertido a esta pobre criatura en tu esclava —condenó Pelayo.

—Maravillosa expresión.

—¿Ella haría cualquier cosa por ti?

—Cualquier cosa que yo le ordene.

Pelayo estaba indignado, se sentó al lado de Carla y mirándola le preguntó.

—¿Tú estás de acuerdo con todo esto?

Pero no hubo respuesta. La chica seguía quieta mirando al suelo.

—¡Contéstale! —ordenó Rosa de repente sobresaltando a Pelayo.

Al segundo, la nínfula de tez jovial y cuerpo virginal elevó su rostro y lo dirigió hacia el de Pelayo, con la mirada más dulce y fría a la vez que este había visto jamás. Estaba llena de Rosa, como poseída por ella, retando los límites de la ciencia conocida. Contestó con voz firme:

—Cualquier cosa que ordene mi dómina haré de inmediato, sin vacilación alguna, pues su alma

es la mía propia y no tengo más deseo que servir de instrumento para complacer a mi ama.

Justo después se miraron las dos y Rosa rodeó a Pelayo por la espalda con su brazo, se acercó a su oído, apretó su rostro contra él y le susurró:

—Desea, Pelayo, desea lo que quieras.

Lo apretó con más fuerza. Pelayo se sentía inmóvil, paralizado, algo estaba invadiendo su mente. Dolía, pero no lo rechazaba, quería más, fue una sensación poderosa que le atraía inevitablemente. Desea, desea, desea. Es lo único que escuchaba en su interior. Sudaba, estaba frío y ardiente por dentro al mismo tiempo, sintió que iba a explotar. «¿Qué me está pasando, qué me ocurre?», oía su agitado pensamiento.

Al instante, Rosa se despegó bruscamente y se puso nuevamente en pie mientras Pelayo caía derrotado sobre la cama sin entender muy bien por qué.

—Carla.

—Sí, señora.

—Hazle una mamada.

Con la justa presión sobre el miembro viril, acariciándolo con su boquita joven, pero sin duda experta; arriba y abajo, por los lados, sin dejar de mirar a los ojos a Pelayo, solícita, puta, esclava, haciéndole sumiso a su vez de la sumisa. Eran como una cadena de lujuria conectada a piel y gotas de sudor. No respiraba, no podía hablar. El lenguaje del jadeo todo lo eclipsaba y Pelayo no era él, era su polla en la boca de Carla, fundiéndose en su calor, mezclándose con la saliva de Carla que le lubricaba la erección y evitaba así la quemazón de la piel por la fricción más acelerada. Eyaculó sin remedio allí dentro quedando muerto y resucitado simultáneamente. Carla apretó sus labios para que no escapara nada, succionándolo todo y mostrándole, acto seguido, su boquita abierta llena de esperma blanquecino y espeso, como si de una azucena que brotase entre los labios de la joven se tratase.

Rosa lo miró con cariño mientras Pelayo, atormentado e inquieto, se abrochaba torpemente el cinturón. Solo quería escapar de allí. No dijo nada, pues tal era la vergüenza que sentía. Se puso en pie y miró a Rosa, que se apartó de la puerta dejando el espacio libre.

—Ahí tienes la puerta, Pelayo. Hasta la próxima —dijo en tono triunfante.

Corrió como alma que lleva el diablo. Volvió a atravesar el mismo pasillo regresando de nuevo al salón principal. Oteó alrededor, pero no vio a Rodrigo ni a Carlos, tan solo una bacanal de carne, sudor y gemidos. Una orgía orquestada en ese lugar totalmente indiferente a su presencia lo paró en seco. Unas cincuenta o sesenta personas fornicando al mismo tiempo, en un abanico de posturas y posibilidades que era difícil de imaginar *a priori*. Atravesó como pudo la escena procurando no tropezar ni entorpecer a ninguno de los allí presentes. Al llegar de nuevo al *hall* del establecimiento, el tipo del frac le abrió la puerta de salida con total naturalidad.

Respiró un poco de aire. Llamó a un taxi y mientras lo esperaba mandó un SMS a sus amigos: «Me marchó a casa».

X

19 de enero de 2020. Domingo. 02:00. Llanes, Asturias.

—Jefe, ya tenemos habitación —dijo Tiziano saliendo de la recepción del hotel.

Malatierra tiró el cigarrillo que a duras penas pudo encender a causa del viento que golpeaba con fuerza y siguió al italiano dentro del edificio frotándose las manos para entrar en calor.

—¿Algún mensaje de Sara? —preguntó el inspector.

—No, jefe, el móvil está en blanco, ya hablaremos mañana con ella.

—Mejor, necesito descansar y tener una noche tranquila.

—¿Alguna otra cosa?

—Está bien por hoy, intenta descansar —dijo con la voz agotada.

Ascendieron a la segunda planta. Tiziano le entregó la llave de su habitación y él se quedó con la suya. Se despidieron hasta la mañana siguiente. Se verían en el desayuno para seguir con la investigación.

19 de enero de 2020. Domingo. 02:30. Madrid.

Oficina Central del 091

«A todas las unidades, acudan de inmediato a la plaza Dos de Mayo, tenemos varios avisos de altercados por la zona; al parecer hay una reyerta multitudinaria».

Guillermo encendió la sirena y aceleró. Miró a su compañero.

—¿No querías tener una noche tranquila?

—Sí, esto pinta de puta madre —le contestó.

—Aquí Z4, vamos para allá —avisaron desde el coche patrulla.

Atravesaron Gran Vía a toda velocidad y giraron en la Calle San Bernardo para adentrarse por las callejuelas de Malasaña. Apareció a sus espaldas otra patrulla que acudía al mismo requerimiento. Entraron por la Calle Daoiz y hubo un frenazo brusco.

—¡Coño, para ahí!

Guillermo bajó apresuradamente del vehículo con la mano en el arma. Le siguió su compañero y dos agentes más que venían justo detrás. Tenían delante un grupo de ocho personas que parecían estar agrediendo a otra que yacía tumbada en el suelo.

—¡Policía, levántense y ponga las manos en alto! —gritó apuntando con su pistola.

Los cuatro policías avanzaban despacio formando una línea, con las armas listas y apuntando al extraño grupo que de momento hacían caso omiso.

—¡Policía! —gritó otro de los agentes.

—¡He dicho que se levanten y pongan las manos en alto! —repitió Guillermo esta vez en un tono más duro y rasgando los ojos para tratar de ver con nitidez el rostro de los agresores.

A medida que se iban acercando, los agentes empezaron a sentir el pulso acelerado. Se escuchaban gruñidos y un ruido grotesco. El grupo de personas estaba medio oculto por la oscuridad de la noche y por la calle mal iluminada. Guillermo sacó la linterna y, acoplándola con su mano libre a la que sostenía el arma, apuntó el haz de luz hacia la escena.

Al verse sorprendidos por el leve rayo de luz, uno de los individuos se incorporó. A los agentes se les heló la sangre. Era un hombre de mediana edad, con la camisa blanca manchada de sangre. Los miró y empezó a emitir un rugido casi animal. Apretaba los dientes enseñándolos como si fuera un perro rabioso. Hilos de sangre le resbalaban por las comisuras de los labios y sus dientes estaban ensangrentados.

—¡Ponga las manos en alto! —ordenó Guillermo sin moverse del sitio, ya que estaban a una distancia poco prudencial, y esperó a ver cómo respondían.

Otros tres más se pusieron de pie de modo amenazante; gruñían, desgañitaban su garganta emitiendo unos alaridos de ultratumba. Los cuatro ensangrentados empezaron a correr repentinamente hacia los cuatro agentes gritando como posesos.

—¡Alto ahí!

—¡Quietooooooooos!

Intentaron disuadirlos, pero los atacantes no cesaron en su empeño. Se aproximaban vertiginosamente hacia los agentes.

Seis disparos impactaron sobre los cuatro individuos, que cayeron de súbito al suelo. El olor a pólvora se mezcló con el sudor frío que el miedo había hecho brotar del cuerpo de los policías. Ninguno de los cuatro había usado nunca un arma en servicio hasta ese preciso instante. Aún quedaban otras cuatro personas que esperaban apostadas en el mismo sitio como si nada; estaban rodeando un cuerpo inerte, tirado en el suelo, ahora se veía con claridad la escena gracias a varias luces que se habían encendido en el vecindario.

Guillermo se echó la mano a la boca para no vomitar al ver lo que ocurría: los ocho individuos habían estado devorando un cuerpo. Un cuerpo humano.

—¡Pónganse de pie con las manos en alto! —volvió a gritar a los cuatro que aún los miraban de rodillas en el suelo embadurnados de sangre.

Pero tampoco la respuesta fue la esperada. Se pusieron de pie al instante y empezaron a correr huyendo de los agentes. Mientras se alejaban, gritaban como malditos endemoniados, sembrando un auténtico pavor en los cuatro policías que no daban crédito a lo que acababan de presenciar.

—Pide refuerzos, necesitamos ayuda —ordenó Guillermo a uno de sus compañeros—. ¡Vamos, seguidme que no se escapen, joder!

Guillermo y dos agentes más empezaron a correr tras los fugados en dirección a la plaza Dos de Mayo. Escuchaban los rugidos estridentes de los huidos. Justo al pasar al lado del cuerpo donde habían encontrado a los caníbales, dirigió una mirada veloz para ver el estado del sujeto y pudo comprobar que estaba abierto en canal con restos de vísceras colgándole a ambos lados. Una arcada se le vino a la garganta mientras seguía corriendo.

Perdieron de vista unos segundos a los perseguidos cuando estos llegaron al final de la calle y entraron en la plaza Dos de Mayo, pero al volver la esquina los agentes vieron que ya se habían topado con ellos otra patrulla que acudió por el otro extremo. La plaza era una auténtica marabunta humana corriendo despavorida en todos los sentidos posibles, huyendo de la amenaza que representaban aquellos individuos ensangrentados, chillando, atacando a cualquiera que se

ponía en su camino. Se lanzaron contra los clientes de las terrazas como una manada de lobos en plena cacería. Atacaban al cuello, mordiendo y arrancando de cuajo tendones y piel, reventando yugulares a su paso.

—¡Quieto! —aulló Guillermo apuntando con el arma a uno de los que perseguían, pues había agarrado por el cuello a otro policía que había acudido en su ayuda por otro extremo de la plaza. Pudo ver que el agente tenía los ojos desorbitados por la presión que ejercía sobre su cuello y parecía brotar sangre entre los dedos que lo sujetaban.

Guillermo apuntó al hombro derecho del rabioso y disparó. De inmediato, el atacante cayó al suelo dando un alarido que provocó el pánico generalizado. La plaza estaba llena, con varias terrazas repletas de gente que habían salido despavoridas al aparecer los cuatro individuos llenos de sangre y rugiendo como fieras. Todo era un completo caos de gritos, carreras, mesas y sillas esparcidas por toda la plaza. Ni rastro de los otros tres que habían desaparecido entre la multitud.

Otro de los agentes acudió de inmediato a socorrer al policía agredido, que, al verse liberado por el certero disparo, se dejó caer sobre sus rodillas intentando recuperar la respiración que casi le había cortado aquel individuo. Guillermo cogió su radio para pedir una ambulancia y con su pierna derecha giró el cuerpo yacente del agresor al que acababa de disparar. Aún respiraba. La sangre se expandía como una mancha creciente en el suelo. Este era un hombre joven, de unos treinta años y en buena forma. Lo miraba con las pupilas bien dilatadas, jadeante, con la respiración forzada y una expresión antinatural.

Apenas tuvo tiempo de reaccionar cuando fue atacado por el hombre que, a pesar del disparo recibido, se incorporó con una fuerza imposible y atacó a Guillermo agarrándole la mano con la que sujetaba el arma y el cuello simultáneamente. El agente notó que los dedos se le hundían cerca de su yugular y a punto estuvo de desmayarse cuando un seco y metálico estruendo sonó, volándole la cabeza al agresor delante de sus narices. Pudo ver cómo su cráneo reventaba por la violencia del impacto y notó en su rostro el impacto caliente de la sangre y restos de cerebro de su atacante.

Cayó al suelo medio mareado e hizo amago de incorporarse de inmediato, pero las fuerzas le fallaron. Al instante, uno de sus compañeros se acercó para ayudarlo. El individuo le había apretado tan fuerte en la yugular que le había cortado momentáneamente todo el riego sanguíneo necesario para poder funcionar.

—Tranquilo, Guillermo, ya pasó —escuchó.

Miró a su alrededor. Pudo ver que la plaza se había vaciado de gente. No obstante, no dejaban de escucharse gritos cercanos, sirenas y hasta algún que otro disparo. Acababa de llegar una ambulancia y tres patrullas más de refuerzo. Los sanitarios se acercaron a los dos agentes agredidos para comprobar que estaban bien. El resto de los policías siguieron la marcha, corriendo, para seguir buscando a los tres escapados. Se guiaron por los gritos multitudinarios que resonaban por los alrededores.

Tras aguardar un momento, Guillermo pudo por fin incorporarse; se quedó solo con su compañero, pues la ambulancia se marchó hacia otro lugar al ser requeridos nuevamente.

Se dirigieron de nuevo a la Calle Daoiz para coger su coche patrulla.

—¡Espera, mira a ese! —le dijo su compañero sujetándolo del brazo.

Se escoraron hacia su izquierda para verlo mejor. En el centro de la plaza, justo en el parque al que se accedía descendiendo por una rampa peatonal, descubrieron a un individuo. Estaba escribiendo en la pared.

—¡No me jodas! ¡No puede ser!

—¡Ey, ponga las manos en alto, policía!

De nuevo, los agentes, arma desenfundada, apuntando a otro hombre que no les prestaba la menor atención.

—¿Pero qué coño está pasando esta noche? —dijo Guillermo.

—¡Oiga! —gritó su compañero mientras se acercaban.

Al bajar la rampa y aproximarse a aquel hombre advirtieron con horror que estaba escribiendo con sangre, la de un brazo ajeno, arrancado de cuajo, y que estaba siendo usado a modo de brocha aprovechando la sangre que se desprendía de él.

El tipo se quedó quieto un segundo al escuchar la voz. Se giró sobre sí mismo y encaró a los policías que de nuevo sujetaron sus armas con ambas manos, dispuestos a lo peor. El hombre los miró fijamente. Guillermo fue dando pasos laterales para rodear al sanguinario grafitero. Y este, como si nada, cogió el brazo con el que estaba escribiendo y le pegó un mordisco desgarrando un pedazo de carne. La angustia de los dos agentes se hizo patente en la mueca de asco que pusieron.

Guillermo se fue acercando.

—No dejes de apuntarle —dijo.

Mientras se aproximaba, notó su pulso acelerado, que hacía palpar uno de sus párpados. Sudaba tensión por todos sus poros. El hombre seguía quieto, tan solo masticaba el bocado que acababa de dar. Guillermo estaba tan solo a un par de metros del individuo.

—Tranquilo, caballero, no voy a hacerle nada —le dijo, sin que el hombre pareciera inmutarse—. Póngase de rodillas, señor, y las manos a la cabeza.

No hubo respuesta alguna. Guillermo miró fugazmente a su compañero; este asintió levemente sin dejar de apuntar a la cabeza del tipo.

Guillermo enfundó su arma y cogió los grilletes.

—Señor, le he pedido que se ponga de rodillas y coloque las manos en la cabeza —repitió disponiéndose a intervenir.

Sorprendentemente, el hombre dejó caer el brazo que llevaba en la mano, puso sus manos en la cabeza e hincó las rodillas con un golpe seco en el suelo. Guillermo atacó en ese momento colocándose a las espaldas del hombre para colocarle los grilletes en un rápido movimiento mil veces ensayado. El hombre, al verse retenido, empezó a gritar con una estruendosa voz gutural y rasgada que parecía provenir de otro mundo.

—¡Tranquilícese, señor, tranquilícese! —le decía Guillermo que, una vez lo tuvo engrillado, metió su brazo justo en el hueco que quedaba entre los brazos del detenido y su espalda, sujetándolo por la nuca y tratando de llevarse al tipo al coche patrulla. El otro agente le ayudó a trasladarlo. El detenido no paraba de vociferar, emitía unos alaridos que penetraban y rompían los oídos de los agentes.

De repente, el hombre, con un brusco movimiento y zafándose de los policías, giró sobre sí mismo y se volvió a colocar de rodillas. Los dos policías volvieron a cogerlo con fuerza, pero advirtieron que no pretendía escapar, pues no oponía resistencia alguna. Dejó de chillar, causando un silencio inesperado que encogió el corazón de Guillermo, ya que este esperaba alguna reacción por parte del sujeto. Pero no ocurrió nada. El hombre seguía de rodillas sin intentar movimiento alguno, jadeando con un perro cansado. Miraba a la pared en la que había escrito y sonrió. Guillermo y su compañero siguieron la mirada del hombre para comprobar qué le hacía tanta gracia y guiaron sus ojos hasta la misma pared. Pudieron leer dos extrañas frases que nada les sugerían:

NO HAGAS AVANCES SEXUALES A MENOS QUE TE SEA DADA UNA SEÑAL DE APAREAMIENTO

NO TE PREOCUPES POR ALGO QUE NO TENGA QUE VER CONTIGO

Levantaron de golpe a aquel hombre y lo llevaron detenido hasta el coche patrulla. Una vez allí tomaron una bolsa hermética de toma de pruebas y guardaron en ella el brazo amputado y anónimo. Avisaron por radio de la pintada, preguntaron a la central si alguien sabía algo de lo que aquello podía significar. La respuesta recibida de la central fue incontestable:

—Traigan al detenido inmediatamente a la comisaría.

19 de enero de 2020. Domingo.. 3:45. Madrid.

El teléfono sonó en el apartamento de la subinspectora, volcando literalmente de la cama a esta que, como un resorte, abandonó el mundo de Morfeo para instalarse en la cruda realidad de aquella noche.

—¿Diga? —dijo con un hilillo de voz, pues aún tenía pegada la garganta.

—¿La subinspectora Sara Trello?

—Sí, soy yo, ¿quién llama?

—Soy el comisario Santiago, de la comisaría de Gran Vía. Disculpe que la llame a estas horas, pero ha ocurrido un altercado esta noche que puede estar relacionado con su investigación.

—¿Mi investigación? ¿A qué se refiere?

Se arrancó las legañas que aún le impedían abrir del todo los ojos.

—Bueno, subinspectora, he visto las noticias, lo de los asesinatos de Cuenca y Trujillo, y esta noche los de la científica han pedido que le avisen: parecen que han encontrado algo que pudiera estar relacionado con su caso.

—En realidad, mi caso no es solo mío, el jefe de la unidad es el inspector...

—Roberto Malatierra, sí, señora, lo sé; hemos intentado localizar al inspector mandando unos agentes a su casa, pero no responde nadie en su domicilio.

Sara se acordó de que estarían en tierras asturianas. Dejó salir un bostezo que no pudo evitar y reaccionó.

—Está bien, comisario, voy para allá.

El comisario colgó el teléfono y salió de su despacho. Se atusó su pelo castaño y ligeramente ondulado de aires toreros. La oficina estaba atestada de gente. Vio que ya habían llegado una buena parte de los agentes con los cuarenta y tres detenidos de la noche: hombres y mujeres entre los treinta y los cincuenta y cinco años que, sin motivo ni causa aparente, habían estado atacando a las personas que se iban encontrando, dejando múltiples heridos y algunos muertos en una franja que abarcaba desde la zona de la Casa de Campo —desde la cual se recibió el primer aviso—, pasando por la estación de Príncipe Pío, Plaza de España y los barrios de Malasaña y Chueca.

El panorama era realmente dantesco. Ya contaban con catorce víctimas mortales, ciento veintitrés heridos leves y dos en estado grave aguardando pronóstico favorable en el hospital. El calabozo estaba atestado y desde la planta superior se oían los alaridos de todos los detenidos. Todos con una sintomatología parecida: agresividad, pupilas dilatadas, tensión muscular, ya que apretaban las mandíbulas con fiereza, incluso uno de los agentes comentó que vio cómo se partían ellos mismo los dientes. Todas las detenciones fueron violentas, todos opusieron resistencia. En principio, fueron trasladados al Instituto de Medicina Legal para practicar análisis y

reconocimiento a los detenidos, dado el estado de ansiedad en el que se encontraban y las alarmantes manchas de sangre que todos ellos, sin excepción, presentaban. Tras las pruebas pertinentes —que fueron llevadas a cabo con dificultad y la ayuda de numerosos agentes—, los llevaron a los calabozos de la comisaría de Gran Vía.

El comisario Santiago Fraille intentaba mantener la calma mientras llegaban los resultados de las pruebas médicas, pero los aullidos que se escuchaban del sótano tenían sumida a toda la oficina en un estado de inquietud constante.

—¿Pero no habían dicho en la Forense que les habían suministrado calmantes a esa panda de desalmados? —dijo uno de los funcionarios, que estaba intentando tramitar los múltiples atestados.

El comisario Santiago fue pasando por las distintas mesas de la oficina, tratando de calmar el ambiente, preocupándose por las heridas leves y hematomas que tenían algunos de sus agentes. «Al menos, la situación ya está controlada», pensó. Nunca antes en su carrera había presenciado un altercado de esas características en pleno centro de Madrid. Buena parte de la ciudad había quedado paralizada y bajo control policial hasta nueva orden. La noticia corrió de boca en boca a todos los límites de la capital encerrando a los madrileños, víctimas del pánico generalizado, en sus domicilios. La mayoría de los bares y establecimientos nocturnos habían cerrado para evitar un posible rebrote de los ataques. Madrid supuraba miedo.

Sara no tardó en llegar a la comisaría. Nunca había mucho tráfico a esas horas de la madrugada, pero lo de esa noche quedaba fuera de lo normal. Tan solo tuvo que parar en Cibeles ante un control policial que cortaba totalmente el tráfico hacia el centro. Apenas se retrasó unos segundos tras presentar al agente su credencial.

El comisario estaba leyendo los resultados de los test de drogas practicados a los «rabiosos», como ya estaban empezando a llamarles, cuando alguien interrumpió en su despacho.

—Comisario, la oficial de la UDEV ya está aquí.

Santiago salió al umbral de su despacho para recibirla en persona.

—Buenas noches, subinspectora.

Sara tendió la mano al comisario y la estrecharon como saludo.

—Todo el centro bloqueado por sus agentes, nada de tráfico, ni un alma en la calle... ¿Se puede saber que está pasando? —preguntó, yendo directa al grano.

—Le diré lo que sabemos hasta ahora. Sobre las dos de la madrugada se recibió el primer aviso al 091; al parecer una chica joven requirió presencia policial porque su novio había sido atacado por una mujer que mostraba síntomas de histerismo, le había mordido en el cuello y estaba sangrando mucho. Fue en los alrededores del Manzanares, entre los límites de la Casa de Campo y la estación Príncipe Pío. Después de eso, la oficina del 091 ha estado prácticamente colapsada de llamadas de urgencia, hemos registrado casi trescientos requerimientos para distintos puntos comprendidos en esta franja. —El comisario la señaló en un mapa de Madrid que tenía en su despacho.

—Desde Príncipe Pío hasta Chueca —confirmó Sara.

—En efecto, subinspectora, esta zona se ha convertido en una verdadera sangría durante aproximadamente una hora. He tenido que pedir refuerzos de todas las comisarías de Madrid para bloquear el ataque de los rabiosos.

—¿Rabiosos? —se sorprendió.

—Sí, así los llamamos.

—No entiendo, comisario.

Santiago tecleó en la pantalla de su móvil y se lo ofreció a Sara.

—Tenga, vea estas imágenes.

Sara pulsó el *play* y observó. La imagen mostraba una calle más bien estrecha, no se distinguía cuál, mucha gente corriendo en dirección contraria a quien grabó el vídeo hasta que, en un momento, se abrió un claro entre la muchedumbre y Sara contempló cómo un hombre corpulento, de unos cuarenta y cinco a cincuenta años, tenía agarrada por el cuello a una mujer mucho más joven, apretándole contra la pared y mordiéndole el cuello. La mujer gritaba despavoridamente mientras aquel sujeto le clavaba los dientes, arrancándole sin más un buen trozo de piel y, dada la cantidad de sangre que brotaba, probablemente también la yugular. El vídeo se cortó justo en ese momento.

—¿Quién ha grabado esto? —preguntó espantada.

—No lo sabemos; el vídeo circula ya por las redes sociales, solo es una muestra de lo que hemos vivido esta noche.

—¿Y la mujer?

—Es una de las catorce víctimas mortales. —Sara cambió el semblante, que se tornó más serio aún.

—¿Catorce muertos?

—Sí, y también tenemos dos heridos muy graves a la espera de pronóstico y unos ciento y pico heridos por todo el centro de Madrid, amén de algunos de mis agentes que también han sufrido lo suyo.

—¿Hay detenidos?

—De momento, cuarenta y tres. Todos están abajo, en los calabozos, salvo uno de ellos, que hemos decidido trasladarlo a la Unidad de Agudos del Hospital de la Paz. —Sara lo miró con extrañeza—. A ver si allí logran calmar a ese puto loco —contestó el comisario.

—¿Quiénes son, forman un grupo o algo así? ¿Cuál es el móvil?

—No tengo ni idea, subinspectora. Aparentemente ninguno. Estamos rastreando y cotejando los datos que tenemos de los detenidos para encontrar algún punto de unión y... —Sara cruzó los brazos a la espera—. Y nada, no hay nada que explique lo sucedido. Lo único que de momento los cuarenta y tres rabiosos tienen en común es esto, tenga. —El comisario entregó un informe a Sara.

»Todos han dado positivo en escopolamina. —Sara inquirió al comisario con la mirada—. Burundanga, la droga que provoca sumisión química.

—Sé lo que es, comisario —dijo Sara realizándose ante el hombre, el cual agachó la mirada—. Llevamos tiempo detrás de un grupo que está intentando introducir grandes cantidades de esta sustancia en España.

—Pues parece que se les han escapado —se la devolvió el comisario.

Hubo un cruce de miradas y un silencio entre los dos. El comisario, al que en el fondo no le gustaba tratar con una oficial mujer, le mantuvo la mirada con orgullo y descortesía. Demasiada testosterona esa noche para dejarse amedrentar por una tía. Sara, en cambio, solo estaba analizando la situación, tratando de buscar el siguiente paso a seguir y prescindiendo absolutamente del ataque de virilidad del comisario.

—Me dijo que tiene algo que pudiera estar relacionado con los asesinatos de Cuenca y Trujillo. —Santiago asintió—. ¿De qué se trata?

—Vea esto. —Se acercó a su ordenador para desbloquear la pantalla y enseñarle unas fotografías. Sara se acercó al monitor para observarlas.

NO HAGAS AVANCES SEXUALES A MENOS QUE TE SEA DADA UNA SEÑAL DE APAREAMIENTO

NO TE PREOCUPES POR ALGO QUE NO TENGA QUE VER CONTIGO

—¡Joder, me cago en la puta! —gritó Sara sobresaltada.

—Un agente de la científica, que por lo visto también le tocó estar en la escena de Cuenca, ha pedido que avisáramos a los de la UDEV al ver esto. Yo no sé qué significan estas frases, lo único que le puedo decir...

—¿Quién ha descubierto estas pintadas? —ordenó la subinspectora, dejándolo con la palabra en la boca.

El comisario, mordiéndose de nuevo la lengua ante la interrupción, abrió la puerta de su despacho y asomando la cabeza descargó algo de la tensión acumulada:

—¡Que alguien avise a Guillermo y que venga inmediatamente!

Entonces se giró, cerró de un portazo con la subinspectora allí dentro y se sentó en su silla de trabajo colocando los pies cruzados sobre la mesa, aguardó la llegada del agente. Mostró indiferencia ante Sara, la cual, harta como estaba de tratar con hombres estúpidos que a la primera de cambio se sentían intimidados con su presencia, hizo caso omiso del gesto del comisario y esperó también en silencio.

Alguien abrió la puerta tras dar dos golpes seguidos de llamada.

—Comisario, ¿me ha llamado? —hizo acto de presencia el agente Guillermo.

Sara pudo comprobar que tenía una marca en el cuello: alguien le había agarrado con tanta fuerza que le había dejado la marca de su mano, perfilándole la huella dejada con un largo arañazo.

—Le presento a la subinspectora Sara Trello, de la UDEV.

Guillermo tendió la mano, que fue estrechada amablemente por Sara.

—Encantado, subinspectora, ¿en qué puedo ayudarle?

—Pues bien, agente... —empezó a decir.

—¡Guillermo, la subinspectora quiere que le cuentes cómo descubristeis las pintadas de sangre de la plaza Dos de Mayo! —interrumpió de mala manera el comisario.

Guillermo miró a Sara, detectando una cierta tensión entre sus mandos superiores, pero aquella supo cómo relajar el ambiente.

—En efecto, Guillermo. Necesito saber quién ha hecho estas pintadas —le pidió Sara con excesiva amabilidad.

El comisario volvió a colocar los pies en el suelo y las manos sobre la mesa.

—Sí, por supuesto, subinspectora.

Sara palpó el hombro de Guillermo levemente y se adelantó hacia la puerta del despacho, en una repentina señal de que lo siguiera a ella, ignorando por completo al comisario, que se incorporó con rabia.

—Subinspectora, yo...—

—Sí, comisario, no se preocupe, si necesito su ayuda ahora le avisaré. —Le hizo un gesto con la mano a Guillermo para que saliera del despacho con ella y le cerró la puerta a Santiago, dejándole solo con su arrogancia. El agente se sentía incómodo ante el desplante que la subinspectora acababa de hacerle a su jefe—. ¿Y bien? —dijo Sara invitándolo a seguir.

—Recibimos una llamada del 091, un requerimiento ante un posible altercado. Avisaban a todas las unidades disponibles, así que pensé que sería algo gordo, pero, vamos, la típica pelea multitudinaria de borrachos o algo así. Dejamos el coche cerca de la plaza Dos de Mayo y encontramos a un grupo de ocho personas ensangrentadas agachadas alrededor de un cuerpo muerto.

—¿Qué hacían?

Guillermo suspiró y bajó la mirada un segundo.

—Lo estaban devorando —dijo al fin.

Sara no pudo ocultar su espanto al imaginarse la escena.

—Siga, por favor.

—Íbamos cuatro agentes, tuvimos que sacar el arma... aunque les estábamos dando órdenes para que pararan, no hicieron caso, cuatro de ellos nos atacaron con una furia inusitada, tuvimos que abrir fuego. —A Guillermo se le descomponía el rostro a medida que narraba los hechos. Sara lo cogió del brazo en señal de empatía—. Abatimos a esos cuatro, pero el resto salió huyendo en dirección a la plaza. Allí se montó un lío de cojones: la plaza estaba llena de gente y cuando aparecieron esos cuatro rabiosos a los que perseguíamos empezaron atacar a todo el mundo. Yo mismo fui agredido por uno de ellos. —Alzó la cabeza para mostrarle bien la marca del cuello. Sara asintió.

»Me agarró por la espalda con fuerza. Apareció de repente entre la multitud que huía. No pude liberarme, un compañero tuvo que volarle la cabeza para que me soltara y, aun así, a punto estuve de perder el conocimiento, pero me repuse. Toda la plaza salió huyendo hasta quedar vacía por completo. Llegaron refuerzos y una ambulancia, que pudo atenderme a mí y a otro compañero.

—¿Y después?

—Después... la ambulancia se fue a atender otro aviso y yo me quedé solo con mi compañero en la plaza; íbamos a volver al coche patrulla para seguir con la búsqueda de los huidos y fue entonces cuando nos percatamos la presencia de aquel hombre.

—¿El de las pintadas?

—Sí. Estaba escribiendo esas frases en la pared, ayudándose de un brazo que habría desgarrado de alguien supongo, pintaba con la sangre que emanaba de él.

—Dios santo —suspiró.

—Y no solo eso: cuando lo requerimos, arma en mano, terminó de escribir la segunda de las frases, se volvió hacia nosotros y mordió el brazo que usaba para escribir arrancándole un buen pedazo.

—¿Entonces lo detuvisteis?

—Sí, y sorprendentemente no opuso resistencia, aunque no paraba de gritar, estaba fuera de sí. Cuando llegamos a comisaría con él y lo encerramos en el calabozo empezó a golpearse fuertemente la cabeza contra la pared. Tuvimos que sacarlo de ahí y, en lugar de mandarlo a consulta para los análisis que se estaban haciendo a todos los detenidos, a este lo mandamos para internamiento a la Unidad de Agudos. Estaba demasiado nervioso y mostraba mucha agresividad.

—Está bien, Guillermo. ¿El sujeto hizo alguna declaración, ha manifestado algo?

—No, nada.

La subinspectora asintió e hizo ademán de volverse sobre sí misma, agarrando del brazo al agente en señal de agradecimiento.

—Bueno, subinspectora, una cosa más. —Sara se giró con brusquedad y con los ojos bien abiertos—. Es solo un detalle, quizás no tenga importancia.

—Cuéntemelo.

—Justo cuando lo engrilletamos y empezamos a llevarlo al coche, se giró sobre sí mismo empujándose hacia un lado y se colocó de rodillas mirando hacia lo que había escrito.

—¿Y?

—Pues que empezó a sonreír profundamente con una expresión... —le tembló la voz.

—¿Qué expresión, Guillermo?

Este miró a la subinspectora directamente a los ojos con pánico en su rostro.

—Una expresión que no era humana.

Sara observó que el agente estaba algo aturdido e impresionado por el suceso, así que se limitó a asentir y a darle unas palmaditas en el hombro.

—Gracias, agente —se despidió.

Sara volvió a entrar en el despacho del comisario. No llamó.

—¿Y bien, subinspectora? —dijo Santiago sin dejar de leer unos papeles sobre su mesa.

—Quiero ir a los calabozos. —El comisario la miró sin decir nada—. Ahora mismo —le ordenó Sara.

Bajó al sótano acompañada de un agente. Dos tramos de escalones estrechos conducían al recinto. Al llegar al final de la escalera, otro agente custodiaba una cancela de gruesos barrotes que servía de puerta corredera.

—La subinspectora quiere entrar —ordenó el agente a su compañero.

El rostro del policía apostado en la reja de entrada parecía intranquilo. La puerta corredera fue abriéndose lentamente acompañada de un sonido metálico. Cuando llegó al tope y el acceso al pasillo quedó libre, nadie dijo nada. Sara dudó un momento. Entró.

Unos veinticinco compartimentos enrejados constituían los calabozos; flanqueaban un pasillo de anchura considerable. La subinspectora trató de caminar conscientemente justo por el centro, evitando así cualquier posible ataque de los llamados rabiosos. A ambos lados, mientras avanzaba, fue examinando con la mirada a los detenidos. Cada celda estaba ocupada por dos o tres personas, algunos de ellos respiraban aceleradamente, quizás por el efecto de la droga, pero la mayoría estaban aparentemente tranquilos. Más o menos mitad de hombres y mitad de mujeres, todos comprendidos entre los treinta y los sesenta años, sentados en los camastros de las celdas, bien vestidos —parecían venir de alguna fiesta cotillón—, pero *a priori* sin nada más que los pudiera relacionar entre sí.

No estaba muy segura de qué hacía allí, solo quiso bajar por una repentina intuición. Al llegar al fondo del pasillo se giró ciento ochenta grados.

—¿Alguno de ustedes podría decirme dónde estuvieron esta noche? —preguntó temerosa.

Miró a ambos lados. Nadie le contestó. En el otro extremo del pasillo los dos policías contemplaban la escena con expresión de cautela. De repente, en la tercera celda a su derecha, Sara vio unas manos que agarraban los barrotes dejando asomar los dedos que ondulaban en el aire. Avanzó despacio hasta colocarse a la altura de esa celda. Un hombre bien entrado en los cuarenta aguardaba de pie, sujetado a los barrotes. Era alto, calvo y de complexión fuerte. Tenía cierto atractivo y parecía tranquilo. Aún mostraba restos de sangre en su mejilla y en sus labios.

—Hola —dijo Sara tratando de no mostrar su estupor.

—¿Por qué ha venido? —la sorprendió el hombre calvo mirándola a los ojos.

—Estoy haciendo mi trabajo —contestó manteniéndose firme.

El hombre empezó a mover las mandíbulas como si estuviera masticando algo; su gesto era extraño: su ojo izquierdo estaba más cerrado que el derecho, lo que le proporcionaba una mirada

aterradora. Era como si la mitad de su rostro hubiese quedado paralizado.

—No puedes buscarla aquí —dijo el hombre.

—¿A quién se refiere? —preguntó extrañada.

—Pronto lo sabrá —le hizo una mueca a modo de sonrisa, aunque sin llegar a serlo del todo.

Sara palideció, tenía una rara impresión.

—¿Pronto, cuándo? —insistió tratando de seguir el hilo de la espontánea conversación. El hombre se la quedó mirando fijamente sin decir nada. Sara sostuvo la mirada como pudo haciendo alarde de frialdad ante la tétrica situación—. ¿Por qué atacaron esta noche a tantas personas? ¿De dónde venían? —tomó la iniciativa.

—No mates animales no humanos a menos que seas atacado, o para alimento —dijo.

Dio un paso atrás al no poder evitar su sorpresa. Ya conocía esa frase, otro de los once mandamientos. Sara tuvo la certeza de que probablemente estaba ante los miembros de algún grupo satánico o algún tipo de secta.

—¿Dónde tomaron la burundanga, quién se la proporcionó?

—Ya le he dicho que no puede buscarla aquí.

Sara carraspeó la garganta para entonar con voz más firme.

—¿Y por qué no?

El hombreladeó ligeramente la cabeza sin dejar de mirarla.

—Porque ella les encontrará.

—¿Nos encontrará? —repitió pidiendo una aclaración.

—En la oscuridad.

Justo en ese momento la luz del sótano se fue. Todo quedó a oscuras.

—¡Agentes, por favooooooooor! —gritó Sara asustada—. ¡Agentes, la luz! —siguió gritando.

—¡Espere un segundo, ha saltado el cuadro general! —le contestó una voz desde el fondo del pasillo.

Sara estaba inmóvil, intentó no moverse del sitio, sabedora de que estaba rodeada de celdas y que en cualquier momento una mano podría tocarla si se aproximaba más de la cuenta a una u otra hilera de jaulas. Respiró agitadamente, la ansiedad le recorrió todo el cuerpo.

La luz volvió.

—¡Jodeeeeeer! —volvió a gritar. Tuvo un impulso de echarse hacia atrás que rectificó fortuitamente flexionando las rodillas para agazaparse un poco. Al volver la luz vio que todos los detenidos habían cambiado su posición: de estar sentados habían pasado a ponerse de pie, pegados a las rejas, introduciendo hasta donde podían el rostro entre los barrotes. Cuarenta y dos rabiosos, con manchas de sangre por todo el cuerpo, la miraban. Se sobresaltó.

—¿Está bien, subinspectora? —le preguntó uno de los agentes, petrificado, desde la reja de entrada al pasillo.

Sara no contestó, simplemente se giró, mantuvo la mirada recta hacia la salida y avanzó a grandes pasos, dando casi un salto instintivo al llegar a la reja de entrada.

—Cierren —ordenó jadeante.

Sara miró al pasillo. Vio cómo iban desapareciendo las manos de los barrotes. Los detenidos volvieron a su sitio. Respiró profundamente y volvió a la planta de arriba.

Allí estaba el comisario; se dirigió directamente a él. Este la observó detenidamente.

—¿Qué le ha parecido la manada de ahí abajo?

—¿Dónde ha dicho que han enviado al detenido de las pintadas?

Santiago la miró con preocupación, pues estaba acelerada y con el rostro tenso.

—En la Unidad de Agudos de psiquiatría del Hospital La Paz.

—Está bien, comisario, infórmeme de cualquier novedad. ¡Ah! y cuando tenga el registro de llamadas de los móviles de los detenidos, envíenme una copia a mi oficina, por favor. Gracias por todo —se despidió.

Salió de la comisaría con el corazón en la boca, entró en su coche y arrancó como si tuviera prisa. El tráfico en Gran Vía aún estaba cortado, se alegró: necesitaba hablar cuanto antes con el ingresado en la Unidad de Agudos, pero miró el reloj; eran casi las cuatro de la madrugada, así que optó por irse a descansar. No tardó en llegar a su domicilio. Entró en su apartamento y se derrumbó en el sofá, le dolía la cabeza y estaba agotada. No obstante, su cuerpo estaba acelerado, sudaba. La breve conversación en el calabozo le quebró la entereza; aquel tipo le había hablado como si supiera quién era, como si supiera lo que buscaban. «Ella les encontrará», le había dicho. Se frotó los brazos al recordar aquella frase. Miró su móvil. Las cuatro y media de la madrugada. Se preguntó cómo estaría Malatierra; esa noche hubiera preferido no estar sola, no haber elegido esa vida que llevaba. Se tomó un Valium y cayó rendida.

XI

19 de enero de 2020. Domingo. 10:00. Llanes, Asturias.

Malatierra y Tiziano estaban desayunando en la terraza cubierta del hotel mientras miraban absortos el especial de Televisión Española sobre lo acontecido la pasada madrugada. El mar Cantábrico espoleaba con fiereza la playa del Sablón y el viento parecía querer romper los cristales con su brazo invisible. El inspector sujetaba la taza de café con asombro. Se hablaba de un ataque por parte de unos individuos; de víctimas mortales que ya alcanzaban la cifra de quince tras el fallecimiento de uno de los heridos graves esa misma mañana; de más de cien heridos; del caos total. Una escena bíblica del fin de mundo. Vieron videos anónimos grabados con móviles y subidos a las redes sociales que daban muestra de la tragedia. Vieron las pintadas en la plaza de Dos de Mayo. La prensa no tardó en identificar aquellas misteriosas frases con dos de los once mandamientos del diablo, así que el sensacionalismo periodístico ya hablaba de poseídos, de sectas, de organización religiosa fundamentalista... También había trascendido el dato de que los rabiosos detenidos habían dado positivo en burundanga, «la droga del demonio», como la llamó uno de los contertulios del debate televisivo. Según escuchaban en el programa de televisión, ya estaban relacionando la tragedia de Madrid con los asesinatos de Cuenca y Trujillo.

«Solo faltaba que alguien haya filtrado a la prensa las fotos de los otros dos mandamientos que hallaron escritos en el lugar de los crucificados», pensó Malatierra.

—Ya está bien—interrumpió en voz alta su propio pensamiento.

Apuró el café, dejó un billete de diez euros en el mostrador y, sin esperar el cambio, le dio una palmada a Tiziano en la espalda, que ya había terminado de desayunar, y salieron a la calle. El viento les azotó la cara de mala manera.

—Vaya día de mierda—afirmó el inspector—. ¿Tienes la dirección?

—Sí—contestó el italiano abriendo Google Maps—. Está cerca de aquí.

Ambos se dirigieron en silencio al domicilio que tenían de Miguel del Monte Obrezo y su esposa Silvia Crespo Alonso, la única hermana viva de la víctima de Cuenca. Se trataba de una vivienda a orillas del puerto. Una fachada blanca revestida de vigas de madera y tejado en pico. Tocaron al timbre y esperaron.

Sonó de fondo el ruido de unos pasos bajando las escaleras. Malatierra y Tiziano se apartaron un poco al escuchar que se aproximaba alguien tras la puerta. Abrió un muchacho fornido, con el pelo corto, pelirrojo y un arete que pendía de su oreja izquierda. Vestía unos vaqueros cortados por la rodilla y una camiseta negra sin mangas. Ni joven ni mayor, en la treintena.

—Buenos días, somos del grupo de la UDEV de la Policía Nacional—dijo Malatierra mostrando su placa.

—¿Maderos? —contestó el joven—. ¿Y qué quieren? —preguntó en un tono algo insolente.

El inspector resopló: no estaba de humor para aguantar a niños, por muy chicharrones del norte que se creyeran.

—Buscamos a Doña Silvia Crespo Alonso; tenemos información de que reside aquí —intervino Tiziano.

El joven los miró con detenimiento, como si fuera a decidir si iba a hablar con ellos o no.

—Es mi madre, pero ya no vive aquí. ¿Qué quieren de ella?

—Joven, las preguntas las hacemos nosotros —le aclaró Malatierra.

—¿Traen una orden judicial o algo así? —volvió a responder el muchacho, que dejaba claro que no le intimidaba la autoridad.

—¿Quieres que la pida ahora mismo? —le amenazó el inspector, que estaba poniéndose de mala hostia.

—Tú debes ser Rubén —dijo el italiano tratando de aplacar un poco los ánimos—. Tranquilo, joven, solo queremos hacerle unas preguntas a tu madre tras lo sucedido en Cuenca y Trujillo; imagino que estarás al corriente, llevan dos días poniendo en las noticias la terrible tragedia de tus tíos.

Malatierra escudriñó el rostro de Rubén; no detectó ninguna impresión especial, daba la sensación de que lo ocurrido le daba exactamente lo mismo.

—¿Podrías indicarnos dónde reside ahora tu madre?

—Hace años que la ingresamos en la residencia para mayores que hay a la entrada del pueblo. Le diagnosticaron demencia senil prematura.

—¿Y su padre Miguel?

—Está en la mar.

—¿En la mar?

—Es marino mercante, ahora mismo estará más cerca de Canadá que de estas costas. ¿También lo buscan a él? —preguntó sin bajar el tono amenazante y chulesco.

—No. No se preocupe, nos bastará con visitar a su madre —contestó Tiziano.

—Muy bien, pues a la entrada del pueblo, ya les dije, no tiene pérdida —casi sin terminar la frase y ya estaba haciendo el gesto de cerrarles la puerta.

—Por cierto, Rubén, ¿cómo es que no han ido a preocuparse por las muertes de sus tíos, ni siquiera para ir al entierro? —pinchó Malatierra.

Rubén lo miró con desdén.

—Yo no sé nada de mis tíos, no tengo recuerdos de ellos, nunca tuvimos relación y si alguna vez hubo algún encuentro, yo era demasiado pequeño para acordarme. Para mí no son nadie, y mi padre, como les acabo de decir, está en aguas internacionales; aún no he podido hablar con él desde hace casi una semana, así que ni siquiera sé si está enterado de lo que ha pasado. Respecto a mi madre, ya les dije, demencia senil prematura, así que... —hizo un gesto con los hombros, elevándolos ligeramente en señal de indiferencia—. ¿Necesitan algo más? Tengo cosas que hacer.

—No, nada más. Gracias por atendernos, Rubén —dijo Tiziano.

El inspector se volvió y un portazo sonó a su espalda.

—Vaya, un viajecito de mierda para nada, italiano —le dijo.

—No se apure, jefe, deberíamos ir a esa residencia para hablar con Silvia.

—Para intentarlo dirás: si está ingresada por demencia senil, mucho me temo que...

—Pero hay que ir, tampoco nos queda otra.

Malatierra volvió a resoplar, sacó un cigarrillo y lo encendió como pudo en medio de aquel

vendaval.

—Sí, claro, hay que ir, Tiziano.

Un grupo de gaviotas atravesó el puerto dejándose llevar con las alas abiertas. Todas las barcas de pescadores estaban amarradas a causa de la tempestad. A pesar de ello, el pueblo bullía de actividad. Caminaron hacia la salida de Llanes que les había indicado Rubén. La residencia municipal de la tercera edad se instalaba en una vieja casa señorial que respiraba aires de otra época. Muchos ventanales adornados con blancas cortinas de las que se desprendía una tenue luz.

Al entrar en la recepción y tras la presentación de las credenciales oportunas, les atendió una enfermera que los miró con extrañeza, pero tampoco se opuso a que pudieran entrevistarse con Silvia; simplemente les advirtió de que la mujer llevaba años sin hablar.

—Como ustedes quieran; acompáñenme, por favor.

Atravesaron todo el edificio hasta dar con una gran puerta por la que se accedía al jardín trasero, un espacio amplio al aire libre, bordeado con una muralla de setos simétricamente podados y con un pequeño estanque en medio. Por el jardín deambulaban varios de los internos, algunos solos y otros acompañados de enfermeros. En el otro extremo del estanque se abría un sendero bien delimitado con bordes de piedra que ascendía suavemente hasta una plataforma que servía de mirador.

—Ahí la tienen—les dijo la enfermera.

Estaba acompañada por un muchacho corpulento que sujetaba las abrazaderas de la silla de ruedas. Una anciana canosa se sentaba en ella, de piel translúcida, cuerpo delgado, la mirada perdida.

—Les dejamos solos; si necesitan algo, pueden avisar a Óscar —la enfermera señaló al muchacho y los dos se alejaron.

—Gracias —contestaron ambos a la vez.

Malatierra, en un intento de absurda esperanza, se aproximó a la anciana y flexionó las rodillas hasta colocarse a su altura.

—Hola, Silvia, buenos días, ¿qué tal está? —dijo.

La anciana estaba colocada justo en dirección al sendero que ascendía en línea recta hasta el mirador, con la visión fija en la fachada posterior del edificio. El viento movía ligeramente sus cabellos encrespados y blanquecinos. Ella no parecía inmutarse.

—Hemos venido desde Madrid para hablar con usted. ¿Le gustaría charlar con nosotros un rato? —insistió cariñosamente.

Ni el más mínimo gesto en su rostro, ni un ápice de movimiento, nada. Estaba en un estado vegetativo. Malatierra se incorporó de nuevo y miró a Tiziano extendiendo los brazos como indicando que no se podía hacer nada. Este comprendió la señal de su jefe y descendió por el sendero para avisar a Óscar. El inspector se quedó allí un momento al lado de Silvia esperando a que llegara el enfermero, hundió sus manos en los bolsillos de su gabardina para alejarlas lo máximo posible del frío asturiano.

De repente, Silvia giró la cabeza hacia el inspector y este, advertido el imprevisto movimiento, volvió a acuclillarse al lado de la anciana.

—Silvia, ¿me escucha?

La anciana torció un poco más el rostro para encarar el del inspector. Malatierra puso toda su atención esperando alguna respuesta.

—Si han venido por lo de la muerte de mi hermana y mi cuñado, no tengo nada que decirles, ha sido su voluntad —dijo al fin con una voz bronca.

—¿Su voluntad? ¿A quién se refiere, la voluntad de quién?

—De ella.

—¿De ella? ¿Quién es ella?

Silvia esbozó una sutil sonrisa.

—Pronto lo sabrá. Ella le encontrará —dijo rápida y secamente.

Con un movimiento impulsivo de su mano, casi un reflejo, la anciana presionó una palanquita que sobresalía de una de las barras de la silla de ruedas y, desactivado el freno, la silla empezó a rodar a causa de la pendiente y de la gravedad sin que el inspector pudiera hacer nada para frenarla, pues se había desequilibrado y caído de culo en el suelo debido a la súbita impresión que le provocó la repentina y varonil voz de la anciana.

—¡Tiziano, ayudaaaaa! —gritó. Mientras se incorporaba, vio como la anciana a unos tres metros de él iba ganando velocidad, aproximándose directamente hacia el estanque—. ¡Tiziano, cógela!

Malatierra se lanzó a la carrera cuesta abajo. La silla de ruedas estaba a punto de impactar en el pequeño lago artificial cuando el chico corpulento vestido con uniforme blanco apareció desde un lateral para coger las asideras traseras de la silla rodante y frenarla con toda la suavidad que pudo. Al instante apareció en escena Tiziano y la otra enfermera que les atendió en la entrada.

El inspector llegó jadeante.

—Silvia, ¿está usted bien? —dijo.

Pero la anciana, como si nada hubiera pasado y como si nada hubiera dicho, volvió a su estado catatónico y al silencio y a la quietud más absoluta. El inspector miraba fijamente a la anciana llamándola por su nombre, ordenándole que hablara hasta que la enfermera empezó a reñirle.

—¿Pero qué formas son esas de tratar a una paciente, oiga? ¿Cómo ha sido tan imprudente de dejar que se cayera por la rampa?

Malatierra se levantó y, poniéndose de frente a la enfermera con las manos semi abiertas en señal de disculpa, aguantó el chaparrón de la mujer con estoicidad.

—No ha sido culpa mía, señora; fue Silvia la que le dio a algo en la silla y empezó a rodar. No tuve tiempo de reacción.

—¡Pero cómo va a ser Silvia si apenas parpadea, no diga sandeces, oiga! ¡Mire, quiero que se marchen de aquí inmediatamente, bastantes sobresaltos han causado ya hoy y nuestros internos demasiado tienen ya con sus dolencias como para tener que aguantar su torpeza, inspector!

—Está bien, disculpe, yo...

—Adiós —dijo la enfermera llevándose a Silvia a otro lugar acompañada por Óscar.

Malatierra, con la palabra en la boca, miró a Tiziano y este le hizo señal de marcharse de allí.

Nada más salir sintió la necesidad de sentarse un momento en un banco de piedra anclado en el camino.

—Inspector, ¿se encuentra bien?

—Sí, italiano, solo es un momento.

Vio la cara descompuesta de su jefe y se alertó un poco.

—¿Qué ha pasado?

—Joder, pues que cuando me has dejado allí solo la vieja me ha hablado.

—¡Venga ya, inspector!

—Coño, ¿qué te crees, que estoy de broma? ¡Me cago en la puta, vaya susto de mierda que me ha dado!

—¿Qué le ha dicho?

—Pues nada, hombre, simplemente que si habíamos venido por lo de la muerte de su hermana y

de su cuñado, que no tenía nada que decirnos, que había sido por la voluntad de ella.

—¿Y quién es ella?

—Eso mismo le he preguntado, italiano, y la muy cabrona me dice: «Pronto lo sabrá». Pronto lo sabré, hostia, de qué va todo esto, Tiziano, no entiendo nada. ¡Me mandan un fax a mi despacho con uno de esos putos mandamientos y ahora esta vieja que, según nos han dicho, estaba vegetal coge y me habla a mí para advertirme que quién sea «ella» ya lo sabremos y que no tiene nada que decirnos! ¡Me cago en la puta hostia, italiano, ya se me están inflando los cojones! —se aturrulló el inspector a causa de la tensión.

No dijo nada más al darse cuenta de que había perdido un poco los nervios. Apoyó sus manos sobre las rodillas y miró al suelo. Trató de recuperar el resuello respirando profundamente. El italiano se quedó perplejo ante el ataque de ira del inspector.

—Tranquilo, jefe, ya verá como al final todo se aclarará —le dijo con voz suave.

Malatierra se incorporó.

—Ha sido su voz —dijo.

—¿Qué voz?

—La de la anciana, no es posible, no le podía pertenecer. Una anciana de esas características no puede emitir ese sonido.

—¿Qué voz tenía?

—Muy grave, Tiziano, extraordinariamente grave, como si hubiera una bestia en su interior.

Tiziano apartó la mirada sin saber muy bien qué decir. Malatierra también se volvió para mirar a otro lado. No estaba seguro de lo que acababa de pronunciar.

—Bueno, jefe, creo que por aquí hemos terminado.

—Sí, será mejor volver a Madrid, parece que por allí el panorama tampoco es muy bueno. Tenemos que hablar con Sara.

XII

19 de enero de 2020. Domingo. 16:00. Madrid.

La subinspectora Sara Trello regresó a la comisaría de Gran Vía sin previo aviso. Había logrado descansar de la noche anterior y se sentía renovada. Enfundada en unos vaqueros oscuros y una camisa blanca ceñida, zapatos de tacón y labios pintados, había salido de su domicilio dispuesta a comerse el mundo.

El comisario Santiago, desaliñado y con el rostro cansado —pues aún no había salido de la oficina— arrastraba sus ojeras por toda la oficina tras llevar más de veinticuatro horas sin dormir. Apeataba a sudor y a malaleche cuando la vio entrar.

—Buenos tardes, comisario.

La subinspectora entró con elegancia y predisposición, acaparando las miradas de todos los agentes allí presentes. El comisario tuvo el detalle espontáneo de apreciar su belleza y esbozó una sonrisa sincera.

—Tenemos novedades —dijo sin esperar ninguna pregunta—. Venga a mi despacho.

Santiago le cedió el paso a la subinspectora sujetando la puerta y, al entrar, a Sara le sobrevino de golpe un tufo maloliente, una mezcla de humo de tabaco y sudor reseco.

—¿Cuántas horas lleva trabajando, comisario?

—Espero que las suficientes para haber encontrado algo útil —contestó sentándose en su sillón e indicando a Sara que hiciera lo propio en una de las dos sillas que tenía en el otro lado de su mesa—. Según los últimos análisis practicados —continuó diciendo—, parece que la burundanga está mezclada con una variante de metanfetamina que potencia la agresividad de los sujetos; al parecer, se trata de una sustancia nunca vista antes, no tenemos registros de ella.

—¿Cómo están los rabiosos?

—Han ido prestando declaración a lo largo de la mañana ante el juez de guardia y todos ellos parecen haber olvidado lo ocurrido.

—¿En serio? ¿Eso es posible?

—Me temo que sí, subinspectora, ninguno de nuestros sujetos recuerda nada de anoche o, al menos, eso han declarado. De hecho, varios de ellos han sufrido pequeñas crisis de ansiedad al verse encerrados en los calabozos sin saber por qué.

—¿Y tal grado de amnesia le parece creíble, comisario?

Santiago se encogió de hombros y sacó su paquete de Ducados. Le ofreció un cigarro.

—Gracias, no fumo.

—¿Le importa si yo...? —dijo llevándose un cigarrillo a la boca y acercándose el mechero sin esperar respuesta.

—No, adelante.

La primera bocanada de humo inundó el despacho, ya saturado de nicotina.

—No lo sé, la verdad, pero también es extraño que todos estén mintiendo de una forma tan sincronizada.

Sara se llevó una mano a la barbilla, pensativa.

—¿Qué hay del hombre internado en la Unidad de Agudos? —se adelantó Sara.

—Pues, según el director de psiquiatría de La Paz, se encuentra bien, estable y consciente; de momento sigue allí.

—¿Recuerda algo?

—No estamos seguros, no ha prestado ninguna declaración. —Mientras hablaba con el cigarro sujeto en la boca, el comisario removi6 algunos papeles esparcidos por su mesa—. Hemos conseguido averiguar un punto de partida. —Santiago se reclinó sobre el respaldo de su sillón con expresión de satisfacción.

—¿A qué se refiere?

—Un local llamado Demáscaras, ¿le suena? —Sara no hizo ningún gesto—. Es uno de esos locales de ambiente liberal, ¿me explico? La gente va allí, se conoce y se ponen a follar con cualquiera.

El comisario chupó el cigarrillo con ganas mientras oteaba el hueco que dos botones abiertos en la camisa de la subinspectora dejaban a la vista. Sara se percató del detalle e instantáneamente se asqueó de lo que pudiera estar imaginándose el comisario. Se echó para atrás para dificultarle la visión.

—¿Allí es dónde suministraron la burundanga? —preguntó Sara.

—No lo sabemos, pero allí es donde se reunieron los detenidos antes de que comenzaran los altercados.

—¿Y qué clase de reunión fue esa, si puede saberse?

—Demáscaras es un local para fo...

—Eso ya lo ha sugerido antes, comisario, no es necesario que me repita los detalles —le interrumpió agudizando la mirada sobre la de Santiago en señal de reproche, mientras este se relamía al ver cómo inquietaba a la subinspectora.

Le dio una profunda calada al cigarrillo y lo aplastó sobre el cenicero.

—Anoche se celebró allí una fiesta privada. Una fiesta tipo BDSM, ya sabe, esos jueguecitos de los látigos y las esposas. Tenemos el registro de los invitados y coincide con los datos de filiación de los detenidos, salvo uno, un tal Pelayo Guzmán Cáceres.

—¿Y lo han detenido ya?

—¿Por qué íbamos a hacerlo, subinspectora? De momento no consta que haya hecho nada malo —dijo con una sonrisa socarrona provocando el silencio de Sara—. Solo un detalle. Vea esto. —Le entregó varios folios—. Es el registro de llamadas de los móviles de los detenidos.

Sara empezó a leer la documentación ofrecida lo más rápido que pudo. El comisario le dejó su tiempo para comprobar que no podría averiguarlo ella sola.

—No entiendo qué es lo que tengo que ver en este listado.

El comisario continuó:

—Fíjese en este número de móvil; es el correspondiente a Carlos Pérez de Gerardo —Sara hizo una mueca de incompreensión—, el que tenemos en la Unidad de Agudos —le aclaró Santiago—. Poco antes de que empezaran los primeros avisos al 091, recibió un SMS. Léalo, está transcrito ahí abajo —le indicó con el dedo.

Sara fijó la vista para comprobarlo. «Me marchó a casa».

—Y... ¿se sabe...?

—Sí, hemos hallado el número de móvil desde el que se emitió el SMS y corresponde a ese tal Pelayo.

—El que consta en el registro de la fiesta y no está detenido —afirmó Sara.

—Exacto. Puede que nuestro Pelayo se retirase antes de tiempo y quizás pueda contarnos algo de lo que ocurrió anoche en Demáscaras.

—Entonces ¿qué hacemos aquí? Vayamos a por ese hombre —quiso ordenar la subinspectora.

—Señora, el registro de llamadas nos ha llegado hace una media hora; en cuanto hemos detectado la coincidencia, he puesto en marcha a unos agentes para que acudan al domicilio que nos consta de Pelayo Guzmán Cáceres —dijo con aires de victoria—. Deben estar al llegar. Si quiere tomar un café antes... —Le indicó una máquina de cápsulas que tenía en una de las esquinas del despacho.

Zumbidos; su cabeza estaba llena de ellos. Como un nido de moscas gigantes atrapadas en su cráneo. No era la primera resaca que soportaba su cuerpo, pero quizás sí su alma. Los síntomas eran brutales: dolor de cabeza, acidez, cansancio, mucha sed. Pero había algo nuevo: la inquietud que le aceleraba el pulso. Llevaba quince años casado con Teresa y había sido la primera vez que rompía el pacto de la fidelidad. Se sentía fatal. Abrió los ojos como pudo, palpó el resto del colchón marital y descubrió que estaba solo. Se escuchaban ruidos domésticos que provenían de la cocina. Teresa estaría haciendo café, el de todos los días, el que siempre le llevaba a la cama bajo un ritual incansable, lleno de armonía e intimidad, con la habitualidad que proporcionan los años de matrimonio. A Pelayo le gustaba esa sensación, le hacía sentirse protegido por ese ser que decidía cada noche acostarse con él para seguir luego allí a la mañana siguiente. Sintió a su mujer más cerca que nunca, quizás por el malestar de saber que le había fallado. Se coló en su mente la imagen hipotética de su rostro al enterarse de la infidelidad, la imaginó mirándolo con cara de pena mientras aquella esclava le chupaba la polla. Una imagen dantesca, escabrosa. ¿Cómo pudo ser? ¿Cómo pudo caer tan bajo y dejarse llevar hasta ese abismo mefistofélico?, se preguntaba. La fidelidad había sido siempre un pilar en su matrimonio, uno de los más importantes para sostener, a pesar de la erosión del tiempo, el Partenón de su Teresa Atenea, diosa de la sabiduría y del café en la cama cada mañana. Se odió profundamente, pero hizo el esfuerzo de levantarse al fin y enfrentarse a la realidad que él mismo se había buscado. Observó el reloj de la mesita de noche. Ya eran más de las cuatro de la tarde.

Teresa aún estaba en pijama. Estaba arreglando la cocina cuando apareció su marido con el pelo alborotado y marcas de la almohada en la cara.

—Buenos días, dormilón —le dijo girándose hacia él brevemente sin dejar de secar los platos.

Ella quiso aparentar normalidad, a pesar de la noche en duermevela y de haberle dado mil vueltas a sus pensamientos una y otra vez. No sabía cómo afrontar el hecho de haber mentido a su marido durante los quince años de matrimonio, más otros dos de noviazgo. Sentía dentro de sí misma una quemazón horrible por haberle ocultado la verdadera historia de su familia. Le dirigió una mirada con cierto reproche: cómo podía ser tan inocente y ella, tan mentirosa. Ahora, después de lo ocurrido a sus tíos y de la entrevista con la subinspectora, estaba llena de inquietud. Su secreto podría saltar a la palestra en cualquier momento. ¿Y si la subinspectora llamaba a casa y lo cogía Pelayo? ¿Y si la tragedia familiar de hace treinta años saliera a la luz con el revuelo

periodístico y su mentira, tantos años guardada, se convertía ahora en la carnaza mediática del momento? Tenía demasiadas preguntas revoloteándole en la cabeza.

—¿Todo bien, cariño? —preguntó Pelayo sentándose en la mesa de la cocina y encendiendo el televisor.

—Sí, solo me duele un poco la cabeza. ¿Qué tal anoche? —quiso desviar la conversación.

Pelayo tragó saliva al venirle de repente la imagen de Carla.

—Bien, con los chicos, ya sabes, lo de siempre.

—Muy bien —dijo escuetamente mientras frotaba la encimera con desengrasante.

Se respiraba tensión en la cocina. Él, temeroso de que se notara su traición, como si Carla y Rosa pudieran haber dejado un rastro que Teresa pudiera oler. Ella, evitando quedarse desocupada para no tener que prestar demasiada atención a su marido. Un movimiento esquivo recíproco los llevó, sin saberlo, a un pacto tácito de silencio para que cada cual sobrelleva la carga de su propia conciencia.

El televisor con su voz constante sustituyó el silencio de los cónyuges, aplacando la ansiedad de ambos momentáneamente. Al volver de la publicidad, un informativo especial sobre los ataques acaecidos en el centro de Madrid esa misma noche atrajo su atención. Teresa y Pelayo quedaron sorprendidos al escuchar hablar de rabiosos, de quince muertos, de no sé cuántos heridos y de las dos enigmáticas frases que uno de los asaltantes escribió con sangre en la plaza del Dos de Mayo. Al leerlas, a Teresa se le resbaló de la mano una copa de cristal que estalló en minúsculos trozos afilados.

—¡Cariño!... Espera, no te cortes. —Pelayo se levantó para coger la escoba y el recogedor.

—¡Joder, qué mierda! —dijo Teresa.

—No te preocupes, amor, solo es una copa.

La televisión siguió hablando de los once mandamientos de satanás y de su posible significado. Mientras Pelayo barría los restos esparcidos por el suelo, Teresa miraba absorta la pantalla. Esas dos frases también estaban en la nota de su abuela, al igual que las que le enseñó la subinspectora Sara de la escena de los crímenes de Cuenca y Trujillo. Empezó a sudar, se sintió acorralada, pero hizo esfuerzo por respirar profundo. Tenía que hallar algún enlace entre lo sucedido en Madrid la noche anterior y algún miembro de su familia, pero la búsqueda de esa conexión fue en balde. No sabía nada de ninguno de ellos, salvo que sus tíos Yasmina y Carlos habían sido brutalmente asesinados y su prima Elsa había fallecido de un infarto. Y, claro está, que su hermana Amanda fue adoptada por un matrimonio escocés. Tuvo de súbito la intuición de que la subinspectora haría acto de presencia en cualquier momento y se aterró al observar a su marido recoger los despojos cristalinos de la copa. Apoyó las manos en la encimera y trató de calmarse. Tenía que revelar la verdad sobre su pasado. Había llegado el momento.

—Pelayo, tengo que contarte algo.

Este se volvió, notando de inmediato la presión a la que parecía sometida su mujer, una especie de angustia en la expresión que pareció trasladársele a él, como si de una enfermedad contagiosa se tratase.

—¿Qué ocurre? —alcanzó a decir esperando lo peor.

El timbre de casa sonó justo en el momento en que Teresa abrió la boca para liberar los fantasmas del pasado.

—¿Quién será? —dijo Teresa saliendo de la cocina y librándose, momentáneamente, de su arrebatado de sinceridad. Pelayo, perplejo, esperó inmóvil sin decir nada.

Cuando abrió la puerta dio un respingo de alarma. Dos agentes de uniforme estaban plantados

delante de su domicilio.

—Buenas tardes, señora —dijo cordialmente uno de ellos—. ¿Este es el domicilio de Pelayo Guzmán Cáceres?

—¡Por Dios, sí, es mi marido! ¿Qué ocurre! —exclamó aterrada.

—Nada, no se preocupe, señora, solo quisiéramos hablar con él.

Pelayo apareció justo detrás de su mujer antes de que esta pudiera decir nada más.

—Hola, buenas tardes. ¿Qué ocurre, agentes?

—¿Es usted Pelayo Guzmán Cáceres?

Pensó en mentir por un segundo.

—Sí, soy yo, ¿qué querían?

—Tenemos orden de venir a buscarle para llevarlo a comisaría, se requiere su colaboración en la investigación de ciertos sucesos que ocurrieron anoche.

—¿Yo? Pero... ¿de qué se trata?

—Pelayo, ¿qué ha pasado? —le preguntó Teresa dándole la espalda a los agentes.

—Tranquila, señora, no hay nada contra su marido, tan solo se le necesita por cierta información que pudiera tener.

—¿Cierta información mi marido? Oigan ustedes, ¿de qué demonios están hablando? ¡Mi marido no ha hecho nada! —dijo hecha una furia.

—Tranquila, cariño, seguro que no es nada, no te alteres, por favor —le dijo Pelayo sujetándola por los hombros—. Serían tan amables de darme un minuto para cambiarme...

Los agentes asintieron y Pelayo se dirigió hacia el dormitorio para vestirse.

—¿Yo puedo ir también? —les preguntó Teresa algo más calmada.

—Lo siento, señora—denegó el policía.

—¿Y adónde lo llevan?

—A la comisaría de Gran Vía; será solo un momento, no se preocupe.

Aquella frase infundió a Teresa de todo menos tranquilidad y por supuesto que estaba preocupada. ¿Qué significaba todo esto? Dio media vuelta dejando la puerta abierta y se dirigió al dormitorio, pero Pelayo ya salía de él vestido con un pantalón de chándal y una camiseta.

—Cariño, tranquila, ya verás como no es nada —le dijo volviendo a poner sus manos sobre los hombros.

—¿Pero...? —No le dio tiempo a decir nada más, pues su marido salió embalado hacia la puerta de casa donde esperaban los agentes, dejándola con la palabra en la boca.

—No tardará mucho, señora, se lo prometo —dijo uno de los agentes mientras indicaba a Pelayo con la mano que caminase.

Teresa se quedó traspuesta en el umbral de su vivienda viendo cómo los dos policías se llevaban por el pasillo a su marido. Este le regaló una última mirada y estiró las manos hacia abajo en señal de calma.

Cerró la puerta, apoyó la espalda sobre ella y rompió a llorar durante unos minutos.

En comisaría Sara terminó aceptando un café de cápsula que le ofreció el comisario. Durante ese rato de espera estuvo aguantando el historial profesional y el increíble currículum del comisario Santiago que este solía narrar a modo de historia, con solemne orgullo y deleitándose en la publicación de sus éxitos. La subinspectora escuchó con aparente interés. Una breve llamada de Malatierra la salvó durante un par de minutos de la perorata narcisista del comisario. Dijo que

llegarían a Madrid sobre las ocho de la tarde, no habían hallado nada de interés en Asturias y Sara le hizo un resumen brevísimo de lo ocurrido en las últimas horas.

—¿Cenamos esta noche y nos ponemos al día? —preguntó, sorprendiéndola, el inspector.

—Está bien, jefe, así hablaremos con más calma; cuando termine aquí con ese tal Pelayo y vaya a La Paz para interrogar al internado allí, le llamo, ¿OK?

—OK, Sara, *ciao*.

El comisario siguió alardeando de sus trofeos y de sus casos resueltos. Sara miró de reojo el reloj de pared: casi las cinco de la tarde. «Demasiado rato ya aguantando a este pelmazo», pensó.

Al cabo de unos minutos, los agentes enviados por el comisario hicieron acto de presencia.

—Comisario, ya estamos de vuelta —dijo uno de ellos abriendo la puerta del despacho.

—Bien, ¿lo encontrasteis?

—Sí, comisario, está en la sala de espera.

—Pues que no espere más, traedlo aquí ahora mismo.

—Sí, jefe, voy.

Pelayo entró en el despacho con una mezcla de asombro y miedo, sus sentidos estaban alerta; escudriñó el espacio de forma inmediata: una mesa atestada de papeles, un reloj de pared, olor acumulado a tabaco y una máquina para cápsulas de café arrinconada sobre una pequeña mesita. El comisario se presentó y presentó seguidamente a la subinspectora. Se estrecharon las manos y le pidieron que se sentase.

—Solo será un momento, no se preocupe —le dijo el comisario.

Subinspectora y comisario examinaron con la mirada a aquel hombre vestido con un chándal y aspecto desaliñado. Estaba claro que lo habían pillado desprevenido.

—¿Ha visto las noticias? ¿Está enterado de lo sucedido anoche? —empezó el comisario.

—Sí, cuando me he despertado he podido ver algo de un ataque por un grupo de personas.

—¿Estuvo usted anoche en un local llamado Demáscaras?

Pelayo entendió al momento que la pregunta solo encubría una afirmación. La policía ya lo sabía, así que no mintió.

—Sí, fui con dos amigos.

—Así nos consta, aparece su nombre en el registro del local para la fiesta que se celebró anoche —aseveró Sara.

—Yo no me registré en ningún sitio —alegó.

—Pues alguien lo haría por usted, el caso es que estuvo allí —continuó el comisario dejando unos segundos de intervalo—. Dígame, ¿qué relación tiene con Carlos Pérez de Gerardo?

—Somos amigos ¿por? —dijo sorprendido—. Él también estuvo anoche allí.

—Eso ya lo sabemos, y también sabemos que poco antes de las dos de la madrugada usted le escribió un SMS, ¿cierto?

Tuvo que parar un momento para recordar y asentir con la cabeza.

—«Me marchó a casa». Dígame, ¿dónde estaba cuando lo escribió y dónde estaba su amigo? ¿No habían salido juntos?

—Anoche salí con Carlos y Rodrigo, mis dos mejores amigos. Fue Rodri el que nos llevó a Demáscaras, era la primera vez que yo entraba en ese local. Allí dentro los perdí de vista y cuando decidí marcharme a casa no los vi, por eso mandé ese mensaje.

Sara estaba revisando el listado de detenidos.

—¿Su otro amigo es Rodrigo Canalejas Lerma?

—Sí, señora, ¿qué ocurre con ellos?

El comisario y la subinspectora se miraron un segundo.

—Pues resulta que su amigo Rodrigo está detenido y su otro amigo, Carlos, está internado en una unidad de agudos de psiquiatría, ¿qué le dice eso?

Pelayo palideció al oír aquello.

—Pero... ¿qué han hecho?

El comisario se mostró desconfiado; en cambio, Sara pensaba que decía la verdad, aunque no del todo.

—De Rodrigo le podemos decir que está imputado por un posible delito de agresiones a varias personas según consta en declaración de varios testigos; y de su amigo Carlos... bueno, de momento lo pillamos escribiendo este... —hizo el gesto de comillas con las manos— ...grafiti en la plaza Dos de Mayo. —Le entregó una fotografía con la pintada.

—¿Carlos escribió esto? —confundido, observó estupefacto la fotografía—. ¿Qué significa?

—Forman parte de los once mandamientos satánicos, ¿le suena de algo? —intervino Sara.

Pelayo echó hacia atrás el cuerpo, asombrado. Volvió a mirar la fotografía y negó con la cabeza.

—Por cierto, las pintadas las hizo con los restos de sangre de un brazo humano arrancado de su dueño —especificó Santiago generando un espanto terrible en Pelayo.

—Oigan, no entiendo nada; anoche salimos, cenamos en Eguirre y después me llevaron a ese lugar; me marché de allí solo cerca de las dos de la madrugada y no supe nada más de Carlos ni Rodrigo. —El pulso se le aceleró, la fotografía vibraba sujeta en sus inestables manos—. ¿Qué tiene que ver Carlitos con... mandamientos satánicos ha dicho?

—Sí, eso mismo, los escribió él, se lo aseguro —le confirmó Sara cruzándose de brazos—. Puede que estemos detrás de un grupo religioso que predica teorías fanáticas, seguidores del diablo y cosas así, aún no estamos seguros.

—¿Usted es creyente? —preguntó el comisario.

—¡Y eso qué más da! —replicó molesto.

Sara recriminó al comisario la estupidez de su pregunta con la mirada. Se hizo un breve silencio.

—No, no soy creyente, ¿eso me hace sospechoso de algo?

—De momento nadie está hablando de sospechoso, señor, no se ponga nervioso. Además, ya tenemos cuarenta y tres detenidos por lo ocurrido anoche.

Pelayo suspiró. Intentó no perder los nervios.

—Todos los detenidos dieron positivo en burundanga, ¿sabe lo que es eso?

—No estoy seguro.

—Una droga que anula la voluntad y el consentimiento de quien la toma.

Entonces recordó a Carla, la sumisa de Rosa y también su propia falta de voluntad para resistirse a que le hicieran una mamada, la fuerza irreconocible que sintió en aquel momento y que bloqueó cualquier respuesta que hubiera impedido aquel acto.

—Creemos que el grupo que anoche provocó los altercados fue drogado con esta sustancia, posiblemente contra su voluntad, para que de alguna manera pudieran cumplir algún tipo de orden o...

—Mandamiento —interrumpió Sara.

Pelayo mantuvo el silencio en espera. No terminaba de creer lo que oía.

—Por eso le hemos traído aquí a usted: anoche tuvo que ver algo en ese local. Dígame, dice que perdió de vista a sus amigos... y usted, ¿qué hizo mientras?

Tragó saliva, pues no le agradaba contar lo ocurrido. Hizo de tripas corazón y, mostrando arrepentimiento, narró lo sucedido en Demáscaras con Rosa y Carla.

Sara revisó la lista de detenidos, pero no constaba nadie con esos nombres ni tampoco ninguna mujer de los rasgos que acababa de describirle.

—Y dice que no pudo resistirse —el comisario esbozó una sonrisa socarrona.

—¿Notó algún tipo de síntoma físico como somnolencia, agresividad...? —interrogó la subinspectora.

Lo negó con la cabeza.

—Con su amigo Carlos aún no hemos podido hablar, pero su otro amigo, al igual que el resto de los detenidos, no recuerda absolutamente nada.

—Es extraño —murmuró Pelayo.

—Sí, lo es —confirmó Sara—. Pelayo, ¿le importaría acompañarme al hospital La Paz para ver a su amigo Carlos?

En realidad, no le apetecía nada, solo quería volver a casa con su mujer, pero le pareció más prudente no negarse a colaborar. Estaba realmente sorprendido por todo lo que había escuchado. Se despidió del comisario dándole la mano sudada y salió del despacho acompañado de la subinspectora.

Cuando llegaron al hospital, el atardecer ya había encendido las luces de la ciudad. Con la angustia apretándole el cuello y acelerando su respiración, Pelayo siguió a la subinspectora hasta la entrada del complejo. Esta mostró su placa en la recepción y preguntó dónde estaba la Unidad de Agudos. El joven del mostrador indicó el camino con desgana.

Subieron tres plantas por las escaleras. Sara parecía tener urgencia por llegar, mientras Pelayo intentaba frenarla inútilmente quedándose algo rezagado. No estaba seguro de querer ver a Carlitos en ese estado.

La entrada de la Unidad de Agudos no tenía nada de especial, solo una puerta con una especie de ojo de buey. Estaba custodiada por un agente de policía que tocó al portero automático a la orden de la subinspectora. Las medidas de seguridad que rodeaban el recinto inquietaron a Pelayo: tenía la sensación de estar a punto de entrar en la boca del lobo. No había duda de que querían estar seguros de que nadie escaparía de allí. Una voz metálica sonó por el altavoz y el agente que vigilaba la entrada ordenó que abrieran. Un chasquido eléctrico desplazó el resbalón de la puerta, Sara giró el pomo y entraron.

Caminaron por un pasillo ancho, salpicado de puertas que daban a pequeñas habitaciones. Al fondo, un mostrador ocupado por varias enfermeras y un par de tipos con pijama blanco de hospital que bien podrían haber salido del equipo de seguridad de una discoteca.

Avanzaron sin detenerse, revisando de reojo todas las puertas que dejaban a los lados. Los pacientes parecían salir de una película de terror psicológico: un hombre mayor andaba a cuatro patas en dirección opuesta a ellos; una señora repetía leves inclinaciones delante de la pared sin pronunciar ninguna palabra en un constante movimiento sin mucho sentido; un chico más joven y con expresión agresiva le pidió un cigarro a Pelayo. Este le dijo que no tenía y se quedó parado en medio del pasillo, cual estatua de mármol, mirándolo con cara de pocos amigos. También se oía a alguien, la voz de una mujer, que gritaba desde alguna de las habitaciones. No se distinguía desde cuál. Llegaron al mostrador; les atendió una enfermera de edad avanzada que parecía moverse en ese mundo de locos con total naturalidad. Sara se identificó de nuevo y preguntó por el interno Carlos Pérez de Gerardo. La enfermera miró a su derecha indicándoles el camino.

—Está fuera, en el patio.

Sin mediar más palabras, torcieron a su izquierda y siguieron unos pocos metros más hasta alcanzar la entrada a una gran terraza de muros altos, más altos que el doble de una persona, y que impedían asomarse desde cualquier punto del lugar. Era un espacio abierto, pero al mismo tiempo la sensación de prisión era inevitable. Nadie podía salir de allí. Más que un hospital, parecía una cárcel.

Hallaron a Carlos sentado de lado en un banco, con el costado apoyado sobre el respaldo y con los pies encima del asiento. Tenía la barbilla apoyada sobre sus rodillas y las manos aferradas a sus tobillos. Encogido y vestido con un pijama azul claro que le daba un aspecto enfermizo.

—Ahí está —indicó Pelayo, que se aproximó a él seguido de la subinspectora.

No se le veía bien el rostro, así que Pelayo, conmovido, se sentó a su lado.

—Hola, Carlos, soy yo, tío. ¿Qué tal estás? —le dijo.

Giró su cabeza hasta donde la tensión de su cuello pudo. Le miró casi de reojo desde esa posición, pero no quiso girar el cuerpo. No dijo nada. Tenía la mirada fija en un punto invisible. Mantuvo su cuello girado hacia Pelayo sin volver a su posición inicial; supuso que era una señal de que sabía y era consciente de que estaba allí con él.

—Soy yo, Pelayo. He venido a verte en cuanto he podido y...

—Pelayo, mi amigo; Pelayo, mi amigo; Pelayo, mi amigo —empezó a repetir constantemente con un leve tintineo de cabeza, hacia adelante y atrás.

La subinspectora mantuvo silencio y la posición a un par de metros de los dos hombres, esperando a ver qué sucedía y atenta a cualquier detalle.

—Sí, Carlos, soy Pelayo, tu amigo y me alegro mucho de verte. —Le puso una mano sobre el hombro y reaccionó con un leve espasmo, parecía querer rechazar el contacto. No obstante, Pelayo insistió. Le apretó en el hombro, en señal afectuosa, y eso lo tranquilizó un poco. Se giró sin poner los pies en el suelo, manteniendo la misma postura encogida sobre sí mismo. Ahora estaban cara a cara, pero él seguía con la mirada baja—. Carlitos, ¿cómo te encuentras? —le preguntó cariñosamente.

No respondió. Siguió con el leve balanceo sobre su cuerpo y la mirada perdida. Puso sus manos sobre las de él, que seguían agarradas a sus tobillos. Trató de agachar un poco la mirada, buscando la suya.

—¿Qué te pasó el sábado, cómo acabaste en el hospital?

Dejó de balancearse. Se quedó quieto de repente y notó como ahora se agarraba a sus tobillos con más fuerza. Apretó con todas sus ganas. Su cuerpo emanaba tensión y lentamente alzó la mirada hasta colocarla a la altura de su amigo. Sus ojos parecían fijarse en él, pero era una mirada muerta, vacía.

—Pelayo, mi amigo; Pelayo, mi amigo —repitió de nuevo.

—Sí, tu amigo, tu amigo... Pero, Carlos... —esta vez lo cogió con firmeza de los brazos—, mírame, ¿por qué estás aquí? ¿Qué te ocurrió el sábado?

Reaccionó: ahora sí miró a Pelayo y no a un punto fijo, parecía volver en sí.

—No, no, no, no hay que volver, Pelayo, mi amigo. Ya no hay que ir más. No es gente de verdad, no es bueno; Pelayo, mi amigo, no quiero ir más a ese horrible lugar. Tú ya no vas a llevarme más, ¿verdad, Pelayo, mi amigo? ¿Nunca más? ¿Nunca más? —Los ojos se le humedecieron y su rostro mostraba un cariz suplicante.

—Sí, está bien Carlitos, claro que sí, ya no iremos más a ese sitio que nos enseñó Rodrigo —le dijo para calmarlo.

Sara contemplaba la escena con extrañeza.

—No, no, no, Rodrigo no es bueno, es como ellos. Pelayo, mi amigo, mi amigo, a Rodrigo no quiero nunca más verlo. Me hace daño, él es amigo de los malos, pero no de Pelayo, mi amigo. No me gusta, no me gusta, no me gusta, no me gusta —empezó a elevar la voz e instintivamente Pelayo lo abrazó y empezó a susurrarle al oído.

—Tranquilo, Carlitos, estoy aquí contigo, Pelayo, tu amigo, ¿recuerdas?

—Sí, Pelayo es bueno, mi amigo.

—Claro que sí, Carlitos, somos amigos y de los buenos, ¿verdad? De los que se lo cuentan todo y confían el uno en el otro, ¿a que sí? —siguió susurrándole mientras le abrazaba.

—Sí, de los buenos.

Se apartó lo suficiente para que le viera la cara y lo cogió de nuevo de los brazos.

—Carlitos, es muy importante, necesito saber qué pasó el sábado. Cuando te fuiste con Rodrigo, ¿dónde te llevó?, ¿qué hicisteis?, ¿qué visteis?

Alzó el rostro como buscando algo en el aire y fijó su mirada en otro punto fijo, esta vez más elevado. En el estado en el que se encontraba no resultaba fácil acelerar los acontecimientos, así que le dio tiempo. Esperó un minuto sin quitarle la vista de encima.

De pronto, sin dejar de orientar su cabeza hacia el cielo, la giró levemente hacía su amigo, lo suficiente para mirarlo de refilón con una expresión muy seria.

—No está bien lo que hiciste, Pelayo —expresó con la voz abroncada y atravesándolo con ella.

—¿Qué? ¿Qué dices?

La subinspectora agudizó sus sentidos: parecía que iba a revelar algo interesante.

Carlos seguía mirándolo de reojo, en esa posición antinatural. Esbozó una sonrisa de un matiz psicodélico.

—Una Teresa se enfadaría mucho si supiese lo de Pelayo, otra Teresa.... no, otra Teresa no es buena, no me gusta, Pelayo, mi amigo. No está bien lo que hiciste —insistió.

—Pero ¿a qué te refieres, Carlitos? ¿Qué es lo que hice mal? ¿De qué Teresa me estás hablando? —dijo sorprendido al escuchar ese nombre tan familiar.

De súbito, cambió de posición. Colocó repentinamente las manos sobre el banco al igual que sus rodillas y así, a cuatro patas, le clavó una mirada inquisidora, los ojos inyectados en sangre, el pulso de su yugular a punto de estallar. Pelayo se sobresaltó y se apartó unos centímetros.

Carlos empezó a jadear cada vez más fuerte. Su respiración parecía gruñir desde lo más profundo de su ser. Estaba realmente enloquecido. Pelayo y la subinspectora se miraron sin saber qué hacer. Miró a su alrededor por si necesitaba pedir ayuda. Vio a una de las enfermeras que parecía hablar con otros dos internos en el otro extremo de la terraza. Eso le sosegó un poco.

Carlos se acercó un poco más y, como si le atravesara con su mirada, parecía querer entrar dentro de Pelayo, indagando en su pensamiento. Una voz de ultratumba resonó como un eco desde su interior.

—Desea, Pelayo, desea —empezó a reírse a carcajadas, prácticamente gritaba con su risa.

Pelayo se levantó de un saltó, impresionado, paralizado al escuchar las mismas palabras que Rosa le susurró en Demáscaras. «Por qué las pronunciaba ahora Carlos, cómo sabía él...», pensó. Estaba realmente aterrado. Miró al fondo de la terraza: una de las enfermeras estaba mirándolos, advirtiéndolos, quizás, que algo iba a pasar.

Carlos elevó su cuerpo, despegó sus rodillas del banco para apoyarse sobre sus extremidades, en una posición felina y amenazante. Juntó sus pies y manos de tal forma que la torsión de su cuerpo era verdaderamente extraordinaria y giró la cabeza lateralmente para poder mirarlos con la expresión desencajada.

—¡Contéstame, Carlos, con quién estuviste! —gritó desesperado.

—¡Jodiendo con la puta cerda de Teresa! —y volvió a reír, con un sonido que provenía desde las entrañas, una risa gutural que le obligaba a dar arcadas.

Sara retrasó la posición un par de pasos asiendo a Pelayo del antebrazo para apartarlo un poco por seguridad.

—De qué ha-blas, Car-los. —No podía casi articular palabra al escuchar lo que dijo: «¿Teresa? ¿Qué pintaba ese nombre aquí?», pensó.

Ya no dijo nada más. Solo reía. Bocanadas de una risa llena de maldad que expulsaba por su boca y que sonaba a eco profundo.

Desde su posición de gato enfurecido, brincó desde el banco al suelo y empezó a correr en línea recta atravesando toda la terraza. La subinspectora volvió a echarse hacia atrás en un acto reflejo mientras Pelayo quedó petrificado. Carlos comenzó a correr como alma que lleva el diablo con la cabeza y el torso agachado, como si fuera un toro a punto de embestir. Se escuchó al fondo un grito de ayuda. La enfermera al otro extremo intentó acudir al auxilio, pero todo sucedió muy rápido. Puede que veinticinco o quizás treinta metros midiera el patio de la Unidad de Agudos: Carlos los atravesó en escasos segundos inclinado sobre sí mismo, en una posición de lo más antinatural, y no paró. Simplemente siguió corriendo hasta el final. Hasta el muro. Impactándolo con su cabeza, partiéndose el cuello en el acto y vomitando un espumarajo de sangre por la boca. Todo el personal y algunos internos salieron al instante. Pelayo se quedó inmóvil en el mismo lugar. Paralizado. Solo veía al fondo los pies de su amigo. Derrotado para siempre en el suelo y rodeado de pijamas blancos que nada pudieron hacer por él. Sara había salido detrás de Carlos, pero no logró alcanzarlo antes del terrible impacto.

—¡Joder! —la escuchó exclamar.

Un revuelo de batas blancas y algunos gritos inconexos inundaron la escena. Un psiquiatra y dos enfermeras trataban de reanimar a Carlos en vano: se había abierto la cabeza y partido el cuello de forma instantánea. No había nada que hacer.

Subieron el cuerpo inerte a una camilla totalmente tapado con una sábana. Únicamente se intuía su silueta. Después llegaron las preguntas, el alboroto, médicos y más médicos. Muchos nervios. Nadie supo por qué había hecho eso.

Pelayo solo pudo responder ambiguamente a las preguntas de uno de los médicos, alegando que Carlos no parecía entender nada, ni siquiera dónde se encontraba. Simplemente, de golpe, empezó a correr. Sara se le acercó.

—Siento lo ocurrido, Pelayo, será mejor que salgamos de aquí —dijo Sara.

—Pero... y Carlitos, ¿por qué...? —balbució.

—Es extraño, lo sé, la mente humana comete actos incomprensibles —trató de consolarlo.

Pelayo rompió a llorar, no podía entender lo sucedido. La subinspectora lo tomó del brazo y lo acompañó a la salida. Salieron del hospital con una sensación de frío pegada al cuerpo. Se sentaron en las escaleras de la entrada.

—¿Está más tranquilo?

Pelayo se secó las lágrimas y asintió resoplando.

—Mire, su amigo también dio positivo en burundanga; ese tipo de drogas puede llegar a desquiciar la mente hasta extremos incomprensibles.

—Subinspectora, hay algo que... —Sara prestó atención ante la interrupción—. ¿Recuerda lo que les conté antes en comisaría, lo de...? —Hizo un gesto de vergüenza.

—¿Se refiere a la felación?

Pelayo tragó saliva.

—Sí, eso.

—¿Qué ocurre?

—Pues que justo antes de que Rosa ordenara a Carla que... ya sabe, Rosa me agarró para susurrarme: «Desea, Pelayo, desea».

—Justo lo mismo que acaba de recordarle su amigo —advirtió Sara a la primera.

—Exacto, pero... ¿cómo es posible? Él no estuvo allí, en esa misma habitación.

Sara guardó silencio y pensó un instante.

—No estoy segura, este caso está rodeado de demasiados misterios. —Se atusó el pelo con las dos manos para liberar su mente de la tensión—. Dígame una cosa: ¿a qué mujer se estaba refiriendo Carlos? Usted solo mencionó a Rosa y a Carla, pero ¿quién es Teresa? Aludió a dos de ellas.

—No estoy seguro, la única Teresa que conozco es mi esposa y ella no estuvo allí.

Sara recordó a la sobrina de las víctimas de Cuenca y Trujillo con quien ya se había entrevistado; tuvo una corazonada.

—¿Por casualidad su mujer no tendrá una hermana gemela, verdad?

Pelayo, extrañado por la pregunta, la miró apretando el entrecejo.

—No, mi mujer es hija única.

Sara asintió perpleja, sorprendida de que su intuición le hubiera fallado. Relajó el semblante y sonrió a Pelayo con amabilidad.

—Bueno, Pelayo, siento lo ocurrido y las molestias. Por mi parte ya hemos terminado, puede marcharse.

Se pusieron de pie y se tendieron la mano.

—Gracias por su colaboración; si necesitamos algo más, nos pondremos en contacto con usted y si recuerda algo que pudiera ser de interés, se lo agradecería —dijo entregándole una tarjeta.

—Sí, claro, así lo haré, subinspectora.

—Siento mucho lo ocurrido, de verdad.

—Gracias.

Se despidieron. Sara observó el andar de aquel hombre mientras se alejaba. Sacó el móvil del bolsillo y vio que tenía una llamada perdida de Malatierra; con tanto alboroto no se había percatado antes, así que llamó al inspector.

—Jefe, ¿ya habéis vuelto?

—Sí, acabo de dejar al italiano cerca de su casa y yo estoy llegando a la mía. ¿Alguna novedad por Madrid? Vaya pollo de cojones que se montó anoche aquí, ¿no?

—Y que lo diga —suspiró.

—¿Cenamos entonces?

Después de lo vivido las últimas veinticuatro horas, con el atardecer amenazando en el horizonte y su anuncio de una nueva noche en soledad, por la tensión acumulada, por los extraños hechos acaecidos los últimos días, Sara se dejó llevar por un arrebato de necesidad.

—Sí, cenamos; cojo un taxi y voy a tu casa, Roberto, pediremos chino —dijo de pronto.

Malatierra se quedó estupefacto al otro lado de la línea: no recordaba ni una sola vez que lo hubiera llamado por su nombre.

Pelayo sentía que una fuerza invisible le rodeaba. Necesitaba hablar con su mujer, necesitaba el calor y la comprensión de su abrazo. Pero contarle lo de Carlos suponía contarle que estuvo en

Demáscaras y no se atrevía a afrontar el hecho de la infidelidad ni tampoco se sentía capaz de maquillar la historia y contar solo una parte. Intuía que iba a explotar de repente para soltarle todo lo acontecido. Era lo que más necesitaba: condenarse culpable y afrontar el castigo. Era la única forma de expiar la culpa interior que le oprimía el pecho. Y ahora, además, Carlitos. El pobre Carlitos. Si no lo hubiera dejado solo, quizás seguiría vivo, pero no, se fue con Rodrigo y... “¡Qué extraño!», pensó, Rodrigo estaba detenido por agresión... Solo quería llegar a casa y esconderse del orbe y del resto de este maléfico universo que parecía acecharle.

Andaba en línea recta, sin hacer el más mínimo amago de apartarse ante nadie. En ese momento todo le daba igual, estaba destrozado. La gente se torcía en el último momento para evitar chocar con él, sabían que estaba allí, pero ni una sola alma reparó en su estado, en cómo se encontraba. No paraba de llorar y tan solo una niña pequeña que caminaba de la mano de su madre le regaló una mirada sincera y compasiva cuando se cruzaron. Pelayo giró la cabeza para devolvérsela y la niña se paró un segundo. Le agradeció su mirada con una sonrisa. La madre, con un gesto instintivo de protección, tiró de su hija para que siguiera andando y olvidara a aquel hombre con el rostro desencajado y el alma rota.

Se alarmó de aquella pequeña e imprevista escena. Le aterró una idea que brotó inesperada. Quizás el mundo se había vuelto tan oscuro que hasta un simple gesto de pura humanidad despertaba los peores temores.

XIII

19 de enero de 2020. Domingo. 20:00. Madrid.

Pelayo regresó a su domicilio envuelto en dudas y angustia. La antinatural autólisis de Carlitos le había estremecido el alma; eso, unido a la noticia de su amigo Rodri y a los sucesos de la noche anterior, lo inundó de pavor. «¿Qué pasó en Demáscaras?», se preguntaba. Las lágrimas no paraban de brotar de sus ojos, la ansiedad le oprimía el pecho. Se sentía tremendamente culpable y necesitaba contárselo a su mujer. Fue todo el camino cavilando, tratando de coger ánimos para afrontar el hecho. Iba a sincerarse con Teresa. Ella merecía saber la verdad.

Al abrir la puerta de casa, Teresa le esperaba de pie en la entrada del inmueble, como si hubiera estado allí mismo, quieta, esperando la llegada de su marido. Cerró la puerta y soltó las llaves en el aparador de la entrada. Tenía la mirada tensa, al igual que la de Teresa. Se miraron un segundo.

—Carlitos ha muerto.

Teresa, al ver las lágrimas y la expresión desolada de su marido, corrió a abrazarlo.

—¡Cariño! Lo siento.

Pelayo respiró el aroma de su mujer. Se aferró a su cuerpo para llorar desconsoladamente durante varios minutos. Teresa esperó a que se desahogara.

Miraba su rostro angelical y dulce como si fuera la última vez. Realmente era muy afortunado de tener una mujer así, tan buena y maravillosa. Por un momento tuvo la tentación de retractarse de lo que iba a hacer, pero la realidad pesaba demasiado. Aprovechó un momento de silencio, algo más calmado, y cogió a Teresa por los hombros apartándola un poco.

—Cariño, ayer por la noche ocurrió algo terrible —anunció.

Nadie le conocía mejor que ella, así que, en cuanto vio en su rostro la expresión de corderito degollado, se paralizó en el sitio con tal firmeza que era como si se parase el tiempo a su alrededor.

—¿Qué ha pasado, Pelayo? ¿Qué le ha ocurrido a Carlos? —preguntó con la severidad que solo las situaciones realmente importantes parecen dar relevancia al nombre propio.

—Acaba de suicidarse en el hospital.

Teresa se alarmó.

—¿Te lo ha dicho la policía?

—No. Lo he visto yo mismo con mis propios ojos.

—¿En el hospital? —Se llevó una mano a la boca y al segundo reaccionó acercándose a su marido y envolviéndolo en sus brazos. Los ojos de Pelayo empezaron a brillar ante aquel gesto.

—Sí. He tenido que acompañar a una subinspectora hasta La Paz para ir a verlo y allí... —Se descompuso de nuevo en lágrimas.

Teresa volvió a abrazarlo.

—Pero anoche saliste con él y con Rodrigo, ¿no?

—Sí, deja que te lo cuente —le dijo haciendo un esfuerzo por calmarse—. Cuando llegamos al hospital, Carlitos no estaba bien, no era él. Es difícil de explicar. Decía cosas incoherentes en apariencia, pero... —No pudo controlar el sollozo, la voz se le ahogaba. Teresa le tendió una mano, lo suficiente para mostrar su apoyo, pero sin pretender interrumpir y tiró de él suavemente hasta sentarse en el sofá del salón.

—Tranquilo, mi amor —susurró.

—Empezó a decir cosas extrañas del lugar donde estuvimos ayer por la noche. Cosas como que la gente de allí no era buena, que no se fiaba de Rodrigo, que yo era su amigo, que no quería volver más allí... en fin. Y además me dijo que no estuvo bien lo que hice...

—Pero... ¿qué es lo que hiciste? No entiendo nada —se asombró Teresa.

Guardó unos segundos de silencio y respiró profundamente.

—Verás. Fue idea de Rodrigo. Nos dijo que nos llevaría a un sitio especial. Al principio no le di importancia, supuse que sería alguna tontería, no sé. Pero el caso es que nos llevó a un club de BDSM. Se llama Demáscaras.

Teresa colocó su espalda recta y su rostro fue todo un interrogante. Se había puesto nerviosa y Pelayo también. La mujer apoyó sus codos sobre la mesa y sujetó su cabeza con las manos como si pesara demasiado. Pelayo la contempló con desánimo.

—¿Qué le ha pasado a Carlitos?

Le contó lo que acaba de suceder en el hospital y la tétrica y cruda forma que tuvo de matarse. Brotaron dos lágrimas que cayeron por su propio peso por el rostro de Teresa. Volvió a echarse las manos a la cabeza. Suspiró. Miró al techo y, recomponiéndose en un segundo, le miró a los ojos.

—Háblame de ese club de BDSM. ¿Qué ocurrió allí?

—Se llama Demáscaras, como ya te he dicho. Es un local peculiar, hay música y una barra de bar, aunque el ambiente es muy diferente al de cualquier otro pub. Vi a dos mujeres atadas a la pared, vi a un hombre orinando en la boca de una mujer colgada boca abajo, vi a dos tías liándose entre sí mientras todos miraban...

—Pero, Pelayo, ¿qué es todo esto? —dijo con lágrimas en los ojos.

—Entramos allí y Rodrigo se llevó a Carlitos; vi que le presentaba a gente y los perdí de vista entre el bullicio.

—¿Y tú qué hiciste mientras?

Respiró profundamente: había llegado el momento.

—Se presentó de improviso una mujer. Se llamaba Rosa y estuvimos hablando.

—¿De qué?

—Bueno, me estuvo explicando el funcionamiento del local y de ese mundillo del BDSM. Al rato me pidió que la siguiera y... Lo siento, mi amor, no puedo explicarlo de un modo racional, pero no pude resistirme, te lo juro.

—¿Dónde te llevó?

—A una de las habitaciones —contestó.

—¿Habitaciones?

—Sí, había varias, la mayoría con las puertas abiertas, allí vi algunas de las escenas que te he descrito. Me llevó a una habitación donde estaba esperando otra mujer; esta era muy joven, apenas unos veinte años. Estaba desnuda, salvo por los zapatos, y guardaba un absoluto silencio. Quise

presentarme, pero la jovencita ni siquiera me miró. Entonces Rosa comenzó a explicarme... —Tuvo que parar un segundo para respirar, pues no paraba de balbucear.

—¿Explicarte qué, Pelayo?! —requirió Teresa con determinación.

—Me dijo que Carla, la jovencita, solo la obedecía a ella, que solo me saludaría si ella se lo ordenase, que haría todo lo que ella quisiera disponer. Me contó que era su hija adoptiva, la adoptó en Colombia cuando tenía once años y que ahora era su esclava. Su sumisa.

—Pero ¿de qué me estás hablando?, ¿de qué va esto, Pelayo? No puedo creerte, ¡no puedo creerte! —gritó.

Pelayo, ahogado en llanto, hizo el esfuerzo necesario para llegar hasta el final.

—Rosa me cogió la cabeza y pegó la suya a la mía. Solo recuerdo que me dijo: «Desea, Pelayo, desea». Y entonces le ordenó a Carla que me hiciera... —Se echó las manos a la cara, avergonzado, llorando como un niño.

—¿Qué es lo que... te hizo?

Hubo un agónico silencio de unos segundos. Teresa lo miró aterrada esperándose lo peor.

—Una mamada.

La mujer contuvo su reacción. Estaba quieta, mirándolo, absorbiendo la tensión por sus poros, a punto de estallar y con los ojos rotos en lágrimas.

—Y... ¿te la hizo?

—Sí, lo siento mucho —confesó.

Jamás en todos los años que había pasado junto a ella la había visto tan triste. Una profunda decepción la encogía, parecía colapsar sobre sí misma. Se levantó para ir a la cocina en un intento vano de huir.

—Espera, Teresa, aún no he terminado.

De pie se giró un poco concediéndole permiso para seguir hablando.

—Sé que no me vas a creer, pero no pude resistirme, no es que me obligasen, pero jamás había sentido una tentación tan fuerte, inmovilizado por una fuerza que no podría explicar.

—¿Y lo deseaste, Pelayo? ¿Ese fue tu deseo? —preguntó con seriedad.

Pelayo respiró intensamente.

—En lo más profundo de mí, sé que fue así, y no voy a mentirte: lo deseé.

Teresa miró al suelo, perdida en un pensamiento obtuso. La mujer, derrotada por el desánimo más absoluto. Pelayo, sentado como un imbécil, echando por tierra muchos años de convivencia por una noche. Era absurdo. Él era absurdo. Sintió el desgarró de su traición en el pecho.

Teresa volvió a sentarse y le pidió que siguiera.

—Después de eso, simplemente me fui de allí. Me despedí de Rosa y Carla y me largué. No vi a Carlos ni a Rodrigo y me marché de allí sin esperarlos. Estaba muy nervioso y me metí en el primer bar que encontré para tomar un trago. Después de eso regresé a casa.

—Entonces no volviste a ver a Carlos y a...

—No. No volví a verlos. Esta mañana cuando vimos en las noticias los ataques de anoche no pensé que tendrían relación con Rodrigo y Carlos ni con aquel local.

—¿A qué te refieres?

—Según la policía, todos los detenidos estaban registrados en la lista de invitados de la fiesta que se celebró en Demáscaras y ahora Rodrigo está detenido, imputado por agresiones, y a Carlitos... —se secó las lágrimas y se sonó la nariz con un clínex... lo detuvieron, pero tuvieron que ingresarlo en la Unidad de Agudos del hospital dado su estado.

—Pero Carlos... ¿alguna vez había estado...?

—No, que yo sepa no padecía ningún tipo de trastorno. Al parecer, anoche lo detuvieron en la plaza Dos de Mayo.

—¿Por qué? ¿También intentó atacar a alguien?

—Lo pillaron haciendo unas pintadas en un muro.

—¿Un simple grafiti?

—No exactamente. Llevaba consigo un brazo humano, arrancado de cuajo de alguien, tampoco se sabe si lo hizo él, pero lo llevaba.

Teresa se angustió al imaginarse la espantosa escena.

—¿Y qué estaba haciendo?

—Usó el brazo para escribir.

—¿Para escribir? —preguntó aterrada.

—Aprovechando la sangre fresca que brotaba de él.

—¡Dios santo! —Se llevó las manos al rostro.

Pelayo se levantó para servirse una copa. Su esposa, estupefacta, no dejaba de mirarlo.

—¿Y qué estaba escribiendo?

Visualizó mentalmente las dos frases que leyó en las fotografías que le mostraron en comisaría y las recitó despacio.

Teresa, al escucharlas, rompió a llorar con fuerza y se fue corriendo al dormitorio. Explotó. Cerró de un portazo y le dejó solo en el salón. Pelayo escuchó los ecos de su dolor y se quedó allí solo soportando la intransigente distancia que se acababa de abrir entre ellos. Ya estaba hecho, una verdad dolorosa pero la verdad, al fin y al cabo. Se sintió aliviado y al mismo tiempo vacío. Solo.

No quiso interrumpir la soledad de su mujer en el dormitorio, era evidente que necesitaba llorar un momento a solas, así que se quedó bebiendo sentado en el sofá del salón, tratando de respirar y conteniendo las emociones que, en aquel momento, eran intensas y contradictorias. Con la aparente calma del reo que espera su veredicto.

La mujer, dolida y desgarrada sobre la cama de matrimonio, ardía en una contradicción. Quería odiar a su marido por lo que había hecho, pero las sanguinarias frases que, según le acababa de narrar, había escrito Carlos, le llevaron de nuevo a su pasado, a la nota de su abuela. Eran otros dos de los mandamientos, al igual que los que le mostró la subinspectora hacía poco más de un día. Sintió que estaban en peligro. Recordó fugazmente la terrible sonrisa de su hermana Amanda la noche que murieron sus padres: entonces también se sintió culpable y sola ante su pasado. Ahora le pesaba demasiado habérselo ocultado a su marido.

Al cabo de una hora, Teresa salió del dormitorio y fue a enfrentarse a la cruda realidad que le había traído Pelayo. La cara, descompuesta por un abundante llanto que le dejó marcado el rostro, pero con la mirada serena.

—¿Aún me quieres, Pelayo? —preguntó.

—Con todo mi corazón, amor mío.

Le miró con una lástima casi maternal. No supo qué decir.

—¿Conociste a alguna otra mujer además de esa tal Rosa y Carla?

—No, solo a ellas. Pero hay algo más que tengo que contarte.

Teresa se volvió a sentar llena de resignación. Suspiró.

—Justo antes de que aquella chica me hiciera una... —apartó la mirada—, eso, ya sabes.

—Sí, ya sé —afirmó secamente.

—Rosa se aferró a mí y me susurró: «Desea, Pelayo, desea».

—Eso ya me lo has dicho.

—Sí, pero... esta tarde en el hospital, Carlos me ha reprochado lo que hice y me ha repetido la misma frase que Rosa.

—Pero ¿no me has dicho que él no estaba, que lo perdiste de vista al irse con Rodrigo?

—Eso es precisamente lo que me inquieta: ¿cómo sabía él lo que pasó?

Teresa no dijo nada. Se levantó y abrió uno de los cajones del mueble principal del salón. Extrajo un paquete de cigarrillos que solo usaba de vez en cuando y encendió uno. Miró a su marido.

—¿Qué quería de ti la policía exactamente?

—Mi nombre aparecía registrado en la lista de invitados de Demáscaras, por eso me han tomado declaración, pero yo no participé en los sucesos de anoche.

—¿Y qué explicación te han dado?

—Al parecer, los detenidos habían tomado burundanga, una especie de droga que anula el consentimiento.

—La fuerza extraña que te obliga a que te la chupen, ¿verdad? —reprochó en tono irónico.

Pelayo se detuvo un momento.

—Yo no he tomado drogas.

Teresa le miró. Le temblaban los labios de la rabia.

—Casi hubiera preferido que me hubieras dicho que sí —le dijo.

Se acercó a la mesita del salón, apagó el cigarrillo a medio consumir y se despidió de su marido en silencio, con una mirada acusadora.

—Esta noche déjame dormir sola, por favor; no quiero tenerte cerca de mí —sentenció desapareciendo del salón y encerrándose de un portazo en el dormitorio.

Malatierra se había puesto a ordenar su apartamento arbitrariamente: nada tenía un sitio escogido, años de tanto desorden acumulado hacían imprecisa la recolocación de libros, cojines y algún que otro objeto inútil de decoración. Parecía un adolescente esperando a su primera cita. Sara acababa de llamarle. «En quince minutos estoy allí», le dijo. El cansancio del viaje se le borró de golpe y su corazón palpité. Cogió el teléfono para pedir algo de cenar, y una botella de vino tinto que encontró en la cocina le dio seguridad. «Al menos tengo algo que ofrecerle», pensó.

Sara tocó el timbre de la puerta directamente, lo que sobresaltó a Malatierra, que contaba con un par de minutos más de tiempo —según había calculado mentalmente— desde que la subinspectora tocara al interfono del portal hasta que subiera al apartamento; pero supuso que se habría cruzado con algún vecino abriendo la puerta, así que ya no había tiempo para adecentar el apartamento. El inspector volvió a echar una mirada dubitativa al salón y abrió.

Le dio la sensación de que era un poco más alta que él; la figura, esbelta y femenina. Agradeció mentalmente los tacones que llevaba. Le encantaban. Su cuerpo, dibujado por una blusa blanca, ceñida y abierta ligeramente por la parte superior, acompañada por una falda negra y medias a juego. Se abrazó al inspector, que pudo saborear por un instante la fragancia femenina que emanaba de ella. Estaba sorprendido, pues no esperaba ese recibimiento. Al principio pensó que sería un rápido abrazo, algo entre compañeros, pero advirtió, al cabo de dos segundos, que Sara no se separaba de él. Notó que su cuerpo temblaba.

—Sara, ¿estás bien?

Empezó a llorar apretándole más el cuerpo. Malatierra comprendió la situación y abrazó a su compañera, pegando lateralmente su rostro al de ella y frotándole suavemente la espalda. Su

cuerpo menudo y terso tenía la textura de una juventud ya olvidada para él. Inconscientemente tensó sus músculos todo lo que pudo para transmitirle toda la seguridad posible con su abrazo.

—Tranquila —le susurró.

Entonces Sara se despegó y, secándose las lágrimas, le pidió disculpas.

—Lo siento, jefe, es que... —apretó los labios— necesitaba desahogarme, las últimas veinticuatro horas han sido un infierno.

—Por lo que me contaste por teléfono y lo que yo he visto en las noticias, la de anoche fue una movida impresionante, ¿no?

—Ni se imagina, y para colmo lo de esta tarde.

—¿Qué ha pasado? —le dijo invitándola a entrar y cerrando la puerta.

Sara entró en el apartamento y descubrió dos copas esperando sobre una mesita al lado del sofá junto a una botella de vino. Miró sorprendida al inspector.

—He pedido comida china para picar algo —dijo Malatierra con indiferencia tratando de quitarle importancia al detalle.

Sara agradeció el gesto sentándose directamente en el sofá y cogiendo la botella, que ya estaba abierta; sirvió vino para ambos. Sin preámbulos, le contó lo sucedido en el hospital, los detalles del ataque multitudinario, las dos frases escritas en la plaza Dos de Mayo, los detenidos, la burundanga, lo estúpido, cretino y machista que le parecía el comisario Santiago, la historia contada por Pelayo, la entrevista que tuvo con la sobrina de los crucificados, la advertencia que le hizo uno de los detenidos en los calabozos de la comisaría... Hablaba con rapidez, como si tuviera ganas de terminar cuanto antes. Malatierra la escuchaba atentamente bebiendo vino a intervalos.

—¿Y dices que ese Carlos mencionó a Teresa, la misma que...?

—En realidad, aludió a varias, como si hubiera dos Teresas.

El inspector pensó.

—Pero nuestra Teresa, una de las —hizo el gesto de comillas— supervivientes de la familia, tenía una hermana gemela, Amanda.

—No mencionó a ninguna Amanda.

—¿Y ese tal Pelayo qué dijo?

—Se sorprendió cuando escuchó ese nombre. Le pregunté y me dijo que la única Teresa a la que conocía era su mujer, pero que ella no estuvo en Demáscaras. Entonces le volví a preguntar si por casualidad su esposa tenía una hermana gemela, pero me dijo que era hija única, así que no veo que tengan relación. No entiendo nada de este caso. —Estiró los brazos apoyándose sobre el respaldo del sofá, lo que hizo que se pronunciara la curvatura del pecho menudo de Sara apretando la camisa y provocando el deleite del inspector.

—Y el detenido te advirtió que ella nos encontraría —pronunció de repente Malatierra recordando las palabras que le acababa de narrar Sara en su resumen de los hechos. Se quedó pensativo mirando al techo.

—¿Qué te sugiere eso?

—Nada, solo que... —sacó un cigarrillo y se lo llevó a la boca— ayer cuando visitamos en la residencia de Llanes a Silvia...

—Sí... qué...

—Pues que esa anciana me hizo la misma advertencia que a ti el tipo del calabozo.

—¿Qué? ¿Pero no dijiste que era una vieja catatónica que ni siquiera hablaba? —se alertó.

Malatierra dio una profunda calada y expulsó el humo lentamente hacia arriba.

—Sí, así es, no habló en todo el rato y así nos lo advirtieron en la residencia al llegar, pero hubo

un momento en que me quedé a solas con ella...

—¿Cuándo se deslizó cuesta abajo? —preguntó Sara, que iba recordando a pedazos la información que su jefe ya le había transmitido por teléfono.

—Justo antes de ese momento, sí, y fue entonces cuando me soltó esa frase: «Ella nos encontrará». —Sara palideció—. Cómo es posible que uno de los detenidos de anoche y una anciana moribunda internada en una residencia a más de quinientos kilómetros de Madrid nos hicieran la misma advertencia. Cómo es posible que casi medio centenar de personas, hasta las cejas de burundanga, se volvieran medio locas y se pusieran a morder y a matar a todo el que pillaban por medio. Cómo es posible que aparecieran escritos otros dos mandamientos satánicos por un chiflado que las escribió usando como brocha un brazo humano. Qué relación tienen esos dos mandamientos con los otros que aparecieron en Cuenca y Trujillo. Quién querría haber matado y de esa forma tan cruel a los dos crucificados. Qué es lo que se oculta en esa extraña familia, si es que aún se le puede llamar así después de tanta desgracia y de la absoluta falta de relación entre sus miembros. Quién me envió el fax a mi oficina.

Hubo un silencio entre ambos. Sara estaba haciéndose mentalmente el mismo resumen que acababa de hacer su jefe. Los dos estaban intentando encontrar respuestas a tanta incógnita y embriagándose poco a poco con el vino.

—¿Y bien? ¿Qué crees, inspector?

Este miró a su compañera, reclinada sobre el sofá y sujetando con elegancia la copa de vino por el fuste, cada vez más atractiva a sus ojos.

—Pues creo que tienen razón.

—¿El qué? ¿A qué te refieres?

—Tu detenido y mi anciana. Tienen razón —le dijo mirándola a los ojos—. Ella nos encontrará.

—¿Pero quién es ella?

—No lo sé, pero debe ser alguien que tenga relación con los once mandamientos del diablo. De momento ya nos ha enviado cinco: uno en Cuenca, otro en Trujillo, otro a mi oficina y dos más en la plaza Dos de Mayo.

—¿Una secta? Ya sabemos que Saturnino Crespo Frail, el padre de la víctima de Cuenca y de tu anciana de Llanes, formó parte de esos adoradores del diablo, de ese tal... no recuerdo su nombre.

—Anton Szandor LaVey.

Sara posó su copa sobre la mesa y se echó las manos a la nuca.

—Esto parece de locos, jefe. Es muy extraño. A veces pienso que estamos luchando contra algo muy superior —reveló sin querer mirarle a la cara, algo avergonzada por lo poco profesional que sonaba lo que acababa de decir.

Malatierra pareció confirmar, en un primer instante, con su silencio la venturosa afirmación de la subinspectora, pero inmediatamente quiso quitarle hierro al asunto.

—Sara, será mejor que nos relajemos un poco; a veces la tensión y la crudeza de este trabajo y de las escenas que te pone delante te pueden hacer perder el norte.

La mujer se revolvió de repente sobre sí misma y le dio un codazo al inspector.

—¡Ey, jefe, que está insinuando que estoy majara! —dijo con simpatía.

—No, por Dios —hizo un gesto religioso con sorna—, no osaría cometer semejante pecado. —Consiguí que Sara volviera a reír, lo que animó a Malatierra a hacer lo mismo—. Lo que quiero decir, compañera, es que en este puto trabajo, como uno se empeña en ver fantasmas, los acaba viendo y... mira, por mucho que se complique la investigación, por extraños que parezcan los sucesos, al final todo acabará esclareciéndose de un modo racional, ya lo verás.

Sara asintió sin poder evitar sonrojarse un poco por la absurda insinuación que acababa de hacer. Ambos se sonrieron, chocaron sus copas y bebieron.

El repartidor de comida china tocó el timbre.

—¡La cena ya está lista! —exclamó Malatierra.

Sara cogió dos platos de la cocina mientras el inspector atendía al repartidor. Distribuyeron la comida de las cajas de cartón entre ambos.

—¡*Bon appetit*, inspector!

Comieron con avidez sin olvidarse del vino, que ya iba haciendo mella en el ánimo de los dos comensales, cada vez más relajados. Sara estaba cómoda, riéndose de las anécdotas de la larga trayectoria laboral que le contaba Malatierra. Había conseguido olvidarse de todo y se estaba divirtiendo como hacía tiempo que no lo conseguía. En un alarde de confianza, se desabrochó un botón de la camisa alegando que tenía calor. Detalle que no pasó desapercibido por el inspector que, de vez en cuando, guiaba sus ojos hacia el pequeño triángulo que quedó al descubierto en el pecho de Sara, lo suficiente para advertir el comienzo de la voluptuosidad de los senos de su compañera. «Que eres su jefe, coño», se recriminó a sí mismo. Ella se percató de la inusual amabilidad del inspector, le agradaba ver que provocaba ese efecto en el hombre que le daba órdenes durante las horas de trabajo; se sintió bien al saberse deseada, eso le dio seguridad y confianza. Bebió un último trago apurando el poso de su copa y ladeando su cuerpo para situarse más en frente de Malatierra. Sujetó su cabeza con una mano, a su vez, apoyada sobre el codo que había colocado en el respaldo del sofá. Se mostró sugerente, la apertura de su camisa hizo un pequeño pliegue que permitió al inspector ver un poco más. Se entreveía un trocito del encaje de lo que parecía ser un sujetador lleno de picardía, uno de esos que no se ponen porque sí. Tuvo que echar un trago profundo, cargándose casi media copa de una sola vez, a lo que Sara sonrió sin dejar de mirarle.

—¿Alguna vez estuviste casado?

A Malatierra le gustaba la familiaridad con la que la subinspectora se estaba atreviendo a hablarle.

—Una vez lo intentaron —se hizo el cínico.

—¿Ah, sí? ¿Cómo se llamaba la candidata?

—Como tú.

—¡Vaya! —dijo sorprendida—. Parece que lo bueno abunda.

Malatierra la miró afirmando con la cabeza.

—Sí, desde luego —concedió, dándole un raudo repaso visual a la anatomía de Sara que esta percibió de inmediato.

—¿Y qué pasó?

Al inspector se le cambió brevemente el gesto e hizo una mueca extraña.

—Bueno, es una larga historia, pero... —cogió la botella para llenar ambas copas—. Se podría resumir en que yo trabajaba demasiado y ella necesitaba algo más que un tipo que llegaba demasiado tarde a casa, así que...

Vio que se ajustaba la camisa y se acomodaba en el sofá como si no estuviera del todo a gusto hablando de aquel tema.

—Así que ¿qué? —insistió Sara.

El inspector tomó un trago, dejó la copa de nuevo en la mesa y se echó hacia atrás suspirando.

—Así que me reemplazó.

Malatierra tuvo que tensar la mejilla, intentando abrir al máximo los ojos pues el líquido

lagrimal se acumulaba en estos y a punto estuvo de dejar caer una gota de sensibilidad por su rostro. A Sara le pareció en ese momento el hombre más tierno del mundo y tuvo un deseo fugaz e impropio para con su jefe que reprimió estoicamente. «Si no trabajase con él, ahora mismo me lo comía enterito», se dijo interiormente.

—Lo siento —dijo.

—Bueno, ya es agua pasada.

—¿Y el agua presente cómo la lleva? —le preguntó haciendo un sutil contoneo con su cuerpo que llamaba al abandono sexual más absoluto.

Malatierra encajó la insinuación con una carcajada más bien forzada, tratando de disimular la tensión que allí se estaba generando. La miró de nuevo y se echó rápidamente sobre el espaldar, mirando otra vez hacia el techo, como esperando una lluvia fría que aplacase a la bestia. Sara empezó a acariciarle el pelo con la mano, movida por el atrevimiento del alcohol en su sangre y por la necesidad humana de buscar contacto con otra piel, una curtida y varonil como la del inspector, que se resistía a la tentación evitando hacer cualquier movimiento y dejándose acariciar por su compañera. Si pudiera hablar, en ese momento le habría dicho que saltase sobre él como una fiera, que fuese ella la que diese el paso. Pero demasiado tiempo estuvo esperando esa acción y Sara apartó la mano que tenía enredada en la cabeza de Malatierra. Hubo un momento de *impasse* para los dos. Allí, tan juntos, evitando dar el último paso que les haría caer en un terreno peligroso, deseándose fervientemente.

—Mañana habrá que seguir con la investigación —rompió Sara el misterio de la situación recolocando a su jefe de un golpe en la cruda realidad. Se levantó, se abrochó el botón de la camisa que tanta esperanza había generado en el deseo del inspector—. Será mejor que me marche, se está haciendo tarde y me gustaría descansar bien esta noche.

Malatierra carraspeó disimulando su enfado inútilmente y se levantó para acompañar a Sara hacia la puerta, pues ella estaba recogiendo su bolso, señal inequívoca de que había decidido marcharse.

—Sí, claro, mañana será un lunes intenso, hay demasiados datos que investigar —dijo volviendo al rigor profesional.

Colocándose el bolso sobre el hombro, Sara le miró.

—Bueno, pues...

Malatierra enarcó los brazos en señal de rendición.

—¿Te vas ya entonces?

—Sí, ya es mi hora. Soy como la *Cenicienta*—dijo de broma.

El inspector asintió con desgana y ambos se dirigieron a la puerta. Los dos suspiraron. Le abrió la puerta con cortesía y dejó que la mujer pasara justo delante de él, lo que aprovechó para una última mirada evanescente entre ambos y una última bocanada de su aroma femenino.

—Muchas gracias por la cena, jefe, y... —agachó la mirada.

—¿Y qué, Sara? —preguntó con urgencia.

La subinspectora dio señales de que le incomodaba lo que estuvo a punto de decir, sonrojándose.

—No, nada, jefe, eso, que gracias. Nos vemos mañana en la oficina. Adiós.

Roberto Malatierra quiso derrumbarse allí mismo, pero tan solo respondió como debía y cerró la puerta, quedándose solo con sus pensamientos y con el deseo frustrado.

XIV

20 de enero de 2020. Lunes. 06:00. Madrid.

Se había levantado temprano, más de lo habitual. Tenía pensado llamar pronto al trabajo para decir que no iría, que se tomaba unos días libres; estaba segura de que se lo debían por su eficacia y buenos resultados. De hecho, su jefa ya se lo había advertido alguna vez: «Si en algún momento necesitas un respiro, dátelo». Después de la honestidad y del dolor por lo ocurrido que sentía Pelayo. Él no había podido resistirse, dijo. Y ella lo creía; más que eso: sabía que era verdad, que algo o alguien habría subyugado la voluntad de su marido en aquel momento hasta el punto de aceptar el jueguito con Rosa y Carla. Por otra parte, los asesinatos de sus tíos, con las frases dejadas escritas en sendos lugares, y las que había pintado Carlos tétricamente en el centro de Madrid estaban dentro de la advertencia que, a modo de legado, le dejó su abuela en aquella nota escrita. No estaba segura, pero Teresa tenía una terrible corazonada.

Mientras se vestía rápidamente en el baño evitando hacer ruido, intentaba imaginarse cómo serían esas dos mujeres que llevaron a su marido a una conducta más propia de un adolescente lujurioso que de un fiel y maravilloso marido, que es lo que ella conocía de Pelayo. De pronto, un fugaz pensamiento, casi una visión, la obligó a apoyar las dos manos sobre el lavabo del cuarto de baño. Una trágica imagen del pasado, de su pasado, revivió con fuerza en su cabeza. No tenía una certeza absoluta, pero su intuición le decía que podía ser posible lo que la aterraba. Un pasado olvidado a fuerza de duro trabajo durante años y ahora... «No puede ser», se dijo a sí misma en un intento fútil de borrar esa idea.

Con unos tejanos, una simple sudadera y unas deportivas cómodas salió del baño, tratando de no pensar más y ponerse tan solo a actuar. Cogió una mochila, la llenó con un neceser de aseo, otro minúsculo de maquillaje con espejito incluido, una botella de agua, un paquete de clínex, el móvil, el cargador y la cartera. Dentro de esta última comprobó que llevaba sus tarjetas y unos sesenta y cinco euros en efectivo.

Se disponía a marcharse, pero se percató, al ver a su marido dormido en el sofá del salón, que dejar así a Pelayo sin más quizás no fuese lo mejor. Decidió escribirle una nota y dejarla en la mesa del salón. «Después de lo de anoche necesito marcharme unos días». Lacónica y sin firmar. No había tiempo, sabía que tenía que irse antes de que despertara y empezara a hacer preguntas o incluso tratase de acompañarla. Esto tenía que hacerlo sola, así lo sentía ella, desde lo más profundo de su corazón. Ya habría tiempo de dar explicaciones si, por desgracia, estaba en lo cierto y su intuición no le fallaba.

Salió de casa cerrando la puerta con el sigilo de un ladrón profesional. Eran las seis y cuarto de la mañana y el rellano de su planta estaba lóbrego. Su corazón palpitaba y la sola idea de la

oscuridad en ese momento era insoportable, así que encendió la luz del portal rápidamente, como una niña pequeña tratando de huir de un miedo infantil, aunque la ansiedad de Teresa no era producto de la imaginación libre y extremadamente caprichosa de la infancia, sino del pasado, de una historia de verdadera opacidad que siempre iría con ella.

Cogió el ascensor y, al llegar al sótano, volvió a buscar instintivamente el interruptor de la luz. Hablaba sola en voz alta: «Vamos, Teresa, enciende la luz y te vas». Iba haciéndose compañía a sí misma ante la inmensa y dolorosa sensación de soledad que la inquietaba. Abrió la puerta que daba acceso al garaje comunitario y se dirigió a su coche, un BMW de un blanco impecable. Al ver su silueta, notó que se tranquilizaba un poco: su coche siempre le había transmitido cierta idea de seguridad, algo absurdo, lo sabía, pero así era. Entró en él, dejó la mochila en el asiento del copiloto y metió la llave en el contacto. Un breve rugido le dio los buenos días. Encendió las luces, se puso el cinturón y maniobró para esquivar las columnas que delimitaban su plaza de garaje. Subió por la rampa de salida con unas ganas inusitadas, como queriendo lanzarse al cielo y escapar de allí para siempre, pero se controló y solo apretó el acelerador lo suficiente para salir a la calle y ponerse a conducir de verdad.

Aún estaba oscuro, faltaba una media hora para que empezase a amanecer. Sentía ganas de ver el sol, la luz. Al menos, a esas horas, no le costaría ningún trabajo salir de la ciudad a toda prisa, y así fue. En escasos minutos Teresa cogió la autovía en dirección a Toledo, su destino, su historia, su ciudad natal, el lugar al que nunca había querido volver. La ciudad ante la que cualquier tentativa de Pelayo por ir, ella siempre se había negado: le decía que no lo quedaba nada en Toledo, salvo el recuerdo de la muerte prematura de sus padres. Cáncer de páncreas e infarto de miocardio respectivamente. Teresa esbozó una agria sonrisa pensando: «Ojalá hubiera sido eso, ojalá». Un intenso regusto a arrepentimiento le sobrevino. Nunca se atrevió a contarle su verdadera historia a Pelayo, jamás le advirtió del peligro —potencial al menos— que corría al estar a su lado. Y ahora, sospechando que quizás los fantasmas del pasado revivían y enredaban a su marido en historias sórdidas y oscuras, se sentía culpable de no haberle contado toda la verdad. Tuvo que apretar los dientes para no derramar una lágrima mientras el acelerador, paralelamente a la tensión del cuerpo de la conductora, hacía girar la aguja del velocímetro hasta los ciento sesenta kilómetros por hora.

Entró en Toledo, con el amanecer despuntando en el horizonte, por la A-42; tomó la avenida Castilla La Mancha hasta la rotonda del Puente de Azarquiel; allí giró hacia la calle Carrera y accedió como pudo, pasando por alto alguna señal de prohibido, a la calle Real del Arrabal. Dejó el coche en el primer parking subterráneo que encontró. Al salir, el frío toledano le hizo sentirse viva. Caminó atravesando callejuelas hasta la plaza de San Agustín; allí se encontró con la ermita del mismo nombre, pero Teresa buscaba la iglesia de Santiago, cuya ubicación exacta no recordaba bien, aunque sabía que estaba cerca. Esperaba encontrar al padre Argüelles. Por un momento pensó que era bastante improbable: había pasado mucho tiempo; él fue el párroco de esa iglesia y hace treinta años, cuando se despidieron, recordó lo que el sacerdote le prometió: «Teresa, por muchos años que puedan pasar, si alguna vez me necesitas, búscame en esta iglesia; si algún día me traslado de aquí, dejaré a mi sucesor señas suficientes para que puedas encontrarme, te lo aseguro».

Y eso estaba haciendo treinta años después: buscar al padre Argüelles por un laberinto de edificios de piedra cargadas de historia, indemnes al paso del tiempo, que pasaba por ellas con total indiferencia. Tenía una sensación extraña al volver a su ciudad. Recuerdos de su padre al recogerla del colegio; el olor a buñuelos recién hechos que impregnaba toda la casa y su madre

apretándole los mofletes con las manos aún sucias de maniobrar con aquella deliciosa masa que solo ella sabía hacer. Siempre le dejaba algún resto en la cara. Teresa recordaba su risa estridente ante aquella escena. Sí, también hubo momentos bonitos, escasos, pero bonitos, y de ellos también le quedó el recuerdo indeleble. Al menos eso tenía, pensaba sin parar de caminar, oteando por cada esquina, buscando en el letrero de cada calle algún recuerdo que la orientase. Nunca había entendido ese tipo de expresiones que había oído a prácticamente todo el mundo: «tu pueblo», «la tierra de tus raíces», «el lugar donde fuiste niña» y otras por el estilo. Para Teresa, Toledo había sido el sitio del que quiso huir, el infierno, el mismísimo infierno que le quitó lo que más quería, el lugar donde debería haber tenido la infancia maravillosa con la que soñaba a veces, estirando al máximo los escasos recuerdos que tenía de sus padres. Eran tan poquitos que cada vez que hacía el esfuerzo por recordar, la sensación de vacío y de brevedad le inundaban de tristeza por lo no vivido y por todos los momentos que jamás tendría. A veces, ella misma se imaginaba escenas de la infancia que no vivió, trataba de inventar y convencerse a sí misma de una vida inexistente que solo era posible en sus sueños. Pero ella sabía que no podía imaginar libremente, no podía inventarse viajes, fiestas de cumpleaños y noches de Navidad o de Reyes sin más. Siempre amenazaba la presencia, la sombra perenne que vivía tatuada en su mente, su fiel reflejo, la cuarta en discordia, el nombre que no quería pronunciar. El más trágico error que el mundo había reservado para ella y, por desgracia, también para sus difuntos padres y que quizás ahora estuviera acechando a Pelayo, el hombre de su vida. Se estremeció al pensar esto último e instintivamente miró el móvil buscando algún mensaje de su marido. Nada, la pantalla estaba vacía.

Se cruzó en su camino con una diminuta camioneta del servicio municipal de limpieza; le hizo un gesto con la mano y el extraño vehículo paró. El conductor atendió la pregunta de una ansiosa Teresa que buscaba la iglesia de Santiago. Un «va usted bien, señora, siga todo recto y la verá» la alivió.

Aceleró el paso para llegar cuanto antes y la camioneta siguió su camino en sentido opuesto. Al cabo de unos doscientos metros, allí estaba, tan majestuosa y sencilla, sus muros de mampostería y ladrillo, sus tres ábsides semicirculares, sus arcos exteriores de medio punto, apuntados y polilobulados y—siendo tan solo las ocho y cinco de la mañana— su puerta principal, cerrada.

Se lo recriminó. «¿A quién se le ocurre venir tan temprano, Teresa» se dijo. Suspiró apoyando un segundo sus manos sobre sus rodillas. «Está bien, Teresita, tranquila, respira. Ya estás aquí, solo hay que esperar que la iglesia abra».

Giró sobre sí misma, cual veleta buscando el rumbo a seguir hasta cruzar su mirada con una cafetería temprana que la invitó a acercarse. Le apetecía un café y tomar un buen desayuno: tanta urgencia de buena mañana había levantado su apetito. Un bullicio cordial le dio la bienvenida en el establecimiento y un joven camarero la atendió con rapidez para ponerle un café doble con leche y un *croissant* tostado con mermelada casera de fresas. Por un momento volvió a sentirse en casa. Preguntó al camarero casi retóricamente a qué hora abría la iglesia y amablemente fue contestada: a las nueve en punto y, además, que a las diez era la primera misa del día. Por si era de su interés. La verdad es que Teresa no tenía ánimo ni voluntad de oficios, su misión era otra, pero el amable camarero le sirvió para dejar de sentirse un bicho raro y notar la calidez de una voz humana en un intento desesperado de normalizar la situación en la que se encontraba. Tan inquieta en su sospecha, tan inesperado el encuentro con su pasado, tan en el quicio de la puerta de su propio infierno que una simple y trivial conversación le hizo sentir su propia humanidad.

Ensimismada como estaba deglutiendo su desayuno, tardó en darse cuenta de que tenía a su lado

sentado en la barra a un joven vestido con una sotana.

—Disculpe, padre, buenos días. ¿Es usted el sacerdote de la iglesia de Santiago?

El hombre de la sotana, de tez joven y pelo rubio, se giró para responder a Teresa.

—Buenos días, señora. No, soy el diácono. ¿Puedo ayudarla en algo? —contestó el joven amablemente.

Teresa aguardó un segundo.

—Estoy buscando a Luis Argüelles; hace años fue el sacerdote de la iglesia de Santiago y...

—Y lo sigue siendo, señora —contestó el diácono con un gesto risueño—. Yo le asisto en su labor mientras termino mi ordenación como presbítero.

—¿Presbítero? —se sorprendió Teresa.

El joven de la sotana sonrió.

—Sacerdote, para entendernos, señora, aún no lo soy. El sacerdote sigue siendo el padre Luis. Luis Argüelles, ¿verdad? ¿Es a quién está buscando?

A Teresa se le iluminó el rostro.

—Sí, lo busco a él, ¿podría verlo hoy?

El diácono se sorprendió un poco por la urgencia de la pregunta.

—A las diez de la mañana es el primer oficio del día, después estará en el confesionario para todo aquel que lo necesite.

—Yo no necesito confesarme.

—Todos lo necesitamos, señora.

—¿Usted no lo entiende, necesito ver al padre Luis lo antes posible! —Teresa había cogido del brazo al joven, que la miraba estupefacto ante la casi injuriosa necesidad de aquella mujer. Teresa reaccionó al momento dejando de apretar el brazo del clérigo—. Discúlpeme, se lo ruego, es que necesito ver al padre Luis. Es por algo de vital importancia para mí. Lo conocí hace muchos años, yo era una niña y... —se le humedecieron los ojos—. Ocurrió algo verdaderamente trágico y el padre Luis me ayudó, le debo muchísimo y aun así ahora vuelvo a necesitar su ayuda. Créame, por favor, necesito verlo, es un asunto de vital importancia.

Teresa no pudo reprimir una lágrima que recorrió su mejilla con rapidez. Buscó rápidamente un pañuelo en su mochila, pero el diácono tuvo el detalle de ofrecerle uno a tiempo.

—Me llamo Daniel, señora —dijo el joven.

—Teresa. Gracias por el pañuelo. —Se secó el cauce húmedo que la lágrima abrió en su rostro.

—¿Teresa? —el diácono se quedó pensando, como si ese nombre le hubiera recordado algo—. Está bien, no se preocupe, puede acompañarme a la iglesia ahora; hablaré con el padre Luis a ver si puede recibirla, ¿le parece?

Teresa, en otro impulso, cogió las manos del joven.

—Muchas gracias de todo corazón.

Salieron de la cafetería en dirección a la iglesia de Santiago que estaba allí en frente, impertérrita, mostrando su incólume solidez al tiempo que no cesaría de pasar por sus viejas piedras. Testigo del tiempo pasado, también del pasado de Teresa, que ahora regresaba tratando de cerrar el bucle más trágico y oscuro de su vida.

Entraron en el templo por unas de las puertezuelas insertas en el pórtico principal. El aire tibio que emanaba del interior llenó a Teresa de una sensación de protección y calor. Recorrieron la nave principal hasta el fondo y al llegar a la puerta de la sacristía, Daniel le indicó que esperase un momento. El joven diácono desapareció tras cruzar la puerta y Teresa se sentó en uno de los

bancos. Sola ante la inmensidad de aquella iglesia sintió una sensación interior que la reconfortaba.

Al momento, una voz sobresaltada procedente de la sacristía se escuchó.

—¿Cómo has dicho, Daniel?

Teresa prestó atención a la entrada de la sacristía; escuchó pasos acelerados, cada vez más próximos; la puerta amenazaba con abrirse, y así fue. Tras ella apareció, con una silueta desdibujada por los años, el pelo cano bordeando una brillante calvicie y la misma mirada de hace treinta años, el padre Luis.

—¿Teresa? —dijo el sacerdote compungido.

—Sí, padre, soy yo —afirmó la interpelada.

—¿Eres Teresa, la misma Teresa que conocí hace tiempo? —repreguntó tratando de convencerse a sí mismo tras lo asombroso y quizás inquietante de la visita.

—Sí, don Luis, la misma que hace años, cuando era solo una niña y quedó huérfana, se refugió en sus brazos —dijo ella con lágrimas en los ojos.

—¡Pero qué alegría, Teresa! ¡No llores, hija, ven aquí!

El sacerdote y Teresa se fundieron en un abrazo como si hubieran estado esperándose toda una vida; el mismo abrazo que Teresa recibió de él siendo una niña, aunque la edad había hecho mella en el padre Argüelles y su cuerpo había adquirido más fragilidad.

Cogiéndola con los dos brazos la separó lo suficiente para verle el rostro y supo que no era una simple visita de cortesía. Algo amenazaba en su mirada.

—Dime, Teresa... ¿por qué me estás buscando?

Notó que la niña, ahora mujer, empezaba a temblar como si las palabras a punto de ser pronunciadas revolotearan por el interior de su cuerpo, ansiosas por ser expulsadas al exterior.

—No estoy segura, padre, pero creo que... bueno, no lo sé, pero quizás...

—¿Quizás qué, Teresa? ¿Qué ocurre?

—Es posible que ella haya aparecido.

—¿Aparecido? —Tensó su rostro el sacerdote—. ¿Te refieres a...?

—¡No diga su nombre, por favor, padre, se lo suplico! —impuso Teresa elevando la voz, lo que provocó el sobresalto del cura—. He estado toda mi vida tratando de olvidarla y no quiero ni escuchar su nombre —aclaró con tono de disculpa.

—Está bien, lo entiendo, tranquila, ven. —La invitó a sentarse con él en uno de los bancos de la iglesia—. Pero dime, ¿es que la has vuelto a ver?

—No, padre, pero en los últimos días han ocurrido algunas cosas que solo se explican con su presencia.

—¿A qué te refieres? ¿Qué ha pasado?

Teresa narró lo sucedido con su marido, los asesinatos de sus tíos en Cuenca y Trujillo y, sobre todo, la extraña sensación que la invadía interiormente. Un pasado que volvía a florecer dentro de sí misma. El padre Argüelles negó con la cabeza como no queriendo reconocer los hechos.

—Sí, he visto las noticias, pero, Teresa... cuando os separamos tras la tragedia de tus padres, se borraron los datos que os relacionaban; tuvimos mucho cuidado con eso, lo recuerdo, y ambas fuisteis criadas en lugares diferentes: tú te quedaste en el orfanato de Toledo, con nosotros, y a... —se entrecortó—, perdona, a ella...

—Eso es lo que quiero saber, padre, qué fue de ella, dónde la mandaron o con quién se quedó —interrumpió Teresa de golpe.

—La incluimos en la lista de adoptivos —dijo el sacerdote.

—Fue adoptada por un matrimonio escocés, lo sé, me lo dijo la policía.

—¿La policía?

—Claro, tras los asesinatos de Cuenca y Trujillo están investigando a toda la familia, o lo que queda de ella.

El sacerdote se sorprendió.

—¿Pero qué tiene que ver lo ocurrido en esas ciudades contigo?

Teresa le concedió un momento y lo miró extrañada. Empezó a darse cuenta de que ya no era el joven fuerte que ella recordaba; ahora, más bien, contaba demasiadas canas y se expresaba con lentitud.

—Se trata de mis tíos, padre, Yasmina y Carlos. Son las víctimas de esos terribles actos —le aclaró llenando de tristeza su expresión—. Por eso estoy buscando a Amanda, padre.

El sacerdote apoyó su frágil peso sobre sus rodillas.

—Lo siento muchísimo, no sé cómo no he caído en que eran... —se disculpó.

—No se preocupe, pero ahora me entiende, necesito saber sobre el paradero de mi hermana.

—Está bien, Teresa, te diré lo que recuerdo —le dijo mientras la cogía de la mano y la miraba con ternura—. Gracias a un programa de adopción internacional, tu hermana fue adoptada por Aibert y Leana Craig, naturales de Escocia, como ya sabes. Fue la mejor manera que se me ocurrió para asegurar que estaríais bien lejos la una de la otra.

—Pero —Teresa no salía de su perplejidad— ¿ese matrimonio supo lo que ocurrió? —preguntó.

Luis Argüelles agachó la cabeza en señal evidente de arrepentimiento, apretó los puños y miró a Teresa directamente a los ojos.

—Si lo hubieran sabido, tu hermana jamás habría sido adoptada, así que se guardó absoluto silencio sobre ese tema. No obstante, Amanda, tu hermana, fue cuidada por nosotros durante los dos años inmediatamente posteriores a la tragedia, antes de ser adoptada. En ese tiempo tratamos de... —Se echó la mano a la boca instintivamente como si una arcada de arrepentimiento le hubiera sobrevenido.

—¿Qué ocurre, don Luis? ¿Qué trataron de hacer? ¿A qué se refiere? Por favor, necesito saberlo.

—Tratamos de limpiar el espíritu de tu hermana —dijo al fin.

—¿Cómo?

—Nunca te lo dije, Teresa, porque pensé que era mejor así: cuanto menos relación tengas con este asunto, mejor para todos.

Teresa, absorta, trataba de entender lo que le estaba revelando.

—¿De qué me está hablando, padre?

—Del exorcismo de Amanda —dijo el sacerdote sin más preámbulos.

A Teresa se le heló la sangre al escuchar esas palabras.

—¡Pero... eso no es posible padre! —exclamó Teresa atemorizada y levantándose de golpe.

El sacerdote alzó una mano indicándole que se calmara.

—Teresa, tú estuviste allí aquella noche con tu familia. Tú misma me lo contaste. Sabes de sobra que lo que ocurrió escapa a las razones de la naturaleza, queda fuera de lo explicable. Lo sabes, siempre lo has sabido. Hay fuerzas que no podemos entender con los instrumentos de la razón. Pero tranquila, te aseguro que Amanda fue liberada de espíritu, y los últimos meses que vivió con nosotros fue una niña dulce y amable. —El sacerdote indicó a Teresa para que volviera a sentarse.

—¿Alguna vez preguntó por mí?

—No, Teresa, normalmente después de un exorcismo la mente se queda en blanco; diría que ella no te recordaba.

—¿Y a nuestros padres? —insistió.

—Tampoco. Le contamos que habían fallecido siendo ella muy pequeña y jamás le hablamos de tu existencia. Por eso me extraña lo que insinúas. ¿De verdad crees que es posible que Amanda haya vuelto a tu vida de alguna manera?

Teresa suspiró.

—Todo, absolutamente todo lo ocurrido, me parece extraño e inexplicable. Tanto es así que llevo toda la vida tratando de olvidar, rehacer mi camino, pero... créame, padre... sé que ella ha vuelto y necesito saber cuándo o, más bien, para qué.

El sacerdote negó con la cabeza, estaba contrariado.

—Lo único que puedo ofrecerte son los datos de los padres adoptivos de tu hermana, al menos, los que consten de la fecha en que se produjo la adopción. Puede que ya no sean fiables, han pasado muchos años y después de aquello nunca volví a saber nada de Amanda... ni tampoco de ti.

La cogió de la mano para dirigirse a la sacristía. En el interior se guardaba una estantería inmensa repleta de archivadores, pero, como si el padre Luis los conociera de memoria, abrió exactamente un cajón concreto y extrajo una carpeta amarillenta por el paso del tiempo. Tomó nota en un folio copiando algunos datos: «Aibert Craig y Leana Craig, de nacionalidad británica, residentes en Edimburgo, Escocia. Advocate's Close 14, Edimburgo». Le entregó la nota a Teresa.

—Son los únicos datos que puedo darte del paradero de tu hermana —dijo—, pero escúchame bien: si pretendes indagar sobre tu hermana, debes estar realmente segura de que Amanda ha aparecido pues, si no es así, es mejor no remover el pasado, Teresa.

—No sé si será lo mejor, padre, pero sí sé lo que tengo que hacer. Llevo arrastrando una herida abierta toda mi vida, sufriendola en secreto, y necesito enfrentarme a ella. Tengo que ver a mi hermana, tengo que estar segura de si sigue existiendo y tengo que proteger a mi marido.

—¿Entonces...?

—Sí, padre, me voy a Escocia ahora mismo, no puedo demorarlo más —terminó Teresa con rotundidad.

—Sinceramente, no creo que sea buena idea, no sabes a lo que te enfrentas.

—Me gustaría quedarme más tiempo, padre, para que me explicase con todo detalle eso del exorcismo de mi hermana, pero... tengo que irme.

—Está bien, pero espera un momento. —El sacerdote se desabrochó un crucifijo que llevaba al cuello y se lo entregó; acto seguido se apresuró a darle otra nota con su número de teléfono—. Por si me necesitas, Teresa, y lleva a este crucifijo contigo, por favor —le suplicó.

—Gracias, padre. —Permitió que el sacerdote se lo pusiera enganchando el broche por detrás de su cuello. Estaba perpleja por la mención del padre Luis a ese extraño ritual católico, pero no quería retrasarse más.

Se despidieron con un abrazo y la misma mirada de antaño.

XV

20 de enero de 2020. Lunes. 08:00. Madrid.

Era lunes y llegaba con la hora justa al trabajo; su puesto de contable en una multinacional farmacéutica le esperaba como siempre. Había tenido que dormir en el sofá, pues no se atrevió a adentrarse en el dormitorio e irrumpir la intimidad exigida por su mujer. Le dolía la espalda. Nada más despertarse, descubrió una nota puesta sobre la mesa: «Después de lo de anoche necesito marcharme unos días».

Suspiró con resignación y apretó el mentón para no llorar. Después de su confesión, de lo ocurrido en la fatídica noche del sábado, del suicidio de Carlos y de la detención de Rodrigo, se sentía sin fuerzas ni ánimos e hizo de tripas corazón para tomarse un café y marcharse a trabajar.

Una vez en la oficina, automatizó sus tareas laborales, rellenando fichas de debe y haber, comprobando albaranes de suministros, pago a proveedores y demás datos que la empresa necesitaba tener bien registradas y comprobadas.

Un repentino apagón en su ordenador le dejó a oscuras; no estaba de humor para esas interrupciones. Preguntó a sus compañeros si fallaban los ordenadores.

—No, tío, por aquí todo bien—escuchó.

—El mío funciona muy bien, lamentablemente—dijo otra voz irónica.

Pelayo reinició su equipo para seguir funcionando. Le sobrevino el recuerdo de las escenas que presenció en Demáscaras. Trató de recordar el último momento que compartió con sus amigos, pero, sobre todo—no pudo evitarlo—, recordó la presencia de Rosa y de Carla. Hizo un gesto de reproche asqueado por lo que pasó, aunque al mismo tiempo notó en el pantalón que su miembro le apretaba, levemente endurecido, por la imagen visualizada de aquella jovencita practicándole una magistral felación. Dio un pequeño respingo tratando de liberarse de esa imagen. «Carla es hija adoptiva de Rosa—se dijo—. Esto no está nada bien». Dudó si tenía que haberle contado a la policía ese detalle. Realmente era gente extraña la presente en Demáscaras, pero lo de Rosa y Carla resultaba atroz.

Pensó un momento, quieto, delante de la pantalla de su ordenador, que estaba terminando de reiniciar. Quizás fuese mentira, solo una historia inventada para elevar al máximo la imaginación perversa de aquellas mujeres. «¡Céntrate en el trabajo, Pelayo, por favor!», se recriminó.

—Pelayo, al despacho, don Julián te llama—reclamó un compañero devolviéndole a la tierra.

Don Julián, como le gustaba ser llamado, era un tipo hosco y viejo. Pelayo se levantó agitado y con pasos raudos entró en el despacho de su jefe, que dirigía la oficina de Contabilidad y Recursos Humanos.

—¿Me llamaba?

—Sí, Pelayo. Han llamado de la secretaría del Consejo de Administración. Tienes que ir inmediatamente, son órdenes de arriba —dijo con sequedad.

Salió del despacho y movió sus piernas hasta entrar en uno de los ascensores del edificio. Pulsó el botón de la undécima planta. La última. Nunca había subido allí, pensó. Al abrirse la puerta del habitáculo, apareció un rellano amplio; justo en frente del ascensor había unas puertas enormes de doble hoja rematadas con un letrero metálico que anunciaba: Consejo de Administración. Estaban cerradas, así que siguió caminando por el único pasillo existente, que estaba flanqueado por puertas con otros letreros que, a su vez, anunciaban nombres propios y apellidos. «Estoy en la pecera de los tiburones, está claro», murmuró. Al fondo se veía una mesa y, por debajo de ella, las piernas de una señorita cuyo rostro quedaba oculto tras la pantalla del ordenador. Se acercó a la joven y, antes de que dijera nada, la jovencita le invitó amablemente a sentarse en uno de los sillones. Otra puerta, esta no tan grande, daba entrada al despacho de la presidencia del Consejo de Administración. Su letrero no tenía nombre. Como si el puesto lo fuera todo, completo en sí mismo sin necesidad de nada ni nadie. La señorita que custodiaba la puerta parecía absorta, con la mirada fija en la pantalla del ordenador y sin parar de teclear. Llevaba un pinganillo que se sujetaba en la oreja y bordeaba su mejilla hasta terminar en un pequeño micrófono a la altura de su boca.

Piiiiiiii. Un pequeño timbrado sonó y se escuchó decir a la mujer del pinganillo: «Sí, ya está aquí, le digo que pase».

Se giró hacia Pelayo para indicarle que, efectivamente, era su turno. Se levantó y se abrieron las puertas lentamente movidas por algún dispositivo automático. Antes de que le diera tiempo a nada, salieron de allí dos hombres con traje y corbata. Creía recordar sus caras, pero no intercambiaron ni un leve saludo: en este edificio cada planta era un mundo aparte. Entró con el corazón a punto de salirse de su lugar.

Era un despacho amplio, hacía esquina con el edificio y estaba todo acristalado, por lo que las vistas desde la undécima planta eran impresionantes, casi daba vértigo. Una mesa de roble brillante y de una extraña forma asimétrica constituía su centro. Solo había un sillón, que en ese momento estaba colocado de espaldas a Pelayo: solo pudo ver unas piernas cruzadas y unos zapatos femeninos de tacón.

No dio tiempo a que dijera un tímido «hola» cuando una voz empezó a hablarle.

—Podría parecerle una casualidad, Pelayo. Pero siéndote sincera, no lo es. Yo ya sabía que trabajabas aquí, tú seguramente no sabrías lo mismo sobre mí. Es una de las diferencias entre ser contable o la presidenta del Consejo de Administración de Grimofarmaceutix: distintos puestos que implican distintos grados de conocimiento, ¿no te parece?

Como por arte de magia, el sillón se giró sobre sí mismo y apareció ella. Rosa. Con su melena pelirroja. Su actitud desafiante y segura. Su cuerpo modelado en armónica perfección. El asombro no cabía en su rostro que, más que reflejarlo, lo proyectaba. Rosa, viendo la turbación de su empleado, emitió una risita.

—Tranquilo, Pelayo, solo tenía ganas de volver a verte. La última vez dio la sensación de que querías salir huyendo —volvió a sonreír sin dejar de hablar—. ¿Quizás no nos portamos muy bien contigo? —Le clavó la mirada con ese gesto tan explosivo de dejar la boca entreabierta.

Aún no supo qué decir, pues tal era su espanto.

Rosa se encendió un cigarro. Sus labios apretaron suavemente el filtro mientras, sin dejar de mirarlo, encendió un mechero. En la primera calada le mostró su lengua fugazmente. El humo entró en ella para volver a salir a un ritmo contenido.

—Sé lo que piensas, Pelayo. Te aterra la idea de que tenga sometida a mi hija adoptiva, ¿cierto? Lo noto. No eres capaz de comprender cómo una chica con el rostro tan dulce como Carla puede actuar de esa manera y lamer de esa manera, ¿me equivoco? ¿Cómo es que ella acepta ese grado de obediencia, verdad? Todo eso te planteas, lo sé.

—Reconozco que no es una relación que haya visto habitualmente —se atrevió a decir.

—No, desde luego que no estás nada acostumbrado a que la hija adoptiva de una mujer que te excita te haga una felación a su orden. Pero lo que te sorprende de verdad no es lo extraño de la situación o su rareza. No. Lo que no te está dejando dormir desde el sábado por la noche es que tú estabas allí. Nadie te obligó a venir conmigo ni a mirar lo que miraste. No te llegó una llamada de arriba ordenándote que subieras al despacho de nadie. Aceptaste la invitación tú solito. Y mi hija tampoco te obligó a nada. Esa pobre criaturita, dulce y jovial... —Volvió a reírse y acto seguido chupó de nuevo el cigarrillo para absorber otra calada—. Lo que te inquieta de verdad, Pelayo, es que tú lo deseaste, ¿recuerdas? Yo solo te ofrecí esa opción. Desea, Pelayo, desea. Y tu voluntad, desde lo más profundo de tu ser, desde lo más recóndito de las perversiones guardadas, detrás de las barreras de la consciencia y la moral, desde allí, tu verdadera voluntad habló, y el verdadero Pelayo deseó.

—Pe... pe... pero en ningún momento dije ni pedí nada; yo... no lo sé, me quedé en blanco —alegó con evidente torpeza.

—¿Qué no pediste nada? Pelayo, mírame. ¿Crees que necesito escuchar tu voz para saber lo que quieres, lo que deseas» ¡Sí lo pediste! ¡Pediste que Carla te chupara la polla! —acabó gritando.

Tras emitir su veredicto, guardó un momento de silencio que el hombre no se atrevió a romper. Sabía que Rosa decía la verdad. Apagó el cigarrillo y volvió a mirarlo, esta vez sin sonrisa en el rostro.

—Lo que no entiendo, Pelayo, es por qué saliste huyendo, podríamos haberlo pasado muy bien los tres juntos —sugirió.

—No estuvo bien, soy un hombre casado.

Rosa lo miró con sorna de arriba abajo.

—¿Casado dices? —lo miró con expresión burlesca—. Pues tu mujer tiene que ser toda una delicia. —Dejó asomar con sutileza su lengua entre los labios.

—Deje a mi mujer en paz —dijo Pelayo tímidamente.

—Tranquilo, de momento aquí estamos solos tú y yo.

—¿Qué quería de mí? —preguntó intentando poner fin a la conversación.

Rosa se levantó del sillón y, recogiendo su bolso, le dijo:

—Quiero que vengas conmigo ahora mismo, comeremos juntos.

Pelayo se inquietó.

—No puedo, tengo...

—Venga, hombre, no seas así; además, nadie te espera en casa, ¿verdad? —interrumpió descolocando a Pelayo, que recordó la nota que le había dejado Teresa y se preguntó si Rosa podría saber eso.

—Además, necesitas este trabajo, ¿no es cierto? —continuó desafiante.

La mujer se acercó hasta él y lo tomó con suavidad del brazo. El aroma que desprendía era realmente embriagador. Pelayo no quería ir, pero se sintió amenazado. Ambos salieron del despacho y recorrieron el pasillo sin decir nada. Rosa iba delante y Pelayo no pudo evitar volver a mirar el movimiento de ese cuerpo aterrador que lo subyugaba. Montaron en el ascensor y Rosa introdujo una llave especial en una ranura solo reservada a los directivos. Bajaron hasta un

parking. No era muy grande, apenas había sitio para unos veinte vehículos, todos de alta gama. A ellos les esperaba una limusina negra y brillante custodiada por un hombre fornido y grande, también pelirrojo y vestido con un traje impecable. Les abrió la puerta y Rosa entró primero en el amplio vehículo. Pelayo se sentó en uno de los asientos laterales. La ardiente pelirroja le hizo un gesto con la cabeza indicándole una botella de Martini. La cogió y ella le ofreció su copa para que se la llenase. Cumplió la orden y, al mismo tiempo, Pelayo se puso otra para él. La cabina del conductor estaba separada por una mampara totalmente opaca. Cataron sus respectivas copas con un breve sorbo. El Martini nunca le había gustado, pero se notaba su calidad. Todo parecía querer ser abrumador.

—Lo de hoy va a ser algo interesante para ti, te lo garantizo. Vas a conocer a la verdadera joya de la corona de Grimofarmaceutix —rompió finalmente el silencio.

—Pensaba que la joya de la corona eras tú —soltó descaradamente.

Rosa torció el gesto hacia una expresión llena de seriedad. Le sorprendió el tono. Se tomó su tiempo para contestar como si también fuera dueña de él.

—No sabía que me tenías en tan alta estima, Pelayo —volvió a sonreír.

—¿Adónde me llevas? ¿Qué quieres enseñarme? —mantuvo cierta agresividad en el tono.

—Chsss, tranquilo, querido, todo a su tiempo; ya sabes que somos una empresa farmacéutica internacional; voy a llevarte de excursión a nuestra fábrica, vas a ver cómo se hacen las pastillas.

—Creo que ya no tengo edad para hacer una estúpida excursión de colegio.

Rosa se echó a reír dos segundos y le miró con aire felino, enseñando los dientes.

—No abuses de mi confianza, tío. No pienses ni por un momento que puedes hablarme con esos aires, no lo voy a tolerar —sentenció con solemnidad—, aunque... puedes seguir tuteándome, eso me pone cachonda, te lo reconozco.

Le cortó en seco. Estaba claro que jugaba y ella ganaba, dominaba la situación. De nada iba a servir hacerse el gallito, así que optó por callar y beber. Un ligero carraspeo recorrió su garganta.

Al cabo de unos minutos de viaje en la cómoda limusina, entraron en un polígono industrial. Se respiraba calma. Coches, furgonetas y camiones aparcados por doquier, corrillos de trabajadores que venían de comer de algún restaurante con menú barato y alguna meretriz cobijada bajo la leve sombra de un letrero publicitario anclado en la cuneta de la carretera. Finalmente, la limusina entró en un recinto vallado, con una nave gigantesca en medio. Les abrió la puerta del coche el pelirrojo trajeado.

—¿También es tu sumiso? —se atrevió a preguntar.

—Sígueme —dijo Rosa sin hacer caso a la descortesía. Caminaba hacia la puerta principal de la nave. Pelayo la siguió y el chófer a él. Estaba claro que era una especie de asistente personal, alguien que, a la vista de su envergadura, se encargaba de su seguridad.

Una vez dentro de la nave, le impresionó la estructura metálica gigantesca en la que se almacenaban unos bidones azules. Una especie de estantería para gigantes que llegaba hasta el techo. El chófer se adelantó para abrir una trampilla en el suelo. Tuvo que apretar bien sus gruesos brazos para moverla y, al abrirla, dejó ver unas escaleras que descendían. Rosa comenzó a bajar peldaños y su invitado hizo lo propio. De repente, alguien encendió las luces y pudo comprobar que las escaleras alcanzaban bastante profundidad. Observaba la manera de caminar de Rosa, sus glúteos acompañaban cada movimiento con una sensualidad inusitada.

Al final de la escalera, se toparon con una puerta de doble hoja, lacada en blanco con remaches plateados que dibujaban extrañas formas tribales. Tras ella, un espacioso y enorme salón decorado con tapices que le daban un aire clerical, una gran mesa ovalada en el centro, el suelo

enmoquetado de rojo y algunos espejos con bordes dorados. Colgando del techo, una araña luminosa con innumerables cristales que brillaban con fulgor.

La mesa estaba puesta. Ordenada milimétricamente, una vajilla de porcelana y cubertería de plata para dos personas les esperaban.

—¿Tienes hambre? —preguntó mientras se sentaba en uno de los sillones dispuestos. Pelayo hizo lo mismo procurando quedar justo en frente de su jefa. Calculó mentalmente que la mesa por lo menos serviría para unas doce personas, así que tendrían que hablar alto y claro, literalmente, para poder entablar una conversación. Destapó el plato que tenía delante de él.

—Tartar de atún con ajo-verde de pistacho; espero que sea de tu agrado, Pelayo —dijo con una declamación propia de una joven chef ante su nueva obra.

Parecía apetitoso, desde luego, pero fingió indiferencia. Empezó a comer como si nada.

—¿Tu amigo el pelirrojo no come con nosotros? —preguntó al ver al tipo duro quieto en una esquina del salón, con la mirada al frente, los brazos cruzados y en silencio.

Rosa quiso empatizar con la inquietud de su empleado y dio señal al pelirrojo para que se marchara. Este obedeció sin más.

—Si te parece, centrémonos en nosotros.

—¿Nosotros? ¿A qué nosotros te refieres?

—¡Ay, Pelayo! Eres una calamidad. Ya te he dicho que esta visita te va a sorprender. Quiero hacerte partícipe de los secretos mejor guardados de nuestra empresa y quiero hacerlo porque confío en ti, ¿entiendes? Y de momento no estás colaborando mucho que digamos. Así que ¿por qué no dejas ya ese tono malhumorado y te relajas?

—¡Ah, perfecto! Ahora quieres que me relaje —refunfuñó lleno de ironía.

—¡Sí, Pelayo, y de una puta vez además! —golpeó sus puños sobre la mesa.

Hubo un instante de tensión, miradas cruzadas entre los dos. Pelayo se arredró ante el ataque de furia de la mujer: con Rosa siempre se tenía la sensación de que en cualquier momento podría saltar sobre ti.

—Está bien, si eso es lo que quieres, me relajaré —respiró hondo.

—¿Te gusta la comida? —preguntó rompiendo el hielo.

Afirmó con la cabeza mientras se metía en la boca otro pedazo de ese atún. La verdad es que era un plato delicioso: la jugosidad de los taquitos de atún, con el toque potente del ajo y el pistacho, realzaban el sabor de una manera orquestada y armónica.

Con un tono más amable y calmado intentó seguir el juego que parecía proponer.

—Bueno —la miró amigablemente—, si quieres podrías ir contándome para qué me has traído hasta aquí; la verdad, me empieza a picar la curiosidad.

—Quiero hablar contigo acerca de la voluntad —dijo.

—¿De la voluntad? No sé a qué te refieres, Rosa.

—¿Qué es la voluntad? —Puso cara de hacerse la interesante; una pregunta capciosa, sí, pero era su juego y Pelayo empezaba a rendirse a él.

—Pues... diría que es la facultad para decidir y ordenar la propia conducta. ¿Qué te parece, he acertado?

Ella esbozó una sonrisa no muy halagüeña en respuesta.

—Y tú eres un ser con voluntad, ¿verdad? Usas tu voluntad de forma habitual y diaria, ¿no?

—Soy dueño de mi vida si es lo que estás preguntando —le contestó.

—¡Ah, vaya! ¡Eres dueño de tu vida! —soltó una tremenda carcajada—. Dime, Pelayo, ¿cuántos actos verdaderamente voluntarios has acometido hoy? ¿Ir a trabajar, por ejemplo?

—Pues sí, voy a trabajar porque quiero, me gusta pagar mis facturas —afirmó más por dignidad y por orgullo.

—¿Ah, sí? Te gusta pagar tus facturas y por eso, voluntariamente, trabajas. Bien pensado, chico.

—Sí, es lo que tiene ser dueño de tu vida —volvió a decir.

—Cierto. ¿Y a esta comida también has venido voluntariamente? —cortó en seco su ironía y volvió a demostrar quién mandaba.

Pelayo resopló dejando caer los cubiertos sobre la mesa. En ese momento se hubiera levantado y se habría ido de allí, pero recordó al pelirrojo que seguramente estaría vigilando al otro lado de la puerta, por lo que rectificó su intención.

—Supongo que me sentí obligado a venir.

—¿Ah, sí? ¿Y quién te ha obligado, Pelayo, «dueño de su vida»? —Encendió un cigarrillo y lo cogió con dos dedos inmediatamente tras una rápida calada, despegándolo de sus labios, que se abrieron lo suficiente para dejar ver cómo penetraba en ella la primera bocanada de humo justo antes de volver a ser expulsada con una medida lentitud. Todo era un baile: el brillo de su saliva, sus labios ardientes, el humo que jugaba en un territorio peligroso y una lengua que asomaba sutilmente, solo insinuando su existencia—. ¿No contestas? —Se había quedado mudo contemplando su poderosa belleza—. ¿Eres dueño de tu vida o eres un puto sumiso, Pelayo?

—Está bien, si lo quieres así... hoy he venido porque tú, mi jefa, me lo has ordenado y sí, he aceptado porque necesito este maldito trabajo para pagar facturas y supongo que algún poder tienes a la hora de decidir cuál va a ser mi futuro laboral en la empresa. Así que, sí, tienes razón, ahora mismo soy tu puto sumiso. —Se sorprendió a sí mismo al decir aquello. Por la expresión que puso, a Rosa le satisfizo esta concesión.

—Muy bien, querido, no habría sospechado lo contrario, la verdad. Y sí, tienes razón, algún poder tengo para decidir sobre tu vida, esa misma de la que acabas de afirmar que eres dueño. —Volvió a enchufar una calada profunda al cigarrillo antes de proseguir—. Somos dueños de algo porque creemos que tenemos voluntad para decidir y disponer sobre ello, pero ¿realmente es así? ¿somos dueños de nuestra voluntad?

Pelayo mantuvo el silencio, pues Rosa no parecía esperar una respuesta. Carraspeó, sintió un escozor en la garganta, esta vez algo más intenso, y una sensación extraña, tan extraña como la que padeció la noche que visitó Demáscaras.

—Puede que lo seamos durante un tiempo, al menos en parte —siguió Rosa con su discurso—, pero ¿nuestra voluntad es indisponible?

—Bueno, podríamos intentar vendérsela al diablo —dijo Pelayo con ironía, pero inmediatamente después de haber pronunciado dichas palabras sintió una especie de remordimiento automático por haberlas dicho.

—Me alegra escuchar eso, Pelayo —esta vez sí que puso cara de verdadera satisfacción—; quizás tengas tu oportunidad, créeme, pero ahora no es lo que toca, así que escucha.

No continuó de inmediato, seguía tomándose su tiempo y a él sus silencios le estaban resultando cada vez más incómodos; de alguna manera necesitaba que le hablase, como si el sonido de su voz fuese terapéutico. La sensación de extrañeza seguía aumentando, unida ahora a un ligero mareo. Era difícil de explicar, se sentía anulado, cada vez más.

—Grimofarmaceutix ha encontrado el medio para hacerlo, Pelayo.

—¿Para hacer qué?

—Disponer de la voluntad de los demás, apropiarnos de ella. —Se levantó de su sillón y se acercó hasta ponerse a su lado. En los pocos pasos que dio pudo advertir que el vestido se le

había subido algún centímetro de más al estar sentada y el movimiento cadencioso y ondulado de sus muslos por un breve instante lo acaparó todo.

—¿De qué hablas? ¿Cómo vas a hacer eso? —sudaba, el corazón le latía muy fuerte, tenía palpitaciones que sentía por todo su cuerpo.

—¿Has oído hablar de la burundanga? —Esperó un momento para seguir observando su reacción ante aquella palabra no del todo desconocida para él.

—Eso es una dro...

—Cierto, Pelayo, una droga. Para ser más científico, escopolamina o hioscina; es un alcaloide tropánico que puede usarse como antimuscarínico...

—¡La droga que anula el consentimiento! —le devolvió la interrupción con gran esfuerzo, pues notó que le costaba articular palabras.

—Sí, esa misma.

—Pero... ¿qué es lo que ha inventado Grimofarmaceutix? —preguntó sujetándose con las manos bien apoyadas sobre la mesa, pues la sensación de mareo se agudizó repentinamente.

—En realidad nada, no hemos inventado nada. La escopolamina ya existía y hasta, en su justa dosis, ya tenía aplicaciones médicas, por ejemplo como antiparkinsoniano, antiespasmódico e, incluso, como analgésico local. Nosotros solo la hemos mejorado mediante algunos procesos químicos un poco largos de explicar ahora.

—¿Me-jo-ra-do? —acertó a balbucear.

—Sí, nuestra burundanga o «buri», como la llamamos cariñosamente, tiene un efecto total y permanente —le acarició el rostro mientras le hablaba pegada a su oreja—: quien la toma se vuelve dócil y sumiso para siempre —le susurró al oído antes de pasarle su lengua por el mismo en una actitud totalmente lasciva.

—¿Y... quién... va a que... rer to... mar e... so? —preguntó como pudo, pues, sin razón aparente, no podía hablar con fluidez.

—¡Ay, Pelayo, que ingenuo eres! No se trata de si alguien va a querer tomar nuestra «buri» voluntariamente, eso nos da igual; lo que pretendemos es que la tome todo el mundo, esparcirla por todos los rincones de este planeta —dijo sin dejar de acariciar y lamer su rostro.

—Pa... ra qué qui... e... res es... par...

—¿Para qué quiero esparcirla? —Le miró con gesto falsamente maternal—. Pues, Pelayo, cariño mío, muy sencillo. —De repente, una voz femenina más grave de lo normal apareció en escena—. ¡Para dominar el mundo!

Era Teresa la que emergió de la nada, para su increíble sorpresa. Apareció en aquel salón con un vestido negro de gasa con vuelo y zapatos a juego. Su voz era algo diferente. Pelayo, atónito, no pudo decir nada. Le había dejado una nota de despedida y aparece allí, junto a Rosa, con total naturalidad. Como si Teresa hubiera podido leerle la mente, respondió exactamente a lo que Pelayo hubiera preguntado de haberle sido posible.

—Sí, para dominar el mundo, cariño. Llevamos años trabajando en esto, más de los que crees, y hasta ahora no te he dicho nada porque sé cuál hubiera sido tu opinión al respecto. No obstante, te quiero conmigo, así que por eso estás aquí. Ya hemos culminado la fórmula perfecta para que nuestra «buri» tenga un efecto total y permanente sobre la voluntad de quién la ingiera. La prueba que hicimos el sábado fue todo un éxito.

Pelayo no cabía en sí de su asombro. ¿Qué significaba todo esto? ¿Quién era su mujer, que tan diferente parecía a ese ser que acababa de entrar en escena y narraba sus perversas ambiciones? Estaba confuso y aturdido.

Teresa se acercó y se sentó sobre las piernas de su marido, le abrazó por el cuello. Rosa también estaba a su lado completando el acoso femenino por ambos flancos. Seguía físicamente sin poder hablar y sin hacer nada, pero la presencia femenina de las dos y, sobre todo, de su mujer encima de él le provocó una erección que no pudo evitar. Teresa empezó a mover con sensualidad sus caderas sobre Pelayo mientras Rosa empezaba a besar y a recorrer con su lengua el lado izquierdo de su mejilla bajando hasta el cuello.

—Pues sí, maridito, gracias a Grimofarmaceutix la voluntad humana se doblará a mis deseos —sonrió mientras le acariciaba—. Me parece que ya sientes los efectos. Tu Martini en la limusina... —esbozó una sonrisa—. Digamos que estaba algo adulterado —rieron las dos mujeres—. Bueno, Pelayo, ahora que ya sabes nuestro secreto, ¿por qué no nos relajamos y gozamos de ti? —dijo mientras se apretaba los pechos con las dos manos.

Por su lado derecho apareció Carla, con su pelo rubio y otra vez desnuda completamente. No dijo nada, solo se aproximó y comenzó a lamer sensualmente la parte derecha de su rostro al mismo tiempo que Rosa hacía lo propio con la parte izquierda. En el centro, justo arriba, Teresa arrancó con fuerza su vestido de gasa, desbrozándolo en pedazos inexactos y dejando al aire su cuerpo de diosa: el esternón poderoso, cual mariposa rematada por aureolas enormes en sus pezones, el vientre que serpenteaba sobre él y sus piernas envolviéndole como una enredadera pegada a la pared.

A sus flancos, las cada vez más ardientes Rosa y Carla, susurrándole al oído, despertando todas sus terminaciones nerviosas y dejando caer sus traviesas manos sobre la cremallera de su entrepierna.

En un repentino movimiento, Teresa le arrancó los pantalones vaqueros con una fuerza impropia de ella. Los dividió en dos partes. Sin más. Tan solo agarrando los bordes con los filos de sus dedos. Carla y Rosa lo descalzaron.

Desnudo él y desnudas ellas. Incapacitado ante tres damas que gobernaban sobre él; no sentía su voluntad, pero era como si leyeran su mente y, con una erótica e improvisada coreografía, desplegaron sobre el cuerpo de Pelayo todas las artes de que disponían para llevarlo a un punto de satisfacción imposible de describir.

El desafío de los gemidos más animales que nunca; la piel sudada, tersa, sudando por todos sitios, inundando el cuerpo con otro cuerpo, metiéndose por donde fuese físicamente posible. Tocando, apretando, lamiéndolo todo... mojando con los labios cualquier rincón de la anatomía. Las tres eran para él, y Pelayo, un ente sin voluntad. Con una pérdida absoluta de poder sobre sí mismo, le llevaron a donde ellas quisieron. Y los deseos se hicieron sobre él y para él sin necesidad de pedirlos.

Después del aquelarre orgiástico, la calma de cuatro cuerpos derramados por el suelo. Seguía sin voluntad, sin poder negar nada u opinar. Ni siquiera podía hablar. Miró a su mujer, tumbada de costado, sujetando la cabeza con una mano, apoyándose en su codo y formando ese triángulo isósceles que tanto le gustaba ver.

Estaba aterrado y, al mismo tiempo, agotado de satisfacción. Teresa se le acercó y lo besó en los labios con cariño.

—Ahora sí que serás mío —afirmó.

—¡Pelayo, despierta, cariño, es tarde, despierta! —sonó en voz alta Teresa.

Pelayo abrió los ojos de súbito, alterado, con el corazón en un puño, jadeante. Se incorporó sobre el sofá de su casa y vio a Teresa correteando por la casa, dándose los últimos retoques para

ir a trabajar.

—Me marcho a trabajar, vamos, que vas a llegar tarde —se acercó para darle un beso como si nada hubiera pasado.

Escuchó el portazo que dio su mujer al salir y recorrió con la mirada todo el salón. Estaba en su piso. Todo era normal. Revisó la mesa y comprobó que no había ninguna nota de despedida. Solo había sido una terrible pesadilla. Se estiró sobre el sofá aliviado y al colocar su cuerpo en horizontal le sobrevino una pequeña arcada que le obligó a reincorporarse de inmediato. Le vino al paladar un sabor como a ajo y a pistacho y negó con la cabeza inconscientemente. «No puede ser —se dijo—. Solo ha sido un sueño».

XVI

20 de enero de 2020. Lunes. 09:00 horas. Madrid.

Malatierra condujo atravesando Madrid lo más rápido que pudo hasta llegar a la ubicación que le había enviado Sara. Al llegar a la entrada de Demáscaras, un agente que custodiaba el cordón policial retiró la cinta que bordeaba el recinto para dejarle pasar.

—Buenos días, inspector.

Este accedió al local, observó los espejos, la decoración rococó, las grandes cortinas de terciopelo rojo que daban entrada al salón principal. Allí estaba ella, acompañada de dos agentes de la científica, vestida con unos *leggings* y una camisa azul suelta y larga que le llegaba a la altura de los muslos. Malatierra rememoró la cena de la noche anterior con su compañera. Suspiró disimuladamente.

—¿Alguna novedad, Sara?

—Sí, tenemos algo —empezó a decir acercándose a él—. Hemos encontrado restos de burundanga.

—¿En las bebidas? —se adelantó observando la barra colocada justo en el centro de la sala.

—No, las botellas están limpias. Mire ahí. —Señaló con la mano la rendija de ventilación ubicada en la parte alta de una de las paredes. Malatierra se giró para tratar de entender. Volvió a mirar a Sara con dudas—. En el aire acondicionado, jefe, han hallado partículas de burundanga justo ahí. —Se aproximó hasta la rendija que acababa de indicar. Malatierra se aproximó también hasta el hueco abierto en la pared y por instinto usó el olfato de perro viejo intentando encontrar un rastro imaginario.

—¿La inhalaron?

—Los rociaron con la sustancia. Es la hipótesis más plausible que tenemos hasta ahora. Todos los rabiosos detenidos estuvieron aquí la noche de los altercados y todos dieron positivo en burundanga. No hay restos de la sustancia en ningún lugar salvo en la rendija, así que la «buri» pasó por ese conducto de alguna manera, inundó toda la sala y fue respirada por los asistentes.

—¿Formaría parte del espectáculo? Según el registro de invitados que tenemos, la fiesta era de BDSM. ¿Sería una forma de dominarlos? —se preguntó el inspector.

—¿Insinúa que alguien les ordenó el ataque generalizado después de bañarlos con la burundanga? —Malatierra mantuvo el silencio, casi afirmando—. Tenemos algo más, jefe. En el sótano, justo al lado de la máquina del aire, hemos encontrado esto, tenga. —Le dio al inspector una pegatina que estaba flácida por la humedad.

—¿Qué es esto?

—Lea lo que pone.

Le dio la vuelta a la pegatina y obedeció.

—Grimofarmacéutix. ¿Qué es esto?

—Una empresa farmacéutica. El domicilio social está aquí en Madrid. —Malatierra se extrañó y miró a Sara reclamándole más información—. Jefe, es posible que puedan contarnos algo acerca de cómo suministrar vía gaseosa burundanga, o puede que sepan algo sobre el origen...

—¿Has mandado a alguien allí? —preguntó algo sobresaltado.

—No, he preferido esperarle.

La agradeció internamente la consideración.

—Bien, Sara. Pues vamos para allá.

Le indicó con un gesto caballeroso que avanzara hacia la puerta, a lo que Sara respondió con una sonrisa y empezó a caminar. Malatierra se despidió de los demás agentes allí presentes y se dispuso a seguir a Sara. Se ruborizó un poco al delatarse a sí mismo mirando a la subinspectora justo en la línea en la que terminaba su camisa, dispuesta a modo de vestido corto. Sara no hizo el más mínimo gesto y simplemente se dirigió a la salida. Justo antes de volver a cruzar las amplias cortinas, un pequeño destello llamó la atención del inspector. A su izquierda, un levísimo brillo penetró en su iris y su adiestrado cerebro dio la orden de forma automática.

—Espera un segundo.

Sara se giró sobre sí misma para ver qué ocurría. Malatierra se acercó a una de las paredes laterales en la que aparentemente no parecía haber nada sospechoso. Los dos agentes de la científica también se quedaron alerta ante el sorpresivo cambio de rumbo. Sara vio a su jefe palpando algo en la pared con un gesto de esfuerzo en su rostro.

—¿Qué pasa? —preguntó poniéndose a su lado.

—Mira esto.

Un pequeño círculo de cristal incrustado en la pared le llamó la atención. Malatierra estaba intentando arrancarlo, pero le fue imposible. Echó una mirada a uno de los agentes de la científica que también se había acercado. Este, como si le leyera el pensamiento, sacó de su maletín un martillo y un pequeño cincel. Sara y Malatierra se apartaron para dejarlo hacer. El agente dio unos cuantos martillazos para romper un poco la pared que bordeaba a la extraña esfera de cristal y a los pocos segundos pudo separar, cogiéndolo en su mano, un dispositivo conectado con un cable que se perdía en la profundidad del agujero.

—Parece una cámara —afirmó el agente.

A los dos oficiales se les iluminó el rostro. Si tuvieran alguna imagen grabada de lo sucedido la noche del sábado, les facilitaría el trabajo.

—¿Dónde estará la caja registradora de la imagen? —preguntó el de la científica.

—Podríamos avisar a los propietarios, ellos sabrán...

—¡No! —irrumpió Malatierra—. No hay tiempo que perder; rompan la pared siguiendo la trayectoria del cable —ordenó.

El muro se iba descascarillando con facilidad tras los golpes del cincel. La línea ascendía por la pared hasta el punto de que el agente tuvo que tomar uno de los taburetes para seguir abriendo la vía. No tardó en llegar hasta uno de los espejos dispuestos por la sala. Lo descolgó de la pared y se lo entregó a Sara, que lo recogió rápidamente. Al dejar el hueco libre, descubrieron unas ranuras rectangulares y una diminuta cerradura anclada en el muro y que había estado tapada por el espejo.

—¡Bingo! —exclamó el agente. Su compañero le alzó con la mano un juego de ganzúas para forzar la cerradura, que no tardó en ceder ante la pericia profesional del agente—. Aquí la

tenemos. —Se oyó un pequeño clip y, girándose con cuidado sobre el taburete sobre el que se había subido, mostró un pequeño casete que parecía pertenecer más a otra época. Colgaba de él un pequeño trozo de la cinta grabadora—. La cinta está casi partida —afirmó el agente mientras bajaba al suelo.

—¿Se puede arreglar? —preguntó Sara. El agente, sin dejar de mirar el objeto, afirmó con la cabeza—. ¿Qué hacemos, jefe?

—¿Cuánto tardarán en arreglar la cinta? —se dirigió al agente.

—Una hora, dos como mucho.

—Pues vamos mientras a Grimofarmaceutix; has dicho que tienes el domicilio, ¿verdad?

—Claro.

Ambos salieron del lugar con prisa.

—¿Dónde tienes el coche, Sara? —preguntó oteando los alrededores.

—No, me voy contigo, jefe, vine aquí con los de la científica, así que... —le lanzó una mirada infantil de súplica que provocó el esbozo de una sonrisa en Malatierra.

—OK, compañera.

El inspector arrancó el vehículo y se sobresaltó con la vibración de su móvil. Trató de enderezar su cuerpo dentro del pequeño habitáculo del coche para extraer el teléfono de su bolsillo y, mientras activaba el modo manos libres, descolgó.

—Dime, Tiziano.

—He estado indagando todos los datos de la familia de las víctimas; como ya sabemos, Amanda, la hermana de Teresa, fue adoptada, pero antes estuvo al cuidado del orfanato de Santo Domingo, en Toledo, al igual que su hermana.

—Según me contó a mí, Teresa nunca tuvo relación con su hermana después de la trágica Nochebuena —precisó Sara, que escuchaba desde el asiento de copiloto.

—Cierto —afirmó el italiano—, pero quizás puedan darme alguna pista sobre el paradero de esa tal Amanda; a fin de cuentas, es prácticamente el único miembro de la familia que nos queda por entrevistar.

—Está bien, Tiziano, buen trabajo. Habrá que ir a ese orfanato.

—Sí, jefe, no se preocupe, ya estoy llegando a Toledo. En cuanto sepa algo vuelvo a llamar.

Malatierra y Sara se miraron con gesto de satisfacción.

—OK. A ver qué puedes hallar, compañero —le dijo Sara.

—Hablamos más tarde. *Ciao*.

—*Ciao*.

Tiziano aparcó el coche justo en la entrada del hospicio, un edificio blanco de dos plantas, aparentemente no muy grande. Accedió y se topó de inmediato con la secretaria. Un hombre mayor, con gafas de cristales gruesos y con expresión bonachona le atendió.

—Buenos días.

El italiano mostró su placa y se identificó. Le pidió que necesitaba consultar los archivos, pues estaban buscando el paradero de una niña que fue ingresada en el orfanato en el año 1986.

—El único que tiene acceso al registro y archivo es el padre Luis, agente —le contestó el hombre.

—¿Está aquí?

—No, pero puedo avisarle si lo desea —dijo mientras descolgaba el teléfono y afirmaba con la cabeza, a lo que Tiziano respondió con otro gesto de agradecimiento por la colaboración. El

italiano se retiró del mostrador para dejar hablar a aquel hombre. Se sentó en una pequeña bancada dispuesta en la entrada y esperó.

El hombre canoso salió del mostrador y se le acercó al instante.

—El padre Luis ya está avisado, llegará en una hora. ¿Le apetece tomar algo?

—No se preocupe, gracias, le esperaré aquí mismo.

Al llegar a la sede de Grimofarmaceutix, Malatierra alzó la mirada para comprobar la altura del edificio totalmente acristalado. Tras la pertinente identificación en la recepción del *hall* y tras unos minutos de espera, fueron atendidos por una señorita joven de mirada dulce, pelo rubio y un cuerpecito como de primavera a punto de florecer. El inspector la revisó de arriba abajo con la mirada, lo que no pasó inadvertido para Sara, que mostró indiferencia ante la belleza de la señorita.

—Sígueme, por favor —les pidió amablemente.

Ascendieron por uno de los ascensores hasta la última planta. Una vez allí atravesaron un largo pasillo, pasando por varios despachos, unos abiertos y otros no. Un buen grupo de ejecutivos se movían aceleradamente por las distintas estancias. Se respiraba la tensión. Llegaron a unas puertas enormes, de madera noble y doble hoja. Estaban custodiadas por otra mujer de la que sobresaltaban sus gafas de pasta y su intensa mirada clavada en la pantalla del ordenador. No les dijo nada al verlos pasar acompañados de la señorita rubia. Esta abrió sin esfuerzo las grandes puertas. A Malatierra no se le escapó el detalle de la placa dispuesta en la entrada: Dirección del Consejo de Administración.

El despacho era inmenso. Las paredes eran todas de cristal, desde el techo hasta el suelo, lo que provocaba cierta sensación de vértigo, pues las vistas aéreas de Madrid eran increíbles. Les atendió una mujer exuberante, de fina piel, cabello pelirrojo intenso, ojos verdes y brillantes. Y con un traje blanco impoluto que ensalzaba su dibujo anatómico. Los ojos de Malatierra se abrieron inconscientemente.

—Buenos días, agentes, soy la presidenta del Consejo de Administración, pero pueden llamarme Rosa. ¿En qué puedo ayudarles? —dijo con la voz firme y sin atisbo de inseguridad.

Mientras, la jovencita rubia cerró las puertas y se colocó justo a uno de los lados de la mesa que regentaba su superiora. Se quedó de pie, con la mirada baja y las manos cruzadas por delante. Sara la miró analizando la escena.

—Soy el inspector Roberto Malatierra y ella, la subinspectora Sara Trello —empezó a decir mientras sacaba su placa identificativa.

—¡Oh, no se preocupe, inspector, no es necesario! —hizo un gesto de negación indicándole con la mano que guardara su placa—. Siéntense. ¿Desean tomar algo? ¡Carla! —ordenó dirigiéndose a la chica rubia—, ¿puedes traer a los inspectores algo de...?

—No es necesario, gracias —contestó Malatierra.

Rosa miró a Sara insistiendo educadamente.

—No, gracias —declinó la subinspectora.

Rosa se acomodó en su sillón de trabajo y frente a frente con los dos oficiales entrelazó sus manos con parsimonia y los miró.

—¿Y bien? ¿En qué puedo ayudarles? —repitió de nuevo.

—¿A qué se dedica Grimofarmaceutix exactamente? —atacó primero Malatierra.

Rosa frunció los labios advirtiendo cierta futilidad en la pregunta.

—Somos una empresa farmacéutica, nos dedicamos a la fabricación y suministros de medicamentos. ¿Han visitado ya nuestra página web? —les hizo ver que no le gustaba que le hicieran perder el tiempo. Malatierra carraspeó.

—Sí, solo era una pregunta de comprobación, disculpe. Verá, nos preguntábamos si sería posible que nos mostrase el listado de clientes a los que hayan distribuido algún medicamento el último mes.

—¿Así sin más? Esos datos están protegidos, no me han enseñado ninguna orden judicial.

—No la tenemos, no lo hemos considerado necesario; no tenemos nada contra su empresa, tan solo quisiéramos un poco de colaboración.

Sara se sorprendió del tono amable de su jefe por lo inusual, parecía que la pelirroja subyugaba un poco el carácter del inspector.

—Bueno, pero ya que no tienen orden judicial y me están pidiendo que infrinja la legislación de protección de datos, me gustaría saber qué es lo que están buscando exactamente —solicitó con advertencia a las policías.

—Eso no podemos decírselo, entiéndalo.

—Pues entiendan ustedes que yo tampoco tengo obligación de facilitarles lo que me piden —siguió sin acceder.

Malatierra respiró profundo; aquella mujer era un pez gordo, se le notaba y estaba claro que no acostumbraba a obedecer por las buenas.

—¿Tiene algo que ocultar? —la retó Malatierra.

Sin moverse un ápice del asiento ni dejar vislumbrar en su tez el más mínimo atisbo de sobresalto, Rosa contestó:

—No. ¿Y usted, inspector? —atacó la pelirroja.

—¿Yo? —dijo sorprendido por la impertinente, pero elegante dueña de la empresa.

—Vienen a mi empresa sin previo aviso y sin orden judicial. Les atiendo directamente en mi despacho. Estoy intentando ser amable con ustedes, solo les pido que me aclaren qué quieren con exactitud.

—No hemos venido a negociar con usted, puede hacerlo por las buenas o podemos obligarla con una orden judicial —trató de intimidarla sin éxito.

Sara observaba en silencio. La chica rubia no se había movido de su sitio ni expresado en su rostro emoción alguna, y Rosa realmente imponía con su presencia, estaba llevando la voz cantante y eso la incomodó.

—Está usted muy seguro de que le vayan a dar esa orden judicial tan fácilmente contra mi empresa —se hizo la interesante, a lo que Malatierra contestó con un apretón en su mandíbula que intentó disimular como pudo:

—¿Lo probamos? —Hizo ademán de levantarse de su silla, a lo que Sara, sorprendida, respondió casi instantáneamente con el mismo gesto.

Rosa empezó a reír.

—No es necesario, inspector, solo estaba tanteándole; le daré esa lista de clientes. ¡Carla, haz el favor! —ordenó dirigiéndose a la rubia. Esta, sin abandonar la seriedad en su rostro, se dirigió a una mesa auxiliar dentro del mismo despacho y empezó a teclear en el ordenador. Malatierra dejó caer de nuevo su peso en la silla y esperó sin decir nada. Rosa se puso cómoda sobre el amplio respaldo de su sillón, balanceándose levemente de un lado a otro, sonriente, sin dejar de mirar al inspector.

Al cabo de dos intensos y silenciosos minutos, Carla pulsó con el ratón el botón de «imprimir» y

se levantó para recoger unos cuantos folios que salieron de inmediato de la impresora. Se los llevó a Rosa y esta, sin mirarlos, se los entregó a Malatierra.

—Aquí tiene lo que busca.

El inspector y Sara juntaron sus cabezas y empezaron a leer lo más rápido que pudieron. Nada. No aparecía el nombre de Demáscaras en ningún sitio. Al apartar la mirada de aquellos folios, Malatierra volvió a encontrarse con los ojos verdes de Rosa.

—¿Y bien? ¿Hay algo de su interés?

Malatierra pensó un segundo antes de hablar.

—¿Conoce usted un local llamado Demáscaras?

Rosa arqueó las cejas en señal dubitativa.

—Puede ser, inspector, conozco muchos locales, tengo una vida nocturna muy excitante —dijo provocativa.

—Imaginamos que ha visto usted últimamente las noticias —habló Sara por primera vez, lo que llevó a Rosa a apartar la mirada del inspector y centrarla ahora en ella.

—¿A qué noticia se refiere, inspectora?

—Soy subinspectora, el inspector es él. —Rosa hizo un gesto con la mano a modo disculpa por la imprecisión y volvió a mostrar indiferencia hacia Sara—. Me refiero a los altercados ocurridos entre la noche del sábado y el domingo.

—Sí, ya recuerdo, algo he visto, sí —afirmó como si nada.

—Todos esos rabiosos salieron del local por el que le preguntamos.

Hubo otro silencio, otra mirada escrutadora por parte de Rosa que ahora oscilaba su visión entre él y ella, como si estuviera sojuzgando a los dos investigadores.

—¿Y qué tengo que ver yo con Demáscaras?

Sara logró recordar. Había algo en aquellas dos mujeres... La conversación que tuvo con Pelayo, la escena que este le contó, la felación que le hizo una chica rubia y joven, muy guapa, llamada Carla, la cual obedeció la orden de una pelirroja llamada Rosa. ¿Serían ellas?

Malatierra dudó un momento, pero al final sacó de su bolsillo la etiqueta encontrada en el local, envuelta en una bolsita de plástico. Se la mostró.

—Vea esto, es de su empresa y viene con un código —el inspector tuvo la sensación de haber sorprendido al fin a la pelirroja.

Rosa cogió la etiqueta; efectivamente, la pegatina era una identificación de un lote de sus productos. Se puso seria y se lo entregó a Carla.

—Comprueba en la base de datos el código de referencia —ordenó.

Carla repitió la operación de hace un momento y tecleó desde su ordenador.

—Señora, coincide con uno de los lotes perdidos —dijo.

Rosa suspiró y miró al inspector desconsolada.

—Inspector, hace una semana sufrimos un robo de producto: esta pegatina que han encontrado corresponde a uno de los lotes.

—¿Lo han denunciado? —preguntó Sara. Rosa negó con la cabeza—. ¿Por qué?

La pelirroja hizo un gesto de resignación, una pequeña derrota que pareció cambiarle el semblante.

—Nos han robado unos mil kilos de producto, hemos preferido no denunciar para no hacerlo público y no alertar a nuestros accionistas. Entiéndanlo, este tipo de sustancias pueden ser muy peligrosas sin caer en malas manos y, aunque hayamos sido víctimas de un delito, siempre podrían

achacarnos responsabilidad por no haber tomado las medidas necesarias para el debido cuidado de la sustancia. ¿Piensan denunciarme por ello?

—¿De qué sustancia se trata? —inquirió Malatierra.

—Escopolamina, inspector, es un alcaloide tropánico, se usa para elaboración de ciertos medicamentos de tipo antimuscarínico, también como sedante del sistema nervioso central, antiparkinsoniano y antiespasmódico.

—También para la elaboración de burundanga —añadió Sara.

Rosa la miró con cara de pocos amigos.

—Sí, correcto.

Malatierra sonrió.

—Pues, como ya sabrá por las noticias, los rabiosos de este sábado dieron positivo en burundanga; todos ellos estuvieron en Demáscaras y allí mismo hemos encontrado esta pegatina de uno de sus lotes de producto que, según acaba de manifestar, les han hurtado. Parece que alguien ha podido usar su droga para provocar los graves incidentes de este fin de semana.

—¡No es mi droga, nosotros usamos la escopolamina solamente con fines médicos, no somos una pandilla de yonquis! —exclamó Rosa sin ocultar su enfado.

—Díganos, Rosa, ¿recuerda dónde estuvo la noche del sábado al domingo? —quiso indagar Sara recordando la conversación que tuvo con Pelayo.

La pelirroja ardía por dentro, su expresión la delataba, la estaban acorralando y era evidente que no le gustaba nada la situación. Empezaba a sospechar que inspector y subinspectora sabían algo de lo ocurrido aquella noche en el local de BDSM, pero no iba a revelarlo tan fácilmente.

—Salí tarde de la oficina, digamos que sobre las diez de la noche, estaba cansada y me marché a casa. Eso hice —mintió.

—¿Entonces usted no estuvo esa noche en Demáscaras ni participó en una fiesta de sadomasoquistas? —insistió la subinspectora, que recibió la mirada amenazante de esos ojos verdes esmeralda que la retaba como si de una fiera acorralada se tratase.

—Pero ¿qué dice de fiestas sadomasoquistas? —pareció ofendida.

—Solo se lo preguntaba por si acaso, como nos ha dicho que suele llevar una vida nocturna muy excitante, pues... —intentó Sara provocar su confesión.

—Pues, señora, permítame que le diga que ese tipo de prácticas no son de mi agrado —contestó indignada—. Ahora, si no desean nada más, me gustaría seguir con mi trabajo.

Malatierra y Sara se miraron, intuían que no les estaba contando toda la verdad, pero decidieron darle tregua.

—Está bien, doña Rosa, ha sido muy amable al colaborar con nosotros. Recibirá noticias nuestras en cuanto sepamos algo más —se despidió Malatierra levantándose de la silla.

—¿Cuando sepan algo más?

Malatierra, ahora de pie, con aire de superioridad, le contestó:

—Sí, sobre el robo que han sufrido —le aclaró.

Rosa asintió tragando saliva y ofreció su mano al inspector y a Sara para despacharlos.

—Carla, acompaña a los agentes...

—No, no se preocupe, no es necesario —declinó Malatierra.

Salieron del despacho con la sensación de que se estaban acercando a algo que ayudaría a esclarecer el asunto. Tenían claro que Rosa ocultaba algo. Entraron en el ascensor y empezaron a descender hasta la salida; estaban solos. Sara murmuró al inspector si se acordaba de lo que le había contado de la conversación que tuvo con Pelayo. El inspector la miró asintiendo.

—Son ellas, ¿verdad? Encajan con la descripción que te dio ese tal Pelayo.

—Sí, eso parece —afirmó Sara.

—Vayamos a la oficina, tenemos que ver el contenido de la cinta, ya la habrán arreglado.

Al abrirse las puertas del ascensor en la planta cero, justo en el enorme *hall* del edificio, la sorpresa pilló desprevenida a Sara, que no pudo evitar dar un respingo que hizo rebotar levemente el habitáculo del ascensor. Malatierra se sobresaltó.

—¿Qué ocurre, Sara?

—¡Pelayo! —exclamó la subinspectora. Pelayo, también sorprendido, se quedó paralizado y mudo al encontrarse repentinamente con ella—. ¿Qué haces aquí?

Sin salir de su asombro, el hombre contestó con la voz entrecortada:

—Trabajo aquí.

—¿En serio? No lo sabía.

—Tampoco lo preguntó —le contestó algo molesto y encogiéndose de hombros.

Los tres se quedaron clavados del asombro.

—Soy el inspector Malatierra. —Le tendió la mano. Pelayo correspondió al saludo con un gesto recíproco—. Necesitamos que nos acompañe un segundo.

Pelayo quiso recular para dirigirse a la puerta de salida, pero fue inmediatamente corregido.

—No. No tenemos que salir del edificio, es aquí mismo.

—¿Aquí mismo? No entiendo.

—Suba al ascensor y lo verá, solo será un momento —ordenó el inspector.

Las puertas del habitáculo volvieron a cerrarse y emprendieron de nuevo el ascenso hasta la última planta.

—Solo queremos que identifique a unas personas —trató Sara de calmarlo.

El requerido temblaba por dentro, no sabía qué pensar; volvía a encontrarse a la subinspectora en su propio trabajo, las pulsaciones se le habían disparado.

—¿Aquí, en mi trabajo? —preguntó.

—Exacto —afirmó Malatierra.

Al llegar arriba, recorrieron de nuevo el largo pasillo hasta llegar a las enormes puertas de doble hoja que custodiaban el despacho de la presidenta del Consejo de Administración. Malatierra no se anduvo con miramientos y se dirigió directamente a las mismas golpeándolas con el puño. La secretaria de las gafas de pasta intentó frenarle.

—¡Oiga!

Le hicieron caso omiso. El inspector giró el pomo de una de las hojas y abrió entrando directamente en el despacho para la sorpresa de Rosa, que se levantó del sillón y automáticamente, antes de poder decir nada, quedó paralizada al ver entrar a los oficiales acompañados de Pelayo, el cual, al encontrar a Rosa allí, de pie, con su traje blanco de ejecutiva y figura terriblemente femenina, palideció. «No puede ser», se dijo en silencio. Advirtió la presencia de Carla, que también estaba de pie, al lado de Rosa. Le miró directamente a los ojos. Pelayo se bloqueó al volver a ver a la joven que le practicó la mamada en Demáscaras.

—¿Y bien? —preguntó Malatierra mirando a Pelayo. Este miró al inspector encogido de hombros sin atreverse a decir nada—. ¿Se conocen? —insistió.

Pelayo mantuvo la mudez.

—¡Pues claro que lo conozco, se llama Pelayo y trabaja en la empresa! Pero ¿qué es lo que ocurre, inspector? ¿A qué viene esta irrupción en mi despacho? —gritó Rosa enervada.

—Díganos, Pelayo, ¿son estas mujeres con quiénes estuvo en Demáscaras? —preguntó

Malatierra.

El corazón se le puso a mil, notaba su pulso apretándole en los párpados debido a la tensión del momento. Efectivamente, eran ellas: Rosa, la domina y Carla, su sumisa. Él nunca había subido hasta la última planta, jamás había estado en ese despacho, no las había visto nunca antes de la noche del sábado, a pesar de los años que llevaba trabajando como contable, y, sin embargo, esa misma mañana se había despertado de una terrible pesadilla que lo había llevado hasta ese mismo despacho. No salía de su asombro.

—Pelayo, puede contestar, por favor —volvieron a ordenarle.

Rosa lo miró fijamente, su rostro manifestaba una seriedad amenazante ante la expectativa de lo que podría revelar sobre ella y Carla. Reaccionó al fin y miró a Malatierra, negando con la cabeza.

—¿No? ¿Está seguro de que no fueron ellas?

Tragó saliva y respiró profundamente.

—Sí, inspector, estoy seguro, no son las mismas que...

Malatierra lo miró. Sabía que estaba mintiendo, al igual que Rosa. Dirigió su mirada a Carla con intención.

—Carla, ¿habías visto a este hombre alguna vez fuera del trabajo?

La joven rubia ni se inmutó, como si la pregunta no le hubiera llegado a los oídos. Rosa reaccionó y se dirigió a la joven.

—Carla, por favor, conteste al inspector.

La joven asintió brevemente con la cabeza y antes de decir nada fue interrumpida.

—No se preocupe, ya sé lo que me va a decir —las sorprendió Malatierra— Solo quería comprobarlo por mí mismo.

—¿Comprobar el qué? —se sobresaltó Rosa.

—Pues que efectivamente Carla solo obedece sus órdenes —dijo el inspector provocando el espanto de Rosa al ver descubierta su relación con la sumisa. La enfurecida pelirroja increpó con la mirada a Pelayo, advirtiéndole en silencio de que mantuviera la boca cerrada. Pelayo esquivó como pudo aquellos ojos verdes que ordenaban desde la distancia—. Está bien, señora, nada más, disculpe las molestias. —Y cogiendo a Pelayo del brazo volvieron a salir del despacho cerrando de un portazo.

De nuevo, en el ascensor.

—¿Estás seguro, Pelayo, de que no son ellas? —volvió a preguntarle en tono conciliador Sara—. No te preocupes, no les diremos que...

—No, subinspectora, no son ellas, en serio —dijo.

Sara asintió con resignación, adivinando el pánico en sus ojos.

—Está bien, tranquilo, esto solo habrá sido un malentendido, no se preocupe.

Se despidieron de Pelayo amablemente y salieron del edificio.

Una vez en el coche, Malatierra resopló malhumorado.

—Nos están mintiendo, Sara, son ellas. ¿Has visto la expresión de Pelayo cuando las ha visto? ¡Eran ellas, tienen que ser ellas las que estuvieron con él en Demáscaras!

—Sí, esa sensación me ha dado.

—Tuvo que ser esa rubia la que le chupó la polla. —Sara se impresionó ante la expresión explícita de su jefe—. Tenemos una pegatina de registro de escopolamina de Grimofarmaceutix, supuestamente robada, encontrada en Demáscaras, el local desde donde partieron los rabiosos, drogados hasta las cejas, antes de atacar a la gente por todo el centro de Madrid. Tenemos a

Pelayo, que estuvo en la fiesta pasándose bien con estas dos, que resulta que son sus jefas o, al menos, la pelirroja, no me ha quedado claro el puesto de la rubia. Tenemos a un loco suicida, amigo de Pelayo, que escribió uno de los mandamientos satánicos en la plaza Dos de Mayo. Y tenemos a dos crucificados en Cuenca y Trujillo, también con sus respectivos mandamientos. «Ella te encontrará», te dijo uno de los rabiosos en los calabozos de comisaría. «Ella nos encontrará», me dijo Silvia en Llanes, y desde luego, quién sea, está jugando con nosotros. —Sara miró al inspector—. Y el fax que me enviaron al despacho cuando estaba solo. Un fax fantasma: no hay constancia de él en el registro telefónico.

Malatierra se aturrullaba en sus pensamientos. Sara conducía guardando silencio e intentando seguir la velocidad de la argumentación de su jefe.

—¿Pero qué relación pueden tener Pelayo, Rosa y Carla con las víctimas de Cuenca y Trujillo? ¿Qué los vincula a Carlos y a Yasmina?

—Los tíos de Teresa —dijo Sara.

—Sí, correcto —pensó unos segundos—. Dijiste que Pelayo te comentó que su mujer se llamaba Teresa; ¿quizás...?

—No, jefe, ya lo pensé, pero él me dijo que su mujer no tenía ninguna hermana y aún nos falta encontrar a Amanda, la hermana de Teresa.

—Cierto, pero Teresa te dijo que después de la fatídica Nochebuena del 86 no volvió a tener relación con su hermana Amanda.

—¿Y? —preguntó sorprendida Sara, que no sabía hacia dónde quería dirigirse Malatierra.

—Pues que quizás Pelayo no sepa de la existencia de su cuñada. Quizás su mujer le ocultase la verdadera historia de su familia, como si hubiera estado intentando olvidar ese recuerdo toda su vida.

—Pero, jefe, ¿cómo no va a saber alguien que su esposa tiene una hermana? No creo que eso tenga mucho sentido.

—Cosas más extrañas he visto.

Sara guardó silencio. «Quizá tenga razón», se dijo: no había caído en esa posibilidad y, al escuchar a su jefe, empezó a barajarla.

—Hay que averiguar si el Pelayo con el que me entrevisté es el marido de la Teresa a la que también tomé declaración.

—Y tenemos que ver la grabación de Demáscaras.

Sara aceleró inconscientemente, una sensación de urgencia la inundaba, al igual que a Malatierra. Necesitaban llegar cuanto antes a la oficina.

XVII

20 de enero de 2020. Lunes. 11:00.
Toledo, orfanato de Santo Domingo.

Los pasos acelerados hacían revolotear los faldones de la sotana. Tiziano, sentado en la entrada del orfanato, lo vio cruzarse delante de él con la cara desencajada. Se incorporó adivinando que sería el padre Luis Argüelles. Este fue directo hasta el mostrador para preguntar y el mismo hombre que había atendido al italiano le indicó con la mano el lugar donde se encontraba este. El cura giró el cuello para descubrirlo a sus espaldas y se dirigió presuroso con la mano por delante.

—Buenos días, ¿es usted quién me está buscando?

—¿Es usted Luis Argüelles?

—El mismo.

Se estrecharon las manos cordialmente y el sacerdote le indicó para que le siguiera a su despacho. Allí podrían hablar con privacidad. El cura le invitó a sentarse y él hizo lo propio acercándose la silla con las dos manos mientras posaba su cuerpo sobre ella.

—Supongo que viene por lo de los asesinatos de Cuenca y Trujillo —afirmó de golpe sin dejar espacio a prolegómenos, lo que descolocó un poco a Tiziano, que no esperaba tal arranque.

—¿Y cómo supone eso, padre?

El clérigo no pasó por alto el detalle de llamarlo padre. Detectó que la amabilidad del joven oficial era algo impostada.

—Esta misma mañana, temprano, ha venido a verme a la iglesia Teresa.

Tiziano no cabía en sí de su asombro, pero trató de seguir el hilo.

—¿Se refiere usted a Teresa Sánchez Crespo? —quiso confirmar.

—Sí, claro. Ha venido esta mañana buscando datos de su hermana Amanda y...

Tiziano se apresuró a interrumpirle, pues quería ser él quien llevara el hilo de la conversación, algo que, de momento, el cura le estaba impidiendo.

—Según obra en nuestro informe, fue adoptada por un matrimonio escocés. Aibert y Leanna Craig, apellido de casada. También nos consta que tras el suceso ocurrido en la Nochebuena de 1986 fueron ingresadas en este mismo orfanato. Sabemos que las víctimas de Cuenca y Trujillo eran parientes, sus tíos, en concreto. —El italiano tomó un respiro para ver la reacción del cura, que parecía querer dejarlo hablar—. La madrugada del sábado al domingo tuvo lugar en el centro de Madrid un grave altercado...

—He visto las noticias —dijo el clérigo invitándole a abreviar la narración de los hechos. El italiano, concediendo la interrupción, sacó de su carpeta la fotografía tomada de la pintada en la plaza Dos de Mayo y se la mostró.

—También encontramos otras dos extrañas frases en Cuenca y Trujillo. —Volvió a buscar en su carpeta para mostrarle las fotografías respectivas, pero el cura le paró en seco cuando se puso a recitar de memoria, uno por uno, los once mandamientos satánicos creados por Anton Szandor Lavey—. Veo que está al corriente de los mandamientos del diablo.

—Lamentablemente, sí —afirmó desconsolado, sacándose del bolsillo un paquete de tabaco arrugado y ofreciéndole al subinspector que se sirviese. El italiano rechazó la invitación y dejó que el cura encendiera el cigarrillo—. Hace años, aquí en Toledo, hubo presencia de la llamada *Church of Satan* de Lavey. Yo conocí a Saturnino Crespo Frail, el abuelo de Teresa y Amanda; ellas eran demasiado pequeñas para recordar nada de su abuelo: murió cuando sus nietas tenían tan solo tres años, casi cuatro. Murió viejo y de cáncer, el pobre. Que se sepa no era un mal hombre, no venía a la iglesia, claro, al menos, a la que yo pertenezco. Buen padre para sus tres hijas Teresa, Yasmina y Silvia y un atento marido de su mujer, Elsa. Tuvo un negocio, una pequeña empresa de transporte de mercancías, con la que consiguió un buen dinero, pero ya ve, los designios del señor: se fue a pique y entró en un bucle de tristeza que le torció el camino. Eso ocurrió cuando sus tres hijas ya eran mayorcitas, las tres estudiaban en la universidad y se trasladaron a Madrid, así que Elsa, la madre, tuvo que afrontar sola una terrible depresión de su marido. —El cura prendió el cigarrillo entre sus labios dándole una profunda calada, aprovechando el intervalo, pues hablaba con rapidez y ya se había consumido casi la mitad de su largura sin apenas haberlo catado.

—¿Fue entonces cuando entró en esa secta creada por Anton S. Lavey? —invitó el italiano a que siguiera hablando.

—Sí, exacto. Nadie sabe cómo ni a través de quién, pero al cabo de unos meses de haber tenido que cerrar su negocio, hundido en un estado depresivo y ahogado por las deudas, acabó convirtiéndose en un pastor de esa mal llamada iglesia.

—¿A qué se dedicaban exactamente?

—Hasta donde yo sé, sus fieles y él se reunían en una finca a las afueras de Toledo. Nunca presencié ninguna de esas reuniones, pero la gente habla y además yo era el confesor de Elsa.

—Su mujer —afirmó.

—Sí. Gracias al consuelo que yo servía humildemente a Elsa es como llegué a saber todo esto que le estoy contando. Al parecer, organizaban orgías, actos de depravación sexual en grupo, sacrificios de algún animal y algún ritual por el estilo.

—¿Alguna vez fue denunciado?

—¿De qué, subinspector? Siempre se mantuvieron, que se sepa, dentro de los límites de la legalidad. Eran muy discretos y nunca crearon ningún problema a los vecinos toledanos, algunos de ellos, además, participaban de esas bacanales; incluso, aunque le advierto que esto son habladerías que no he podido contrastar, algún político local frecuentaba esas misas negras.

—¿En qué modo influyó la Iglesia de Satán en Saturnino?

El cura aplastó la colilla en el cenicero y se echó hacia atrás forzando un gesto de sorpresa.

—¿En qué modo? —repitió la pregunta con retórica—. En todos los modos posibles, subinspector. Saturnino pudo liquidar sus deudas asegurando su bienestar y el de sus hijas, que estudiaban en Madrid; despuntaba por su nivel de vida: vestía trajes caros, salía a comer a menudo con su mujer... Dejó la depresión a un lado casi de la noche a la mañana.

—¿Y Elsa qué le contó? ¿Ella también participaba en...?

—¡No! —exclamó casi ofendido por lo que estuvo a punto de decir—. Elsa fue una cristiana ímpoluta, no faltó nunca a la iglesia, pero vivía con miedo, miedo a su marido, miedo a que

podiera hacerle algo a sus hijas, así que llegó a una especie de pacto de silencio con Saturnino: ella no diría nada sobre esas prácticas y él cuidaría de que no le faltase nada a sus hijas. Fue una relación de dependencia total hacia él. No podría decirle exactamente de dónde sacaba Saturnino el dinero para sufragar tanto gasto, pues no se le conocía nuevo trabajo ni nada por el estilo. —Se quedó pensativo un segundo, lo que aprovechó Tiziano para intentar decir algo, pero continuó—: Imagino que su iglesia le proporcionaba un buen sueldo a cambio de predicar y organizar esas reuniones.

—Recaudarían fondos en esas orgías —sugirió el italiano.

—Probablemente —concedió el cura.

Tiziano apoyó la barbilla sobre sus manos entrelazadas, puestos los codos sobre la mesa del pequeño despacho del sacerdote. Cavilaron ambos un momento.

—Sigo sin ver ninguna relación entre esta historia y lo ocurrido los últimos días. Puede que Saturnino Crespo fuera miembro de una secta satánica, pero ¿quién ha podido asesinar a una de sus hijas, Yasmina, y también a su marido? ¿Un ajuste de cuentas quizás? ¿Algo pendiente que dejó Saturnino? ¿Y por qué aparece uno de los dichosos mandamientos en el centro de Madrid pintado por uno de esos rabiosos enloquecidos? —dijo Tiziano.

—No... no estoy seguro, disculpe, subinspector.

Tiziano hizo un gesto con la mano, restándole importancia.

—¿Qué es lo que quería Teresa de usted? ¿Por qué ha venido a verlo esta mañana?

—Pretende encontrar a su hermana Amanda. Le he dado los datos que tengo sobre sus padres adoptivos, aunque han pasado ya muchos años y puede que... —se paró un instante—. Bueno, quién sabe.

—¿Y para qué quiere encontrar a su hermana? ¿Tuvieron buena relación en este orfanato?

—No. Después de la muerte de sus padres vivieron separadas, no volvieron a verse nunca más.

—Pero consta que la dos fueron ingresadas aquí. ¿Qué quiere decir con que vivieron separadas?

—Pues justamente eso: cuidamos de ambas en este centro, pero las mantuvimos alejadas y procuramos que Amanda fuese adoptada por extranjeros.

—¿Para qué?

—Para que se la llevaran lo más lejos posible —concluyó el padre Luis, que pronunció esta última frase como quien confiesa una carga pesada que lo ahoga interiormente—. Le fallamos, ¿sabe?

—¿A quién? —Dubitativo y confuso, el italiano no se movió de la silla, expectante y sin parpadear.

—Parece ser que no conseguimos limpiar el alma de Amanda convenientemente y ahora puede que ella esté detrás de todos estos asesinatos y demás sucesos —sentenció el cura dejando patidifuso al joven subinspector.

—¿Limpiar el alma? Disculpe, pero eso suena...

—Un exorcismo, sí. Puedo imaginarme lo que piensa, pero no voy a discutir con usted acerca de los instrumentos de la Santa Iglesia Católica para combatir el mal. Rezamos por Amanda bajo el rito oficial del exorcismo, soy uno de los sacerdotes autorizados por la Santa Sede para practicarlos.

—¿Sometieron a Amanda, una niña de seis años, a un exorcismo cuando ingresó aquí tras la muerte de sus padres? —preguntó alarmado.

—Exacto, ¿tan difícil le resulta de creer? —Tiziano no supo qué contestar, así que dejó que continuase—. Supongo que conoce los hechos de la Nochebuena de 1986. Al menos, la versión

oficial.

—¿Es que hay otra versión?

El sacerdote indagó en la mirada del subinspector, valorando si merecía la pena seguir hablando con él.

—Sí que la hay. Juan Antonio y Teresa, los padres de Teresa y Amanda, eran un matrimonio cariñoso y muy bien avenido. Nunca despertaron ninguna duda acerca de su felicidad. Se querían como pocos consiguen hacerlo, ¿me entiende? Yo mismo los vi y los traté a menudo, eran buenas personas y se cuidaban el uno al otro sin medida. —Tiziano inclinó levemente el rostro para indicarle que siguiera hasta el final—. No es posible que Juan Antonio matase con un cuchillo a su mujer y que después lo usase contra sí mismo. Eso no se lo creyó nadie.

—Pues es lo que consta en el expediente que yo mismo he podido leer. Según la declaración de la única testigo, su hija Amanda... —Y como si una revelación hubiera explotado en la mente de Tiziano, se quedó bloqueado al pronunciar ese nombre—. Oiga, padre, ¿no estará insinuando que Amanda, una niña de seis años, asesinó a sus propios padres?

—No lo estoy insinuando, subinspector, pero usted puede creer lo que quiera. Tan solo le pido que vigilen a Teresa; hoy ha venido aquí para buscar a su hermana gemela y mucho me temo que es justamente eso lo que Amanda desea.

El italiano rebotaba asombro y malestar por lo que estaba escuchando. Una historia antinatural que le estaba revolviendo el estómago.

—Y... según usted, ¿qué es lo que pretende Amanda?

—El mal solo ha pretendido una cosa en toda su existencia: destruir al bien. Son hermanas gemelas, como dos caras de la misma moneda, iguales y diferentes al mismo tiempo; y tenga por seguro esto: Amanda siempre perseguirá a Teresa.

—¿Por qué?

—Es la naturaleza del mal: intentar destruir al bien—dijo finalmente con los ojos vidriosos y la mandíbula tensionada—. Lo único que me sorprende es que no haya ocurrido ya.

Tiziano, que llevaba rato intentando adaptarse al cariz místico en que había tornado la narración del sacerdote, dudaba de si estaba hablando con alguien en sus cabales. Le parecía todo un poco de película y no veía que la atroz historia de Amanda contada por el cura le pudiera llevar al autor de los asesinatos.

—Padre, le agradezco su tiempo y su amabilidad. Además del domicilio de los Craig, ¿tiene algún dato más que pudiera servirnos para localizar a Amanda? —dijo levantándose y casi despidiéndose con la pregunta.

—Ya se lo he dicho, subinspector. Vigilen a Teresa porque Amanda la encontrará, es la mejor forma para dar con ella.

Tiziano echó una última mirada al despacho del sacerdote.

—Está bien, padre, muchas gracias por atenderme.

Salió de allí con una extraña sensación de cansancio. Se despidió del hombre canoso de la secretaría y el aire frío de la calle impactó contra su rostro, aliviándolo de la historia que acababa de escuchar. Al arrancar el coche recordó la frase que a Malatierra le dijo la anciana en silla de ruedas: «Ella le encontrará».

XVIII

20 de enero de 2020. Lunes.15:00. Madrid.

Pelayo estuvo el resto de la mañana trabajando, intentando disimular a sus compañeros su estado de nervios. Rosa, la pelirroja escultural, era su jefa; ella lo había identificado delante de los inspectores, sabía quién era. Se sintió presa de una fiera. Lo había asaltado en Demáscaras y lo había llevado hasta Carla. Era como si todo se hubiese planeado, pero ¿para qué? ¿Qué pretendían de él, un simple contable? Por un momento dudó si la pesadilla que había tenido por la noche habría sido real.

Miró el reloj; era la hora de comer, deseaba irse a casa, pero aún tenía que completar la jornada hasta las seis. Se dirigió a la sala de comida de su planta donde había varias máquinas expendedoras, microondas y varias mesas en las que almorzar. Había olvidado traerse la comida, así que tuvo que conformarse con un bocadillo plastificado. Lo devoró velozmente, pues se sentía incómodo, tenía la impresión de que lo vigilaban y casi deseaba volver a su ordenador y esconderse tras la pantalla. Pensó en Teresa. ¿Cómo estaría? ¿Se le habría pasado el enfado de la noche anterior? ¿Habría con él? ¿Lo abandonaría? ¿Le costaría el divorcio?

En la oficina de la UDEV, Malatierra se había encerrado en su despacho. Cuando llegaron los técnicos les habían cortado de golpe el frenesí del momento: había que esperar para arreglar la cinta. Al parecer, era un aparato viejo que iba a necesitar de algo más de tiempo para poder restaurar la imagen y visionar el contenido de la grabación. Palpitaba dentro de él la esperanza de que aquella cinta arrojara algo de luz sobre lo acontecido en Demáscaras la noche del sábado. Tuvieron tiempo para hablar con Tiziano, que ya había regresado de Toledo, y les contó la historia de Saturnino Crespo narrada por el sacerdote Luis Argüelles.

«Una secta satánica en Toledo», le pareció curioso; unos rabiosos infectados de burundanga, dos crucificados, once mandamientos satánicos. Indagó en internet sobre estos, pero, a pesar de la abundante información hallada sobre su significado, no vio nada relevante que relacionar con el caso. A lo largo de los años, después de tantas investigaciones, solía intuir el móvil de un asesinato, pero esta vez aún seguía en blanco; eso le inquietaba.

Sara irrumpió en el despacho despertando al inspector de sus cavilaciones.

—He traído comida, jefe, se la debo por la cena de anoche.

Pelayo tiró el envoltorio de su bocadillo y salió de la sala de descanso. En el mismo pasillo que conectaba su oficina con el rellano donde estaban los ascensores se paró delante de la máquina de café. Introdujo una moneda y pulsó el botón de *capuccino*. Mientras esperaba apoyado en la

máquina, uno de los ascensores, al fondo, emitió un pequeño sonido y sus puertas se abrieron. Pelayo, desde la distancia, advirtió que estaba atestado de gente, varios de sus compañeros que habían salido para almorzar regresaban a planta. Al salir del ascensor se cruzaron con él y se saludaron como si nada. Pelayo volvió a mirar las puertas del ascensor que empezaban a cerrarse para continuar con su transporte ascendente de personas y, aunque solo lo tuvo en su campo de visión medio segundo, se sobresaltó. «No puede ser. ¿Rodrigo?». Allí pasmado delante de la máquina de café, recordó a su amigo; fue él quien los llevó a la extraña fiesta de sado, fue allí donde conoció a Rosa, allí donde fue infiel a Teresa, allí donde Carla le robó su integridad. ¿Qué hacía Rodrigo en Grimofarmaceutix? Además, según la subinspectora y el comisario que le interrogaron, lo habían detenido. Con tanto sobresalto en las últimas cuarenta y ocho horas se había olvidado por completo de él.

Movido por un impulso repentino, corrió ligero hasta el ascensor que acababa de cerrarse; miró el luminoso en la parte superior de la puerta. El ascensor ascendía según marcaba la flechita. No dudó ni un segundo en abrir la puerta que daba acceso a las escaleras del edificio y, saltando escalones de dos en dos, fue ganando metros. Él trabajaba en la cuarta planta, había once; no paró hasta llegar a la última de ellas, pues su intuición le dijo que allí se dirigía su amigo. Rosa y Rodrigo tendrían algún tipo de relación. Pelayo necesitaba saber qué estaba ocurriendo, qué pasó realmente en Demáscaras y, sobre todo, por qué tenía la tétrica sensación de que él formaba parte de un juego escabroso en el que, desde luego, no había pedido participar.

Jadeante por el esfuerzo, llegó a la undécima planta; respiró delante de las puertas de acceso para recuperar el ritmo cardíaco. Se tranquilizó. Tomó una última bocanada de aire como quien va a sumergirse en el océano y apretó el pomo de la puerta con delicadeza. Abrió apenas unos centímetros para poder asomar su mirada y reuló inmediatamente hacia atrás al ver a la pelirroja. Rosa estaba en el rellano, hablaba con un hombre trajeado, estaban justo delante de la puerta del ascensor, que aún no había llegado hasta allí. Trató de agudizar el oído, pero no alcanzó a escuchar la conversación: casi susurraba con aquel hombre. Dirigió su mirada por todo el contorno de Rosa. Su traje blanco de ejecutiva, sus tacones negros, su melena de fuego. Le daba la espalda, así que no pudo evitar recrearse con la forma de sus glúteos.

El ascensor emitió un pitido y las puertas se abrieron. Pelayo, agazapado tras la puerta, abrió los ojos. Allí estaba. Con sus vaqueros rotos y su camiseta ajustada. Rodrigo apareció en escena provocando la sorpresa de Rosa, que dejó de hablar al tipo del traje y le clavó la mirada a su amigo. Hubo un silencio y una mirada tensa entre ambos. El hombre del traje, dándose por aludido, se perdió de vista tras el pasillo. Se quedaron solos Rodrigo y Rosa. Pelayo, escondido tras la puerta, expectante y conteniendo la respiración.

—Parece que lo de la grabación va para largo; según me cuentan, la cinta tiene varias fisuras, es muy vieja y hace tiempo que no la cambian. He hablado con los propietarios del local, un matrimonio cuarentón. Están realmente afectados por lo ocurrido en su establecimiento, pero parece que no han tenido nada que ver. Ellos solo alquilan su local para fiestas de ese tipo —dijo Sara mientras iba abriendo las cajas de cartón que contenían el almuerzo.

—¿Y la cámara oculta? ¿Para qué la tenían, por seguridad?

Sara repartió dos platos de plástico y empezó a cortar la lasaña que había comprado.

—No, jefe, parece que la usaban para sus jueguitos particulares. Ya puede imaginarse —hizo una mueca sugiriendo algo.

—Vaya cerdos, se ponían cachondos viendo las grabaciones ilegales de sus clientes.

—Sí, ya ve, dicen que todos tenemos algo de *voyeur* —dijo en un tono cómico.

Malatierra no supo cómo interpretar eso.

—Pues les va a caer una buena, me temo.

—Cierto, jefe, pero de eso que se encarguen otros, que nosotros ya tenemos bastante trabajo, ¿no cree? —Ofreció al inspector un buen pedazo de la lasaña humeante, que abrió su apetito—. *Bon appetit*, jefe.

—Dime, ¿dónde está Teresa? —ordenó Rodrigo a Rosa.

—¿Perdona? —contestó la pelirroja con un gesto de rechazo.

Rodrigo, fuera de sí, agarró a Rosa por el cuello y quiso estamparla contra la pared, pero en un rápido movimiento de esta y con una fuerza sobrehumana, cogió del brazo a Rodrigo y, girándose sobre sí misma, volteó al hombre tirándolo al suelo. Pelayo no podía creer lo que estaba viendo: su amigo Rodrigo tenía un cuerpo de gimnasio y Rosa parecía tan delicada que se sorprendió de su fuerza.

—¡Pero quién coño te crees que eres para presentarte aquí, imbécil!

Rodrigo estaba de rodillas en el suelo, paralizado por la imprevisible fuerza de Rosa.

—El sábado me detuvieron, acaban de soltarme porque no hay cargos concretos contra mí, apenas recuerdo nada y... no sé qué coño nos metisteis, pero he visto las imágenes de los rabiosos... ¿Qué cojones es todo esto? ¿Dónde está Teresa?

Pelayo se estremeció al escuchar de nuevo ese nombre. Rosa sonrió alegremente.

—Rodrigo, Rodrigo. —Le acarició el pelo como si fuera un perro—. ¿Por qué crees que tú deberías saber algo? —Le apartó la mano de su cabeza con rabia y Rosa lo cogió rápidamente del cuello para ponerlo de pie apretándole contra la pared. Rodrigo estaba inmovilizado, no podía hacer nada, su rostro estaba con la sangre comprimida, rojo como el fuego, pues tal era la presión que Rosa estaba ejerciendo sobre su cuello—. Tú solo eres un instrumento desechable. No puedes venir aquí a pedir explicaciones, no puedes alterar los planes de la señora, a ti eso no te incumbe.

Rodrigo tenía lágrimas en los ojos y parecía que la cabeza le iba a estallar. Rosa lo soltó, segura de que ya no intentaría nada más.

—Nos pusisteis hasta el culo de «buri» y luego pasó lo que pasó. ¿Por qué? —insistió Rodrigo.

Rosa lo miró con dulzura maternal.

—Porque el infierno tiene que empezar de alguna manera y con vosotros abrimos la puerta. Al parecer, todo funcionó correctamente, pero solo ha sido el principio.

—¿El infierno? ¿De qué coño estás hablando, zorra? —le gritó. Rosa le propinó un bofetón que sonó en toda la sala ladeando la cara de Rodrigo y derramándole un hilillo de sangre de la nariz.

—Cuida tu lenguaje —le ordenó—. ¿Has contado algo a la policía? ¡Responde!

Rodrigo, con la expresión de impotencia más grande que Pelayo jamás había visto, negó con la cabeza. Rosa volvió a acariciarlo.

—Bien hecho, perro.

—¿Dónde está Teresa? ¿Qué es lo que pretendéis? —volvió a insistir con un tono más suplicante. Rosa guardó silencio, sonriendo—. ¿Por qué me pedisteis que llevase a...?

—Chssssss —le puso un dedo en los labios requiriéndole silencio.

Pelayo, tras la puerta, pensó: «¿Que llevase a quién? ¿A mí y a Carlitos?».

—Rosa, por favor —imploró sollozando.

—¿Te lo has pasado bien este tiempo con Teresa, has gozado de ella, has satisfecho todas tus fantasías? —empezó a preguntar afirmativamente recorriéndole con un dedo sugerente que fue

descendiendo desde su mejilla hasta el cinturón de su pantalón—. ¿Y conmigo? ¿Te gustó más?

Rodrigo agachó el rostro; no quería mirarla, pero Rosa le levantó el mentón con su mano y lo miró a los ojos.

—No deberías preocuparte tanto por tu amigo después de haberle traicionado.

A Pelayo le temblaron las piernas de asombro. «¿Se estarán refiriendo a mí?», pensó.

—¡Yo no lo he traicionado, maldita zorra! —gritó desesperado.

Rosa volvió a cogerlo del cuello y apretó hacia arriba obligándole a ponerse de puntillas.

—¡Tú has estado jodiendo con ella todo este tiempo, cerdo! ¡Has trabajado para ella, te ha llenado los bolsillos de dinero! ¿No es eso lo que querías? Hicimos un pacto en Toledo ¿o es que ya no te acuerdas? —Volvió a soltarlo y Rodrigo se desplomó por la falta de oxígeno.

—Yo... no quería... esto... —no consiguió decir nada, tan exhausto como estaba.

—Yo no, yo no quería —lo imitó Rosa, burlándose—. Pues ya está hecho; nosotras hemos cumplido con tus deseos, ahora te toca a ti cumplir tu parte del pacto.

Rodrigo la miró atemorizado.

—Por favor, yo no pensaba de verdad que esto era... —suplicó totalmente hundido.

—¿Que no era cierto, que era una broma? Eso ibas a decir, ¿verdad?

Carla apareció justo en ese momento por el pasillo y agarró a Rodrigo por el cuello.

—Ahora nos darás tu parte, te toca cumplir.

Empezó a apretarle más fuerte. Prácticamente inmovilizado, Rodrigo balbucía en un llanto comprimido; aleteaba con los brazos como un animal capturado y poco a poco fue vencida su resistencia ante la presión de Carla que, con sus diminutos y frágiles brazos, estaba doblegando sin aparente esfuerzo a Rodrigo.

Pelayo temblaba, paralizado por el miedo, totalmente bloqueado. Quería salir huyendo, pero no se atrevió a moverse ni un centímetro para no delatar su posición, así que tuvo que contemplar toda la escena: Rodrigo, tumbado en el suelo, con los ojos a punto de salirse de sus órbitas. Carla, presionándolo en el cuello con una sola mano. Miraba a sus ejecutoras, desencajado e inundado en miedo.

—¡Carla, cómetelo! —ordenó Rosa justo antes de marcharse a su despacho sin más, dejando a la belleza rubia con Rodrigo.

Pelayo apretó los dientes y su diafragma para no vomitar. Carla mordió el cuello de Rodrigo arrancándole de un bocado la nuez. Fue rápido y silencioso. El hombre no emitió ningún sonido, tan solo un espasmo repentino en su cuerpo antes de quedarse quieto para siempre, envuelto en la inhóspita muerte. Acto seguido, Carla se levantó mientras masticaba, con la boca ensangrentada, y desapareció por el pasillo al igual que su ama dejando allí el cuerpo inerte y degollado de Rodrigo.

Pelayo, presa del pánico, cerró la puerta al ver desaparecer a Carla y se apoyó en la pared apretando el mentón, llevándose una mano a la boca y cerrando los ojos para impedir el llanto. No tuvo apenas tiempo para calmarse cuando escuchó unos pasos repentinos que se acercaban a él; eran tacones de mujer, no había duda, y sonaban a intervalos brevísimos. Quien fuera se acercaba con rapidez. Dio un salto para empezar a descender escalones, saltó un par de tramos de estos agarrándose a la barandilla para impulsarse y se pegó a la pared, apartándose del hueco de la escalera. Procuró inhalar con suavidad para que no le delatara ni el sonido de su propia respiración. Esperó unos segundos. El golpeteo de los tacones había cesado. Pelayo ni parpadeaba. Escuchó un leve crujido más arriba. Alguien estaba abriendo la puerta desde la que él había presenciado el crimen. Se pegó aún más a la pared. No se escuchó nada más, así que

Pelayo intuyó que alguien estaría asomándose por el hueco central de la escalera, dejando tiempo para que la próxima víctima, él, se delatara a sí misma. Paralizó todo su cuerpo, sus pensamientos, hasta dejó de respirar durante aproximadamente un minuto.

Al cabo de un eterno momento, el crujido de la puerta volvió a escucharse y un portazo retumbó. Volvió a escuchar el taconeo que ahora parecía alejarse. Pelayo pudo tomar aire y suspirar. Tenía que marcharse de allí, así que empezó a bajar las escaleras en silencio hasta la cuarta planta. Al abrir la puerta, su oficina seguía con su ritmo normal de trabajo. Alguien le preguntó:

—¿Dónde te habías metido, compi?

Se sentó en su silla disimuladamente. Cogió sus cosas. Miró el reloj. Eran casi las cuatro de la tarde, seguramente su mujer ya estaría en casa, así que decidió saltarse el resto de la jornada y, sin alegar causa alguna, volvió a salir de su oficina ante la mirada atenta de varios de sus compañeros, que no terminaban de entender su extraño comportamiento.

Bajó por el ascensor hasta la planta cero y una vez allí atravesó con premura el *hall* del edificio. Ya en la calle, simplemente empezó a correr huyendo del miedo que le perseguía como una sombra.

Mientras duró la comida, Malatierra consiguió relajarse; estar a solas con Sara tenía para él un efecto balsámico y casi terapéutico. Estaba frente a ella saboreando la lasaña, cruzándose a intervalos con los ojos color canela de la subinspectora. Deseó que le volviera a acariciar el pelo como la noche anterior en su casa, pero el contexto de la oficina no era el entorno de privacidad necesario para que Sara volviera a mostrarse tan cariñosa como la otra vez. Hacía tiempo que no compartía el calor de la cama, tiempo que había olvidado lo que era tener amigos; sobrevivía envuelto en la soledad de su gabardina y de su oficio, sin familia, con más pasado que futuro. Sara era la sonrisa de su vida.

—¿Nunca pensaste en casarte y todo eso? —quiso indagar con dudosa interrogación.

La subinspectora detuvo el movimiento de su mandíbula dejando entrever un pedazo de comida al quedarse parada por la sorpresiva pregunta. No pareció molestarse por el intento de indagar en su vida privada. Quizás, tan sobrecogida estaba por el misterioso caso que casi agradeció que la llevaran al plano personal; era la mejor forma de evadirse del trabajo, aunque estuvieran en la oficina. En esos escasos momentos dejaban de ser policías y volvían a ser una mujer y un hombre.

Sara desvió la mirada.

—He tenido algún novio... —titubeó e hizo un gesto de resignación—. Parece que los hombres no llevan bien eso de que sea policía, os intimida una mujer de uniforme y toda esas mierdas machistas —parpadeó agitadamente, pues sus ojos se envolvieron en líquido repentinamente.

Malatierra la contempló con cariño. Estaba viendo al animal herido que llevaba dentro, gritando en silencio que la abrazasen, al igual que él.

—De todos modos, nunca he tenido eso que llaman «instinto maternal», ¿eh? —forzó la expresión para quitarle hierro al asunto—, aunque, a veces, confieso que echo en falta un abrazo antes de acostarme, un hombre al que amar, alguien sensible con quien compartir la vida, ya sabe...

El inspector irguió su postura como queriendo hacerse más presente ante el deseo revelado de Sara. Conectó con sus sentimientos: compartían el mundo de la soledad y por unos instantes deseó que no fueran compañeros de trabajo.

—Pero luego pienso en calzoncillos tirados por el suelo, en pelillos recién afeitados en el lavabo y en la tapa del váter salpicada y pienso: «Sarita, estás mejor así» —dijo riéndose y

cambiando con brusquedad a un tono más irónico.

El inspector le devolvió la sonrisa sin saber cómo defenderse ante aquella acusación de género. Le hubiera gustado decir que él no era como la mayoría, pero recapacitó un segundo para reconocerse que, a lo mejor, incluso, era peor. Mordió la lasaña con rabia contenida.

Entró Tiziano en el despacho apresuradamente.

—Jefe, está confirmado, yo mismo lo he comprobado.

Malatierra, ocupado en masticar y con la boca llena de comida, miró a Sara requiriendo a esta.

—¿Y bien, novato? —reaccionó la subinspectora.

—Pues que Pelayo Guzmán Cáceres y Teresa Sánchez Crespo están casados, así consta en el Registro Civil. —Le acercó el folio registral a la subinspectora que, agitada por la incredulidad, leyó para sí el documento.

—Entonces te mintieron, Sara —arguyó Malatierra.

Ella se quedó pensativa.

—No exactamente... en las entrevistas que mantuve con cada uno de ellos ninguno negó que estuvieran casados, simplemente... —se interrumpió a sí misma.

—Pelayo te dijo, cuando salisteis del hospital donde ingresaron a ese tal Carlos, que su mujer se llamaba Teresa...

—Sí.

—... y que no tenía ninguna hermana, ¿cierto?

Sara meditó un momento.

—Exacto, jefe, y, por su parte, Teresa no negó la existencia de su hermana Amanda. No entiendo. ¿Por qué me mintió Pelayo?

Los tres se quedaron esperando la respuesta de cualquiera de ellos.

—Es posible que no te mintiera, Sara—se adelantó Tiziano.

—¡Te repito que él me dijo que su mujer no tenía...! —se revolvió ofuscada.

—Hermana, sí, lo sé —se adelantó justo a lo que iba a decir la subinspectora.

—¿Entonces a qué te refieres, italiano?

—Puede que Pelayo no sepa de la existencia de su cuñada.

Como una gran jarra de agua fría cayó el argumento de Tiziano sobre Sara que, con cierta resignación y no con poca impresión, empezó a aceptar la misma posibilidad que también Malatierra había dejado caer en otro momento.

—Ella te dijo que nunca tuvo relación con su hermana —retomó la conversación Malatierra mientras se limpiaba con una servilleta las comisuras de los labios.

—Desde la noche en que murieron sus padres —añadió Sara.

—O desde la noche en que los asesinó Amanda —aventuró el italiano, que se sentía con cierta elevación ante su posible descubrimiento—. O, al menos, esa es la teoría del cura toledano.

Malatierra y Sara miraron con reproche a Tiziano, bajándole un tanto los humos.

—Por el momento, dejemos a un lado las teorías demoniacas, italiano —le contestó el inspector —, pero sí que es posible que la existencia de Amanda haya sido ocultada por Teresa a su marido. Eso sí podría encajar. Ya te lo dije. Ellas no tuvieron jamás ninguna relación, así que, de alguna manera, Amanda dejó de existir para Teresa, quizás esta quiso... o, más bien, necesitó olvidarla tras la muerte de sus padres.

—Pero ¿por qué? —reclamó Sara confundida, pues seguía resistiéndose al argumento.

—Probablemente la muerte de sus padres la traumatizase, puede que el hecho de que la única testigo de aquel fatídico suceso fuese su hermana la llevara a hacerla culpable. Fíjate en la

historia que el cura le ha contado a Tiziano —miró a este.

—¿De verdad crees que una niña de seis años pudo haber asesinado a sus padres en Nochebuena? —preguntó casi protestándole.

—Lo que digo es que es posible que Teresa sí que lo crea, al igual que el sacerdote Luis, tal y como le ha contado hoy a nuestro novel compañero.

—¿Y eso qué demostraría?

Malatierra negó con la cabeza mientras encendía un cigarrillo.

—El motivo por el que Teresa nunca haya hablado con Pelayo de su hermana —dijo Tiziano, obligando a Sara a girar la cabeza repentinamente hacia él.

—Si Teresa cree firmemente que su hermana Amanda fue la ejecutora del asesinato... Pensadlo bien: aquello ocurrió cuando tenía seis añitos, un hecho que tuvo que ser inevitablemente traumático, y tras el cual no volvieron a tener relación, no volvieron a ser hermanas. Puede que Teresa se defendiera de la angustia tratando de negar a su hermana, no queriendo reconocer su existencia.

—¡Sí, pero cuando hablé con ella a mí no me negó en ningún momento que tuviera una hermana! —dijo señalándose a sí misma con el dedo en un movimiento de furia contenida.

—Había dos crucificados de por medio, ¿recuerdas?

—Sus tíos, claro que lo recuerdo, ¿a qué viene ese tono?

Malatierra abrió las palmas de sus manos reclamándole algo de calma.

—Solo trato de decir que, a pesar del intento de olvidar y negar a su hermana durante tantos años, al enterarse del asesinato de sus tíos, los crucificados, y al verse interrogada por una subinspectora, su hermana Amanda volviera a su mente desde lo más profundo de sus recuerdos.

—¿Y eso para qué, inspector? —preguntó Sara.

—Pues justamente para lo mismo que estamos haciendo nosotros —dijo misteriosamente el italiano.

Sara se reclinó sobre el sillón del despacho, más tranquila, empezando a entender hasta dónde quería llegar Malatierra.

—... Para encontrar al culpable —continuó Tiziano.

—¿Entonces el posible autor o, más bien, autora es esa tal Amanda? —preguntó Sara a ambos.

—Es probable que eso sea lo que piensa Teresa. Si ella, al igual que el sacerdote que Tiziano ha entrevistado esta mañana, creen que lo ocurrido en 1986 fue obra de esa niña de seis años, es razonable pensar que Teresa considere que su olvidada hermana está detrás de la crucifixión de sus tíos.

Sara se levantó y empezó a caminar por el despacho.

—Pero, jefe, de todos modos ¿qué relación puede tener esa extraña familia con los altercados de Madrid? —Andaba de un extremo a otro del despacho al ritmo de su pensamiento—. Tenemos al abuelo Saturnino, que fue miembro de una secta satánica que predicaba esos once mandamientos. Tenemos mandamientos satánicos en Cuenca, Trujillo, en la plaza Dos de Mayo y en el fax que recibió. Tenemos un ataque multitudinario de rabiosos sin voluntad y hasta el culo de burundanga, que partieron de la fiesta en Demáscaras en la que estuvo Pelayo, marido de Teresa, que, a su vez, es sobrina de los crucificados, pero que no llegó a participar en los ataques del centro de Madrid. Es como si todo estuviera a punto de encajar de alguna manera, pero...

—Pero falta una pieza, algo que descubrir aún —dijo Tiziano.

—Sí, y esa pieza puede que sea precisamente esta. —Malatierra les mostró un folio en el que había dibujado, mientras Sara relataba los hechos, un árbol genealógico de la familia de Teresa;

ambos comprendieron automáticamente lo que pretendía el inspector, pues había marcado con un círculo en color rojo el nombre de Amanda—. Es la única que nos falta de este puzle, quizás ella sea la clave que consiga relacionarlo todo y poder hallar al culpable. Puede que por eso Teresa haya partido en su búsqueda.

—Solo sabemos que fue adoptada por un matrimonio escocés —recordó Tiziano.

—¿Seguirá en Escocia, jefe?

—No lo sé, pero alguien tuvo que crucificar a nuestras víctimas de Cuenca y Trujillo.

—¿Y qué hacemos ahora? ¿Podríamos emitir una orden europea para localizar a Amanda?

—Antes de nada, esperemos a ver la grabación de Demáscaras.

Pelayo abrió la puerta de su domicilio acelerado, cerró bruscamente con un golpe de talón y entró en el salón de su casa buscando a su mujer. Allí estaba, derrumbada sobre el sofá, con un camisón largo de franela que él mismo le regaló hacía varios años. La mujer se incorporó de su cómoda posición, sobresaltada ante la aparición, a deshoras, de su marido.

—¿Qué haces aquí? Aún es pronto —preguntó, sorprendida de su presencia.

Efectivamente, él tendría que haber llegado sobre las seis y media como siempre y el reloj del salón, que Teresa miró para verificar la llegada inopinada de su marido, no marcaba ni las cinco de la tarde. No esperó ni pensó la forma de decirlo, simplemente se sentó al lado de su mujer y le puso una mano sobre el muslo. Fue directo.

—He visto cómo mataban a Rodrigo en la oficina.

El previsible ataque de espanto ante tan horrenda noticia, revelada de esa forma, sin preámbulo alguno, no torció el rostro ni la expresión de Teresa, que mostró una serenidad taciturna de la que Pelayo, aun estando en frente de aquella mirada, no advirtió, envuelto como estaba en la penuria, el desasosiego y la ansiedad extrema que esfumó cualquier posibilidad de darse cuenta del detalle.

Relató lo ocurrido en la empresa, con el llanto irrumpiendo a pequeños raudales y la voz entrecortada. Teresa se mostró presta a comprender y a calmar a su marido.

—... entonces llegaron, me topé con los inspectores, incluida la misma subinspectora que me interrogó en la comisaría central y con la que fui a ver a Carlos... —iba diciendo mientras su mujer le apretaba las manos con dulzura. El pulso parecía querer salirse de la presión arterial, así lo notaba Teresa, en silencio y expectante, que acariciaba despacio la palma de la mano y el anverso de la muñeca del hombre—. Rosa, la mujer que conocí en Demáscaras, es la directora de la empresa; allí estaba también Carla y, aunque nos reconocimos —seguía ahogándose por el propio atropello de sus palabras que pretendían salir de su boca a una velocidad vertiginosa—, mentí, tuve que mentir, estaba claro que los policía buscaban alguna relación entre nosotros y lo ocurrido con esos rabiosos que salieron de Demáscaras.

La mujer asentía, en señal empática de comprensión forzada ante la situación tan extrema y preocupante en la que se encontraba su marido.

—... después, cuando se fueron, vi a Rodrigo en el ascensor... —Y en este punto de la narración, haciendo un esfuerzo sobrehumano para soportar la angustia, Pelayo tuvo que parar para respirar; la ansiedad le presionaba el pecho y su mujer lo obligó a tumbarse sobre el espaldar del sofá; acarició su rostro para calmarlo.

—Tranquilo —le susurró.

Tras unos minutos sosegando la respiración y con Teresa masajeándole las sienes, recuperó el aliento suficiente para continuar la narración de la macabra escena. Su ascenso hasta la última

planta, el encontronazo entre Rodrigo y Rosa, la aparición de Carla y el escabroso asesinato de su amigo.

—¿Y dices que Rodrigo preguntaba por una Teresa? —fue la primera pregunta que le hizo su mujer tras finalizar el relato de lo sucedido.

—Sí —contestó mirándola vacilante.

—¿Y dices que la subinspectora es la misma que estuvo en el hospital contigo? ¿Has dicho que se llama Sara?

—Sí —volvió a afirmar aturdido.

Teresa se acuclilló apoyando su cabeza sobre ambas manos, que peinaron su larga melena, estirando la frente y dejando escapar un suspiro profundo.

—Cariño, hay algo que no te he contado nunca —confesó.

Un estrepitoso silencio inundó el espacio entre ellos como la calma que precede a la tempestad. Teresa, compungida y derrotada, apretó los labios antes de dejarlos hablar. Después de quince años de matrimonio, su marido iba a descubrir una verdad oculta:

—Mis padres no murieron tal y como te conté en su día, cuando nos conocimos —así empezó la trágica revelación de su mujer. Contó lo sucedido en la fatídica Nochebuena, cuando ella tenía seis años. Le habló del recuerdo de su infancia en el orfanato; de la existencia de una hermana gemela llamada Amanda de la que nunca había dejado de recordar, en contra de su voluntad, la amarga sonrisa que le regaló tras la muerte de sus padres. Le narró la versión oficial y la que ella sostenía desde lo más profundo y oscuro de sus sentimientos—. Fue ella, Pelayo, estoy segura, siempre lo he estado... —Así, Teresa fue hilando una a una las frases que descubrían la verdad de su infancia y de su familia. La separación de su hermana, la visita a sus tíos en Sevilla cuando desapareció su prima Inés y el desgarró que llevaba arrastrando en silencio toda su vida por el abandono y la ruptura familiar.

—¿Y nunca supiste nada más de Amanda ni de ningún otro miembro de tu familia?

La mujer lo negó. Sin llanto ni expresión alguna, vacía, tal y como estaba, dejando a su marido inquieto y herido, pues habían sido muchos años creyendo otra vida de su mujer, otro relato de su pasado. No pudo evitar la cruel pregunta que le surgió íntimamente en su interior: ¿quién era entonces realmente su mujer? Pero se sobrepuso a ese pensamiento y le expresó toda la comprensión de que fue capaz. Ella le había mentido durante quince años, él le había sido infiel hacía poco menos de tres días. Un cierto aire de armisticio equilibró la balanza de las faltas recíprocas y ambos respetaron el silencio requerido por el otro para pensar.

—Cariño, creo que la misma subinspectora, esa tal Sara, con la que fuiste a ver a Carlos es la misma que me interrogó a mí el otro día.

—¿Cómo, que te interrogó?

—Sí. ¿Recuerdas las noticias del sábado por la mañana? Esos dos crucificados en Cuenca y Trujillo. Son... bueno, eran mis tíos. Carlos y Yasmina —mostró un gesto apesadumbrado.

—¿Los padres de Inés? ¿Tu prima desaparecida?

—Los mismos. Y por lo que me contó la subinspectora, su otra hija, mi prima Elsa, falleció de un infarto al enterarse de lo ocurrido.

—Lo siento, cariño ... ¿Y qué quería Sara de ti?

—Están investigando esos asesinatos, así que supongo que habrán buscado a todos los familiares para intentar descubrir algo que les lleve al autor de los hechos —dijo Teresa con normalidad—. Lo que me aterra es que después tú estuviste en ese local desde donde salieron todos esos rabiosos y descubrieran a tu amigo Carlos pintando uno de los mandamientos satánicos.

Pelayo no alcanzó a vislumbrar hacia dónde quería llegar su mujer.

—Según las noticias, estaban drogados con burundanga y...

—Sí, amor, pero la subinspectora me reveló que en las dos escenas del crimen de mis tíos también encontraron otros de los once mandamientos satánicos —afirmó dejando dubitativo a su marido que, aunque algo había visto en las noticias, no conseguía comprender.

Teresa no ocultaba el esfuerzo que estaba haciendo mentalmente, tratando de arrancar de su memoria más lejana algo que hiciese coherente un relato aún por descubrir.

—Puede que la clave de todo esté en mi abuelo Saturnino. —Se colocó de frente a su marido para conectar con sus ojos lo más directamente posible y le agarró de las manos—. Puede parecer extraño, pues solo tenía tres años, pero tengo algunos recuerdos nítidos de aquel entonces. Mi abuelo frecuentaba ciertas reuniones que no sabría muy bien cómo llamarlas.

—¿Reuniones? —quiso intervenir Pelayo, pero Teresa le hizo un gesto para que la dejara hablar.

—Se celebraban en una finca en las afueras de Toledo. Rituales en los que advocaban al demonio, gente mayor o, al menos, eso me parecía a mí con tres añitos. Los recuerdo consumiendo grandes cantidades de alcohol y probablemente otras sustancias. Después celebraban una especie de misa en las que en no pocas ocasiones degollaban a una cabra u otros animales y recitaban extraños salmos en latín que no entendía; después se despojaban de las vestiduras y montaban unas escenas orgiásticas que se me quedaron grabadas en la mente.

—¿Y tus padres cómo permitieron eso?

—Ellos nunca lo supieron. Mi abuelo y mi hermana me ordenaban constantemente que no dijera nada.

—¿Tu hermana Amanda? Pero si me has dicho que sois gemelas, ella también tendría tres años cuando...

—Sí, pero Amanda en aquellas reuniones tenía un papel protagonista. Mi abuelo la sentaba en una especie de trono que presidía todo el acto y ella contemplaba las escenas desde esa posición, como si fuese un espectáculo montado para ella. Al final todo el mundo se arrodillaba ante mi hermana y le expresaba su respeto.

—Y mientras ¿tú qué hacías?

—A mí, mi abuelo me sentaba en una silla algo apartada del resto, en la oscuridad. Yo solo era una especie de testigo de aquellas sesiones.

—¿Para qué os llevaba, qué sentido tenía?

—No estoy segura, pero una cosa estaba clara: teníamos que estar mi hermana y yo, aunque a ella le reservaban un lugar de privilegio y a mí una posición más secundaria. He tratado de investigar sobre ese tipo de rituales. Mi abuelo era miembro de una iglesia satánica, predicaban los once mandamientos del diablo, algunos de los cuales aparecieron en... —Pelayo hizo un gesto afirmativo de comprensión—. Creo que mi hermana y yo éramos necesarias para el triunfo del mal.

—¿Triunfo del mal? —se alertó.

—Sí, cariño. Al igual que en una misa se pretende abrir una puerta para que los hombres conecten con Dios en su intimidad personal y sigan el camino marcado por sus designios, en una misa negra o para adoración del diablo se exalta el pecado como símbolo de la supremacía del mal sobre el bien, pero no de una manera reservada y personal, sino pública y manifiesta. Mientras que en una misa católica los fieles conversan con Dios desde el silencio y la reserva personal, en una celebración satánica lo hacen a gritos y mostrándolo ante todos, incluido el bien, entendido como el enemigo natural del diablo.

Pelayo, ofuscado por la letanía de su mujer, se puso de pie repentinamente tratando de airear su mente.

—¿Y qué tiene que ver esa argumentación con dos niñas de tres años? —exclamó enarcando los brazos sobre su cintura.

—No estoy segura. Pero pienso que mi hermana Amanda, de alguna manera, representaba el mal en aquellas orgías, por eso la entronizaban delante de todas las personas reunidas y, en cambio, a mí me relegaban a un segundo plano para que pudiera contemplar la escena, pero sin darme más importancia. Mi hermana encarnaba el mal y yo, el bien. Somos gemelas, idénticas, pero diferentes, unidas irremediablemente por un vínculo genético que nos dio el mismo cuerpo, pero no el mismo espíritu. El bien y el mal, yo y mi hermana, somos dos caras de la misma moneda, por eso creo que mi abuelo nos llevaba a sus reuniones. Amanda era cruel por naturaleza, nunca mostró piedad ni compasión y yo era todo lo contrario. Así que el mal presidía las orgías de mi abuelo mientras el bien contemplaba aterrado el triunfo de la oscuridad —respiró al finalizar.

No podía creer lo que le acababa de contar su esposa, su cabeza daba vueltas sin sentido aparente, intentando desesperadamente encajar todas y cada uno de los momentos vividos los últimos días. No supo qué decir.

—Cariño, tenemos que ir a la policía. Tienes que contarle lo que le ha ocurrido a Rodrigo. No me preguntes por qué, pero tengo la terrible impresión de que mi hermana está detrás de lo que está sucediendo. Tienes que creerme. Amanda es capaz de todo esto. Ya sé que suena a locura, pero piensa bien lo que les ha ocurrido a mis tíos y lo que les ha ocurrido a tus amigos.

Pelayo se detuvo y notó el frío en su cuerpo; no parecía querer darse cuenta de lo que su mujer la estaba advirtiendo, pero cierto era que lo ocurrido en Demáscaras, el suicidio de Carlos y el asesinato de Rodrigo, lo colocaba justo en el centro de aún no vislumbraba qué clase de maquinaciones y juegos oscuros. Algo parecía cernirse sobre él y ahora también, revelada la verdadera historia de su mujer, sobre Teresa.

—Piensas que quizás estemos en peligro —afirmó con contundencia.

Teresa lo miró con seriedad.

—Sí, así es.

Teresa se levantó y fue a cambiarse de ropa. Pelayo se dirigió a la cocina y aprovechó para beber algo de agua y aclararse la garganta. Acababan de asesinar a Rodrigo delante de sus narices. Le estremeció un escalofrío repentino que a punto estuvo de hacerlo vomitar sobre el fregadero.

—¿Estás bien? —Apareció su mujer preocupada colocándole una mano en el estómago, queriendo, instintivamente, evitar la arcada de su marido.

—Sí, sí... —dijo agitado por el espasmo—. Estoy bien... Y tienes razón: tenemos que ir a la policía para contarles lo que acaba de suceder; además, si han dado contigo, quizás ya hayan averiguado el paradero de tu hermana.

—¿Quién sabe? Fue adoptada por unos escoceses... —dudó—. Aunque puede que tengas razón y la hayan encontrado —rectificó al instante—. Vámonos entonces. —Y besó en los labios a su marido.

Malatierra, Sara y Tiziano observaban con detenimiento la grabación de Demáscaras, cuya cinta ya había sido restaurada por los técnicos. No había sonido y la imagen, deteriorada y fragmentada con rayas blancas, era en blanco y negro: parecía una película antigua de cine mudo. Observaron a la clientela, charlando y tomando copas con normalidad. Sara reconoció a varios de los rabiosos

que vio en los calabozos. Un hombre apareció en escena llevando encadenadas a dos mujeres que fueron atadas a unas argollas en forma de X en la pared. Allí se quedaron para deleite de todos los presentes. A la izquierda de la imagen pudieron ver a dos chicas comiéndose a besos mientras un pequeño grupo las observaba. Los camareros trabajaban a destajo sin parar de servir bebidas. Por el momento, nada extraño.

—No veo a Pelayo ni a Carlos, ellos estuvieron en esta fiesta —dijo Sara.

—Aún es pronto, mira la hora de la grabación; pasemos la imagen a más velocidad. —El italiano empezó a pulsar el botón de avance intermitentemente para ir progresando en el tiempo a más velocidad. Se hizo un silencio espectral entre los tres, pegados a la pantalla sin parpadear.

—¡Ahí están! ¡Páralo! —ordenó la subinspectora al descubrir a los tres amigos.

Pelayo, que seguía a Carlos y a Rodrigo, emergió de uno de los laterales de la pantalla para situarse curiosamente justo en el centro de la imagen donde estaba situada la barra. Pidieron bebidas y el camarero se dispuso a preparárselas. Rodrigo parecía más familiarizado con el ambiente, pues nada más entrar, y apartándose un poco de sus compañeros, empezó a saludar a gente como si nada. Los policías vieron cómo Pelayo y Carlos, apostados en la barra, divisaban el perímetro cerrado del local, deteniendo sus miradas ante las dos chicas atadas en X en la pared y los diversos corrillos que se iban formando por el local. Al cabo de unos minutos, la pantalla mostró a Rodrigo volviendo con sus amigos. Algo les dijo, pero al no haber sonido no pudieron escuchar nada. Malatierra, instintivamente, trató de leer los labios de Rodrigo, pero fue imposible: la imagen ni era nítida ni estaba lo suficientemente cerca para eso. Dos de los integrantes de aquel misterioso trío se marcharon fuera del campo de visión de la cámara dejando solo, en la barra, a Pelayo, que inmediatamente y sin que pareciera darse cuenta fue asaltado por una mujer exuberante que apareció a su espalda.

—Es la pelirroja —afirmó el inspector.

Sara fijó la vista en la mujer, pero le daba la espalda a la cámara y, al no haber color en la imagen, no se podía distinguir su intensa melena rojiza. Esperó unos segundos para ver si se daba la vuelta y dejaba ver su rostro.

—¿Cómo estás tan seguro de que sea ella? Apenas se le ve el rostro y no se puede ver si es pelirroja —replicó.

—No todo lo que distingue a una mujer es el color de su pelo, Sara —le contestó en un tono que no se distinguía bien si era irónico o hablaba en serio.

En efecto, el exuberante cuerpo de Rosa se apreciaba en la imagen, aunque estuviera de espaldas. Sara se fijó en todo su contorno. «Quizás tenga razón», se dijo.

Tras una breve conversación entre Pelayo y la mujer, vieron que esta empezó a caminar y sin quedar claro en la imagen que el hombre hubiese sido invitado por ella, pudieron ver a Pelayo andar tras los pasos de —ahora sí pudieron ver su cara en un fragmento de la imagen— Rosa. Desaparecieron de la pantalla.

—Ahora es cuando se supone que a Pelayo se la... —rectificó Malatierra en el último momento — le hicieron una felación.

—Sí, jefe, pero eso no lo veremos desde la posición de la cámara —dijo el italiano.

—Vaya, para algo interesante que íbamos a ver hoy —soltó sarcástico y pícaro, provocando un mal gesto de su compañera, que quiso expresar con silencio y rectitud en el rostro que no era el momento para chistes masculinos.

Siguieron con la grabación durante unos treinta minutos más, en los que no advirtieron nada de interés ni tampoco volvió a aparecer ninguno de los personajes que estaban investigando. No

obstante, contemplaron enmudecidos la escena orgiástica de los asistentes a Demáscaras. Cuando el aburrimiento empezaba a hacer mella, la imagen de Pelayo irrumpió en la pantalla. Parecía andar rápido, abriéndose paso entre los integrantes del fornicio colectivo, con urgencia y moviendo la cabeza bruscamente hacia ambos lados. Se paró un instante para mirar en derredor por toda la sala justo al lado de la barra y después siguió su camino y desapareció.

—Da la sensación de que estuviera buscando a alguien. —Malatierra encendió un cigarrillo.

—Probablemente a sus amigos... —Apartó con la mano la bocanada de humo que expulsó su jefe—. Parecía alertado por algo.

El resto de la grabación transcurrió con normalidad, la misma gente y sin que volviera a aparecer nadie de los conocidos. Unos quince minutos después de que Pelayo saliera de imagen, se percataron de que todos los presentes, al unísono, se giraron y dirigieron sus miradas a un pequeño pedestal apostado en uno de los extremos del salón. No se oída nada, pero se leía fácilmente de la imagen que los asistentes a la extraña fiesta guardaron unos instantes de silencio y expectación.

—Algo va a suceder —afirmó Malatierra dando una profunda calada que bien pudo haber consumido un tercio del minúsculo pitillo.

Aparecieron tres personas, envueltas en una capa rematada con una capucha y se colocaron sobre el pedestal hacia el que todo el mundo miraba. No pudieron apreciar bien los rostros del misterioso trío, pues las capuchas de sus capas sobresalían por delante de la cara, pero daba la sensación, por los gestos de sus brazos alzándose hacia el cielo, que algo decían o proclamaban, a lo que el público parecía prestar toda su atención. Sin posibilidad alguna de descifrar aquel discurso, los tres policías calcularon en su retina lo mejor que pudieron la imagen que estaban viendo. De repente, todos los presentes elevaron los brazos en alto al igual que los individuos de las capas y estos se despojaron de ellas. Fue entonces cuando pudieron comprobar que se trataba de tres mujeres; se mostraron totalmente desnudas en la imagen y parecían gritar al público algo que no se podía entender.

—¡Mirad, la de la izquierda sí es Rosa, la pelirroja de Grimofarmaceutix! —se sobresaltó el inspector—. Parece la misma figura que antes estuvo con Pelayo en la barra.

Sara y Tiziano examinaban la imagen. Empezó a aparecer una especie de niebla repentina que envolvió toda la escena, dejándoles sin poder visionar lo que estaba ocurriendo.

—¡Mierda! ¿Qué es esto! —se escuchó a Tiziano, que era quien estaba manipulando el panel de control de la película.

—Pásalo un poco más hacia adelante —ordenó Malatierra.

La niebla fue disipándose poco a poco y los agentes pudieron volver a ver a las mismas personas, casi en el mismo lugar, y a las tres mujeres desnudas, Rosa entre ellas, emitiendo algún tipo de mensaje.

—¡Fijaos! —les señaló Sara, pues, tras recuperarse la imagen, percibió que todos, salvo las tres mujeres, parecían estar más quietos que antes, como si estuvieran paralizados. Tiziano se percató de que en el margen superior izquierdo de la pantalla se advertía una pequeña rendija, una salida de aire por la que se observaba bien, a pesar de la calidad de la imagen, un humillo que salía de ella.

—Eso es... —no se sintió seguro para afirmarlo.

—¡Joder, los gasearon con burundanga, eso es lo que pasó! Fijaos en las tres mujeres: Rosa a la izquierda, a la derecha... a la derecha... —repitió boquiabierto—. Hostia, esa chica es la rubia que

estaba hoy en el despacho de Rosa —descubrió el inspector con las últimas caladas del cigarrillo perdiéndose inútilmente entre sus dedos.

—Sí, esa tiene que ser Carla, la de la felación —aseveró Sara pegándose un poco más a la pantalla—. ¡Y...! —exclamó.

—¿Qué pasa?

La subinspectora fijó su mirada en la mujer del centro, la que más gesticulaba y la que parecía dirigir la extraña marabunta humana allí formada.

—¿Sara? —insistió inquieto el inspector.

—Esa mujer es Teresa, jefe —afirmó casi derrumbándose por lo inesperado del descubrimiento.

—¿Teresa? ¿Teresa Sánchez Crespo, la misma mujer que entrevistaste, la que ahora sabemos que es la esposa de Pelayo Guzmán Cáceres? —Malatierra miró a Sara y vio a su compañera con el rostro bajo, casi avergonzada. Tiziano puso una mano sobre el hombro de la subinspectora para darle algo de apoyo, pues esta se sentía ahora como una ingenua que había tenido cara a cara a esa mujer que ahora se le aparecía de repente en la grabación de Demáscaras.

—¡Mirad! —gritó Tiziano.

Ahora la imagen se distorsionó un poco por el movimiento. Pudieron observar estupefactos cómo los hombres y mujeres que llenaban el local se vistieron y empezaron a salir apresuradamente del salón, perdiéndose en los límites de la imagen.

—La hora de la grabación en este momento casi coincide con la hora en la que empezaron los altercados del sábado por la noche —aseveró Tiziano, afirmando algo que ya sabían.

La grabación siguió durante casi una hora más en la cual —aparte de un incómodo silencio entre los miembros de la UDEV, un par de Coca-colas y casi medio paquete de cigarrillos gastado— no ocurrió nada más a destacar, tan solo la imagen vacía del salón principal de Demáscaras y los tres investigadores contando los segundos, esperando, fútilmente, que apareciera alguien o algo más.

Al llegar al final de la grabación, Malatierra se levantó apresuradamente y, ante la mirada impresionada de sus dos compañeros, se colocó su raída gabardina.

—Sara, ¿estás segura de que esa mujer es Teresa?

—Sí, jefe, es ella. ¿A dónde vamos? —Se ajustó el cinturón y fue abrochándose su abrigo presta a seguir al inspector, que ya estaba de pie y dispuesto a salir.

—Es curioso que Teresa aparezca ahora, como si nada, en Demáscaras. Es curioso que su marido también estuviera allí y que no hayamos podido relacionarlos a ambos hasta esta misma mañana —Sara se disculpó con un gesto inadvertido por el inspector, que parecía contener la furia—. Y es más que curioso que nuestra Teresa sea sobrina de los crucificados en Cuenca y Trujillo. ¡Vamos a por ella! —ordenó.

—¿Quiere usted hablar con ella, jefe? —preguntó Tiziano.

—Quiero detenerla.

Sara y el italiano se miraron perplejos.

—¿Eh?... Pero...

—Nada de peros, novato, de momento tenemos la prueba que la inculpa, al menos, como cooperador necesario en los ataques de los rabiosos, así que vamos a por ella. Y hay que mandar una patrulla a Grimofarmaceutix: quiero que detengan también a la pelirroja y a la rubia. Esas tres mujeres no nos han contado toda la verdad.

Los dos subinspectores, paralizados ante el ataque de decisión de su jefe tras visionar la grabación, se dispusieron a decir algo intentando calmar el ímpetu de Malatierra.

—¡Vamos! ¿Qué coño estáis esperando? —Salió del despacho abriendo la puerta con fuerza y

gritando órdenes precisas a los agentes que trabajaban en la oficina. Los dos subinspectores se apresuraron en recoger sus cosas y revisar sus armas, pues la acción parecía inminente. Malatierra, mientras, vociferaba órdenes desde la oficina— ¡Y no quiero fallos, que no se escapen ninguna de las dos! —escuchó Sara gritar al inspector—. ¡Son las cinco y cuarto, seguramente aún estarán trabajando en Grimofarmaceutix!

—¡A la orden, inspector! —gritó uno de los agentes, que salió a toda prisa seguido de varios más, diligentes para cumplir la orden.

Al verlos marchar, se volvió sobre su espalda. Encontró a Sara con el cuerpo firme y preparada para salir, al igual que Tiziano, que trataba de disimular su nerviosismo.

—Vamos a por Teresa, compi —le susurró el inspector acercándose a ella—. ¿Tenemos el domicilio, verdad?

No hizo falta que contestara para que los tres salieran también de la oficina directos a arrancar el coche y volar a toda velocidad hasta la residencia del misterioso matrimonio.

XIX

20 de enero de 2020. Lunes. 17:45. Madrid.

—Vamos, cariño, no te preocupes, todo saldrá bien —afirmó Teresa a su marido mientras descendían por el ascensor hasta el garaje.

Pelayo, movido por su mujer —pues su estado de nervios no le estaba permitiendo pensar con una mínima serenidad—, preparaba mentalmente las palabras que iba a pronunciar a la policía. Saber que iba a contar el asesinato de su amigo Rodrigo agravaba su ansiedad a cada paso. Le asaltó una duda repentina: ¿y si no le creían? ¿Y si no descubrían el cuerpo de su amigo? No paraba de visualizar el fatal mordisco con el que Carla le desgarró el cuello. Le subió por el esófago una arcada ardiente que le abrasó el interior.

—¿Estás bien? —Pelayo tuvo que apoyarse un momento sobre una de las columnas del *parking* comunitario; a punto estuvo de vomitar, pero se recompuso al instante. Afirmó con la cabeza y siguió caminando hasta su coche. Teresa pulsó el mando electrónico y un pitido luminoso señaló la posición del vehículo en medio de la semioscuridad del recinto. Entraron en el vehículo, un Megane rojo reluciente. Teresa apartó a su marido con un leve impulso y se dispuso a entrar por la puerta del conductor para conducir.

—¿Dónde está tu coche? —preguntó a su mujer al ver que la segunda plaza de que disponían estaba vacía.

—Lo he dejado fuera, a veces me da pereza entrar en el garaje. —Sonó a disculpa ínfima y cotidiana.

Arrancó. Teresa se había recogido el pelo con un coiletero. Pocas veces había visto a su mujer cambiarse de ropa tan rápido. Minutos antes había pasado de llevar el camión de cuadros que él mismo le había regalado, a un *look* casual, con *jeans*, jersey negro ceñido y deportivas blancas. Sortearon los dos giros que obligatoriamente tenían que pasar para salir al exterior. Teresa conducía con una mano con destreza y apresurada agilidad. Pelayo quiso contagiarse de la decisión de su mujer, pero en aquel momento se sentía fuera de sí, sobrepasado por los acontecimientos. Se dejó llevar.

Pisó el acelerador para subir la pronunciada rampa de salida y la luz urbana, gris y de reflejos metálicos les deslumbró. Giró a la izquierda por la Calle Salustino Olózaga sin apenas tráfico a la vista. Aceleró en dirección a Recoletos. Pelayo apretó instintivamente la asidera de la puerta al sentir la velocidad.

—¡Teresaaa! —Un frenazo en seco estiró el cinturón de seguridad de cada uno empujando los cuerpos hacia adelante y rebotándolos de nuevo a los asientos.

—¡Joder, me cago en la puta! —aulló Malatierra desde el coche.

Teresa y Pelayo se quedaron pasmados ante el repentino cruce de un Focus negro, justo a la altura de la Calle Pedro Muñoz Seca.

—¡Coño, son ellos, jefe! —gritó Sara abriendo al mismo tiempo la puerta del copiloto. Tiziano, que se sentaba detrás, hizo lo propio para asistir a su compañera.

Vieron salir del Focus a la subinspectora Sara, con su pelo corto, recortado en puntas desiguales y peinado con un alboroto aparente. Tras ella, un hombre más joven salía del vehículo por una de las puertas traseras.

—¡Salgan del coche los dos! —les gritó, mostrándoles hábilmente una placa y empuñando con su mano diestra el mango del arma que todavía llevaba encajada en su funda.

Fueron unos segundos antes de decidir el destino inmediato, con la subinspectora dándoles órdenes desde fuera.

—¡Salgan del coche! —reiteró Tiziano junto a su compañera.

Teresa embragó y metió la marcha atrás. Las ruedas rechinaron sobre el asfalto y empezó a retroceder a toda velocidad huyendo de los policías.

—¡Me cago en la hostia! ¡Vamos, Sara, subeeee! —gritó enloquecido Malatierra desde el coche, que ya iba enderezando para encarar la misma calle—. ¡Se escapan!

Pelayo se giró como pudo, pues la presión del cinturón le apretaba para comprobar, aterrado, si venía algún vehículo. La calle estaba limpia, afortunadamente. Miró a su mujer, que guiaba el vehículo de espaldas, fijando sus ojos en el espejo retrovisor y con el rostro tensionado.

—¡Teresa!

Esta no dijo nada, decidida como estaba a conducir como una loca y evitar que los cogieran.

—¡Teresa, pero qué cojones estamos haciendo! ¡Tienes que parar! —reclamó.

—Vienen a detenernos. Ya es demasiado tarde.

Pelayo divisó el Focus que les perseguía de frente; les estaban ganando distancia, pues con la marcha atrás su coche no podía ir tan rápido.

—A todas las unidades, perseguimos un Megane rojo por Salustino Olózaga en dirección Puerta de Alcalá —iba ordenando Sara a través de la radio del coche—. Se trata de dos sospechosos, mujer y hombre, ella con pelo largo, moreno y con coleta; él con pelo corto y castaño. Repito, un Megane rojo en dirección Puerta de Alcalá. ¡Hay que detenerlos de inmediato, que no escapen!

El Megane rojo de los huidos entró con la marcha atrás a fondo en la marabunta de vehículos que bordeaban la glorieta de la Puerta de Alcalá. Teresa, hábil como nunca, enderezó el coche derrapando en el sentido de las agujas del reloj. Cláxones y varias voces llenas de improperios se escucharon al irrumpir en el tráfico de la icónica rotonda. Dos turismos tuvieron que abrirse a ambos lados para evitar el impacto con el temerario vehículo rojo que, con Teresa y Pelayo dentro, bordearon los arcos del legendario monumento en dirección a O'Donnell.

—¡Joder, jefe! —exclamó la subinspectora al ver lo poco que faltó para que los dos fugitivos se estrellaran al entrar en la rotonda.

Malatierra desaceleró un poco hasta ver que la circulación le iba abriendo paso al ruido de la sirena postiza que ya iba colocada sobre el techo. Bordeó lo más rápido que pudo la plaza e imprimió velocidad al coche, aprovechando el espacio vacío que un semáforo en rojo había dejado hasta el siguiente paso de peatones. Al fondo veían el Megane; les sacaban unos doscientos metros de distancia.

Teresa apretaba las manos sobre el volante y pisaba el acelerador tan a fondo que no midió bien la distancia que le separaba de la siguiente hilera de coches parados en otro de los innumerables semáforos.

—¡Teresa, que nos estrellamos!

El frenazo sonó terrible y el olor a neumático quemado inundó el habitáculo. Giró a la derecha en el último momento para subirse a la acera. Una pareja que deambulaba en ese momento tuvo que apartarse para no ser arroyada. El Megane saltó ligeramente, pues el escalón forzó los amortiguadores hasta el tope. Tuvo que girar inmediatamente a la izquierda para no impactar en el muro que delimitaba el Retiro y volver a corregir, con un brusco volantazo a la derecha, la inercia del eje trasero del coche. Pelayo empujaba su cuerpo sobre el asiento del copiloto para sujetarse.

—¡Teresa!

—¡Cállate de una puta vez, joder!

—¡Nos vas a matar!

El inspector redujo casi a cero la velocidad para subir el bordillo de la acera y, viendo el espacio libre que como una estela iba dejando el Megane a su paso por la zona peatonal, aceleró de nuevo.

—¡Sara, llama a central! Necesitamos que un pájaro los siga desde el aire: como sigamos así van a atropellar a alguien.

Teresa iba golpeando el claxon del Megane a medida que avanzaba, apartando a la gente y provocando el estupor de la circulación, que por la calzada paralela iba contemplando la persecución. Al llegar al cruce con Menéndez Pelayo, torció a la derecha, saltando de nuevo a la carretera y retorciendo el coche hacia su izquierda derrapó hasta sobrepasar durante unos metros la línea divisoria del sentido contrario, lo que provocó el volantazo de un autobús urbano que venía en dirección opuesta y directamente hacia ellos.

—¡Jodeeeeeer! —Pelayo gritó desgañitándose—. ¡Casi nos tragamos ese puto autobús! ¡Por Dios, Teresa, para el puto coche! —cogió la palanca del freno de mano y, viendo que su esposa le hacía caso omiso, tiró hacia arriba. Las ruedas chirriaron.

—¡Pero qué haces! —le recriminó la mujer que, ofuscada en escapar a toda costa, volvió a bajar la palanca colocando su mano sobre la de su marido, que no pudo impedir el ímpetu de su esposa.

—¡Cariño, por favor!

Teresa siguió conduciendo a una mano pues con la otra sujetaba a Pelayo. Iba sorteando el tráfico al que adelantaba con un constante y peligroso zigzag. De repente, dos coches patrulla se aproximaron en sentido contrario e irrumpieron en los carriles del Megane para cortarles el paso, parando sus *zetas* perpendicularmente a la carretera.

—¡Cabrones! —gritó Teresa al ver que le impedían el paso. Liberando la mano de su marido, volvió a tomar el volante con ambas y giró a la izquierda para introducirse en los carriles de sentido contrario.

—¡Teresaaaa, diosss! —exclamó Pelayo justo antes de apretar los dientes y el rostro ante el inminente golpe.

Todos los coches que circulaban en sentido contrario tuvieron que desviarse al paso de los fugitivos que, lejos de apaciguar la marcha, aceleraron el ritmo dejando un reguero de accidentes por toda la avenida.

—¡Aquí pájaro uno siguiendo al objetivo, los tenemos en cámara! —se oyó en la radio del coche de los agentes. Malatierra, esquivando a su paso los coches que se iban abriendo ante el sonido de la sirena, cogió la radio:

—¡A todas las unidades, el pájaro los tiene, reduzcan la marcha! ¡Repito, reduzcan la marcha! —ordenó.

Teresa giró a la derecha por el Paseo de Uruguay haciendo saltar por los aires una cadena que

prohibía el paso a vehículos, dejando atrás el tráfico y dejando correr el coche por el interior del Retiro. Miró por el retrovisor. No vio ninguna patrulla que les siguiera. Atravesaron la fuente del Ángel Caído y siguió hasta el final del parque para tomar la calle Alfonso XII.

—Parece que ya no nos siguen —dijo Pelayo mirando hacia atrás y esperando que su mujer aminorara la marcha como efectivamente hizo.

—Lo están haciendo desde el aire, tenemos que ocultarnos —contestó su mujer concentrada en la conducción.

Pelayo se acercó todo lo que pudo a la luna delantera para comprobar si era cierto lo que afirmaba, pero no observó nada sospechoso. Miró a Teresa sin saber qué decir. Nunca se hubiera imaginado una reacción así por parte de su esposa. Se sentía desorientado, como si no la conociera.

Pararon en un semáforo a la entrada del Paseo de las Delicias; Teresa parecía tranquila, señaló con un gesto de su cabeza la boca del túnel que se abría justo delante de ellos. Pelayo dirigió su mirada hacia donde le indicó.

—Tenemos que desaparecer —dijo ella sin más.

Pelayo intentaba controlar todos los ángulos posibles, esperando la llegada inminente de algún coche de policía, guardando silencio para advertir el sonido inconfundible de las sirenas que, sin duda, les estarían siguiendo.

—Se dirigen al túnel de las Delicias —se escuchó por la radio del coche de Malatierra.

—Bloqueen la salida, allí los detendremos —ordenó este.

Teresa aceleró suavemente y emprendió el descenso hacia el túnel. Reposó un par de segundos su mano sobre la de su marido, indicándole que se tranquilizase y se pegó lo más que pudo al carril derecho aprovechando el arcén que la anchura de la calzada permitía. Pelayo respiraba agitadamente, más concentrado en inhalar oxígeno que en otra cosa. Se preguntó fugazmente por qué querían detenerlos, no habían hecho nada.

Justo a mitad del túnel, Teresa pegó el coche todo lo que pudo al muro lateral de su carril y frenó en seco.

—¿Qué haces?

Vio cómo su mujer salía del coche y él, que no podía abrir su puerta tan pegada como estaba a la gruesa pared de hormigón, miró hacia atrás instintivamente. El tráfico avanzaba feroz, sobrepasando al vehículo parado en mitad de la vía subterránea.

—¡Vamos, sal por aquí! —exclamó ella desde la puerta del conductor. Pelayo gateó como pudo sorteando la palanca de cambios y pasando al otro asiento apoyándose en el volante. Consiguió poner un primer pie en el asfalto y justo antes de impulsarse con los brazos para salir del vehículo Teresa cruzó, como si nada, la carretera. A intervalos vio su figura, pues los vehículos no cesaban de pasar borrando su silueta momentáneamente mientras avanzaba hacia la otra orilla del túnel.

—¡Ten cuidado! —gritó espantado ante la acción temeraria.

—¡Vamos, corre, tienes que cruzar! —animó la mujer desde el arcén opuesto.

—Aquí Z4, los sospechosos aún no han salido —comunicó por radio uno de los agentes que se habían preparado en el otro extremo del túnel para la detención.

—¡Pero qué coño están haciendo! —gritó Malatierra desde su posición, justo aparcados con los intermitentes puestos en la entrada por donde habían accedido los fugitivos, a la espera de la señal

de los agentes.

Pelayo miró a ambos lados, tratando de calcular el momento exacto para atravesar el tráfico, divisando los huecos y calculando la distancia que iban dejando unos coches con otros.

—¡Vamos! —volvió a gritar su mujer.

Dio cuatro largas zancadas hasta colocarse justo en la línea divisoria de la carretera. Frenó en seco para dejar pasar un taxi justo a su espalda y un camión mediano delante de su rostro. Irguió el cuerpo todo lo que pudo, dejando todo el espacio posible a las veloces máquinas y cerrando los ojos, casi rezando, para que no le arrollaran. Volvió a abrirlos y a repetir la misma operación. Ahora miró hacia su derecha; tuvo que esperar unos segundos pues el denso tráfico no le brindaba oportunidad alguna. Miró a su mujer inquieta desde el otro extremo, esperándolo con exasperación. Tras unos segundos, le pareció que justo detrás de un turismo negro habría hueco suficiente para cruzar el siguiente carril. Se preparó para el momento inclinándose levemente hacia adelante, amagando el impulso frenético que estaba a punto de ejecutar. El turismo negro pasó veloz delante de él y automáticamente dio el primer paso sin dejar de mirar hacia la furgoneta que se acercaba vertiginosa a unos metros. Dio el segundo paso y entonces fue cuando pareció por el carril paralelo al de la furgoneta y tapado por esta un motorista cortando el aire.

—¡Cuidado! —le gritó Teresa.

El quiebro inesperado de Pelayo al rectificar su dirección le hizo trastabillar en medio de la calzada. El resbalón fue tan violento que dio de bruces con su mejilla en el rugoso asfalto, con la mirada abierta y amenazada por la furgoneta que se le venía irremediabilmente encima.

Un chasquido agudo retumbó en el túnel. La furgoneta desgastó sus ruedas bloqueándolas sobre el agreste asfalto, evitando alcanzar el cuerpo vencido de Pelayo. Todo sucedió en apenas dos segundos que se hicieron eternos. Un volantazo justo en el último momento permitió a Pelayo ver la escena. La furgoneta viró con violencia hacia su derecha arrojando al motorista que salió despedido, impactando su cabeza sobre la oblicua pared hormigonada del túnel y dando algunas volteretas más antes de detenerse definitivamente en el suelo. La motocicleta, apresada por el morro de la furgoneta, fue arrastrada durante varios metros, raspando su carenado sobre la pared y dejando una estela centelleante y fragmentada en cientos de minúsculas chispas de luz que se apagaban nada más arder.

El siguiente frenazo lo dio un taxista que, con buena metodología, bajó inmediatamente del vehículo para hacer aspavientos avisando al tráfico del peligro y así ir frenando toda la hilera. Pelayo se incorporó traspuesto, jadeando, con la impresión enrojando los capilares de sus ojos. Era una situación desmedida, descontrolada. No veía a Teresa. No estaba donde la había visto la última vez hacía escasos segundos. Giró desesperado sobre sí mismo. Nada. Entre los coches bloqueados, entre la furgoneta y la maltrecha motocicleta. Nada. A ambos lados del taxista que en ese momento y tras acercarse le estaba preguntando.

—¿Está usted bien?

Tampoco. Sencillamente había desaparecido y él estaba solo, con el taxista y algunos conductores más que poco a poco se habían ido acercando. Todos los carriles de la carretera estaban bloqueados, pues la furgoneta había volcado en mitad del túnel dejando un pequeño pero amenazante rastro de gasolina que ardía. Todo el mundo empezó a correr buscando ambas salidas hacia el exterior. El peligro de una explosión, si las llamas recorrían el líquido camino del combustible derramado, era inminente. El taxista intentó tirar de él, pero Pelayo, paralizado, buscando a una Teresa que se había desvanecido, le hacía caso omiso.

—¡Tiziano, el extintor! —indicó el inspector al acercarse a las llamas tras una intensa carrera a pie hacia el interior del túnel. Habían escuchado el estruendo metálico desde la boca norte de esa madriguera urbana y al ver que todo el tráfico colapsó en el embudo provocado, salieron los tres de su coche para dirigirse hacia el interior, esquivando como pudieron, por los estrechos pasillos que había dejado el atasco, a los conductores que corrían despavoridos en sentido contrario al de los agentes.

Pelayo observó cómo el inspector que había conocido en su trabajo esa misma mañana y Sara aparecían en escena bordeando las llamas y acercándose a él con decisión.

—¡Queda detenido! —escuchó mientras le doblaban los brazos por la espalda y lo engrilletaban.

—¿Dónde coño está la mujer? —rugía Malatierra dejando al detenido con la subinspectora. Se acercó a Tiziano, que ya estaba fulminando con la espuma el pequeño incendio, y bordeó toda la furgoneta buscando a Teresa. Comprobó que el conductor de la misma estaba ensangrentado y con el sello inconfundible de la inhóspita muerte en su rostro. La misma suerte había corrido el motorista unos metros más allá. El inspector estaba desquiciado, correteando de un sitio a otro buscándola; mientras, Sara, sujetando al detenido que no mostraba ninguna resistencia, acompañaba con la mirada a su jefe.

—¿Dónde está tu mujer, Pelayo? —le preguntó, pero no hubo respuesta del hombre, que parecía estar catatónico.

Tiziano tiró al suelo el extintor que había extraído de una pequeña cabina de emergencia colocada en uno de los laterales del túnel y se unió a la búsqueda de Teresa. Saltando entre los capós de los coches, mirando en el interior de todos los vehículos cercanos, incluido el Megane rojo que habían estado persiguiendo. Varios agentes de uniforme se acercaban al lugar de los hechos, pero fueron bruscamente reprochados por Malatierra.

—¿Pero qué hostias hacéis aquí? ¡Volved a los *zetas* y transmitid por radio que la mujer se ha escapado! ¡Detened a todo dios que salga de este puto túnel, joder! ¡No quiero que se largue nadie hasta que le haya visto la puta cara a todo el mundo! ¡Vamos!

Sara se le acercó con el detenido.

—Es mejor que vayamos saliendo de aquí, jefe —sugirió.

Malatierra giraba sobre sí mismo con la mirada tensa. No había ni rastro de la mujer. No había ninguna puerta de emergencia en los laterales del túnel, habían mirado en todos los vehículos alrededor.

—Ha tenido que mezclarse entre la multitud —dijo cogiendo a Pelayo por un brazo para salir al exterior.

Al volver a la luz del día, una multitud histérica increpaba a casi dos decenas de agentes uniformados que, inútilmente, trataban de retenerlos en el lugar para poder ser identificados por los inspectores.

Tiziano, Sara, Malatierra —y hasta Pelayo llevado por estos— buscaban a toda velocidad con la mirada el rostro de Teresa, su larga melena oscura, su figura femenina, algún rastro, pero la muchedumbre hostil, el estrés de la situación y un inoportuno helicóptero de prensa que ya sobrevolaba la escena borraron toda esperanza y optaron por abrirse paso hasta el Focus. De todos modos, era tal el desorden humano que probablemente la fugitiva habría tenido oportunidad de escapar.

—¿Cómo iba vestida tu mujer?

Entraron en el vehículo. Sara conduciría esta vez. Malatierra miró a Pelayo mientras este le contestaba y cogió la radio.

—Nos llevamos al detenido a la central; la mujer se ha escapado, repito, se ha escapado. Mujer blanca, pelo negro y largo, 1,65 aproximadamente, delgada, viste vaqueros y jersey negro. Alrededores del Paseo de las Delicias, no debe andar lejos. —Dejó el intercomunicador sobre el salpicadero del coche y resopló.

Abandonaron el lugar despacio abriéndose paso entre el gentío que se arremolinaba por las cercanías de la boca norte del túnel. Tardaron un par de minutos antes de que el Focus pudiera acelerar en dirección a la oficina. Mantuvieron un tenso silencio. Pelayo tenía la mirada fija sobre el respaldo del asiento del conductor, exhausto y casi en *shock*. Sara, mientras conducía, dirigía miradas al detenido a través del espejo retrovisor; no se podía explicar lo que había pasado, cuando interrogó a Pelayo no le pareció el tipo de persona capaz montar una persecución tan cinematográfica.

—¿Por qué coño no os habéis parado? ¿Era necesario todo esto? —rompió el silencio el inspector conteniendo lo que pudo su mal humor. Pelayo se echó hacia atrás al escuchar la voz y se frotó las manos sobre sus muslos.

—Pelayo, conducía tu mujer, lo hemos visto. ¿Por qué huíais? ¿Qué ha pasado? —preguntó Sara.

El detenido sudaba y estaba nervioso, miró a Tiziano, que estaba a su lado. El joven italiano no le quitaba los ojos de encima ni un solo instante, lo que agudizó su sensación de acorralamiento.

—Yo... —empezó a balbucear—. Lo siento, no estoy seguro de lo que ha pasado...

—¿Qué no estás seguro? ¡Me cago en la puta que no estás seguro, capullo! ¡Es que no te das cuenta del lío de cojones que habéis montado! ¡Tú y tu mujercita habéis provocado un accidente múltiple y hay dos muertos, imbécil! —gritó el inspector dando constantes golpes sobre el salpicadero con el puño cerrado. Sara miró a su superior suplicándole algo de calma.

—Pelayo, tienes que contestarnos a... —quiso continuar Sara.

—¡Lo siento, joder, yo no sabía que iba a pasar esto, no sabía que iban a detenernos! —esgrimió desesperado— ¿Por qué? ¿Qué hemos hecho? —No pudo evitar que se le derramaran las lágrimas.

Malatierra buscó los ojos de su compañera, pero esta miraba al frente, pendiente de la circulación.

—A ver... —resopló el inspector— Pelayo, mírame —ordenó conteniendo el tono de su voz—. Sabemos quién es tu mujer... —dejó unos segundos antes de seguir para analizar el rostro de Pelayo—. Sabemos que Teresa estuvo en Demáscaras la misma noche que tú, la noche de los rabiosos...

—¿Qué? ¿Pero qué está diciendo? —inquirió, secándose las mejillas con las manos.

—Lo tenemos grabado —dijo Tiziano, que por fin abrió la boca sin dejar de apresarlo con la mirada.

—¿Grabado? —Su incredulidad apretó todos los músculos de su cara.

—La misma noche, Pelayo, una cámara de seguridad; también te vimos a ti y a tus amigos.

—Pero... yo no vi a mi mujer en ese local ni tampoco me ha dicho nada —alegó.

—¿Y hay algo más que tu mujer no te haya contado, Pelayo? —preguntó Sara, dejándolo perplejo, como si la subinspectora supiera más de lo que mostraba. El interpelado agachó la cabeza, reconociendo y asumiendo que no entendía nada.

—Sí —dijo ahora casi desahogándose—, hoy mismo me ha revelado la historia de su familia, lo que ocurrió con su hermana gemela y... lo de sus tíos asesinados en Cuenca y Trujillo.

—¿Hoy mismo dices?

—Sí, inspector, un rato antes de salir de casa y marchar a... —se bloqueó de repente como arrepintiéndose de lo que iba a decir, lo que provocó el interés de Malatierra a quien, con el olfato bien entrenado, no se le escapaba ningún detalle.

—¿Marchar a dónde Pelayo?

Recordó la escena en su trabajo, el reciente y macabro asesinato de su amigo Rodrigo.

—Íbamos precisamente a hablar con ustedes.

Los tres oficiales se quedaron pasmados ante la sorpresiva respuesta. Ninguno se hubiese esperado algo así.

—¿Con nosotros dices? ¿Para qué?

—Esta mañana en el despacho de mi jefa les mentí: Rosa y Carla son las mujeres que conocí en Demáscaras, pero yo no sabía que trabajaban en Grimofarmaceutix ni tampoco que era la presidente de la compañía —dijo.

—¿Sabes que me entrevisté con tu mujer? —le preguntó Sara.

—Hoy mismo me lo ha confesado. No sabía que era sobrina de los asesinados en Cuenca y Trujillo.

—¿Y para eso queríais ir a vernos los dos? ¿Para confesarnos que la sumisa de tu jefa fue la que te la chupó? No entiendo nada, Pelayo —insistió el inspector.

—Este mediodía, después de que ustedes se fueran de Grimofarmaceutix, me topé con Rodrigo allí en la oficina... ¿lo recuerdan, verdad? Uno de mis amigos, el que nos llevó a mí y a Carlos a Demáscaras...

—Sí, Pelayo, lo recuerdo, fue uno de los rabiosos detenidos, aunque no hubo cargos contra él y pudo salir —aclaró Malatierra—. ¿Qué pasa con Rodrigo?

Pelayo no estaba muy seguro, dadas las extrañas circunstancias en las que se encontraba, de lo que iba a denunciar.

—Lo han matado, inspector; ha sido Carla, esa chica rubia que han conocido hoy en mi trabajo.

El italiano llevó instintivamente su mano a la pistola, pues no se fiaba de su acompañante. Malatierra escudriñó el rostro de Pelayo, buscando signos de mentira o de locura. Sara mantenía aparentemente la concentración en la conducción, pero le acababa de dar un vuelco el corazón al escuchar a Pelayo. Estaban llegando a la oficina.

—¿Que Carla ha matado en Grimofarmaceutix a tu amigo Rodrigo? ¿Hoy mismo? ¿Estás seguro?

—Sí, inspector... —Se le resbalaron de nuevo unas lágrimas fruto de la presión a la que estaba sometido—. Rosa se lo ha ordenado, ha sido en el rellano de la última planta; yo le seguí por las escaleras sin que me viera y pude verlo escondido tras una puerta semi abierta.

—¿Has podido verlo dices? ¿Y cómo ha sido? —preguntó el inspector con una extraña relajación en el rostro. Sara miró a su jefe. Sabía por el tono de su voz que no terminaba de creer lo que le estaba contando Pelayo, y este empezaba a percatarse de que su historia estaba sonando a excusa absurda; no obstante, ya era tarde para echarse atrás.

—Carla le ha mordido el cuello y se lo ha arrancado de cuajo —dijo rápidamente como si las palabras le quemaran.

—Vaya... —ladeó la cabeza el inspector— Parece que esa Carla sabe hacer de todo con la boquita... —dijo burlándose de él.

—Inspector, tiene que creerme, por favor. Han matado a mi amigo y mi mujer cree que su hermana Amanda puede estar detrás de todo lo que está ocurriendo últimamente —suplicó.

—¡Cállate de una puta vez! —gritó con la voz poseída y se sentó correctamente en su asiento, dándole la espalda al detenido, que ya estaba sacándole de sus casillas—. Mira, no sé dónde coño

ibais justo cuando nos hemos topado con vosotros, tampoco sé qué coño hacías en Demáscaras y desde luego que no me cuadra que tu jefa y su querida asistenta flirtearan contigo allí; no sé qué coño le pasó a tu amigo Carlos la noche de los rabiosos ni que puta locura le entró en la Unidad de Agudos; no sé si sabías que las víctimas de Cuenca y Trujillo eran tíos de tu mujer o esta te lo ha revelado hoy mismo como acabas de contarme; y no sé cómo cojones ha escapado tu mujer hoy —tomó aire—; pero lo que sí sé, Pelayo —se volvió un segundo para mirarlo desde el asiento del copiloto y se dio de bruces con la angustia reflejada en sus ojos—, es que voy a averiguar qué está pasando aquí, quién coño eres tú y, sobre todo, quién coño es tu mujer, así que de momento estás detenido durante setenta y dos horas hasta que pueda imputarte algún delito y, créeme, lo conseguiré, Pelayo. Pienso descubrir quién está cagando toda esta puta mierda, ¿me oyes?

Pelayo, compungido, asintió y guardó silencio. Sintió que lo mejor sería no decir nada más por el momento. Entraron en el *parking* de la comisaría de Gran Vía y lo llevaron, tirando de él, hacia la oficina donde lo dejaron a cargo de unos agentes que se ocuparon de registrarlo, tomarle las huellas, retirarle sus efectos personales —que fueron depositados en una pequeña cajita— y tras unos minutos de espera lo bajaron hacia los calabozos. Pelayo estaba aceptando poco a poco su absurdo destino, seguía sin entender nada de lo que había ocurrido en los últimos días y la persecución policial que acababa de provocar Teresa lo descolocaba todo aún más. Jamás hubiese pensado que su mujer era capaz de algo así y ¿cómo habría escapado?, ¿dónde estaba?, se preguntaba.

Al liberarse de Pelayo, los oficiales regresaron a las dependencias de la UDEV. Sara y Tiziano se repartieron por distintos puntos de la sala de operaciones, contrastando la información que iba llegando a la oficina sobre la persecución que acababan de protagonizar. Pudieron ver en imágenes una buena parte de la persecución, pues los helicópteros de la prensa parecían no descansar nunca. Sara miró al fondo, hacia la puerta del despacho del inspector, y suspiró. Sabía que era el momento de dejarlo unos minutos a solas, así que se centró en la búsqueda de Teresa a través de las cámaras de videovigilancia con las que estaban tratando de rastrear la posible huida de la mujer. Ella y varios compañeros más iban peinando la ciudad, dando imaginarios círculos alrededor del túnel de las Delicias y aprovechando los ángulos que les ofrecían todas las cámaras de seguridad vial y urbana que tenían en uso, lo que abarcaba bastante, aunque no lo suficiente, para poder tapar todos los posibles huecos. Existían puntos muertos por doquier que escapaban a la red de cámaras y, además, el Paseo de las Delicias, a la altura del túnel, y sus calles adyacentes estaban atestadas de gente a la hora del accidente, por lo que la tarea estaba resultando igual que buscar una aguja en un pajar. Iban moviendo las grabaciones hacia adelante y atrás con ahínco y sin un resultado satisfactorio.

Por su parte, Tiziano estaba tramitando la orden de detención a través de la autoridad judicial competente y emitiéndola a todas las oficinas aeroportuarias, estaciones de trenes y autobuses. Cercando el país para que Teresa no pudiera salir de él. Sara lo miraba de vez en cuando desde el otro extremo de la oficina, en alerta ante alguna posible e inminente noticia sobre el paradero de la fugitiva. Mientras tanto, fijaba la mirada todo lo que podía en las diversas pantallas que iban mostrando imágenes diferidas de las calles próximas al túnel.

—¿Por dónde se habrá ido? —murmuró.

Ella y ocho agentes más, en silencio y examinando las imágenes, se mostraban perplejos y concentrados en la labor.

—¡Sara, vamos! —ordenó de repente Tiziano que había recorrido toda la sala en dirección al despacho de Malatierra y pasando justo al lado de la subinspectora a la que pilló desprevenida con su tarea de búsqueda.

—¿Qué pasa? —preguntó esta.

Tiziano la miró sin más y siguió el camino hasta la puerta del despacho principal. No llamó, simplemente abrió y Sara se acercó todo lo que pudo a su compañero para escuchar.

—Jefe, tenemos que salir pitando a Grimofarmaceutix, se han enviado ya hasta cuatro patrullas para detener a Rosa y a Carla y no dan señales, no responden a la radio.

—¿Quién ha dado la alarma? —dijo girando su sillón para encarar al italiano.

—Una quinta patrulla que ha ido a ver qué pasaba y acaban de comunicar que los cuatro *zetas* están aparcados en la puerta del edificio, pero que allí no hay nadie, que han entrado en el edificio y está vacío.

—¿Cómo?

—Vacío, jefe, por lo visto no hay ni dios y ni rastro de nuestros agentes.

Malatierra ya estaba de pie colocándose de nuevo su gabardina. Sara escuchaba justo detrás de Tiziano.

—¿Pedimos refuerzos? —sugirió el italiano.

—¡No! Ya está bien de tanto revuelo; además, ya tenemos allí cinco patrullas. ¡Vamos para allá! —ordenó.

Aunque la sede de la empresa farmacéutica no estaba especialmente lejos de la UDEV, no repararon en poner las sirenas y cruzar temerariamente todas las calles que se les venían encima. El inspector era un conductor hábil y con unos reflejos bien adiestrados, lo que no impidió a sus dos acompañantes la tentación de agarrarse fuerte a las asideras del vehículo.

El coche chirrió al llegar a la sede de Grimofarmaceutix y avanzó unos últimos metros con las ruedas bloqueadas, pues el pisotón que Malatierra dio al pedal de freno consumió la distancia que la justa inercia calculada haría continuar al coche antes de parar definitivamente. Tiziano no disimuló el suspiro de alivio al poder salir del endemoniado vehículo.

Los dos agentes que habían avisado a la central los esperaban a pie de calle. Efectivamente, pudieron comprobar que los otros coches patrulla estaban allí, algo mal aparcados y aparentemente abandonados. Los transeúntes se paraban a mirar la pequeña aglomeración de coches patrulla antes de seguir su camino, expectantes ante la posibilidad de ver algo de acción.

—¿Y los demás? —preguntó Malatierra nada más llegar a la altura de los agentes.

—No lo sabemos, inspector, y esto parece vacío. —Señaló con la mano hacia el interior del edificio.

El inspector, sin apenas pararse para escuchar la respuesta, siguió caminando, seguido por Tiziano, Sara y ahora también los dos agentes. El *hall*, que era amplio y de techos altísimos, estaba inundado de silencio y no se divisaba a nadie. Los cinco pararon unos segundos para mirar alrededor y Malatierra prosiguió hasta el mostrador principal donde se ubicaba la recepción. Se asomó apoyando los codos sobre él y... nada, no había nadie agazapado allí dentro. Se dio la vuelta y señaló a sus acompañantes que le siguieran hacia arriba. Tomaron las escaleras principales y subieron una planta. Las luces funcionaban perfectamente, las pantallas de los ordenadores estaban encendidas, algún teléfono sonaba lejano... Era como si de repente los trabajadores hubiesen salido en estampida dejando todos los equipos encendidos. Sara tuvo una mala sensación y se aseguró, palpándola con la mano, que llevaba su pistola atada a la cintura.

No había nadie en ninguno de los departamentos. Siempre la misma escena: las oficinas abiertas

con los equipos encendidos, pero sin personal a la vista. Malatierra tampoco observó ningún desorden, no había papeles revueltos por el suelo o sillas tiradas, ninguna señal de que hubiese pasado algo violento o repentino. Todo parecía normal, salvo que no había gente.

Siguieron subiendo plantas y adentrándose en las oficinas de cada una de ellas hasta que llegaron al rellano de la quinta y, al contemplar de nuevo el mismo panorama, Malatierra se cansó de perder el tiempo.

—Está claro que aquí no está trabajando nadie ahora mismo. Iremos a la última planta directamente, al despacho de la pelirroja y veremos qué encontramos.

—¿Dejamos a los agentes aquí para que corten el paso a posibles...? —sugirió Sara mirando a los dos policías de uniforme que los acompañaban y estos, sorprendidos y expectantes ante la petición de su superiora, miraron a Malatierra, deseando que denegara la petición pues su rostro no reflejaba ningún ánimo de quedarse solos en el psicodélico edificio.

—No, Sara, vayamos todos juntos —contestó aliviando a los dos agentes.

Entraron en uno de los amplios ascensores y pulsaron el botón 11. Malatierra, sin decir nada, desenfundó su arma y la sostuvo en su mano, lo que llevo a los demás a imitar el gesto. Ninguno se fiaba de lo que pudieran encontrar allí arriba.

Pasaban los minutos como sucesivas eternidades. Encerrado en el pequeño habitáculo, agarrándose a los barrotes de su puerta e introduciendo la cabeza entre ellos hasta donde podía para intentar ver algo o escuchar alguna noticia. El silencio era atronador en su cabeza. El mundo entero parecía haberse olvidado de él. Un agente que vio asomarse entre los barrotes el perfil de su nariz se acercó hasta su celda.

—¿Quieres algo? —Pelayo se echó hacia atrás negando con la cabeza. El policía lo miró unos segundos en silencio—. ¿Está todo bien? —le preguntó.

El arrestado, sin saber qué decir, reculó hacia atrás y se sentó en la banqueta de su celda, que hacía las veces de camastro. El agente volvió a su lugar y Pelayo comprobó lo dura que era la tabla para dormir. El deseo de salir de allí le asfixiaba de angustia, trató de calmarse pensando que pronto se aclararía todo y lo dejarían salir; a fin de cuentas, él no había hecho nada, la que condujo era su mujer. «¿Pero qué has hecho, Teresa?», murmuraba para sí mismo en una conversación mental con su mujer, mientras frotaba una y otra vez sus manos sobre su cabeza.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor, la tensión aceleró el pulso de los cinco. Malatierra salió el primero, sujetando su arma con las dos manos y pivotando su cuerpo con agilidad para cubrir los flancos. Los demás le siguieron en idéntica posición. Avanzaron por el pasillo, cruzándose unos con otros en cada puerta para tener siempre en la mirilla todos los ángulos. Una coreografía policial triangulando la posición para evitar cualquier sorpresa. No lo recorrieron de seguido, sino que iban parando en cada despacho que se abría a sus lados. Nada. Tampoco había nadie allí. Llegaron a la antesala del despacho presidencial, con la mesita y el ordenador de la chica que hacía las veces de secretaria igualmente vacío, como el resto del edificio. Malatierra se acercó a la enorme puerta de madera noble y pegó su oreja. El silencio era absoluto. Indicó con un gesto de cabeza a los demás que lo siguieran e hizo girar el pomo de la puerta. Abrió.

—¡Policía! —Entró dando una zancada larga, con la pistola apuntando por delante y girando automáticamente la mirada todo lo que pudo para abarcar el mayor espacio posible. Sara y Tiziano se apostaron a sus flancos al igual que los otros dos agentes. Cinco pistolas preparadas para disparar irrumpieron en la escena más inesperada.

Sobre la amplia mesa de trabajo, Rosa, tumbada bocarriba y completamente desnuda, apretaba con sus piernas la cabeza de Carla, también sin vestidura alguna, que estaba sumergida justo en la entrepierna de la pelirroja. No había nadie más en el despacho. Los tres oficiales y los dos agentes se quedaron perplejos al ver semejante escena. En cambio, las sorprendidas parecían no estarlo demasiado; de hecho, Carla solo asomó su cabeza un segundo para ver quiénes eran y acto seguido continuó con su trabajo oral. Rosa se incorporó un poco apoyándose sobre sus codos. Cogió con una mano el cabello de Carla indicándole que siguiera lamiendo ahí abajo. Rosa miró a Malatierra mientras gemía.

El inspector tardó algunos segundos en reaccionar.

—¡Está bien! ¡Pónganse de pie con las manos en alto, están detenidas! —ordenó.

—Ahora no puede detenerme, inspector, espere un momento, se lo ruego —gimió impasible la pelirroja, que parecía disfrutar aún más con la presencia de los policías.

—¡He dicho que os pongáis de pie, hostias! —gritó con todas sus fuerzas sin dejar de apuntarlas con el arma.

—Inspector, venga aquí y jódame usted mismo —suplicó Rosa con el rostro encendido.

Malatierra indicó a los dos agentes que las detuvieran. Estos, dubitativos, fueron avanzando lentamente, pues la absoluta pasividad de las mujeres ante la presencia policial les otorgaba ventaja psicológica.

—¡Vamos, joder! —les gritó Sara ante la indecisión que estaban mostrando. Ella misma se acercó por la espalda a Carla, que seguía brindando placer oral a su jefa. Rosa la miró a la cara al acercarse a su sumisa y, con los ojos perdidos y una expresión malvada, negó con la cabeza, lo que provocó la parálisis de Sara, que se sintió inevitablemente amenazada por aquella mujer.

—¡Detenedlas! —aulló Malatierra, que no dejaba de apuntar a Rosa— ¡Vamos, Sara, no dudes, las tenemos a tiro!

Sara apretó los dientes, enfundó su arma y tomó a Carla por ambas piernas tirando de ella bruscamente para separarla de Rosa. Logró tirarla al suelo con violencia bajándola de golpe de la mesa.

—¡Ahora! —indicó la subinspectora a los agentes para que la engrilletaran; pero justo en el momento en que los dos policías la cogieron y le dieron la vuelta en el suelo, Carla se incorporó y se colocó a pocos centímetros del rostro de la subinspectora, sin tiempo para recular. Cuán rápida fue la joven rubia que acto seguido expulsó de su boca un extraño polvo blanco que Sara inhaló sin poder evitarlo, echándose instintivamente hacia atrás y tratando de apartar la extraña sustancia golpeando al aire con sus manos.

—¡Sara, cuidado! —gritó Malatierra, que no dejaba de apuntar a la pelirroja—. ¡Cogedla de una puta vez! —Y reaccionando, los dos agentes volvieron a tirar al suelo a Carla para retorcerle los antebrazos por la espalda y engrilletarla. Rosa empezó a reír descaradamente. Tiziano fue flanqueándola poco a poco por su derecha con el arma preparada.

—Hoy te has equivocado, inspector —le dijo Rosa en un tono misterioso, inclinando su cabeza hacia atrás para dejar caer su melena rojiza. Seguía tumbada sobre la mesa de trabajo, apoyada en sus codos y con unas de las piernas recogida. Los rayos del atardecer hacían brillar su escultural cuerpo.

Tiziano esperaba órdenes. Malatierra estaba estupefacto contemplando el desmesurado desnudo. Los dos agentes retenían a Carla en el suelo y Sara se mantenía de pie con su arma bajada y apuntando al suelo.

—¡Tiziano, no dejes de apuntarla! —le ordenó mientras enfundaba su arma y se dirigía hacia

ella para apresarla.

—¡Sara, mátalos! —gritó de repente mientras el inspector, sin aparente esfuerzo, la cogía por los brazos para bajarla de la mesa y colocarle en las muñecas las dos tiras de plástico que la inmovilizaría—. ¡Sara, mátalos! —repitió enfurecida la pelirroja.

Malatierra, a la vez que engrilletaba a la mujer, miró extrañado a su compañera. Sara había levantado el arma y disparó a bocajarro a Tiziano, que estaba justo en frente de ella, en el otro extremo de la mesa del despacho. El cuerpo del italiano salió despedido hacia atrás por la terrible inercia de la bala que se incrustó justo en el centro de su rostro, destrozando su imagen jovial y varonil. Acto seguido, Sara disparó a los otros dos agentes que retenían a Carla.

—¡Noooooo, Sara! —se lamentó Malatierra, que no entendía el comportamiento de su compañera. Soltó a Rosa y volvió a sacar su arma para apuntar a la subinspectora sin poder evitar las lágrimas en los ojos ni el temblor en sus brazos que hicieron tiritar su arma.

—¡Sara, detente, soy yooo! —le ordenó mientras veía el cañón de Sara apuntándole a él directamente.

—¡Mátalo, Sara! —volvió a requerir Rosa apoyada en la mesa y con las manos atadas a su espalda. Malatierra reaccionó en menos de un segundo para volver a coger a la pelirroja y colocarla justo delante de él, usándola como parapeto ante el inminente disparo.

—¡Sara, no lo hagas! ¡No la escuches! —dijo desesperado, sujetando con un brazo el cuerpo de la pelirroja, apretándola contra sí mismo, y, con el otro, apuntando con el arma a su compañera. Rosa, entre fatídicas risas, no paraba de repetirle la misma orden y Carla se mantenía en el suelo de rodillas mirando a su ama como si no ocurriera nada.

En el rostro de Sara no se registraba ninguna expresión ni sentimiento. Simplemente actuó. Disparó a Malatierra rozándole en el hombro izquierdo y haciéndole trastabillar. Rosa cayó al suelo de espaldas con él, por lo que este se vio sin protección alguna frente a Sara, que seguía apuntándole con la pistola. No tuvo más tiempo para intentar que Sara volviera en sí. Era él y su hombro herido o su fiel compañera. El tiempo se agotó. Apretando los dientes justo en el momento de presionar el gatillo, disparó a su compañera dándole de lleno en el muslo derecho, cayendo hacia ese mismo lado y provocando el desvío repentino de un último disparo que la subinspectora lanzó antes de caer al suelo golpeándose la cabeza con el filo de la mesa.

—¡Noooooooooooo! —Agarró a Rosa por el cuello y le puso la pistola justo en la boca—¡Jodida zorra! —maldijo con toda la furia del animal rabioso que había explotado dentro de él. Iba a volarle la cabeza a la pelirroja, pero justo un instante bastó para que Carla le diera una patada en la cabeza, con el empeine desnudo de su diminuto pie, lo suficientemente fuerte como para aturdir al inspector, que cayó inconsciente en el suelo. Y ya no pudo disparar más ni pudo ver cómo las dos mujeres se quitaron los grilletes de plástico con ayuda de unas tijeras ni como lo contemplaron tirado en el suelo antes de marcharse de allí dejándolo completamente solo.

Rosa y Carla se vistieron tranquilamente y salieron del despacho. Al abrir la puerta le esperaban ocho agentes de policía con el uniforme impoluto.

—¡Vamos! Es la hora —les ordenó.

Allí quedaron en el despacho los tres cadáveres, Sara herida en una pierna y Malatierra inconsciente, sangrando por su hombro, derramándose su vida por el suelo del despacho.

XX

20 de enero de 2020. Lunes. 22:00. Edimburgo.

Hacía un frío terrible cuando bajó del autobús en North Bridge. Tan previsora como siempre y a pesar de la ansiedad por el repentino viaje, tuvo tiempo de comprarse un buen abrigo de pluma en una de las tiendas de Barajas; allí mismo, nada más llegar de Toledo, compró el primer billete de avión disponible hacia Edimburgo. Tuvo que esperar hasta las siete de la tarde, lo que le permitió hacer las pertinentes compras para equiparse para el clima escocés, reservar habitación en el Hotel Central en Princess Street a través de su móvil y pasar las horas muertas tomando café en uno de los establecimientos del aeropuerto pensando en su hermana, en lo que sucedió, una tragedia fuera de lo normal, lejos de lo explicable, y en cómo durante tantos años ella trató de borrar el suceso de su mente. Le inquietaba el hecho de que no le hubiera sorprendido tanto escuchar la palabra exorcismo del padre Luis. Indagó por los rincones de sus sentimientos para tratar de averiguar por qué. Quizás, en el fondo, lo sabía. Los recuerdos que habitaban en ella de Amanda daban cierta verosimilitud a esa palabra. Su hermana no era siempre la misma, no eran simples cambios de humor, era algo más, como si otra persona se adueñara de ella.

—¡Dios! —blasfemó al ser empapada de agua por culpa de un autobús que pasó a su lado atravesando un charco. Le hizo volver de sus pensamientos y centrarse en ir al hotel. Según Google Maps no estaba lejos. La parada del autobús del aeropuerto de Edimburgo en North Bridge quedaba muy cerca del Hotel Central en Princess Street. Aceleró el paso deseando llegar para cobijarse un rato y volver a coger algo de temperatura.

Mientras caminaba por Princess Street, al fondo, el barrio viejo de la ciudad escocesa se mostraba enigmático, como una gran oscuridad salpicada de pequeñas lucecitas, cual monstruo acechante en la otra orilla de la ciudad. Era realmente bonita.

Al llegar al hotel admiró el edificio tan lleno de detalles mientras se quitaba los guantes y con gesto instintivo frotaba sus manos buscando algo de calor. Despachó rápidamente el registro de su entrada y fue directa a su habitación. Pequeña, cálida, acogedora y con una vista estupenda de la ciudad vieja: sus techos irregulares como agujas al cielo, sus luces sin orden y adoleciendo tenuidad, le imprimían un halo misterioso.

Buscó la nota que le dio el padre Luis. «Aibert Craig y Leana Craig, Advocate's Close 14, Edimburgo». Allí era a donde tenía que dirigirse. Dudó un momento, miró su reloj. Las veintidós y veintisiete minutos. Cogió sus cosas, volvió a ponerse el abrigo que había dejado al lado del calefactor de su habitación para que se secase y se marchó. Desde la recepción pidió un taxi que no tardó en llegar.

Un vehículo negro ocupado por un señor avanzado en edad, pelirrojo, de barba rala y cara de bonachón, le dio las «*good evening*» y le preguntó: «*Where do yo go?*».

Teresa le mostró la nota con la dirección y el conductor asintió. Ella se había sentado en el asiento trasero. Relajó su cuerpo sobre el espaldar y trató de disfrutar del breve trayecto hasta el centro más antiguo de Edimburgo.

Aprovechó el taxi una raqueta para cambiar de sentido en la propia Princess Street y desviarse a la derecha por North Brigde. A la izquierda se divisaba la colina de Calton Hill, con su diminuta torre, guardián de la ciudad, sobresaliendo de la oscuridad que envolvía aquella bucólica y misteriosa Edimburgo.

Tras cruzar el puente y subir por una vasta avenida, el taxi giró a su derecha para entrar en la famosa Royal Mile que ascendía hasta el castillo medieval. Pasaron al lado de las estatuas de Adam Smith y David Hume y, antes, por las inmediaciones de la Catedral de San Gil.

Escasos diez minutos tardó el conductor en parar el vehículo e indicar a la viajera que ya habían llegado. Once euros más dos de propina y un saludo de cortesía y agradecimiento volvieron a dejar sola a Teresa en el corazón de Edimburgo. La noche oscura paseaba por sus calles ausentes de transeúntes. Tan solo pequeños letreros de neón, anunciando en silencio algún *pub*, resquebrajaban ese aire frío de soledad que emanaba por los poros de aquel lugar. Era bonita, sí, pero a la vez inquietante.

Volvió a leer la dirección, Advocate's Close, y empezó a caminar en sentido descendente parándose en la entrada de cada callejón escocés para leer el letrero que contenía su nombre. No tardó en encontrar el suyo. Advocate's Close, entrando por la Royal Mile, descendía por una atrevida y larga escalera sin mucha anchura y halo tenebroso. Se encogió el corazón de Teresa. pues en ese momento dudó si realmente quería hacer lo que estaba haciendo.

Sin permitirse pensarlo más, empezó a bajar escalones, dejando pasar su mano derecha por la barandilla que recorría oxidada la vieja calle, en una búsqueda desesperada de un compañero de viaje que le hiciera olvidar que estaba sola en la inmensa estrechez de aquel callejón. Un callejón que no era tal, pues tenía dos puntos de salida como cualquier calle, pero así era la nomenclatura urbana de Edimburgo. «El final de la calle no está ciego», pensó Teresa, dándose a sí misma un pensamiento con el que distraer su inquietud.

A su vez, Advocate's Close estaba salpicado por otros, esta vez sí, verdaderos callejones que servían de entrada a viviendas, en los que Teresa se detenía buscando el número catorce, asegurándose a su vez de que no había nadie oculto tras cada esquina.

«Aquí no es, Teresa», se dijo para poder hablar con alguien mientras retrocedía unos pasos y salía del pequeño callejón sin salida donde había visto los números diez y doce de la calle. «Ya queda poco, vamos», se animaba en voz alta, tratando de romper el inmenso silencio de la noche y calmarse. Tanta soledad, tanto silencio y tanta quietud le abrumaban un poco el ánimo. No obstante, fue peor la visión de un hombre al fondo de Advocate's Close. «¿De dónde coño ha salido?», sonó en su cabeza.

El transeúnte caminaba en sentido ascendente, subiendo peldaños y aproximándose con cada paso a Teresa. El cruce con el extraño era inevitable. Vestía un abrigo largo de color negro y llevaba sombrero, así que, desde su posición más elevada, Teresa no pudo contemplar el rostro de aquel individuo que irremediamente se le acercaba.

Cruzaron las miradas de refilón, nadie dijo nada y el extraño siguió su camino. Respiró. «Estás paranoica —se reprochó a sí misma—. Tranquilízate».

Por fin llegó al número catorce. Una puerta más bien pequeña servía de entrada a un edificio de

dos plantas. Solo había un botón en el portero automático. Vivienda única. Se terminó la búsqueda, había llegado a su destino.

Se quedó bloqueada unos instantes cuando se dispuso a pulsar el portero automático. Se dio cuenta de que no había pensado qué decir ni cómo presentarse. No obstante, confió en que su idéntico parecido con su hermana gemela le facilitara la explicación que tendría que dar a esos tal Aibert y Leanna Craig, unos completos desconocidos para ella.

Pulsó el botón con un dedo tembloroso. Automáticamente, como si la vivienda despertara, se encendieron luces en la planta superior y unos pasos empezaron a sonar desde el interior del inmueble. Teresa retrocedió un paso, dejando algo de espacio para el sorpresivo encuentro.

Al abrirse la puerta, una anciana apareció delante de Teresa. Era diminuta, pero se le veía fuerte, el cabello blanqueado por el tiempo, la piel casi transparente dejaba vislumbrar el riego sanguíneo al otro lado. Emanaba vitalidad a pesar de su evidente edad.

Tras el primer contacto visual no hubo palabras, tan solo un gesto de crudeza y asombro. La anciana se echó hacia atrás en un acceso de arrepentimiento por haber abierto y se tapó la boca con una mano. Los ojos desorbitados, fijos, clavados en Teresa. Era como si ya se conocieran, aunque para Teresa aquella anciana no era nadie. No supo qué decir ante la manifiesta sorpresa de la inquilina del número catorce de Advocate's Close.

—¿Amanda? —dijo al fin la anciana en un español con extraño acento británico. La mirada congelada por... parecía miedo, mucho miedo.

—No, señora, no soy Amanda, me llamo Teresa y a pesar de las apariencias no nos conocemos —respondió con languidez tratando de rebajar la tensión de la señora.

Parecía recuperarse del impacto del primer momento y cambió al rostro hacia la duda infinita. Teresa pensó que quizás no la habría entendido.

—¿Habla usted mi idioma, señora?

—Sí, perfectamente —contestó algo repuesta.

—Estoy buscando al señor y a la señora Craig, Aibert y Leanna. La única información que tengo me trajo hasta aquí —le dijo acercándole la nota del padre Luis donde le escribió el domicilio. La anciana tomó el papel arrugado y asintió confirmando que el lugar era correcto. Pero miró a Teresa buscando una explicación.

—Siento molestarla a estas horas de la noche, pero...

—¿Qué quiere de Leanna y Aibert? —interrumpió.

Teresa respiró profundo y tragó saliva antes de hablar.

—Sé que son los padres adoptivos de Amanda, mi hermana gemela —dijo con sequedad—. ¿Es usted...?

—No —cortó la anciana—. Yo no soy Leanna.

Teresa guardó silencio para invitarla a que siguiera hablando.

—Leanna es mi hija —dijo con un sollozo que le sobrevino de repente.

—Entonces Amanda es su nieta —afirmó Teresa.

—¡Y maldito el día en que así fue! —espetó con rabia la anciana.

Teresa se quedó paralizada ante esa reacción, pero inmediatamente mostró en su expresión la más sincera de las compresiones posibles. Con un leve asentimiento en silencio y un cruce de miradas, la escena se llenó de espontánea complicidad entre ambas, parecía que iban a entenderse. Al menos, eso sintió Teresa cuando la anciana abrió del todo la puerta invitándola a pasar.

—Me llamo Rose.

—Encantada de conocerla, Rose.

Entró en la humilde vivienda. Un pequeño pasillo, que estaba impregnado de crucifijos de distintos tamaños y materiales, daba la entrada a un saloncito con cocina americana. Muebles viejos y estanterías repletas de santos, rosarios y más crucifijos. Parecía una tienda de relicarios.

—¿Le apetece un té?

—Sí, gracias, con un poco de azúcar si puede ser —dijo cortésmente.

—Voy a prepararlo, siéntese mientras, creo que tenemos mucho de qué hablar esta noche.

Teresa afirmó y se sentó en el sofá del salón después de descartar un sillón individual que le pareció más cómodo al intuir que sería el asiento habitual de la propietaria. Escrutó con disimulo y educación la estancia. El salón era pequeño y al estar tan sumamente atestado de figuritas religiosas de todo tipo, la sensación era más bien claustrofóbica. Un espacio en el que era difícil moverse sin hacer peligrar la integridad de algunos de aquellos santos de escayola y cerámica.

Rose volvió sujetando con ambas manos una bandeja en la que traía una tetera humeante, dos tazas y un azucarero.

—Bien, Teresa, dices que eres hermana de Amanda —inició la conversación.

—Gemelas en realidad.

—Eso ya he podido deducirlo; vaya susto me has dado cuando te he visto, pensé que eras ella —dijo Rose

—¿Susto por qué? Perdóneme, no entiendo... —dudó Teresa.

—Hará unos cinco años que no he vuelto a ver a tu hermana; me la encontré una vez paseando por Edimburgo, iba sola. Nos cruzamos cerca de Calton Hill, cada una desde una acera, pero nos reconocimos. Aún recuerdo la malvada sonrisa a la que no respondí.

—Espere un segundo, Rose, no alcanzo a entenderlo. ¿Insinúa que no tiene relación con mi hermana?

—No insinúo nada. Es exactamente lo que hay. Dejé de tratar con Amanda cuando ella tenía quince años. No quise verla nunca más y así fue, salvo en aquella ocasión fortuita por Edimburgo que acabo de contarte.

—¿Y ya está, solo te sonrió, no os dijisteis nada? —preguntó estupefacta.

—No hay nada que pudiera decirme después de lo que ocurrió.

Teresa aguardó un instante, pensando bien si la siguiente pregunta quería realmente formularla.

—Disculpe que quiera entrometerme, pero ... ¿qué es lo que ocurrió? —se aventuró.

Rose miró hacia el techo buscando algún amparo divino que la protegiese. Su voz empezó a sonar entrecortada y en el borde de sus párpados, la inminente lágrima a punto de deprenderse al vacío.

—Tu hermana asesinó a sus padres adoptivos, mi hija Leanna y mi yerno Aibert —dijo Rose con la firmeza de quien pronuncia un fallo judicial.

La reacción de Teresa fue de aparente normalidad, como si de algún modo lo esperara, y Rose notó que aquella mujer, tan idéntica a Amanda, algo sabía de lo terrible que había sido su hermana. Rose se secó dos lágrimas que resbalaron por su tez, pero, a pesar del dolor interior, mantenía una compostura envidiable para una mujer de tan avanzada edad.

—Lo siento Rose, de todo corazón, le aseguro que lo siento y entiendo su dolor —dijo Teresa recogiendo cariñosamente una de las manos de Rose entre las suyas.

Se concedieron un momento de silencio para recuperar el aliento y dar tiempo a un sorbo de té caliente para reponer fuerza. Teresa sintió compasión de Rose, otra víctima más de su hermana.

Estaba empezando a entender que salir en la búsqueda de Amanda iba a suponer recorrer un reguero de sangre y vidas destruidas.

Rose miraba a Teresa mientras bebía de la taza, como si buscara algún signo distintivo, una señal o algo que le calmara su inseguridad. Era realmente aterrador tener en su casa a una mujer idéntica a Amanda, pero al mismo tiempo tan diferente. Emanaba de ella otro espíritu muy distinto. Se preguntaba cómo era posible que el bien y el mal tuvieran la misma belleza.

Tras secarse el rostro con un pañuelo, Rose quiso continuar.

—¿Tú conociste a tu hermana?

—Vivimos juntas hasta los seis años, con nuestros padres.

—Mi hija la adoptó con ocho años recién cumplidos, era una niña tranquila y preciosa, tanto como lo fuiste tú seguramente —añadió Rose en tono amable. Teresa sonrió, pero no quiso interrumpir—. Tenía el pelo negro y brillante, sus ojos eran grandes y de mirada penetrante, su sonrisa te calaba el alma. Era toda una muñeca, te lo aseguro. Aún recuerdo el día que mi hija y su marido la trajeron desde España a esta misma casa. Fue todo un acontecimiento en el vecindario, tu hermana hacía ojos por cualquier sitio donde la llevásemos. Recuerdo una frase de su abuelo, mi marido, que en paz descansa. Decía con sorna «que ya era hora de que los escoceses fuesen algo más que pelirrojos». —Rose sonrió, aunque Teresa no entendió lo que parecía ser algo gracioso. Quizás fuese humor escocés, pensó.

»No obstante —hizo una pausa—, había algo dentro de ella, no sabría cómo definirlo bien, una especie de rictus escondido en su alma lleno de dolor y de maldad. No era una niña normal, desde luego, siempre tuvo grandes habilidades sociales y mostraba mucha seguridad en sí misma. Una estudiante espléndida, pero... no sé cómo decirlo... parecía guardar siempre un interés oculto y sabía qué versión mostrar de sí misma según el momento y con quién estuviese. Era una belleza maquiavélica. Engatusaba con sus gestos de niña dulce a cualquiera. Conseguía lo que quería de todo el mundo. —Rose tomó un trago de té mientras Teresa, presta a seguir escuchando, recomponía su postura en el sofá, acomodándose algo más—. Hay un verso de Rilke: «La belleza no es más que el comienzo de lo terrible». Eso era tu hermana, una terrible belleza. —Y se quedó mirando al suelo emanando tal tristeza que parecía que todas las figuritas que rodeaban la habitación romperían a llorar junto a ella.

Se hacía tarde y la anciana mostraba síntomas de cansancio, pero Teresa necesitaba saber más.

—¿Cómo ocurrió? —Fue directa al asunto.

—¿Cómo ocurrió? —repitió Rose—. En realidad me aterra más la pregunta de ¿cómo no me di cuenta antes de lo que iba a pasar?

—No la entiendo, ¿qué quiere decir? —replicó Teresa.

—Pues que la tragedia se mascaba, se olía de lejos.

—¿Por qué?

—El día que cumplió nueve años. Su primera fiesta de cumpleaños en Escocia con su nueva familia y en su nueva casa. Cerca de aquí. Mi hija y mi yerno se desvivían por organizarlo todo. Aún lo recuerdo. Invitaron a todos los padres de sus amigos de clase. Estuvimos toda la mañana preparando sándwiches, aperitivos y una gran tarta de bizcocho y chocolate.

—¿Y qué pasó?

—Al ir terminando la fiesta, salimos todos a acompañar a los últimos invitados que aún seguían en casa; subimos las escaleras hasta la Royal Mile donde habían aparcado para despedirlos. Fue un momento, todo muy rápido. Se formaron dos grupos de adultos, uno con las madres entre las

que estaba mi hija que estaban hablando en la acera, y otro al lado de ellas, pero en la calzada, el grupo de los padres entre los que se incluía mi yerno.

—Aibert—afirmó Teresa.

—Sí, Aibert. Allí estaba charlando animosamente con otros padres mientras una hilera desordenada de críos correteaban circundando sendos corrillos de adultos. Los padres hablaban justo detrás de uno de los vehículos aparcados. Yo me encontraba en el grupo de las madres y pude ver a tu hermana a unos diez o quince metros entrando en el coche de su padre, que lo tenía aparcado un poco más arriba. Entonces me miró, supe que era a mí a quién miraba, me sonrió y me indicó con la mano una dirección. Justo en frente de ella, justo en dirección al grupo donde charlaba su padre. De repente, el vehículo, sin hacer ningún ruido de motor, empezó a rodar, dejándose llevar por la inercia de la pendiente, por lo que no me di cuenta de inmediato que se estaba poniendo en marcha en línea recta hacia mi yerno. Amanda no dejaba de mirarme sonriendo. La sonrisa más maléfica que he visto en mi vida, te lo aseguro.

—¿Y qué pasó?—preguntó inquieta Teresa.

—Pues que grité en el último momento. Grité: «¡¡¡Aibert!!!». Aibert y el resto de los hombres pudieron apartarse a tiempo, antes de que el vehículo lanzado los arroyase.

—¿Y Amanda? ¿Salió ilesa?

—El vehículo impactó contra la parte trasera de otro coche aparcado. Se paró en seco tras un choque metálico y sí, tu hermana salió ilesa. Tan solo llorando a gritos. Todo el mundo se asustó y se apresuraron a sacar a Amanda del vehículo accidentado. No tenía nada, y tanto lloraba y tal fue el susto, que todo el mundo quiso protegerla. Amanda contó que le dio a la palanca del freno de mano sin querer y por eso el coche se lanzó cuesta abajo. Pero yo no la creí. De hecho, fui la única que no la creyó, lo cual me costó una pequeña discusión posterior con mi hija, pero... en fin, no pude hacer nada.

—Entiendo, Rose.

—Ese día se reveló ante mí la verdadera Amanda. La forma que tuvo de sonreírme desde el coche fue como decirme que acabaría con todos nosotros. Ella lo sabía y yo lo sabía. Tu hermana parecía disfrutar provocándome, poniéndome en contra de toda la familia. Decía que le tenía manía. Incluso me amenazó.

—¿Te amenazó?

—Sí, el día después del supuesto accidente. Yo estaba sola en la cocina y apareció ella. Me mostró su perfeccionada sonrisa y me dijo con la voz más seria que una niña de nueve años es capaz: «Abuelita, no se te ocurra decir nada de lo que tú y yo sabemos, no quisiera tener que enfadarme contigo».

A Teresa se le abrieron los ojos. De los pocos recuerdos que perduraban ocultos en su mente, aquella frase «no quisiera tener que enfadarme contigo» le recordó el día que su hermana la obligó a ver cómo degollaba a Mirlo, un dulce gato siamés que sus padres les regalaron y con el que solían jugar por las calles toledanas de su infancia. Solo lo mató para que ella lo viera y pudiera gozar con su sufrimiento. Sus lágrimas y ruegos no la detuvieron. Amanda se dirigió hacia ella, cogiéndola del cuello y apretándola contra la pared. «Diremos que Mirlo se ha escapado. No contarás la verdad. No quiero tener que enfadarme contigo, hermanita».

Rose siguió narrando:

—Al poco tiempo de aquel suceso, mi marido, Bruce, falleció. Una parada cardíaca. Conseguimos llevarlo a tiempo al hospital y una vez allí murió. Los médicos no pudieron hacer nada, dijeron. Mucho *whisky*, tabaco y setenta y tres años fueron su tumba. En la misma habitación

del hospital, velando a mi difunto marido, a solas, apareció Amanda. Tardé un poco en darme cuenta de que estaba apoyada sobre el quicio de la puerta. Observándome, con una sonrisa espantosa en su rostro. Burlándose de mi dolor. Cuando percibí su presencia, la miré y ella me miró a mí. Tan solo me dijo: «Jódete, abuela». Y salió corriendo de allí. Escuché sus risas alejándose por el pasillo.

—¿Y sus padres?

—Sus padres no estaban en ese momento, habían bajado a la cafetería para tomar algo. Amanda siempre aprovechaba momentos de soledad para torturarme.

—Conmigo, al menos lo poco que recuerdo, también fue así —dijo Teresa.

—Sería largo y agotador relatar todo lo acontecido hasta el día en que Amanda ejecutó a mi hija y mi yerno. Es un prolongado preámbulo del mal absoluto.

—Lo entiendo perfectamente, sé cómo se siente —dijo Teresa.

Rose miró a Teresa con condescendencia.

—Eso lo dudo mucho, querida.

—Mi hermana también mató a mis padres.

Rose apretó el rostro antes de romper a llorar. Entre sollozos se le escuchó decir algo:

—Lo siento, Teresa, yo no sabía...

—No te preocupes, no es culpa tuya. Ambas hemos sufrido a causa de la misma persona.

Teresa abrazó a Rose para calmarla. Le sobrevino un extraño sentimiento. Aquella anciana era, de alguna manera, la única familia que le quedaba. Al menos sintió ese pequeño consuelo, sentirse unida a esa mujer por el recuerdo del dolor provocado por Amanda. Era un vínculo cruel, pero un vínculo al fin y al cabo.

—¿Cómo mató a Leanna y a Aibert? —Quiso terminar con el sufrimiento de aquella conversación y preguntar directamente.

Rose se secó las lágrimas de nuevo, cogió aire. Sus labios vibraban levemente, temerosos de pronunciar las palabras que contarían el horrendo suceso.

—Amanda ya tenía catorce años. Había pasado por consulta de algún psicólogo infantil y hasta un período de nueve meses en el internado de Pitlochry, donde fue internada por orden de un juez de menores que la condenó por haber provocado un incendio en un jardín público. En aquella época, mi hija y Aibert se habían mudado a la parte nueva de la ciudad, cerca del puerto, en Victoria Quay. Ocurrió el 14 de septiembre de 1994. Sonó el teléfono. Ese mismo que ves ahí... —indicó con la mano. Teresa giró la cabeza para contemplar un viejo teléfono negro de rueda—. Llamó la policía; solo me dijeron que había ocurrido algo terrible, solo querían comprobar que estaba en casa porque una patrulla venía en ese mismo momento a por mí para recogerme. Querían llevarme a dependencias policiales...

—¿A ti? Pero ¿por qué?

—Eso mismo pregunté... La voz al otro lado del teléfono me dijo que mi hija y su marido habían sido brutalmente asesinados y necesitaban hablar conmigo. Sentí que moría en ese preciso instante. Sin tiempo de reacción, sonó el timbre de casa. La policía había llegado. En un estado de *shock* como en el que me encontraba, casi no fui consciente del trayecto que hice en coche con aquellos dos agentes hasta la comisaría central de Edimburgo. Al llegar, un hombre negro, calvo y robusto me atendió. Me hizo las preguntas pertinentes para identificarme y me puso sobre la mesa una serie de fotografías que se habían tomado de la escena del crimen. ¡Oh, Dios! —Rose rompió a llorar de nuevo apretando las manos contra su rostro, lo que impulsó a Teresa a abrazarla con sincera empatía.

—Cálmese, Rose, tranquila —le susurró al oído.

—Yo sabía que había sido ella. A pesar de lo cruento de la imagen plasmada en la fotografía. Lo sabía, Teresa, lo sabía. —La miraba a los ojos buscando un consuelo imposible.

—¿Qué viste en las fotos?

—Mi hija y mi yerno habían sido degollados.

—Lo siento.

—Me dijeron que a ambos les habían encontrado una dosis alta de somníferos en sangre tras los primeros exámenes de la autopsia. Supongo que antes los dormiría para poder ejecutarlos a su antojo.

—¿Encontraron el arma homicida?

—Un hacha que Aibert tenía en casa para partir leña.

—¿Le dijiste a la policía lo que pensabas sobre Amanda?

—No, ella ya había adelantado su estrategia. —Teresa la miró confundida—. El comisario me dijo que Amanda estaba siendo atendida por los servicios sociales. Dijeron que cuando llegaron a la casa de mi hija, alertados por una llamada de teléfono de una vecina que vio los dos cuerpos desde una ventana de la planta baja, no había nadie, salvo los dos cadáveres. Encontraron a Amanda en el instituto; declaró ante la policía que había salido de casa hacía unas dos horas. Más tarde, con los resultados finales de autopsia, se constató la muerte justo en la hora que Amanda dijo que había salido de casa. Pero, claro, solo era una niña de catorce años, buena estudiante y que adoraba a sus padres o, al menos, eso contó todo el vecindario y gente que los conocía.

—¿No se pudo demostrar la autoría?

—No, de hecho, el caso sigue abierto, aunque imagino que archivado y cogiendo polvo en la estantería de algún juzgado. Hubo falta de pruebas incriminatorias.

—¿Y qué pasó con Amanda después?

—Tu hermana me dejó en mal lugar en sus declaraciones. Dijo a la policía que yo no era una buena abuela, que la odiaba, que ni siquiera había querido a mi hija. Tuve que soportar todo eso, Teresa. La policía trató de indagar en mi vida, me hicieron multitud de preguntas acerca de la relación que tuve con Aibert y con Leanna, mi propia hija. Era como si quisieran hacerme a mí culpable. —Cogió la taza de té para intentar beber algo y aclararse la voz, tomada por la angustia de los recuerdos.

—Pero al final descubrieron que eras una persona maravillosa, ¿verdad? —dijo Teresa para animarla un poco.

Rose esbozó algo parecido a una sonrisa.

—Bueno, tan solo un día, aquel acoso de la investigación policial cesó; la falta de pruebas contra mí era más que evidente y aquello terminó sin más. Amanda fue trasladada de nuevo al centro de internamiento de Pitlochry.

—¿No te propusieron para que te hicieras cargo tú de tu nieta?

—Con todas las blasfemias y lindezas que Amanda había dicho sobre mí, supongo que el juez del caso, al ver el informe de los servicios sociales, no lo vio factible, aunque, la verdad, tampoco hubiera sido de mi agrado.

—¿Volviste a ver a Amanda alguna vez?

—Sí.

—¿Dónde?

—Fui a verla una vez a Pitlochry unas semanas después del asesinato.

—¿Para qué fuiste?

—Quería constatar la verdad que ya sabía, quería escucharlo de su propia voz. Quizás un anhelo irracional de que ella misma se condenara revelándome la atrocidad más infernal de todas las que había cometido.

—¿Cómo fue ese encuentro?

—En el pabellón de visitas del Centro de Internamiento Social de Pitlochry. Yo estaba sentada, con las manos apoyadas sobre una mesita. Era una habitación amplia en la que sucedían simultáneamente otras visitas familiares. Vi llegar a Amanda acompañada de un funcionario. No hubo besos ni gestos cariñosos. Tan solo se sentó y se quedó mirándome fijamente. Seria, fría, igual que un muerto. No hubo preámbulos. Le dije que quería escuchar de su voz que ella había matado a sus padres.

Teresa, como si viviera el momento que le relataba Rose, enderezó su torso en señal de máxima atención.

—¿Y qué dijo?

—Aún recuerdo sus palabras textuales: «Claro que fui yo, abuela. Los dormí primero con una mezcla explosiva que eché sobre la tetera que yo misma había preparado y después cogí el hacha. Con la cerda de tu hija fue fácil, un simple golpe seco y ya está. Aibert opuso algo más de resistencia. Su cuello parecía más duro, pero al final lo logré, abuelita». Eso me dijo. «Me hubiese gustado que estuvieses allí para verlo, aunque ya sabes que últimamente nuestra relación no marchaba muy bien, ¿verdad, abuelita? No obstante, mientras cortaba sus lindos cuellos, pensé en ti, quiero que lo sepas». Y se calló, así sin más, y sin dejar de mirarme a los ojos con un gesto de satisfacción en el rostro.

—No sé qué decir, Rose, es terrible —dijo Teresa angustiada.

—En ese momento, levantándome de la silla para irme, le dije a Amanda: «Eres el mismo diablo y espero que ardas en el infierno más cruel que pueda existir». Ella solo me contestó: «El infierno soy yo, jódete, abuela». Y esa fue la última vez que la vi hasta el fortuito encontronazo cerca de Calton Hill.

—¿No sabes nada de su paradero?

—No, nada en absoluto, pero ¿por qué quieres encontrarla?

Teresa suspiró.

—Porque creo que es ella quien me está buscando y me inquieta esa sensación.

Teresa tuvo un amago de contarle todo lo sucedido últimamente en Madrid y el asesinato de sus tíos, pero estaba realmente agotada. Rose cogió una nota y un bolígrafo y escribió algo. Se lo entregó a Teresa.

—Toma, ahí tienes la dirección del Centro de Internamiento Social de Pitlochry, donde estuvo tu hermana. Quizás puedan darte alguna información.

Teresa tomó la nota y empezó a leerla cuando Rose, de repente, gritó echándose hacia atrás sobre el respaldo del sillón.

—¡Ayyyyyy, no, por favor, Dios Bendito, haz que se vaya! —empezó a vociferar.

Teresa, aturdida, tardó unos segundos en darse cuenta de lo que estaba ocurriendo: todos los crucifijos anclados en las paredes se habían dado la vuelta apuntando al suelo.

—¡Rose, cálmate, tranquila! —gritó Teresa. Pero Rose no reaccionaba, estaba paralizada por el miedo. Los crucifijos empezaron a girar sobre si mismos a una velocidad vertiginosa. Algunos cayeron violentamente al suelo al desenroscarse del tornillo que los mantenía anclados en la pared. Varias figuritas de santos estallaron convirtiéndose en mil pedazos, uno de los cuales rasgó levemente el rostro de Teresa.

—¡Teresa! —dijo Rose levantándose de su asiento al ver la sangre en el rostro de la gemela. No era un corte profundo, pero trató de tapar la herida con un pañuelo mientras más y más figuras explotaban espontáneamente por toda la habitación.

Rose tenía cogida a Teresa, apretando más de lo necesario la pequeña herida, movida por la tensión de la situación. Empezó a rezar en su idioma: «*Our father who art in heaven...*».

Se escuchaban golpes en el piso de arriba y cristales rotos desde la cocina. Los crucifijos, en su movimiento giratorio, raspaban la pared y provocaban un ruido estridente. Las dos mujeres se abrazaron atemorizadas.

De repente todo paró y sonó el teléfono negro del salón. Rose lo miró y agarró fuerte a Teresa, impidiéndole el movimiento.

—No, déjalo, déjalo, no lo cojas —le dijo.

Pero Teresa, logró zafarse y con decisión descolgó el aparato y se lo puso en la oreja. No dijo nada, solo esperó unos segundos. Una voz femenina, una voz que ya había escuchado antes y que le resultaba terriblemente familiar:

—Ahora te vas a joder tú también. —Sin más, la línea se perdió.

Algo explotó en el interior de la vivienda. Teresa y Rose cayeron al suelo empujadas por la onda expansiva proveniente de la cocina. Teresa pudo levantarse para coger a Rose, que tenía la mitad del rostro ensangrentado y lleno de pequeños cristales que habían estallado por todo el salón. El humo negro no tardó en aparecer y llenarlo todo con su tóxica opacidad. Teresa trató de sacar de allí a Rose, que andaba apoyada sobre su hombro. El aire era irrespirable y al salir al pasillo pudieron ver las llamas que sobresalían al fondo, por la puerta de la cocina. Fueron hacia el otro extremo del pasillo donde estaba la puerta de salida. Se escuchaban voces y gritos en la calle. La explosión había alertado al vecindario y alguien aporreaba a la puerta.

—¡Rose, Rose, Rose!

Teresa cogió el pomo de la puerta y, girándose para poder abrirla, pudo ver una silueta al fondo del pasillo, justo en la entrada de la cocina, una forma femenina que acechaba envuelta en llamas como una sombra incandescente.

Abrió rápidamente la puerta y el aire de la calle entró como un ángel celestial. Una pequeña multitud de escoceses las recogieron y las alejaron de allí. Pronto llegó la policía, bomberos y una ambulancia que atendió a Rose, que estaba padeciendo un ataque de ansiedad. Teresa pudo ver cómo la tumbaban en una camilla y le suministraban oxígeno con una mascarilla. Ella atendió como pudo a la policía mientras los bomberos hicieron con rapidez su trabajo.

No pudo despedirse. La ambulancia arrancó con Rose dentro, a toda velocidad. Un ruido de sirena la alejó de allí. No sabía qué hacer. Los vecinos la miraban con extrañeza, murmurando entre ellos. Nadie se explicaba lo sucedido. Tras un breve interrogatorio con la policía la dejaron ir. Se sintió espantosamente sola. Tomó un taxi y volvió de regreso al hotel con el miedo zumbándole por todo el cuerpo.

Al llegar a la habitación cogió el móvil y llamó al padre Luis. Sonaron los tres primeros tonos y miró la hora. La una y treinta y cinco de la madrugada. No se había dado cuenta de la intempestiva hora; iba a colgar, pero justo antes saltó el buzón de voz del sacerdote. Dejó un mensaje:

—Padre, soy yo, Teresa. Disculpe la hora, necesito hablar con usted. Póngase en contacto conmigo en cuanto escuche esto, por favor, es urgente. Lo que me contó esta mañana en Toledo, lo del exorcismo de mi hermana —respiró un segundo—. Bueno, padre, creo que no funcionó. Le llamo desde Edimburgo. Por favor, no tarde en responderme. —Colgó desesperada.

Dudó un momento antes de decidirse a coger el móvil y buscar el número de su marido. Ahora

se sentía mal por haberlo dejado en Madrid, tan solo con una nota escrita en la mesita del salón. Lo llamó, pero no hubo respuesta.

Tumbada sobre la cama de su habitación tardó un rato en despejar de su mente la inexplicable escena paranormal que acababa de experimentar en casa de Rose. A pesar de ello, no se amedrentó y decidió que iría a Pitlochry para seguir buscando a su hermana.

El día había sido muy largo y a pesar del miedo y la tensión que sobrecargaron sus músculos, el sueño hizo mella y no pudo más que rendirse a él.

XXI

21 de enero de 2020. Martes. 08:00. Madrid.

Entreabrió los ojos dejando entrar en su pupila un fino hilo de luz blanca. Malatierra se sentía desorientado y aturdido. Al abrir un poco más los ojos, se vio tumbado sobre una camilla blanca e intentó incorporarse con gran esfuerzo, pues el cuerpo no parecía responderle. Estaba en una habitación de paredes blancas. Al moverse, notó que algo le tiraba del brazo derecho: una aguja clavada en su antebrazo, conectada a una bolsa de suero que colgaba de una especie de percha.

—¿Estoy en un hospital? —preguntó en voz alta.

Logró sentarse en la camilla y descubrió un biombo blanco que dividía la habitación; se puso en pie agarrándose a la percha que sujetaba el suero y avanzó hasta él. Lo apartó un poco para poder ver y allí estaba ella. Parecía dormir plácidamente. La habían vestido con un pijama de hospital y, al igual que a él, también le habían conectado una sonda. Se estremeció al recordar los disparos que ambos se habían proferido. Le acarició el rostro suavemente; se sentía fatal, tuvo que disparar a su compañera. Cierto que ella lo había hecho antes, pero en aquel momento le daba igual su hombro herido, que empezó a dolerle en ese momento como si al recordar la escena sus terminaciones nerviosas se hubieran activado; no se perdonaría aquello.

Sara reaccionó al contacto de Malatierra y abrió los ojos. Pudo ver al inspector observándola con tristeza y culpabilidad.

—Sara, ¿estás bien? —Esta cerró los ojos dos segundos y volvió a abrirlos de repente con un ligero espasmo de su cuerpo—. ¿Sara, Sara?

Movió su cabeza a ambos lados hasta que centró su imagen de nuevo en el inspector.

—Hola —dijo con la voz adormecida.

Malatierra se agachó para estar más cerca de su compañera y le acarició el pelo sonriéndole. Le cogió la mano, notó que su pulso se aceleraba.

—Tranquila, Sara, estamos bien, ya pasó.

Ella le puso la mano en el rostro como si quisiera comprobar que efectivamente así era y el inspector imitó el gesto. Se saludaron con una tierna sonrisa.

—¿Dónde estamos?

—Creo que en algún hospital, Sara, aún no sé exactamente cuál; acabo de despertarme aquí, a tu lado.

La subinspectora intentó incorporarse, pero súbitamente profirió un alarido de dolor y llevó sus manos hacia su pierna derecha, lo que provocó el espanto de Malatierra.

—Espera, tranquila, no te muevas aún. —El inspector retiró la sábana y Sara se levantó la bata-pijama hasta la altura del muslo. Pudieron ver la línea de puntos, doce en total, con los que habían

cosido el muslo de Sara. Se miraron—. Lo siento, Sara —dijo el inspector con lágrimas en los ojos.

—Yo también lo siento, Roberto. —Tampoco pudo contener las lágrimas, que inundaron su rostro repentinamente al empezar a recordar lo sucedido. Él la rodeo con sus brazos, intentando abrazarla, hundiendo su rostro en la almohada y apretando su mejilla con la de Sara. Mezclaron sus lágrimas. Sara agarró con fuerza la cabeza del inspector y este hizo lo mismo mientras se desahogaban.

Al cabo de unos intensos minutos donde el silencio vertió lágrimas desesperadas, Malatierra se incorporó secándose el rostro.

—Lo recuerdo todo, Roberto, maldita sea.

La miró con condescendencia y envolvió con sus manos la de ella.

—No fue culpa tuya, tuvimos que haber pedido refuerzos —trató de excusarla.

—¡Y una mierda, Roberto, he matado a Tiziano y a los otros dos agentes que nos acompañaban! —se ahogó en llanto de nuevo.

—No, no, no, Sara, escúchame... —la acarició de nuevo cubriendo la mitad de su mejilla con su mano —. No fuiste tú, algo inhalaste, un polvo blanco te escupió Carla cuando fuiste a detenerla —Sara estaba completamente rota, no atendía a las razones que le daba el inspector— y te ordenaron matar, pero no eras tú.

—Sí era yo, Roberto, fui yo la que apretó el gatillo y fui yo la que mató a tres agentes, incluido Tiziano. Lo viste, estabas allí. No sé qué pudo pasarme. Era como si... —se entrecortó por el abundante llanto.

—¿Como si qué? —insistió Malatierra, que esperó unos segundos hasta que Sara recobrar algo de aliento.

—Como si no pudiera negarme, como si no tuviera voluntad, no lo sé. —Apretó su rostro intentando inútilmente volver a llorar con todo el desconsuelo que cabía dentro de ella.

—Tengo la impresión, Sara, de que aquel polvo blanco que Carla te escupió es la misma burundanga de la noche de Demáscaras.

Se miraron en silencio. Sara dejó caer el agotamiento y la resignación en su rostro. Malatierra suspiró.

—Buenos días, inspector —saludó alguien que irrumpió en la habitación—. Soy el doctor Jiménez, mi equipo se encargó ayer de ustedes. Sara, ¿cómo se encuentra? —preguntó mientras observaba los puntos sobre el muslo de la mujer—. Tuvieron suerte, ambas heridas fueron limpias y no dañaron ninguna arteria. ¿Cómo está su hombro?

—Bien, gracias, creo que estoy bien.

—Jefe, tiene que ir ahora mismo a sacar a Pelayo del calabozo; vaya con él a su domicilio, quizás encuentren alguna pista del paradero de la pelirroja... Hay que ir ahora mismo a la oficina: aún no sabemos nada sobre los demás agentes que fueron a Grimofarmaceutix —inquirió de repente Sara recobrando el tono profesional y borrando de golpe la expresión dramática.

—Disculpe, subinspectora, pero su estado no le permite ponerse de pie —la paró el doctor sujetándola de un hombro—; además, tenemos que controlar su corazón durante veinticuatro horas al menos por seguridad.

—¿Por qué? —se alarmó Malatierra.

—La subinspectora dio positivo en escopolamina, una concentración bastante grande en sangre, por cierto, y tenemos que comprobar que su cuerpo la elimina correctamente sin que se produzca ningún efecto secundario —explicó el médico.

—Tiene razón, Sara, debes quedarte aquí por el momento.

—Pero...

—Pero nada, es una orden. No te preocupes, yo me encargo de todo.

—Inspector, disculpe —se adelantó el médico al ver que Malatierra quería marcharse—, sería conveniente hacerle un último análisis para ver que no haya infección.

—No hay tiempo para eso, doctor; no se preocupe, me encuentro perfectamente. —Cogió la mano de Sara para besarla y dio media vuelta hacia la puerta de la habitación. Al salir se quedó parado mirando hacia ambos lados del pasillo, lo que provocó la sorpresa del doctor y de Sara.

—¿Qué pasa, inspector?

—No hay policías.

—Esto es un hospital, ¿por qué tendría que...?

—Llamaré ahora mismo a la central, quiero que custodien esta habitación hasta que te recuperes, Sara —interrumpió Malatierra—. Te veo pronto, compañera, te tendré al tanto de todo.

Sara le respondió cogiendo su móvil de la mesita, que tenía justo al lado.

—Aquí estaré, jefe, pero ¿piensa salir así a la calle? —esbozó una sonrisa.

Efectivamente, llevaba puesto el pijama del hospital, así que miró al doctor, el cual acertó su pregunta.

—Sus pertenencias están ahí mismo. —Le señaló un pequeño mueble situado al lado de su cama.

Se acercó para recoger su ropa y se encerró en el cuarto de baño para cambiarse y asearse un poco.

—Bueno, subinspectora, veo que a su jefe nadie le para los pies, así que me contentaré con que usted me haga caso, ¿de acuerdo?

Sara asintió al doctor y dejó caer de nuevo su espalda sobre su cama. Sabía que con la pierna recién operada de poco iba a servir, así que no lo quedó otra que esperar.

—Dentro de unas horas pasaré a ver cómo se encuentra; quizás esta misma tarde le demos el alta, cuando estemos seguros de que la herida no se ha infectado, ¿le parece? —El doctor se despidió para continuar su ronda por otras habitaciones.

Justo después, el inspector salió del baño vestido con la misma ropa del día anterior. Se acercó a Sara para despedirse.

—Roberto, ¿qué va a pasar conmigo? —volvió al tono más íntimo entre los dos—. He matado a tres personas, supongo que...

—No supongas nada, Sara, déjame a mí, yo lo explicaré todo. Ya has oído al doctor, diste positivo en burundanga, no fuiste tú, no tenías voluntad en aquel momento. No te preocupes. Ahora descansa. —Y volvió a besarle la mano.

Se retiró y notó que Sara no le había soltado la mano, tiró de él. Malatierra clavó su mirada en los ojos tristes de su compañera.

—¿Qué ocurre?

—Prométeme que tendrás cuidado.

Aquella orden le insufló una extraña sensación de esperanza que revitalizó su cuerpo.

—Te lo prometo Sara, —dijo antes de marcharse de la habitación.

XXII

21 de enero de 2020. Martes. 08:00. Toledo.

«¿Teresa en busca y captura? ¿Cómo iba a ser eso? Si ayer mismo por la mañana la había visto después de... ¿treinta años? En la misma Iglesia de Santo Domingo». Luis Argüelles no paraba de cavilar y de hacerse preguntas en silencio mientras conducía, más atento a sus propias incógnitas que a la fuerte lluvia que caía en esa mañana toledana.

Había estado toda la noche intentando dormir, pero la imagen de Teresa en la televisión —esa foto de carnet que habían transmitido todos los telediarios tras la terrible persecución policial en Madrid, requiriendo a la ciudadanía la pertinente colaboración para localizar a la fugada— le impidió la vigilia. Se mantuvo en duermevela agitándose en su lecho, revolcándose de un lado para otro. Levantándose y volviéndose a acostar, como en un intento desesperado e inútil de adelantar el amanecer. Por eso, cuando se preparó un café a las seis de la mañana, su cuerpo entero temblaba reclamando el descanso que le faltaba.

El limpiaparabrisas del coche no daba abasto; en su frenético vaivén no conseguía despejar la luna delantera de la constante cortina de agua que le velaba la visión. Aun así, no tuvo reparo en acelerar hasta el límite de lo posible, conocedor de la tierra y de aquella carretera; a pesar de la fuerte tromba, conducía con más memoria que con precaución.

Tenía prisa por llegar, pues toda la noche estuvo tentado por una corazonada. Por alguna extraña razón, recordó su conversación con aquel joven subinspector que vino a entrevistarse con él. ¿Tiziano se llamaba? La historia de Saturnino Crespo le sobrevino a la cabeza y, sobre todo, la imagen de un lugar concreto; la finca La Perdiz, el viejo caserío donde hace muchos años el enigmático Saturnino se echó a los brazos de una secta adoradora del diablo.

Largo tiempo había transcurrido desde la última vez que pasó por esa carretera y, si alguna vez lo había hecho, pasó del todo inadvertido, como si en aquel lugar nunca hubiese ocurrido nada malo. Se estremeció al ver el camino de tierra que se desprendía de la carretera tras una curva. No había cartel identificativo ni nada que indicase lo que escondía aquel recodo del camino. Tan solo era una pista forestal como tantas otras, con el piso irregular, serpenteando por un pinar que parecía querer ocultarlo.

Al descubrir la noche anterior la búsqueda televisada de Teresa, fue haciendo un recorrido por todos los programas y noticieros que pudo para hacerse con el menor de los detalles de lo acontecido en Madrid. Él tenía claro que aquel asunto no le encajaba. Ella le había dicho, la mañana anterior, que se iba a Escocia a buscar a su hermana. El padre Luis tembló al recordar la imagen grabada de la persecución por Madrid. Un Megane rojo perseguido por coches patrullas convirtieron Madrid en un escenario de película. Todo un espectáculo de ritmo frenético que el

periodista de turno tuvo la suerte de poder narrar desde el helicóptero que, por un casual, sobrevolaba la zona y se topó con la noticia del día. El padre Luis estaba seguro de que Teresa no hubiese sido capaz de semejante maniobra: el recorrido del coche rojo, su forma de conducir tal y como se vio en televisión era propio de una escena hollywoodiense y no de la dulce niña Teresa que él conoció bien en su momento. ¡Y qué forma tan extraña de desaparecer! Una vez el vehículo se introdujo en el túnel de las Delicias, el espectáculo se acabó. ¿Cómo pudo escapar de allí si a su marido lo cogieron? ¿Quién era esa Teresa?

Divagando, llegó casi sin darse cuenta a la cancela negra y desvencijada de la finca La Perdiz. Seguía lloviendo a raudales y se quejó asimismo de no haber traído un paraguas. Comprobó que la cadena que servía de cerradura estaba desenrollada. Empujó cogiendo dos de los barrotes y abrió la puerta. Volvió al coche corriendo, pues el agua ya le iba calando.

La finca La Perdiz se hallaba enclavada en una extensión de roquedal baldío y prácticamente estéril, como una mancha en medio de un inmenso pinar donde tan solo algún que otro árbol solitario rompía con su silueta el páramo desierto. No obstante, por caprichos de la orografía, no se vislumbraban los edificios de la antigua hacienda hasta sobrepasar una colina que servía de muro improvisado. El sacerdote la conocía, pues ya había estado allí. Muchos años habían pasado desde la última vez, pero aún guardaba en su memoria la imagen que ahora volvía a ver tras aparcar el coche en el frágil cobijo de un viejo olivo, pelado y con las ramas tan débiles que parecía suplicar que lo cortaran de raíz y acabaran con su miserable existencia.

El camino descendía por la ladera de aquella hendidura del terreno, cual cráter de volcán extinto hacía milenios, y que había dejado un escondite perfecto para albergar la antigua casa cortijo, el almacén y la nave que antaño sirvió para guardar el ganado.

La lluvia golpeaba con fuerza el rostro de Luis y el terreno, embarrándose poco a poco, era poco practicable, como si no se dejase andar e impidiese cualquier visita intrusa e inesperada. Un halo de inhospitalidad abrigaba aquel paisaje, lo que no amedrentó el ánimo del clérigo, tan dispuesto como estaba a descubrir qué estaba ocurriendo con Teresa, aquella niña que se le dibujaba etéreamente en el recuerdo como un angelito desolado por la tragedia familiar más terrible que jamás había conocido.

El último tramo del camino ya avanzaba al mismo nivel del cortijo, por lo que el padre Luis lo superó corriendo sin miedo a resbalar por la pendiente. El edificio se mostraba decrepito, al igual que el paisaje que lo circundaba, lleno de rocas agrestes con aristas afiladas, sin la más mínima señal de vida vegetal. La fachada, deslucida por la erosión del tiempo y la climatología, aún se mostraba con la firmeza del poder y la riqueza vivida en otra época. Su forma triangular, con sus ventanas rotas de manera caprichosa, le daba un aspecto humano, como uno de esos rostros que se ven en las nubes o en un objeto cuando son observados con intensidad. Las puertas parecían cerradas. Luis movió sus ojos de un lado a otro. No se observó movimiento, ni luces. La vieja casa no parecía habitada. Se acercó a la puerta central y el cerrojo le impidió el paso hacia el otro lado. Resopló y se giró sobre sí mismo. Fue entonces cuando vio a lo lejos la pista por la que había descendido por la ladera. Intentó divisar su coche allá en lo alto, era la única salida urgente que tenía si había algún problema, pero el cambio de rasante se lo ocultaba y su mirada no podía doblarse en el espacio. Tiritó a causa del frío y se frotó los brazos con las manos, cruzándolas sobre su pecho. Al encogerse instintivamente tratando de eludir la baja temperatura, descubrió dos marcas paralelas y continuas sobre el terreno: era el rastro de un vehículo, más grande de lo normal, pues la anchura era considerable. Luis las siguió con sus ojos, torcían justo antes de

toparse con la fachada en la que él se encontraba y se perdían tras uno de los laterales del imponente edificio. Se apresuró en alcanzar la esquina de la edificación.

—¡Autobuses! Pero... —exclamó al viento, que todo lo golpeaba en aquel momento. Hasta diez de esas grandes máquinas pudo contar. Estaban aparcadas en batería y no se observaba el más mínimo rastro de presencia humana. Atravesó el camino que quedaba a la derecha de la fachada principal, observando a ambos lados los frontales de los autobuses que, con la forma y el diseño moderno de sus faros, más parecían monstruos durmientes a los que no merecía la pena despertar.

El cielo crujó con fiereza escupiendo un destello de luz y tronando con una voz ronca y rugiente. El padre Luis suspiró: nunca le habían gustado las tormentas y ahora se encontraba justo debajo de una de ellas. La tromba precipitándose con violencia sobre el terreno obligó al sacerdote a pegarse todo lo que pudo a la pared lateral del viejo caserío, escondiéndose entre dos autobuses y acurrucándose todo lo que pudo. La cornisa, que no sobresalía demasiado, no le servía para guarecerse del todo, pero al menos no estaba totalmente desprotegido como en campo abierto. Esperó unos minutos a que amainase la furia del cielo.

Mientras esperaba que la tormenta se calmase se preguntaba ¿qué hacían allí todos esos vehículos?, ¿a quién transportaban? y, sobre todo, ¿por qué? No parecían abandonados, eran modelos modernos, lujosos se podría decir.

A los pocos minutos el chaparrón paró de golpe y Luis emprendió de nuevo la marcha. Al llegar al final del muro lateral observó que la puerta trasera de la casa, más pequeña, estaba entreabierta, pero algo llamó mucha más su atención. En el terreno que separaba el cortijo de la antigua vaquería que se divisaba al fondo, descubrió con sorpresa unos aparatos extraños, de unos tres metros de longitud cada uno, que llevaban ancladas varias bombonas de un color plateado y estaban rematados por unas hélices. «¿Drones?», se preguntó. Cientos de ellos, estacionados ordenadamente sobre el terreno como un ejército futurista esperando la orden.

Al elevar la vista, observó luz al fondo; provenía del interior del segundo edificio al final de la hilera de insectos metálicos. Se apresuró a recorrer la distancia que lo separaba de la antigua vaquería atravesando las hileras de drones. Caminaba ligero entre aquellas máquinas, asegurándose de que no se movían, contabilizando mentalmente su número mientras jadeaba por el esfuerzo. Corría y corría y las máquinas se sucedían continuamente tras el cristalino de sus ojos.

Un sonido no muy lejano le hizo parar la marcha; parecía un zumbido que cortaba el aire, como si un *boomerang* se acercara desde algún ángulo. Detuvo sus pasos y giró ciento ochenta grados sobre su propio eje. Las hélices de los drones del extremo por el que ya había pasado estaban empezando a girar vertiginosamente. «¡Mierda!». No era habitual que perdiera el tono sosegado, pero estaba en medio de aquel campo minado de drones con sus aspas como cuchillas cortando el aire y amenazando su integridad. Giró hacia el otro extremo y la situación no mejoraba, también empezaban a moverse las hélices desde el otro extremo. Como en un efecto dominó, el movimiento giratorio de uno de los drones precedía al de la siguiente máquina, cada vez más cerca de Luis, que por unos segundos vaciló con atravesar transversalmente la hilera de drones que tenía justo a su lado antes de que empezaran a moverse también. Calculó el hueco que quedaba entre las hélices todavía paradas. Sudaba. Temblaba ante la indecisión, miraba a ambos extremos viendo cómo los malditos aparatos se iban encendiendo uno a uno. Se le acababa el tiempo.

En un arrebatado de osadía, se lanzó intentando aprovechar su última oportunidad; adelantó un par de pasos iniciando la carrera y fue entonces cuando una de las aspas le dio de lleno en el pecho. El golpe no fue muy fuerte, pues el aparato acababa de arrancar, pero sí lo suficiente para

devolver al padre Luis a su posición inicial, esta vez, derrumbado en el suelo por el golpe, protegiéndose la cabeza con ambas manos y encogiéndose todo lo que pudo, tratando de reducir el espacio que ocupaba su cuerpo.

Se vio rodeado de aquel enjambre de máquinas en pleno funcionamiento. El ruido era ensordecedor. Los extraños aparatos despegaben. Uno de los drones que más cerca tenía hizo un extraño y se ladeó momentáneamente colocando muy cerca del rostro de Luis las afiladas aspas que a punto estuvieron de sesgar su imagen para siempre.

El batallón de drones se elevó considerablemente hasta perderse lejos de su campo de visión. Fue entonces cuando pudo incorporarse del suelo y del espanto que había atenazado su temple. A lo lejos, en la entrada de la antigua vaquería, advirtió movimiento: varias personas salían del edificio y miraban hacia el cielo, parecían estar comprobando que el despegue había sido satisfactorio. El sacerdote se quedó mirándolos desde su posición, aún había distancia entre ellos y no parecían haberse percatado de su presencia. Corrió todo lo que pudo en dirección opuesta a ellos, hacia la puerta trasera del viejo caserío. A sus oídos aún llegaba el zumbido cada vez más lejano de las máquinas voladoras. «¿Adónde irán», se preguntó sofocado.

Subió con dos ágiles zancadas la breve escalinata de la puerta trasera del edificio y entró en él. Antes de cerrar echó una última mirada al fondo; no le seguía nadie, había pasado inadvertido. Respiró profundamente y cerró la puerta.

La oscuridad lo inundaba todo, tanteó la pared en vano buscando algún interruptor. Solo se encontró una construcción abandonada y tan vieja que no albergaba luz eléctrica. «¡El móvil!», recordó oportunamente. Buscó en sus bolsillos y lo encendió. Se iluminó su rostro con la luz digital y vio que tenía un mensaje de Teresa. Se sobresaltó y de forma mecánica desplazó su dedo por la pantalla táctil para encender el buzón de voz. Tan mojado estaba a causa de la lluvia y la humedad que la pantalla no respondió. Agitó su mano diestra en el aire con velocidad, la restregó por la vieja pared para secarla. Volvió a intentarlo y, esta vez sí, pudo desbloquearlo. Pulso el mensaje de la llamada y colocó el teléfono en su oído: «Padre, soy yo, Teresa. Disculpe la hora, necesito hablar con usted. Póngase en contacto conmigo en cuanto escuche esto, por favor, es urgente. Lo que me contó esta mañana en Toledo, lo del exorcismo de mi hermana... Bueno, padre, creo que no funcionó. Le llamo desde Edimburgo. Por favor, no tarde en responderme”.

Se sobresaltó al escuchar la voz de Teresa. Al apartar el móvil de su oreja y bajarlo apuntó sin querer con su luz justo en frente. Un rostro femenino muy conocido para él apareció de repente a escasos centímetros y le habló con voz ronca:

—Por fin volvemos a vernos, padre.

No tuvo tiempo de reacción, simplemente fue despedido por una fuerza insoslayable hacia la pared, golpeando violentamente con sus huesos ya gastados por la edad sobre el ladrillo encalado del edificio. Tembló de espanto, su corazón palpitaba con fuerza, respiraba miedo. Palpó el suelo a su alrededor, pues tras el impacto había perdido el móvil, y ahora no veía nada. La voz que acababa de hablarle se reía oculta en la oscuridad. Sus carcajadas le llenaban de pavor. Agarró el crucifijo que colgaba de su pecho y oró con toda su fuerza. No sabía lo que iba a ocurrir, pero una cosa sí tenía clara: el rostro que acababa de ver, la voz, la risa maléfica, no eran los de Teresa.

—Me vas a matar —afirmó con la serenidad de quien acaba de aceptar su destino.

—Aún no ha llegado el momento de sacrificar sacerdotes —contestó la voz.

Su consciencia se desvaneció. Un golpe seco en el cuello lo llevó al suelo y a la pérdida del conocimiento. Ahora la oscuridad se hizo más profunda, pues hasta el alma le atravesó.

XXIII

21 de enero de 2020. Martes. 07:00. Escocia.

A Pitlochry se llegaba tras una hora de viaje en carretera. Se había despertado en plena madrugada para viajar hasta allí; apenas había dormido, pues quería acabar cuanto antes con su visita a Escocia, así que se dispuso a tomar el primero de los autobuses que cubría el trayecto hasta Pitlochry.

The Edimburgh Bus Station era una estación tan rutinariamente familiar como cualquier otra. Contrastaba con la enigmática belleza de la ciudad que sobresaltaba sus ojos con cada mirada. Un parche de hormigón dentro de la idílica postal.

El paisaje se sucedía a cámara lenta tras la ventanilla del autobús. Extensos páramos de matices verdes y ocres sugerían una estremecida soledad en el entorno que competía con la ruda calidez de los escoceses. Teresa mantenía apoyada su cabeza sobre el cristal de la ventana, rebotando sobre ella al ritmo de las irregularidades de la carretera nacional que el autobús, con aspecto de querer jubilarse, atravesaba a la velocidad permitida. Pensaba en Rose: «¿Estará bien?». Se la llevaron tan rápidamente en la ambulancia que ni siquiera pudieron despedirse. Se sintió mal consigo misma, podría haber ido esa misma mañana a verla al hospital, pero tenía prisa por terminar ese viaje buscando a su hermana, tratando de seguir el rastro imaginario que suponía habría dejado Amanda. Le atenazó el presentimiento de que Pelayo estaría preocupado y, quizás, en peligro. Hizo un amago con el móvil entre sus manos, a punto estuvo de pulsar el botón de llamada. Desistió. Aún no. Antes tenía que descubrir cuál fue el paradero de su hermana.

Apenas tres calles conectadas entre sí triangularmente. Eso era Pitlochry. Al bajar del autobús un cielo espléndido brillaba sobre su cabeza. Parecía que disimulaba algo la sensación de frío ver la calle salpicada de transeúntes en mangas de camisa. Se sintió ridícula con su abrigo de plumas, tiritando dentro de él.

Casitas con tejados agudos circundaban la localidad, con un pequeño río escondiéndose por sus calles y la sombra de un bosque que acechaba amigablemente al llegar a los límites del pueblo. Mientras caminaba, observaba a la gente, de rostros afables y pieles curtidas por mil y un vendavales. Acarició los mantos verdes de enredadera que ascendían por las fachadas y mimaban el paisaje urbano con su matiz de terciopelo. Cerró los ojos mientras respiraba profundamente: hacía tiempo que no sentía un aire tan puro.

Tras un primer vistazo por el pueblo, no advirtió ninguna señal que la pudiera dirigir al Centro de Internamiento Social y Google Maps, por alguna extraña razón, no se encontraba operativo en aquel momento. No le quedó más remedio que entrar en lo que parecía el punto de encuentro de la

localidad, una cafetería-restaurante lo suficientemente grande como para albergar a toda la población de Pitlochry.

El ambiente era una mezcla de trabajadores tempranos y crápulas que rechazaban el sueño. A pesar de la hora temprana, las cervezas se consumían con entusiasmo. Se sintió algo torpe al hablar en inglés, aunque se las arregló bastante bien para poder preguntar por el domicilio que tenía apuntado en la nota que Rose le entregó la noche anterior.

Un camarero nada pelirrojo, nada corpulento, nada rudo le respondió:

—*Yes ma'am, I know where it is, it's a little bit more than a mile away, but I warn you that the Detention Center you're looking for was closed about three years ago.*

—¡Cerrado! —se le escapó a Teresa en un español acelerado. Lo que propició la sonrisa del camarero, que pareció entenderla muy bien.

—¿Es española? Vaya, una paisana por Pitlochry. —Teresa se sorprendió—. Me llamo Ramón, encantado —le tendió la mano sobre la barra y ella accedió al saludo con una sonrisa.

—Teresa, mucho gusto —dijo— ¿Puedo preguntar qué hace alguien que se llama Ramón por estas latitudes?

El joven camarero se echó a reír ante la ingeniosa pregunta.

—Pues ya ves, es una pequeña gran historia de amor.

—¿De amor?

—En mi época universitaria pasé un año de Erasmus por aquí y conocí a Susan, que ahora es mi mujer.

—Vaya, nunca pensé que las becas Erasmus daban para tanto... Te felicito, Ramón —le dijo con aires de simpatía, a lo que el camarero respondió con un gesto irónico.

—Sí, ya ves, pude llevar mis estudios a buen fin.

Ambos rieron y siguieron compartiendo algún que otro comentario en los intervalos en que Ramón no estaba atendiendo las comandas de barra.

Teresa pensaba que su viaje ya esperaba solo la vuelta ante la noticia del cierre del Centro de Internamiento Social. «Ya nada tengo que hacer aquí, ninguna pista de mi hermana», pensó.

—¿Por qué buscas ese centro, Teresa? —dijo Ramón al pasar delante de ella tras la barra cargado con varias jarras de cerveza. No tuvo tiempo para esperar la respuesta, pues los clientes, que cada vez eran más y parecían ansiosos por ser atendidos, acaparaban la atención del joven. Así que Teresa tuvo que esperar a que Ramón volviera a pasar por su parte de la barra mientras iba de un extremo a otro.

—Mi hermana vivió allí un tiempo —le gritó Teresa cuando volvió a cruzarse por su sitio. A lo que Ramón, abierta la brecha, se atrevió a responder del mismo modo desde el lado izquierdo de la barra mientras llenaba más pintas.

—¿En serio? ¿Y qué hizo para estar allí? —preguntó pretendiendo hacerse el gracioso, lo que hundió a Teresa, que por un momento creyó que se estaba divirtiendo en el bar, tratando de mantener una intermitente conversación con el extraño español que encontró en Pitlochry. La pregunta le devolvió a la desazón. Le miró; la miró desde la cercana lejanía del extremo opuesto de la barra. Él se percató del cambio de expresividad en la mujer y de su metedura de pata. Le indicó con la mano, haciendo el típico gesto de beber, por si quería una de esas pintas, a lo que ella manifestó mudamente que sí. Un poco temprano para beber, pero pensó que sería mejor mezclarse con el ambiente.

—Disculpa, no he querido ser.. —le dijo, poniéndole la jarra rebosante de cerveza delante de ella.

—No te preocupes —le cortó Teresa—, pero sí, algo hizo para que la ingresaran allí —le afirmó mirándole a los ojos.

Ramón se percató de que era un tema sensible y no le hizo sentir nada bien haber hecho el comentario anterior. Quiso redimirse.

—Oye, si quieres puedo llevarte hasta allí —dijo de pronto.

—¿Adónde?

—Al Centro de Internamiento. Bueno, más bien a las ruinas de lo que antes fue.

—¿En serio? No quisiera molestarte.

—No es molestia, mujer; además, para una española guapa que viene por aquí...

—Oye, te recuerdo que acabas de contarme que estás casado, ¿eh? —dijo Teresa recuperando el tono divertido del inicio de la conversación.

—Felizmente casado, la verdad, pero eso no quita para que siga teniendo ojos, ¿no crees?

Teresa se sonrojó un poco, pues casi le hubiera gustado pensar que la situación era otra y que el joven camarero estaba intentando flirtear con ella. Se ruborizó de su pensamiento mientras Ramón seguía danzando de un lado a otro de la barra atendiendo a todos los escoceses del mundo que parecían haberse reunido precisamente en aquel local.

—Teresa, dame diez minutos, ¿de acuerdo? Ahora termina mi turno y en cuanto llegue la compañera que me sustituye te acerco en un momento.

Ella asintió con el bigote de espuma que le había dejado el trago de cerveza. Siguió bebiendo durante unos minutos, apresurándose dado el tamaño de la jarra que tenía entre manos. Observó el bullicioso ambiente que impregnaba el lugar. Parecían una gran familia. Todo el mundo se conocía y se trataban con confianza, muy distinto a la fauna urbana con la que ella diariamente interconectaba en Madrid.

—¡Ya estoy aquí! —exclamó Ramón, que apareció a su espalda.

—¡Joder, qué susto me has dado! —se exaltó Teresa.

—¿Vamos?

Se montaron en la camioneta de Ramón, que parecía sacada de las películas americanas de los años sesenta. De un rojo, antaño glamuroso, ahora roído por el óxido y el tiempo. Los sillones desprendían cierto olor a cuero gastado y los amortiguadores hacía tiempo que deberían estar en un desguace.

—Supongo que estás impresionada. No todos los días se monta uno en un coche como este, ¿verdad? —dijo Ramón con ironía que usaba a modo disculpa encubierta, irguiéndose sobre el sillón de conductor y cogiendo el volante con los brazos bien extendidos, adoptando un cómico aire señorial que consiguió arrancar la sonrisa de Teresa.

—Con tal de que nos lleve, me conformo, Ramón.

Al salir del leve bullicio del pueblo, la camioneta fue engullida por uno de los últimos vestigios del bosque caledonio que cubriera tiempo atrás una buena parte de la orografía escocesa. La sucesión interminable de abetos rojos, pinos silvestres y alerces, junto con sauces, robles y nogales, creaba un espacio único, con apenas luz, arrebatando al cielo su espacio que quedaba eclipsado por un techo vegetal en el que las ramas más altas pugnaban por su protagonismo. Una escasa carretera, desquebrajado el asfalto por parches verdes de hierba, una naturaleza salvaje que se resistía a la mano de la civilización y se mostraba hostil ante el intruso ronroneo del vehículo.

Teresa fue consciente del monólogo que mantenía Ramón a modo de conversación impuesta en la que ella solo participaba con gestos de afirmación, pero es que estaba invadida por el paisaje, en

las entrañas de un viejo bosque que respiraba por sí mismo y daba al aire un aliento con olor a tierra húmeda.

La carretera perdía envergadura a medida que la camioneta ganaba terreno, como en una perspectiva hacia un infinito imposible de alcanzar. Provocaba cierta sensación claustrofóbica a la que Ramón, que no paraba de hablar, mostraba una total indiferencia. Teresa dejó que su mirada se perdiese entre aquel ejército de árboles, tratando de indagar en ellos, de mezclarse entre los huecos que dejaban entre uno y otro, consecuencia de una lucha subterránea de raíces que en algunos puntos sobresalía a la superficie como náufragos agonizantes.

Como si la propia naturaleza necesitara darse un respiro, se abrió un hueco en el bosque, amplio y soleado, con el que se dieron de bruces al llegar a lo que parecía ser el fin del camino y la ubicación de lo que fue el Centro de Internamiento Social: un edificio oblongo de tres plantas, con el blanco de la fachada carcomido por el tiempo y sus inclementes manos, al que le faltaban otras dos naves transversales que, según aseveró el improvisado chófer, constituyeron la totalidad del complejo, pero que tras el cierre oficial fueron demolidas y reutilizados los materiales para otra serie de construcciones locales que Ramón, ajeno a la sordera mental que tenía Teresa desde hacía rato, trataba de enumerar hilvanando datos y lugares de algún archivo de su memoria, sin que nadie le estuviera escuchando.

Teresa bajó del coche y caminó unos pasos directos hasta la cancela de entrada, dejando atrás a su locuaz acompañante, que mantuvo la distancia y se agarró al silencio que parecía imponer la mujer. La cancela no estaba cerrada y se podía abrir fácilmente.

—¿Sabes si hay algún tipo de vigilancia? —preguntó Teresa sin necesitar respuesta, mientras apartaba una de las hojas de hierro de la cancela. Ramón solo contestó encogiéndose de hombros y acelerando el paso para seguir a la española.

El edificio ya no tenía puerta, solo una oquedad que permitía la entrada hacia lo que tuvo que ser el vestíbulo del centro. Se conservaba un amplio mostrador en la entrada y algún letrero resistía en la pared dando su muda indicación al que un ratón silvestre pareció desobedecer al cruzarse frenético delante de Teresa y Ramón.

—Probablemente sea el último de los habitantes —dijo Ramón señalando al diminuto animalillo.

Teresa dio la vuelta al mostrador para meterse en el espacio desde donde se recibiría al público. No había nada, todo vacío. Miró a Ramón en señal de negación y este le indicó con un gesto rápido de sus ojos la puerta que había detrás de ella. Un letrero vencido por uno de sus extremos y a punto de caer al vacío anunciaba *Secretary*.

Entraron en la estancia algo más pequeña y rodeada de estanterías metálicas. Ramón empezó a abrir las del lado derecho y Teresa, las del lado opuesto.

—Aquí no hay nada, están vacías, Teresa.

En la última cajonera del armario que investigaba ella apareció algo. Una gruesa encuadernación con anillas. No tenía título ni nombre, solo dos cifras, dos años que abarcaban una década. 1990-2000. Al abrirla, un registro de nombres, fechas y habitaciones asignadas se sucedieron ante la mirada de Teresa, que se sumergió en una ávida lectura en busca de un nombre: Amanda. Supuso que en un lugar tan recóndito de Escocia no habría muchas personas con ese nombre, así que sería fácil. Al pasar de página, una parte del tomo que mantenía entre sus manos se precipitó al suelo, movido por la constante e invisible gravedad y por el desgaste del propio papel, que ya no se sujetaba a la anilla con firmeza suficiente. Ramón se agachó para recoger los amarillentos folios que se esparcieron por el suelo como hojas otoñales.

—Si me dices cómo se llama tu hermana, podríamos compartir la tarea —dijo Ramón mostrando el taco de folios que acababa de rescatar del suelo.

—Amanda. Supongo que Amanda Craig.

Ramón la miró extrañado, pero no preguntó. Se apoyó en una solitaria mesa que tenía al lado y empezó a buscar.

Los dedos rasgaron las hojas con la rapidez que permitía la mirada de los investigadores, pasando a toda velocidad por decenas de nombres y apellidos ajenos, vulnerando la intimidad de su historia y su pasado.

—¡Aquí! —gritó Teresa.

Pudo leer en una letra poco cuidada: «Amanda Craig, *April 15, 1995, room 52*».

—Parece un registro de entrada —afirmó Ramón.

—¿Aún existirá la habitación 52?

Y sin esperar respuesta, Teresa salió de nuevo al vestíbulo y empezó a otear por los distintos pasillos que arrancaban desde allí. No pudo distinguir nada. Solo pasillos completamente vacíos, inundados por la luz tenue de la mañana gris y escocesa.

Se lanzó a la carrera para subir las escaleras que ascendían hasta la siguiente planta.

—¡Espera, Teresa!

Ramón, que empezaba a arrepentirse de haber traído a ese lúgubre lugar a la extraña española, trató de seguirle el paso, acelerando su corazón entre el esfuerzo de elevar su propio peso en cada peldaño y la sensación de verse atrapado en una angustia, la de Teresa, con los ojos desencajados, buscando cual perro cazador, un cartel, letrero o señal cualquiera que la llevase hasta la habitación registrada como de Amanda Craig.

Jadeante, en el rellano de la segunda planta quiso imponer algo de razón.

—Teresa, creo que deberíamos...

—¡Por aquí!

Y, tan pronto lo dijo, desapareció en la penumbra de un pasillo que pareció engullirla con una fuerza misteriosa. Se dispuso a seguirla y en una fugaz ojeada al techo pudo ver un letrero que colgaba de dos pequeñas cadenas: *Rooms 30-60*.

Giró para penetrar en el pasillo, que a su vez se dividía en otros tres más en una bifurcación repentina a pocos metros de la entrada. Trató de contener su respiración, cada vez más agitada, para poder guiarse por el ruido de los pasos de la desaparecida Teresa. Optó por el pasillo que se abría a su izquierda guiado por lo que creyó ser el eco de unos pasos acelerados.

—¡Teresa!

Nada. Solo encontró el silencio en la total oscuridad de aquel pasillo, que, privado de luz por las ventanas tapiadas, invitaban a no adentrarse, pero en un alarde no muy meditado de orgullo avanzó cuidadoso, palpando con su mano derecha el muro que tenía a su diestra.

—¡Teresa!

Un ruido metálico al fondo arrancó la zancada repentina de Ramón, que aceleró el paso hasta el origen de aquel solitario sonido. Tras atravesar —corazón en boca— un velo de penumbra, algo de luz que provenía de una puerta lateral a su izquierda contrajo sus pupilas y pudo ver con algo más de claridad. Arriba, rematando una desvencijada puerta, leyó: *Room 52*.

Asió el pomo giratorio y empujó con suavidad. Sintió que la puerta cedía sin obstáculo alguno.

—Teresa —susurró tembloroso.

—Sí, Ramón, aquí estoy —respondió una voz tan parecida a la de Teresa que casi no parecía ella.

Abrió la puerta completamente y entró en la habitación 52.

—¿Pero... qué haces?

Sobre una vieja cama, hundido el colchón y a la suave luz de la mañana que parecía haberse quedado instalada en un constante amanecer, una mujer de cabello negro, pechos menudos, firmes y abiertos, dejando expedito el camino del esternón hacia la oquedad húmeda que habitaba entre sus piernas. Tan desnuda estaba que hasta le brillaba el alma, o eso se le antojó a Ramón, abordado por la quietud de sus músculos, atenazado por la imagen de una belleza inhóspita.

—Ven aquí, Ramón—ordenó solícita la mujer desnuda, que, abriendo un poco más el ángulo de sus piernas, quiso invitarlo a buscar más allá de la piel—. Ven aquí—insistió pellizcándose los labios con dientes de fiera.

—Esto no está bien, Teresa, yo no te he traído aquí para esto; siento que me hayas malinterpretado, pero...

—Ya sé que no me has traído aquí, pero quién te crees que eres—dijo sonriendo e incorporando su postura hasta colocarse en cuclillas sobre la cama.

Ramón dio un par de pasos hacia atrás queriendo ganar distancia y quizás salir corriendo de allí.

—No entiendo nada de lo que dices, Teresa. Mira, oye, mejor vámonos, ¿vale?—dijo dubitativo.

—Lo que digo es que yo he venido aquí sola, tú no me has traído. ¿De verdad crees que alguien como yo necesita que la traigan?—esta vez la carcajada sonó de las entrañas, con un eco masculino, un animal que brotaba del interior.

Ramón, en perfecta tensión y lleno de terror, tragó saliva e hizo un último esfuerzo por racionalizar la situación.

—Está bien, Teresa, no me necesitas, ¿cierto? Yo me voy de aquí, no quiero llegar tarde a casa. Tú haz lo que quieras—dijo con toda la firmeza de que fue capaz de aparentar, dándose la vuelta para emprender el camino de regreso. No obstante, fue un intento en balde, pues pudo sentir una mano en el hombro recriminándole su conducta. Lo hizo girar de nuevo sobre sí mismo. Y el rostro de la mujer, de belleza enrarecida ahora por unas horrendas ojeras y manchas oscuras que vetaban una sonrisa funesta, tornó en seriedad. Los ojos muertos, clavados en él.

—Tú no vas a ninguna parte—le sentenció.

Ramón no pudo evitar romper sus ojos en lágrimas mientras todo su cuerpo temblaba.

—Pero... Teresa, por favor.

—Yo no soy Teresa.

Teresa seguía buscando por los pasillos. Algunas habitaciones conservaban su letrero con el número distintivo y otras no. Así pudo comprobar la número 30 y, tras cuatro puertas sin número, llegar a la 35. Estaba ansiosa por encontrar la número 52. Tan obcecada estaba en su búsqueda, que al llegar al final del pasillo sin hallar lo que buscaba se percató de que estaba sola.

—¡Ramón!

Lo único que creyó oír fue su propio corazón latiendo desmesuradamente.

Un estruendo la sorprendió. Un golpe de ladrillo desquebrajándose, como si se aproximara un derrumbamiento. El edificio pareció temblar. Teresa se apoyó en la pared, esperando que aquel ruido estrepitoso la llevara a ella también. Pero cesó tan pronto como empezó, colapsándose en sí mismo y devolviendo al lugar el silencio que lo inundaba. Teresa, aferrada su espalda a la pared, volvió a escuchar su respiración.

Una polvareda ascendió por el hueco de la escalera; pudo divisarlo desde el fondo del pasillo en el que se encontraba. Teresa miró agitada a ambos lados, no vio más salida que enfrentarse a la masa blanquecina que con prisa lo iba cubriendo todo. Se quitó la chaqueta vaquera que llevaba y se cubrió con ella como pudo.

Así tapada se apresuró a atravesar la inoportuna espesura. Alguna parte del edificio acababa de derrumbarse. Pensó en Ramón, pero por una extraña intuición no lo llamó, no gritó su nombre. De alguna manera supo que iba a ser inútil. Apretó las manos aferrándolas a la solapa de su chaqueta que le servía de parapeto, intentando no respirar el polvo denso que la cegaba, mirada al suelo, escalón tras escalón, y llegar a la planta baja.

Volvió a la bifurcación de los tres pasillos donde intuyó que había perdido de vista a Ramón. El polvo era más denso, obligaba a respirar tosiendo. Teresa penetró en el pasillo por el que se intuía el foco de aquella polvareda.

—¡Ramón! —Y esperó unos segundos para ver si respondía.

Solo hubo silencio. Aún entraba luz de la mañana inminente que atravesaba las partículas volátiles, dotándolas de una especie de luz propia. Al fondo pudo ver lo que parecía una escombrera que taponaba el final del pasillo y, entre la niebla de polvo en suspensión, una silueta femenina salió de una de las habitaciones y se quedó allí quieta, encarándose, esperando. El corazón de Teresa se expandió por todo su cuerpo. Lo sabía, allí estaba ella, por fin la había encontrado. Tenía miedo y rabia a partes iguales. Sensaciones extrañas corrían por su sangre; todo lo que había intentado borrar a lo largo de su vida allí estaba, su hermana, su tragedia, la herida que siempre arrastró oculta y en silencio.

—Aquí estoy, Amanda —dijo con la valentía que le insufló la explosión de adrenalina.

Una ráfaga de viento atravesó todo el pasillo y le dio a Teresa en la cara; millones de partículas de polvo en suspensión se convirtieron repentinamente en una metralla que arañó su rostro. Teresa se agachó instintivamente para protegerse y aún tuvo que posar una mano en el suelo para estabilizarse dada la fuerza del aire.

La avalancha de polvo cesó súbitamente y el pasillo retomó el brillo de los rayos de sol. El polvo había salido como había llegado, de forma inexplicable. Ahora pudo verlo. El derrumbamiento de uno de los extremos del pasillo había formado un tapón de escombros que ocultó para siempre —pues pudo ver a pocos metros un letrero que anunciaba *Room 52*— la habitación de Amanda.

Se acercó lentamente al amasijo de ladrillos, vigas y cristales. Fueron pocos los pasos que pudo dar antes de quedar helada por la visión.

—¡Por Dios! —Se echó la mano a la boca intentando contener la arcada.

Entre las piedras asomaba el rostro de Ramón, mirada perdida y fría, y toda la lengua fuera de su boca, como si la hubiera vomitado. Un poco más abajo asomaba una de sus piernas que había sido desgarrada del cuerpo y apuntaba ahora hacia el cielo; además, una tétrica cascada de lo que parecían intestinos, vísceras y despojos humanos se desplomaba por una de las grietas.

Hizo amago de vomitar, pero logró contenerse. Apartó la mirada de tan dantesca visión y halló las llaves de la camioneta entre los escombros. No dudó ni un segundo en hacerse con ellas.

La cabeza inanimada de Ramón apuntaba con los ojos justamente a los suyos. Un último impulso de vida antinatural emergió en aquel rostro desprovisto de presencia humana. Teresa pudo ver como el labio inferior empezaba a temblar, parecía esforzarse en decir algo, unas palabras finales quizás. Teresa se acercó a lo que quedaba de Ramón, a ese rostro encajado entre multitud de ladrillos desquebrajados que la miraba desde la muerte. No supo qué decir. No estaba segura.

Puede que solo fuese un espasmo muscular motivado por alguna terminación nerviosa que se resistía a perecer. Ahora el labio superior parecía recobrar su fuerza vital y también vibraba, como a punto de decir algo. Teresa se agachó.

—Ramón, ¿puedes oírme?

Los ojos de Ramón se giraron hacia atrás, retorciendo sus pupilas hasta el inverso de su cavidad ocular y dejando toda la esclerótica blanquecina a la vista.

—No podrás escapar, hermanita —profirió una voz femenina por la boca del seccionado Ramón.

Teresa, sobresaltada, echó a correr hacia el otro extremo del pasillo. Una presencia maligna la acosaba. No se dejaba ver, pero se sentía como el aire atravesando los pulmones. Corrió con la premura de la muerte pisando los talones. Atravesó el pasillo, bajó las escaleras y llegó al *hall* que fuese un día la recepción del centro.

La camioneta de Ramón, roja y desvencijada, se convirtió en el caballo alado que la salvaría de los infiernos. Entró en el vehículo e introdujo la llave en el contacto, sujetándose a sí misma, pues la ansiedad le impedía atinar con destreza.

—¡Putra mierda, arranca maldita! —gritó.

Encarada al edificio, tratando de mover ese viejo trasto, contempló un instante el complejo que acababa de abandonar. Todo en silencio. Ningún ruido de la naturaleza. Ni onomatopeyas animales, ni el crujir de las ramas de los árboles y arbustos, ni las vibraciones del aire al serpentear por los recovecos. Nada. Todo se había paralizado.

De repente, desde una de las ventanas de la segunda planta de la fachada. Una luz y una silueta. Ella misma desde el otro extremo, acechando tras la penumbra del contraluz.

—¿Por qué no vienes? ¿Qué haces allí? —Presa del pánico, Teresa siguió intentando arrancar mientras miraba aquella figura tan familiar.

El viejo motor volvió a rugir. Pisó el embrague a fondo y metió primera. Giró todo el volante y soltó el embrague a la vez que aceleraba con poco cuidado. La camioneta se torció sobre sí misma casi derrapando ante el ímpetu de su conductora, que quería alejarse de allí lo antes posible. Retomó el camino de vuelta a Pitlochry de forma temeraria, apurando la escasa anchura de la carretera y frenando en último momento antes de cada curva.

Trataba de pensar. Conducía como una loca en un vehículo que no era suyo y cuyo propietario acababa de ser descuartizado. Tenía que desaparecer. Pensó en Rose. Pensó en Pelayo. ¿Para qué había venido allí? Tenía que volver a Madrid.

XXIV

21 de enero de 2020. Martes. 14:00. Toledo, finca La Perdiz.

Había perdido la noción del tiempo y del espacio cuando recobró el aliento al escupir un espumarajo de sangre por la boca. Quiso levantarse, pero las cadenas se lo impedían. Sus muñecas sangraban por la presión. Había algo de luz, vio unas grandes velas en cada esquina de la habitación en la que se despertó encadenado. Sus piernas también estaban inmovilizadas por unos grilletes metálicos anclados en el suelo. Estaba de rodillas y sin opción alguna de cambiar de posición. Sus brazos estirados por encima de su cabeza; una larga cadena que descendía desde el alto techo los mantenía en tensión. Empezó a sentir dolor muscular, todo su cuerpo se iba despertando con dolor. Le costaba tragar y un intenso sabor a sangre se había instalado en su paladar.

Giró su cuello para otear todo el espacio. Era un salón amplio con ventanas que apenas dejaban ver el exterior: tan ennegrecidas por la mugre como estaban, no pudo deducir si estaba en la planta baja o en alguna superior, ni siquiera si estaba en el mismo edificio en el que fue atacado.

Tenía mucha sed. Su cuerpo herido y sangrante vibró con escalofríos, pues le habían despojado de su ropa; se encontraba al límite de la deshidratación. No podía hacer nada más que esperar. Inmovilizado, roto y débil, muy débil. En la posición en la que le habían dejado le costaba respirar, suponía un esfuerzo inmenso, así que procuró no moverse mucho y recuperar la calma para que la sensación de asfixia mermase. Se preguntó cuántas horas llevaría así y se preparó para que la muerte le alcanzase. Pensó en Teresa, ojalá pudiera haber hablado una última vez con ella.

—¿Y bien? ¿Ya te has despertado, padre? —sonó una voz femenina a su espalda.

El sacerdote miró de reojo para reconocer a Amanda. Ahora ya no era una niña de seis años como cuando él la conoció; ahora aquella niña vestía cuerpo de mujer exuberante, puede que no con una voluptuosidad exagerada, pero sus proporciones eran acordes y generosas. El ruido de unos tacones finos la acompañaban mientras se le acercaba; andaba con la elegancia justa y medida para realzar su figura: sus largas piernas bien contorneadas, aunque sin llegar a un dibujo muscular agresivo, firmes y tersas, cubiertas de piel fina y blanca, translúcida se podría decir, se dejaban ver gracias a la ligereza y escasa medida de un vestido rojo fuego tan pegado al cuerpo que bien podría haber sido su propia piel. Ceñido al cuerpo y alcanzando hasta el cuello, el vestido dejaba, en cambio, descubiertos los hombros y parte de los senos, que se intuían por ambos lados. De cabello oscuro y muy largo, ondulado con en una marejada, labios bien rellenos, pero sin parecer abultados, y dos ojos negros que proyectaban el mal en toda su esencia.

Andaba con pausa, como quien no tiene miedo a la muerte ni al tiempo, tan segura de sí misma que intimidaba solo con el silencio de su mirada. Dio varios círculos alrededor del padre Luis,

mirándolo, gozando de su presa. Mientras caminaba en torno a él, le acariciaba con sus afiladas uñas, lo que Luis intentaba evitar apartando lo que podía su rostro.

—Hace muchos años desde la última vez que nos vimos, padre; podría mostrar algo más de amabilidad.

—¿Amabilidad dices? —Alzó la mirada señalando las cadenas que lo tenían preso.

—Bueno, hace treinta años nuestro último encuentro no fue mucho mejor, ¿verdad? Tampoco yo recibí un trato muy cordial por su parte, ¿no cree?

—¿Qué quieres de mí, maldito demonio? —le retó enfurecido.

—Schssssssssss —colocando un dedo sobre sus labios—, tranquilo, padre, cuando quiera algo... simplemente lo haré. —Se tomó su tiempo para seguir mientras lo observaba, saboreando la venganza—. ¿Dónde está Teresa?

La pregunta le pilló desprevenido.

—¿Qué Teresa? —intentó disimular.

Sonó una carcajada llena de malicia.

—¿La puta de mi hermana! ¿A cuántas Teresas conoce, padre?

—¿Deja a tu hermana en paz, Amanda!

La mujer hizo un gesto reclamando su inocencia.

—Yo no le he hecho nada y, por lo que sé, parece que es ella la que me está buscando, ¿verdad, padre? —Le acarició la mejilla a la vez que se acercó a su rostro sigilosamente; se aproximó tanto que podía notar su respiración. Intentó besarle, pero Luis se apartó de la trayectoria de aquellos labios. La mujer volvió a reír.

—¿Qué es lo que quieres de Teresa?

La pregunta pareció sorprender a Amanda, que se incorporó sin querer insistir visto el rechazo que mostraba el sacerdote.

—La quiero a ella, es mi hermana gemela y hemos estado demasiado tiempo separadas. —Lo miró ahora con severidad—. ¡Por tu culpa, maldito cura, tú me arrebataste a mi hermana!

—Yo solo hice lo que había que hacer —se excusó mientras movía los dedos de las manos intentando que volviera el riego sanguíneo hasta ellos, pues la presión que le imprimía la cadena estaba asfixiando sus extremidades.

—¿Sí? —Puso cara de inocencia—. No tenías ningún derecho a irrumpir en nuestro destino.

—¿De qué destino me hablas, maldita? ¡Mataste a tus padres!

Amanda torció el gesto y empezó a enseñar los dientes como una perra rabiosa. Se abalanzó sobre el sacerdote y, cogiéndole del cuello, lo empujó con fuerza. Hubiese caído al suelo si no fuera por las cadenas que lo tenían apresado, así que solo se zarandeó en el sádico columpio.

—¿A quien voy a matar arrancándole los huevos y viendo cómo se desangra es a este puto curita entrometido! —le advirtió—. Tú no lo entiendes. Crees que por vestir una sotana y alzacuellos tienes superioridad sobre mí, ¿verdad? Te crees toda esa mitología de Dios y el demonio —emitió una carcajada insolente—. De hecho, estoy segura de que piensas que yo soy Satanás o que mi cuerpo está invadido por alguna presencia maligna —siguió riendo, esta vez con más fuerza.

—Hace años fallé, te fallé a ti y a tu hermana, no conseguí devolverte a la luz —dijo con culpabilidad y tristeza.

Amanda empezó a caminar alrededor del hombre encadenado. Estaba gimoteando como un niño, mirándola de soslayo, sus ojos estaban llenos de tristeza. Ella se mostró impertérrita ante el desplome de aquel hombre. Volvió a acercarse hasta él, se acuclilló para ponerse a su altura y sujetó su barbilla con una mano.

—Tú no fallaste a nadie.

—¡Sí que lo hice! No conseguí liberarte de la influencia maléfica que tu abuelo te inculcó en aquel maldito ritual satánico —se excusó casi pidiéndole perdón.

—No me hagas reír, no metas a Saturnino en esto, él no tiene nada que ver conmigo.

—No hables así, era tu abuelo y no era un mal hombre, solo que se apartó del buen camino.

Amanda se quedó mirándolo en silencio. El sacerdote respiraba con agitación y dificultad, empezaba a sentir que no le quedaba mucho tiempo en este mundo.

—Eres un completo imbécil y no entiendes nada, puto bastardo. ¿De verdad crees que mi abuelo tuvo algo que ver? ¿Un jodido fracasado que lo perdió todo y acabó metido en una puta secta de chiflados? ¿De verdad crees que soy la hija de Satanás o algo parecido? —El sacerdote no respondió, ya no tenía fuerzas para rebatir nada y se mantuvo en silencio—. Aquel ritual me pareció divertido, lo reconozco, aún recuerdo la estúpida cara que tenía mi hermanita, tan acongojada de ver a todas aquellas personas follando delante de ella, incluido nuestro abuelo; pero no, esa reunión, esa invocación al diablo, no tiene nada que ver conmigo, padre, aquello era un juego para mentes débiles y yo siempre he tenido mi propia esencia.

—Pero ¿recuerdas aquel ritual al que os llevó vuestro abuelo? —Sacó fuerzas de flaqueza para comprender lo que estaba intentando decirle.

—Pues claro que lo recuerdo, con absoluta nitidez. Tengo recuerdos de todo, padre.

—No es posible, solo tenías tres años. —Negó con la cabeza.

—Recuerdo incluso estar unida a mi hermana en el vientre de mi madre.

—¡Mientes!

—No. Tengo plena memoria y puedo visualizar cada momento de mi vida, incluso de la época intrauterina. ¿Le sorprende, padre?

Luis la miraba extrañado, aturdido, pues la mujer sonaba muy convincente.

—¿Por qué mataste a tus padres? Ellos te adoraban, Amanda.

—Era necesario hacerlo, padre —respondió con rotundidad.

—¿Necesario dices? ¿Necesario para qué?

—Para que mi hermana y yo pudiésemos ser una única persona, una única identidad sin nadie más mediando entre nosotras, ¿lo entiende?

Su cabeza empezaba a palparle por dentro, tenía la sensación de que iba a estallarle en cualquier momento; el desgaste físico que acarrearaba su cuerpo y la sordidez del argumento de Amanda le superaban.

—No entiendo nada de lo que dices, demonio —expulsó con síntomas evidentes de agotamiento.

Amanda sonrió y abrazó con gesto cariñoso al sacerdote; arrulló su cabeza sobre su pecho y le susurró:

—No te enteras de nada. Pobrecito. No soy un demonio, así que de nada sirven tus juegucitos de exorcista, ¿lo recuerdas? Fue divertido ver cómo intentabas sacar de mí al maligno, pero te equivocaste, padre, mucho me temo que tu Dios y su demonio no existen, al menos, en la forma iconográfica en la que los concibes. Yo no soy nada de eso, no tengo nada que ver con esa mitología ni con ninguna otra.

—Entonces, ¿por qué dejaste escritos algunos de los once mandamientos satánicos que tu abuelo en su día promulgara? ¿Por qué usaste la crucifixión para matar a tus tíos?

—Ah, ¿era por eso? —Esbozó una sonrisa—. Los once mandamientos, ya entiendo. Solo era una forma de llamar la atención de mi hermana. Sé que a ella nuestra abuela le advirtió con alejarse de esas enigmáticas frases que mi abuelo recitaba en su secta. Pensé que si dejaba esa huella en las

escenas de los asesinatos de mis tíos Carlos y Yasmina, llamaría la atención de la prensa y, a través de ella, de mi hermanita.

—Pero... —el padre Luis intentaba meterse en la mente de la mujer para entender su naturaleza atroz— ¿por qué no has ido directamente a por tu hermana? Seguro que...

—Sí, no te equivocas, padre —interrumpió—; podría haber ido directamente a por ella, pero no hubiese sido la forma adecuada de encontrar mi plenitud.

—¿De qué plenitud me estás hablando, por Dios? —gritó desesperado.

El leve arrebató del sacerdote sorprendió a Amanda, que se separó de él y empezó a caminar dándole la espalda. Dobló sus brazos por detrás para desabrochar la cremallera del vestido y la bajó con suavidad. Lo abrió tirando del cuello y dejó al descubierto su espalda. Se giró de nuevo y mostró sus pechos al sacerdote, que miraba entre aterido y aterrado.

—Teresa y yo somos un todo indivisible, gemelas, ¿recuerdas? Un mismo óvulo que en algún momento se dividió en dos arrebatándome esa parte que necesito y ¡tú, maldito bastardo, nos separaste! Pero ha llegado el momento de recuperar la plenitud. Sí, como lo oye, la plenitud. Seguro que recuerdas a la cerda de mi hermanita como un ser angelical y en cambio a mí... bueno, me practicaste un exorcismo, ¿verdad? Creo que eso define bastante bien la consideración que tienes de mi persona. Y... en fin, no vas mal encaminado del todo, padre. Yo soy el mal. Sin adjetivos mitológicos. El mal a secas. Puro y simple. Así de sencillo.

El moribundo sacerdote la escuchaba atemorizado.

—¿El mal? —Intentó ponerse de pie, pero las cadenas que lo sujetaban por las piernas solo le permitieron ponerse de rodillas—. ¿Y para qué quieres a tu hermana?

—Para someterla, padre; sin su voluntad mi poder no será completo.

—¿Poder? ¿Poder para qué, Amanda?

—¿Para dominar el mundo! ¿Qué otra cosa si no entraña y desea la voluntad del mal?

Luis se quedó perplejo al revelarle el significado de la existencia de Amanda.

—Estás enferma, loca, y eso acabará por destruirte —quiso amenazarle provocando la atención de Amanda, que acababa de quitarse todo el vestido y ahora se paseaba desnuda con total naturalidad, tan solo mantenía sus tacones.

Volvió a acercarse al sacerdote para hablarle bajito, pegada a su rostro.

—No, corazón. A mí no podéis destruirme. El mal es algo inmanente a la humanidad, siempre ha estado ahí y siempre lo estará.

—Pero tu cuerpo, ese cuerpo que llevas como vestido, no lo resistirá todo.

—Tampoco el de mi hermana, padre, no lo olvide —amenazó—. Ya le he dicho que Teresa y yo somos un todo indivisible, así que, si de verdad aprecia a mi gemela, deberá decidir muy bien qué va a intentar contra mí.

Se apartó unos metros del cura y recogió algo del suelo para dejárselo a su alcance.

—¿Un móvil?

—Para que llame a mi hermana. Ya le he dicho que yo no puedo intervenir directamente, es ella la que tiene que desear encontrarme, pero puedo ayudar, eso sí. Llámela y dígale dónde está su hermana gemela. —Sonrió descaradamente y llena de maldad.

Amanda se acercó aún más para, alzando sus manos, alcanzar un mosquetón que sujetaba una parte de la cadena con otra y liberar al cura de la atadura que lo tenía sujeto al techo. La parte de la cadena que sujetaba las muñecas del sacerdote cayó impactando con el suelo, así como el propio hombre que, exhausto como estaba, se desequilibró por la propia inercia de la cadena y siguió su misma trayectoria.

—Así podrás usar tus manos para llamar a tu querida Teresa —confirmó, y empezó a caminar hacia el fondo del salón, fundiéndose con la oscuridad de la sala, desapareciendo sin más.

—¡Espera, Amanda! ¿Para qué son esos drones que vi despegar?

La mujer se detuvo, le concedió un instante y giró un poco la cabeza. Estaba oscuro, pero aún se dibujaba su silueta al fondo.

—Tan solo era una prueba, padre. El verdadero ataque está a punto de empezar.

—¿Ataque? ¿Qué pretendes?

—Ya se lo dije antes. —Luis permaneció callado y expectante. Intentaba pensar a la velocidad del rayo y, por más que lo intentaba, no alcanzaba a visualizar las intenciones de la mujer— Voy a dominar el mundo. — Y siguió su camino hasta desaparecer en la oscuridad del fondo.

—¡Amanda, Amanda, espera, no te marches! —gritó inútilmente.

Tenía sus manos atadas a un trozo de cadena que Amanda había soltado del otro extremo anclado en el techo; pero podía usarlas como ella le había dicho y tenía el móvil justo delante. Lo encendió. Comprobó que era su propio teléfono. El reloj marcaba las 15:15 horas; se asombró del tiempo que llevaba allí encerrado. Visualizó en la pantalla el número de Teresa y se quedó paralizado pensando en lo que debía hacer.

Un estruendoso zumbido comenzó a sonar desde el exterior. Inmediatamente recordó los drones; parecía que volvían a despegar y recordó las palabras de Amanda: «El verdadero ataque está a punto de empezar».

XXV

21 de enero de 2020. Martes. 15:00.
Madrid, comisaría de Gran Vía.

Había transcurrido toda la mañana en soledad; desde que salió del hospital no quiso verse con nadie, no estaba de humor, así que se concentró al máximo en el trabajo. Recorrió el centro de Madrid, la plaza Dos de Mayo, volvió a Demáscaras y a Grimofarmaceutix buscando algo, rastreando como el viejo sabueso que era. Después de unas cuantas horas se reconoció a sí mismo y en silencio que solo estaba huyendo de la cruda realidad que se le pintaba de frente. Tiziano, el novato, el novísimo, sin apenas tiempo de haberse estrenado, con la piel aún blanda, con el ánimo y la voluntad sin cicatrices, se había ido al otro mundo demasiado pronto por culpa de ese fatídico disparo. Pensó en Sara como tal, como mujer. Reprochó al destino las circunstancias en las que se habían envuelto, quería enfadarse con alguien, pero, a veces, la más injusta de las situaciones solo está provocada por la arbitrariedad. Así que se mantuvo ocupado en la investigación del caso. «¡Si al menos pudiera detener a esas dos malditas zorras!», se reprochó.

La ansiedad por descubrirlas le estaba colapsando, le estaban venciendo, aún no derrotado del todo, pero por el momento le ganaban la partida y la desventaja crecía a cada segundo. Ahora tenía varios compañeros muertos, otros desaparecidos, a Sara imputada por la muerte de Tiziano y un caso sin resolver.

Al llegar el mediodía su voluntad empezó a ceder, no estaba sirviendo de nada, no podía dejar de pensar el futuro inmediato de Sara, en la noche en la que cenaron juntos en su casa, en todos estos años trabajando juntos. «Sí, viejo perro, estás enamorado de ella, lo has estado siempre». Y ahora era una brújula disparada hacia mil puntos cardinales, totalmente desubicado y sin poder encontrar el norte. Le entraron ganas de liarse a tiros con la vida misma.

Cuando su aciaga figura apareció en la comisaría de Gran Vía, se hizo un silencio en toda la oficina, hasta los teléfonos parecían entender que no era un buen momento para hablar. Santiago, el comisario, se aproximó al verlo.

—¿Qué tal, inspector? He oído lo que ha pasado, ¿se encuentra bien? Siento lo de su compañero. ¿Cómo se llamaba...?

—Tiziano —le aclaró.

Malatierra lo miró con cara de pocos amigos y eso parece que le vino bien al ego del comisario, que por unos instantes empezó a relatar en voz alta un resumen escueto de los hechos acontecidos los últimos días, dándoselas de entendido, como si fuera él la cabeza pensante de la investigación. Mientras, el inspector contuvo como pudo sus impulsos y se encendió un cigarro allí dentro.

—¿Qué tal la subinspectora? ¿Ha podido verla?

Roberto se llevó el cigarrillo a la boca y le dio una profunda calada para evitar tener que contestarle y de paso mantener una de las manos, seguramente con la que estrangularía la pedantería del comisario, ocupada.

El comisario, percatándose del estado anímico del inspector, oliendo su malaleche y el orgullo de tan ilustre policía bien hundido en la mierda, se elevó de nivel.

—Por lo que he oído, parece que a su compi ayer se le fue la mano. A lo mejor nos estamos equivocando con tanta ideología de género, ¿no cree? Yo pienso que para determinados...

—¡A lo mejor podrías cerrar la puta boca y dejarme en paz! —explotó al fin, cortando por lo sano al comisario.

La tensión llenó la oficina, los agentes corrigieron sus posturas, silencio absoluto y mirada puesta en las pantallas de los ordenadores, simulando que no había pasado nada. Pero no se podía negar el cruce de miradas entre los dos superiores, retándose mutuamente a cometer una locura, esperando al otro; cualquier mínimo gesto o amenaza abriría la caja de Pandora entre los dos. Malatierra no cedió, clavó sus pies en el suelo y disparó su mirada al comisario. Le estaba diciendo «a ver quién tiene más huevos aquí».

—¿A qué ha venido, inspector?

Se tomó su tiempo apurando el cigarrillo que apenas le había durado un par de minutos ante el ímpetu de sus pulmones gastados, pero que aún resistían.

—Necesito hablar con el detenido.

—Pues nadie se lo impide, está abajo, con la basura.

Malatierra tiró el cigarro al suelo y lo pisó con fuerza.

—Sí, ya me imagino que no se te habrá escapado.

—Pues ya ve que no, inspector, por aquí solemos hacer bien nuestro trabajo.

—Desde luego, se te da muy bien mantener encerrados en sus jaulitas a los pájaros que te traemos. —Se dio media vuelta sin concederle más réplica, pues notaba que las ganas de patearle el culo iban creciendo peligrosamente, y se marchó en dirección al sótano, a los calabozos.

El comisario, por su parte, se encerró en su despacho.

—No me paséis llamadas —ordenó.

No pudo evitar el temblequeo de su pierna derecha en el asiento del avión durante las dos horas y media que duró el viaje. Su vuelo de vuelta estaba a punto de aterrizar en Barajas. Tenía los oídos taponados y su cabeza era un hervidero de voces alertándola de lo que podría pasar. La noche anterior, un extraño incendio en la casa de Rose y esa misma mañana, un desaparecido en Pitlochry. Se le vio por última vez con una mujer morena. Ha sido descuartizado y la mujer que lo acompañaba aún no ha sido encontrada. Se desconoce su identidad, así como sus intenciones.

De esa forma, Teresa se atormentaba, visualizando posibles titulares que girarían en torno a ella. Respiraba con inquietud desde su asiento, no paraba de mirar a todos lados, estaba deseando llegar y volver a encender el móvil. Tenía que hablar con Pelayo, no sabía nada de él desde hacía casi dos días, estaría muy preocupado; y necesitaba volver hablar con el padre Luis. Aún no le había devuelto la llamada de la noche anterior.

El avión estaba perdiendo altura; desde cabina ya habían dado el aviso a la tripulación para que se prepararan para el aterrizaje. De repente, el gigantesco aparato hizo un extraño, una sensación de caída vertical que duró apenas un segundo estremeció al pasaje y algún suspiro se escuchó al fondo. Teresa pensó que si el avión se estrellaba ahora, todo se acabaría en un instante. Se

reprochó ese pensamiento de inmediato. Necesitaba llegar cuanto antes, aunque no tenía nada claro qué iba a hacer nada más poner los pies sobre la tierra de nuevo.

—Inspector, ¿ha llamado mi mujer? ¿Se sabe algo de ella? —preguntó nada más reconocer su figura tras las rejas de su celda.

—No. Acabamos de pinchar tu móvil por si lo hace, pero aún nada. —Malatierra llevaba consigo un pequeño taburete y lo colocó justo delante de la celda de Pelayo. Se sentó y apoyó sus manos sobre las rodillas—. ¿Por qué crees que va a llamarte?

—No lo sé... es mi mujer...

—Pues vaya mujer tienes, Pelayo, está hecha toda una Fittipaldi, ¿no te parece?

El inspector sacó de su bolsillo el paquete de cigarrillos y extrajo los dos últimos que le quedaban. Le ofreció uno al detenido, que rechazó con un simple gesto de su mano.

—Inspector... es que yo... no lo sé... no estoy seguro...

—Mira, chaval —intercedió—. No sé si te estás dando cuenta de cuál es la situación, pero, por hacerte un resumen y ponértelo fácil, te diré que ahora mismo tengo a varios polis muertos, entre ellos un novato que estaba directamente a mi cargo, mi compañera Sara está en el hospital con la mierda hasta el cuello, tengo fugada a tu mujercita que ayer la lio parda con el puto coche, además de un par de crucificados que están relacionados con tu mujer y una fiesta carnívora por el centro de Madrid a cargo de unos rabiosos puestos de burundanga hasta el culo y que salieron de ese dichoso local de pervertidos en el que tú también estuviste al igual que tu mujer y esas dos amigas tuyas...

—¿Qué amigas? ¿A quién se refiere?

El inspector le dio una profunda calada al cigarro y torció el gesto sin dejar de mirarlo.

—Rosa y Carla. Deja de hacerte el tonto y ya de paso deja de tocarme los cojones porque ahora mismo estoy en un momento que si no fuera por esos barrotes que nos separan te sacaría la información a hostias, ¿me voy explicando?

Pelayo reaccionó dando unos pasos atrás.

—Inspector, yo tampoco sé qué es lo que está ocurriendo.

—Eso no me ayuda mucho, Pelayo, necesito un poco más de colaboración. —Se puso de pie, sujetando el cigarro con los labios y se cogió de los barrotes, metiendo su rostro entre ellos, apuntándole con la mirada. Mantuvo su cabeza apoyada sobre el hueco abierto entre los hierros y tomó el cigarrillo con dos dedos. Expulsó el humo lentamente—. Vamos a ver si nos entendemos. En todo este lío de cojones solo te tengo a ti para tirar del hilo y eso es lo que necesito, ¿me entiendes? Así que o me cuentas algo u ordeno ahora mismo que abran esta celda y empiezo a hacerte cantar ópera, chaval.

Pelayo temblaba y acabó por derrumbarse sobre el catre duro de la celda. Apoyado sobre la pared, contemplaba al inspector totalmente fuera de sí, no tenía pinta de estar bromeando. Quizás movido más por el miedo que por la razón, dejó que hablara libremente su intuición y se atrevió a revelar un pensamiento que había tenido, probablemente absurdo.

—¿Recuerda la historia de mi mujer? Yo no supe nada hasta ayer. Jamás me lo había contado.

—¿Te refieres a lo de la Nochebuena del 86, la historia de su gemela?

—Amanda, sí.

—¿Y?

Malatierra agarró con fuerza los barrotes; las venas de sus brazos se hincharon por la presión, sus ojos se salían de sus cuencas, la mandíbula tensa. Esperaba una respuesta que lo ayudara a

continuar.

—Pues...

—¿Pues qué? ¡Cojones, dilo ya de una puta vez!

Pelayo se tapó la boca intentando ocultar el sollozo que ya era incontenible y empezó a balbucear como un niño.

—Pues que creo que la mujer que conducía el otro día, la que me llevaba en el coche, la que provocó toda esa horrible persecución...

—¿Qué más? ¡Sigue, joder!

Pelayo respiró hondo, apretó los dientes e insufló su pecho buscando el coraje.

—Esa mujer no podía ser mi Teresa.

Malatierra cerró los ojos de desesperación. Hubiera esperado algo más. Pelayo se le acercó agarrándole las manos que aún seguían empuñando los barrotes de la celda. Lloraba desconsolado y sin tapujos. El inspector quiso echarse para atrás, pero el ímpetu repentino de aquel hombre lo pilló desprevenido.

—No me jodas, Pelayo.

—Tiene que creerme, no pudo haber sido ella, sino esa tal Amanda... Y eso es justamente lo que más me preocupa ahora... Haga conmigo lo que quiera, pero encuentre a mi verdadera mujer, por favor, se lo suplico.

Se dejó caer sobre sus rodillas, apartando las lágrimas de su rostro con la palma de las manos. Malatierra lo miró confundido: ahora tenía la extraña sensación de que el detenido no intentaba mentirle.

—¿No lo entiende? Usted mismo ha visto lo que pasó a los tíos de Teresa en Cuenca y en Trujillo, ¿verdad? Pues eso es lo que me preocupa. Si llevo razón y la mujer que conducía ayer el coche no era Teresa, ¿dónde está?, ¿qué le ha pasado? —El llanto le bloqueó la voz unos segundos y Malatierra le concedió cierta tregua—. Por favor... por favor se lo pido... —Volvió a ponerse de pie, cara a cara con el inspector, separados solo por los barrotes—. ¡Encuentre a mi mujer, haga su puto trabajo! —le ordenó espontáneamente en un ataque de rabia e impotencia inesperado.

El inspector, sorprendido, separó sus manos de la celda y retrocedió. Miró a Pelayo y, ante la severidad de su expresión, no le quedó más argumento que asentir con la cabeza.

—Eso estoy intentando, te lo aseguro —dijo con resignación y algo arrepentido del tono tan drástico con el que había intentado sonsacarle algo—. Haré todo lo posible para descubrir quién está detrás de todo esto.

Se marchó del calabozo arrastrando su frustración; tras sus pasos dejó el llanto perdido de aquel hombre que le acababa de gritar. Se sentía solo y mirado por todos. Hasta el detenido, el único detenido, se había atrevido a reprocharle su mala gestión del asunto.

XXVI

21 de enero de 2020. Martes. 15:15. Toledo, finca La Perdiz.

Finalmente decidió llamar a Teresa. Pulsó el botón de llamada, encendió el altavoz y dejó el móvil en el suelo. Acuclillado sobre él esperó impaciente mientras los tonos se sucedían sin respuesta. No estaba seguro de qué decirle y apenas le quedaban fuerzas. Había intentado llamar a la policía para dar su ubicación y que pudieran rescatarlo, pero, tal y como intuyó, al ver que el 091 no respondía, no iba a ser tan fácil; había pasado toda la mañana inconsciente, así que, si Amanda era capaz de todo aquello, seguro que habría buscado algún método para evitar que usase el móvil para pedir ayuda. La única opción era llamar a Teresa o morir. Los tonos del teléfono seguían sonando sin que nadie descolgase al otro lado de la línea.

—Vamos, Teresa, cógelo —suplicaba casi sin aliento Luis Argüelles.

Justo al encenderse el piloto verde del techo de su asiento, Teresa encendió su móvil. Las 15:05. El avión había aterrizado sin más sobresaltos y ella estaba ansiosa por volver. Esperó con ansiedad a que el pasaje comenzara a salir del aparato y, una vez diluido el embudo que se formó en la escotilla de salida, estiró sus piernas, cogió su mochila y salió por el túnel móvil de desembarco. La T4 de Barajas era un hervidero de viajeros, idas y venidas con sus múltiples y diversas historias a las espaldas, mezcladas en una jungla urbana y frenética. Avanzó caminando con premura por la terminal, esquivando a todo el mundo y evitando las colas que se iban formando en las cintas andadoras. Había decidido ir primero a casa antes de llamar a su marido. Estaría preocupado, imaginaba, pero al menos le había dejado una nota pidiéndole un tiempo. No habían pasado ni dos días de aquello, así que se tranquilizó un poco. Seguramente Pelayo seguiría esperándola en casa, arrepentido por lo que hizo, deseoso de abrazarla; y eso era justamente lo que ella más necesitaba en ese momento. Le explicaría todo lo ocurrido, incluido su pasado, su triste pasado; y, aunque se aseguró a sí misma que lo haría, estaba intranquila. ¿Cómo se tomaría su marido semejante historia sobre su mujer después de tantos años de matrimonio? Se sentía fatal. Iba a ser difícil justificar una mentira de ese alcance durante tantos años, ni siquiera ella entendía muy bien por qué no lo había hecho antes.

—¿Teresa Sánchez Crespo? —le arrancó de sus pensamientos una voz.

Sumergida en sus divagaciones, no había advertido la presencia de dos agentes uniformados que ahora se postraban con los brazos en jarras justo delante de ella, cortándole el paso. El impacto visual fue inmediato y su primera reacción fue el silencio y la sorpresa. No estaba segura de qué debía decir.

despavorida amenazaba con arroyarlos. Huían de algo, aunque no se advertía ningún peligro aparente. Los dos policías que iban abriendo camino se encararon a esa multitud que se les venía encima y empezaron a señalar en vano con los brazos extendidos que se calmasen. La gente seguía corriendo sin atender a razones; huían. Los primeros de aquel grupo ya los habían superado y seguía entrando más gente en la terminal. Pudieron ver que las puertas de acceso al edificio empezaban a colapsar ante el ímpetu de la manada que, despavorida y con expresiones de terror, corría hacia el interior de la T4.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Teresa al aire, pues nadie supo contestarle. Se había quedado sola con uno de los policías, pues los otros tres, armas en mano, corrían en dirección contraria a la marabunta humana—. ¡Mire allí! —exclamó Teresa que, al girarse sobre sí misma, pudo ver a través de las grandes cristalerías que servían de pared a la terminal un extraño aparato sobrevolando el exterior del aeropuerto, en paralelo a la terminal y muy pegado a la pared transparente.

—¿Qué coño es eso? —dijo el policía sorprendido cogiendo inmediatamente su radio—. Compañeros, tenemos fuera una especie de dron sobrevolando la zona, podéis confirmar de qué se trata. —Y esperó unos segundos la respuesta. Solo llegaron ruidos de interferencia. La gente seguía corriendo hacia todos lados; venían del exterior, algo pasaba ahí fuera, pero no sabían de qué se trataba. El policía persistía en su intento de contactar con sus compañeros sin perder de vista a Teresa, a la cual mantenía sujeta con un brazo mientras con el otro apretaba su intercomunicador.

Teresa vio su mochila tirada en el suelo, donde la había dejado el policía antes de acudir a la puerta de salida, y se agachó para recogerla con sus manos atadas a la espalda. Teresa miró al agente con expresión solícita, sugiriéndole que hiciera algo.

—¡Tenemos que salir de aquí! —Dio un paso intentando emprender la marcha y dejarse llevar por la marea de histeria colectiva que los rodeaba, pero el agente volvió a tirar de su brazo sin decirle nada, simplemente le negó con la cabeza y siguió hablando por radio.

No llegaba a escuchar lo que decía el agente a través de la radio, pues toda la terminal retumbaba con un eco infinito de gritos y alaridos de todos los tonos, timbres e intensidades. Como una coral terrible y desordenada, la inducían a mirar a todos lados buscando algo... no sabía qué estaba provocando semejante pánico tumultuoso.

De repente, el policía la soltó y desenfundó su arma. Teresa lo miró y miró a su alrededor.

—¿Dónde va? —gritó.

El agente salió corriendo, apuntando con su pistola, dando el alto a alguien a quien no conseguía ver con tanta gente por medio. Dio unos pasos laterales para poder ver mejor hacia dónde se dirigía el policía y entonces escuchó un disparo que la hizo agacharse en un acto reflejo.

Gritos y más gritos envolvieron la escena. Un hombre gordo acababa de ser abatido a tiros por el agente. Teresa se acercó hasta él. Engrilletada como estaba se sentía más segura al lado del hombre que la había detenido. Al llegar al lugar vio como el policía tiraba del brazo de una mujer que había quedado justo debajo del tipo gordo.

—¡Diooooo! Pero ¿qué está pasando? —exclamó con terror al ver que la mujer que el policía sacaba de debajo del hombre tenía el cuello totalmente seccionado con una herida abierta de la que brotaba sangre a raudales.

—¡Tranquila, señora, quédese ahí! —le ordenó el policía, que soltó el brazo de la mujer al ver que ya no se podía hacer nada por ella.

El policía tomó de nuevo a Teresa y la obligó a correr por la terminal. Ella no opuso resistencia,

simplemente se dejó llevar.

—¡Tenemos que llegar a la oficina! Allí podremos... —Justo en ese momento una señora mayor de pelo blanco se abalanzó sobre el agente, que perdió el equilibrio con el golpe que le profirió aquella anciana. Teresa quedó libre del brazo del agente, pero se quedó petrificada en el lugar. No pudo reaccionar al momento.

La vetusta señora tenía sujeto al policía, tirado en el suelo con ella encima, y le estaba apretando el cuello. Vio como los ojos del hombre uniformado se veteaban de sangre y la miraba pidiéndole auxilio. Teresa reaccionó dándole una patada en la cabeza a la enrabiada mujer y consiguió quitársela de encima al policía que, como un resorte, se levantó. No obstante, no pudo llegar a ponerse de pie, pues tal era la furia de la anciana que, tras la patada recibida y como si nada, volvió a echarse sobre la espalda del policía, esta vez mordiéndole en el cuello. Teresa pudo ver, retrocediendo lentamente, cómo la mujer clavaba sus dientes en la zona de la yugular del policía. De inmediato, un reguero de sangre empezó a manchar el suelo. El policía gritó desgañitándose. La anciana no cesó en su empeño y no tardó más que unos segundos en hacerlo callar. Teresa iba retrocediendo, alejándose lentamente, patidifusa, colapsada y aún con los grilletes puestos.

Tras el mortal mordisco, la mujer dirigió su mirada a Teresa y empezó a correr hacia ella: había seleccionado a su próxima víctima, que ya corría torpemente, atada por las muñecas y sujetando como podía su mochila con las manos. Volvió a notar la vibración del móvil en su pantalón mientras huía de la asesina que le estaba ganando terreno. Estaba a punto de cogerla cuando la anciana tropezó con alguien y se fue al suelo. Teresa, que miraba de reojo, paró en seco y se giró sobre sí misma. Respiró. Ahora la mujer estaba siendo vapuleada por varios hombres que, sin ninguna piedad, rompían el cuerpo de la mujer golpeándola con sus maletas. Teresa se alertó por el llanto de un niño que tenía a escasos metros. Lo miró y vio que tenía en sus manos una de esas tijeras que usaban los niños en el colegio. Se acercó hasta él y se dio la vuelta para mostrarle las tiras de plástico que la tenían sujeta por la espalda.

—No tengas miedo, chico, ayúdame, córtalas con las tijeras y te sacaré de aquí —le dijo lo más cariñosamente que pudo y el niño, como si un ángel de la guarda hubiese venido a rescatarlo, obedeció de inmediato. Colocó las tijeras sobre las tiras y apretó. Teresa notó a su espalda que el niño forcejeaba con las tijeras.

—Están muy duras —dijo la criatura.

—¡Aprieta fuerte! ¡Cógelas con las dos manos y aprieta con todas tus fuerzas! —le requirió.

El pequeño hizo un esfuerzo descomunal hasta que sonó un clic que hizo saltar las bridas liberando las muñecas de Teresa. Ella se volvió hacia el chico y rasgó con su mano el cabello del pequeño, que le sonrió. Colocó la mochila de nuevo sobre su espalda y sonrió al chico.

—Muy bien hecho y ahora vámonos de aquí.

Lo cogió en brazos y empezó a correr esquivando a la gente como podía. La terminal parecía una batalla campal, con peleas y forcejeos por todos lados; gente muerta, tirada en el suelo, inerte y sin vida quedaba por doquier. Personas atacando a personas en una especie de acto colectivo de canibalismo. No había avanzado aún unos metros con el niño a cuestas cuando una mujer le gritó a su lado, agarrando al chiquillo y dándole un empujón a Teresa para apartarlo de ella. Apenas pudo ver el rostro de aquella mujer. Solo vio que se llevaba al niño en brazos y lo alejaba de allí. Tuvo una última mirada con aquel chico que desde los brazos de la mujer le sonrió. Supuso que sería su madre.

Echó a correr, ahora aprovechando toda su energía, pues se había liberado del peso del niño.

Aprovechó su agilidad y estado de forma para esquivar algunos ataques y aprovechar los huecos que iban apareciendo entre la multitud. Al llegar de nuevo a la zona donde estaban las puertas de salida, advirtió que, si hacía unos minutos la gente entraba despavorida en el edificio, ahora ocurría justo lo contrario, así que se metió en uno de los ríos humanos que intentaban salir de la terminal. Se apretó todo lo que pudo en el embudo humano y consiguió salir al exterior.

Siguió corriendo por la extensa zona de aparcamiento. Necesitaba encontrar su coche, pero en aquel alboroto era difícil orientarse. Recordó la señal G15. Allí era donde lo había dejado y ahora se encontraba en la B2. Tuvo que seguir avanzando hasta alcanzar la ubicación de su BMW.

Cuando vislumbró la figura de su coche, respiró de alivio. La zona en la que se hallaba estaba algo más despejada. Extrajo las llaves del interior de la mochila y apretó el botón. Entró dentro y echó el seguro. Miró por los espejos retrovisores. No se veía a nadie y justo al lado había aparcada una furgoneta grande. Se sintió oculta y segura para respirar un segundo después de la agitada carrera.

Se acordó de su móvil y lo sacó del bolsillo. Tenía dos llamadas perdidas del padre Luis Argüelles. Al fin le había devuelto su llamada de la noche anterior. Se apresuró a contactar con él.

Todo su ser era una herida sangrante. Tiritaba a causa del frío. Su cuerpo estaba perdiendo la temperatura necesaria para mantenerse con vida. Estaba tumbado en el suelo, a oscuras, moribundo y esperando a la muerte. El móvil se mantenía sobre la palma de su mano ya sin fuerza para cogerlo. El diminuto aparato se iluminó y resquebrajó el silencio de la sala con la música de la llamada. El padre Luis entreabrió los ojos, reconoció la melodía y sacó fuerzas de flaqueza para descolgar. Teresa le estaba devolviendo la llamada.

—¿Luis?

El sacerdote carraspeó y tragó algo de saliva y de su propia sangre para poder hablar.

—¿Teresa? ¿Dónde estás?

—Padre, estoy en el aeropuerto, acabo de llegar. No va a creer lo que tengo que contarle: he estado en Edimburgo y en Pitlochry, mi hermana estuvo allí en un internado; he contactado con su abuela adoptiva, estuve con ella anoche mismo y —Luis la escuchó respirar con ansia por la boca, tomando una buena bocanada de aire, pues hablaba con mucha aceleración, parecía muy nerviosa — fue horrible, padre, estoy segura de que fue ella; estábamos tomando té cuando de repente todos los crucifijos que Rose tenía por las paredes...

—¡Teresa, escúchame! —gritó en seco el sacerdote. La mujer, medio escondida en el interior de su coche, acurrucada en el hueco de los pedales del conductor, se quedó cortada por el grito que le profirió—. Amanda está aquí, Teresa, no hace ni diez minutos que he hablado con ella en persona.

La mujer palideció ante la noticia inesperada.

—Pero yo...

—Escúchame, Teresa, no me interrumpas, no me queda mucho tiempo.

—Padre, ¿qué quiere decir con eso?

—¡Escúchame, por favor! —volvió a retomar de golpe la conversación—. Es importante. Estoy en la finca La Perdiz, no estoy seguro de si la recuerdas, hace años ya estuviste aquí, al menos, una vez. Tu abuelo te trajo a este lugar, bueno, más bien a las dos. Escúchame, Teresa, tienes que pedir ayuda a la policía y venir aquí, no vengas sola, Amanda es muy peligrosa y además está tramando algo... imagino que terrible. He visto una pequeña flota de drones despegando desde aquí al lado. Amanda está detrás de todo lo ocurrido y me temo que también de lo que va a

ocurrir, aunque aún no sé qué es lo que pretende exactamente con esos aparatos. —Teresa recordó en ese instante el dron que se cruzó tras las cristalerías de la T4 y se preguntó fugazmente si el dron y el ataque de histeria caníbal colectiva tendrían algo que ver— Escúchame, tienes que venir a la finca; se accede a ella por la carretera del Camino de San Jerónimo; a la altura del kilómetro catorce encontrarás una pista de tierra que te llevará hasta una cancela grande, después hay que bajar una pequeña loma hasta que veas una gran casa vieja. Allí estoy —jadeaba Luis por el agotamiento— o al menos eso creo. ¡Pero avisa antes a la policía! No lo olvides y no se te ocurra venir sola.

—Padre, yo... Aquí está ocurriendo algo terrible, la gente se está volviendo loca, se atacan unos a otros... —Lloraba de ansiedad mientras intentaba memorizar los datos que le acababa de dar el cura.

—Teresa, no sé qué está ocurriendo, pero tenemos que parar a Amanda y debes encargarte tú. No hay tiempo que perder.

—Padre, dígame una cosa —dijo recomponiéndose un momento.

—¿Qué quieres saber?

—Me ha dicho que ha hablado con ella.

—Así es, no te miento.

—¿Sabe si fue ella la que asesinó a mis tíos?

El padre Luis dudó un segundo, no estaba seguro de que fuera el mejor momento para semejante revelación.

—Ella fue, Teresa —le confirmó.

Gritó dentro de su coche con toda la rabia que cabía dentro de ella, apretando los puños y los dientes y la cabeza contra la puerta. Las lágrimas se le desbordaban por las mejillas como un río de dolor intenso y guardado desde tiempos inmemoriales. Teresa se convirtió en puro odio hacia aquella sombra que le había perseguido siempre en lo más profundo de su corazón. Nació desde lo más primario de su ser, como una herida que hubiese estado latente para volver a sangrar con la fuerza acumulada de un volcán que se pensaba extinto. Gritó al teléfono.

—¡La mataréeeee, juro que la mataré!

Luis se quedó atónito al escuchar aquellas palabras. Cerró los ojos y negó con la cabeza. Sabía que eso era lo último que se debía hacer. Ahora empezaba a entender la extraña materia oscura que de alguna manera vinculaba a las dos hermanas. Trató de mantener la calma y de transmitírsela a Teresa.

—Teresa, cariño, no digas eso, ese no es el camino.

—¿Que no es el camino? ¡La odio, padre! ¡La odio! ¡Mató a mis padres y a mis tíos, mi prima Elsa también murió de un ataque al corazón por su culpa! ¡La mataré, padre, la mataré, aunque sea lo último que haga!

—¡Teresa, escúchame, por el amor de Dios! Te lo ruego, ¡escúchame! —elevó el tono de voz todo lo que dio de sí. Escuchó a la mujer sollozando al otro lado de la línea, abatida, al borde de la derrota—. Teresa, tienes que entender algo, es muy importante.

—Pero padre... —intentó decir con la voz rota y más calmada, inundada en llanto.

—¡Atiéndeme, por favor! —volvió a gritarle el sacerdote y esta vez el silencio de Teresa le dio a entender que realmente lo escuchaba—. Amanda es el mal, lo lleva dentro de ella, es su pura esencia, no pretende más que eso, ser y actuar como el mal que es. Teresa, debes entender esto y presta mucha atención, grábatelo a fuego —dejó unos segundos—: ¡No debes matar a Amanda!

La mujer, desde el interior de su coche, mostró confusión ante esa orden.

—Pero... si me está diciendo que es el mal, ¿por qué no iba a...?

—Porque no puedes, Teresa; si acometes semejante acto, el mal perdurará y tú correrás la misma suerte que tu hermana. Piensa que estáis unidas por un vínculo vital. Lo que le pase a una será lo mismo que le sucederá a la otra. No debes matarla, ni siquiera debes pensar en eso. Teresa, cariño, tienes que buscar en tu corazón, en lo más profundo. Tú estás llena de bondad, eres la antítesis de Amanda, su justo contrario que la mantiene a raya, no puedes fallar en esto.

Teresa estaba al borde del colapso, no entendía nada de lo que estaba oyendo.

—Entonces, ¿qué se supone que debo hacer, padre? —preguntó llorando desconsolada e impotente.

—Teresa... tienes que encontrar dentro de ti la manera de...

—¿De qué, padre?

—De perdonar a tu hermana, es la única forma de acabar con el mal, con el perdón.

—¿Qué?

—Con el perdón, Teresa. Un mal perdonado pierde su esencia y vitalidad, es la única forma de parar a Amanda, estoy seguro de ello.

Se quedó con la mirada baja, visualizando la derrota inminente, pues no alcanzaba a sentir dentro de sí misma un mínimo resquicio para ese perdón. Amanda era para ella prácticamente una desconocida y, al mismo tiempo, su mayor dolor. No se podía perdonar, así como así, el peor de los males que había sufrido durante toda su vida, no podría olvidar todas las ausencias vividas tras el asesinato de sus padres, no sabría cómo evitar ese sentimiento de repulsa vengativa y completamente visceral. Sencillamente no era posible, todas las moléculas de su cuerpo sudaban odio hacia la figura de su doble más oscuro.

—Padre, no creo que eso sea posible —se sentenció ella misma.

Se oyó un suspiro, casi un estertor que avisaba con la amenaza urgente del poco tiempo que faltaba.

—Teresa, debes intentarlo al menos. Mira dentro de tu corazón, sé que está lleno de bondad; si alguien puede, esa eres tú. Tienes que hacerlo, si no, ella vencerá y tú lo perderás todo.

—Ya lo perdí todo hace años, padre —dijo compungida y entrecortada.

—No digas eso, aún te queda vida y tienes a Pelayo, ¿recuerdas? Tienes que venir aquí y enfrentarte a Amanda, ¿me oyes?

—Sí, padre.

—¿Recuerdas las señas que te he dado?

—Sí, sí, no se preocupe, pero antes tengo que salir del aeropuerto y avisar a Pelayo; estará preocupado supongo. —Se incorporó sobre el asiento del conductor de su coche.

—Teresa, cariño, veo que no has visto las noticias, ¿verdad?

La mujer, que mientras sujetaba con una mano el teléfono con la otra había introducido la llave del vehículo en el contacto y se disponía a arrancar su deportivo, quedó de nuevo perpleja ante la insinuación que le acababa de hacer.

—¿Las noticias? No, ¿qué ha pasado? —Temió lo peor y apretó la mano en el volante preparándose para el próximo golpe que le deparaba la vida.

El padre Luis se sentía agotado para tener que seguir dando malas noticias, pero ya era tarde para disimular el asunto.

—Teresa, según se vio ayer en las noticias, hubo una persecución policial por el centro del Madrid; un coche rojo, un Megane, se dio a la fuga y provocó varios accidentes, algunos muertos y diversos heridos.

—¿Un Megane ha dicho? —pensó automáticamente en el coche de su marido.

—Sí, Teresa, para ser más concreto, el de tu marido, o al menos eso dijeron en las noticias.

—Pero mi Pelayo no sería capaz de algo así; además, ¿por qué iba él a salir huyendo de la policía y montar un espectáculo así?

—Cierto, Teresa. No conducía él, solo era el copiloto.

—¿Quién entonces, padre? —dijo sorprendida por aquel asunto.

—Pues me temo que tú, Teresa, tu nombre ha salido en todos los diarios. Estás en busca y captura; de hecho, me extraña que no te hayan detenido ya en el aeropuerto.

Teresa miró alrededor de su coche usando los espejos retrovisores. No se veía a nadie cerca, esa parte del *parking* seguía despejada. Ahora entendía el motivo de su detención. Amagó con contárselo al padre Luis, pero le pareció que ya estaban hablando demasiado y había otros asuntos más urgentes que atender.

—¿Y mi marido? ¿Cómo acabó todo?

—A Pelayo lo detuvieron, Teresa; según las noticias, está retenido en los calabozos de la comisaría de Gran Vía a la espera de ser puesto a disposición judicial; en cambio, tú parece que en el túnel de las Delicias te escapaste y nadie se explica cómo.

—¡Amanda!

—Sí, eso mismo pienso yo. De alguna manera, Amanda se ha hecho pasar por ti y ha arrastrado a Pelayo a esa situación.

—¿En la comisaría de Gran Vía ha dicho, padre?

—Sí, Teresa, pero escúchame: ahora no es el momento, ya habrá tiempo de ayudar a Pelayo; debes pedir ayuda a la policía y venir aquí, tienes que ser convincente, tienes que conseguir que te crean porque...

—Padre, iré hasta allí, pero antes tengo que ver a Pelayo, en comisaría les contaré lo que me está diciendo.

—Te detendrán, Teresa. Es mejor que llames por teléfono a la policía y transmitas la ubicación de la finca La Perdiz. Tienes que venir aquí.

—No me detendrán, padre, después de lo que acaba de pasar en Barajas creo que Madrid se debe estar convirtiendo en un infierno en este preciso momento.

La afirmación extrañó al sacerdote, que no pudo entender muy bien lo que trataba de indicarle, pero no insistió.

—Está bien, Teresa, confío en tu criterio. Pero recuerda, por favor, debes ser fuerte y encontrar la forma de perdonar a tu hermana.

Se hizo un trágico silencio entre los dos. El padre Luis, con la cabeza apoyada en el suelo, y Teresa, con el móvil pegado a la oreja y la mirada fija en el vacío, con lágrimas al borde de sus párpados.

—No tardaré, padre. Aguante, por favor.

Colgó el teléfono, se secó las lágrimas y arrancó con furia su BMW. Aún no sabía cómo, pero tenía muy claro que no iba a dejar escapar a su hermana, costase lo que costase.

XXVII

21 de enero de 2020. Martes. 15:15.
Madrid, comisaría de Gran Vía.

—Han detenido a Teresa Sánchez Crespo en el aeropuerto, comisario. —El agente entró de súbito en el despacho de Santiago y se arrepintió nada más hacerlo ante la mirada introspectiva y serena de su jefe; no era una persona generosa en halagos. Este asintió como si nada y volvió a dejar caer su mirada sobre los papeles que tenía delante. El agente cerró la puerta con suavidad y desapareció.

Cuando quedó solo en su despacho, Santiago dejó salir la sonrisa orgullosa que había ocultado delante de su subordinado. Habían detenido a la sospechosa y él se encargaría de comunicárselo al inspector Malatierra; no se reprimiría el placer de atribuirse el mérito delante de la cara del viejo sabueso.

Salió de su despacho para colocarse en el centro de todas las miradas de la oficina. Esperaban su próxima orden.

—¿Y el inspector? ¿Sigue ahí abajo?

—Ya terminé —dijo de repente, apareciendo por el pasillo el propio Malatierra.

Santiago lo miró con desdén y se dirigió hacia una de las mesas. El agente que la ocupaba miró a su jefe y tapó con una de las manos el micrófono que llevaba enganchado desde su oreja, esperando la inminente orden.

—Que la traigan rapidito —ordenó.

El agente liberó el micro abriendo su mano para repetir la orden por radio.

—La tenemos, inspector, ahora la traen; querrá verla, supongo —sugirió a un Malatierra desganado para entrar al quite del soberbio comisario, que se le acercó para que pudiera ver bien de cerca su rostro lleno de orgullo y satisfacción de sí mismo. Le colocó, con falsa amigabilidad, una mano en el hombro—. ¿Necesita algo más? ¿Podemos ayudarle en algo más con su investigación?

La ironía del comisario le sentó al inspector como una patada en la boca del estómago. Optó sin embargo por ahorrar energías para batallas futuras y no desperdiciar nada con aquel tipejo con pinta de señorito andaluz. Contempló su rostro de mandíbula bien armada, pómulos sobresalientes y perfilados por sendas patillas que llevaba rasuradas con un estilo muy particular, esquinándose hacia las mejillas. Era una mezcla entre Elvis y Curro Jiménez, pensó Malatierra.

—No, gracias por todo, comisario —le concedió pacíficamente, dándole la espalda de inmediato y dirigiéndose a la puerta de salida. Necesitaba tomar un poco de aire fresco.

Santiago se quedó en el sitio, clavado, y observó al inspector marcharse de allí. Le pareció que aquel hombre se sentía derrotado y por un momento sintió algo de empatía por él. Reaccionó de golpe al verse observado por el personal allí presente y, como si no pudiera relajarse ni un ápice delante de su equipo, oteó toda la oficina con expresión seria y en silencio, conminando a todos los agentes que habían contemplado el choque de trenes a que volvieran al trabajo. Él se encerró en su despacho, recostó su cuerpo sobre su silla, pies en alto y cruzados sobre la mesa y las manos encajadas entre los dedos. Se dispuso a esperar la llegada de esa tal Teresa.

Malatierra sacó un cigarrillo. Notó el paquete demasiado vacío: era el último que le quedaba, no estaba seguro de si lo había comprado esa misma mañana. Hacía tiempo que había perdido el control sobre la nicotina y a veces sentía cierta aprensión por ello. «Tanta cantidad de esta mierda acabará contigo, viejo», se decía. Se alejó unos pasos hasta alcanzar la Gran Vía y miró hacia su extremo oeste. En aquella dirección aparecerían de un momento a otro las sirenas del coche patrulla que trasladaba a Teresa. Eso le alivió un poco, al menos tenían a la principal sospechosa. En otras circunstancias estaría pletórico, pero aquello representaba una victoria amarga. El precio que habían pagado era demasiado caro. Se le vino a la cabeza el pobre Tiziano. Jamás en todos sus años de servicio había sufrido un revés así. El italiano no fue el primero de los jóvenes inspectores recién ascendidos que había tenido a su cargo, pero sí fue el primero en morir bajo su tutela. Recordó la cara del joven estallando tras el impacto de la bala. Visualizó el semblante inerte y quedo de Sara. Respiró humo profundamente para contenerse, pues la emoción le estaba superando, le embargaba. Solo pensar en ver a su compañera entre rejas y las rodillas le temblaban de espanto. Se sentía culpable; al fin y al cabo, fue él quien le ordenó que detuviera a la chica rubia y esta le impregnó con esos malditos polvos de burundanga.

Entre el bullicio transeúnte de la Gran Vía, allí quieto, cual estatua humana retando la velocidad de aquella ciudad que no descansaba nunca, pensó en el pelo corto y negro de Sara, en sus ojos, en su eterna simpatía; en cómo ironizaba con él; en cómo era capaz de sacarle una sonrisa en los peores momentos, en cómo le acarició la otra noche en su casa... En ese momento se arrepintió de ser quién era e intentó imaginarse otra vida con ella sin conseguirlo con nitidez. Se asfixiaba por la carencia emocional que arrastraba desde antaño y solo la idea de poder perder a Sara, que era la única persona que le hacía sentir algo de humanidad, le heló la sangre y le secó la garganta. Así tragó saliva como pudo, con ese regustillo a tabaco y sangre al que ya tenía acostumbrado su paladar. Se giró y empezó a andar en dirección, de nuevo, a la comisaría. Esperaría allí dentro, en la oficina, entre policías impregnados de ese sudor tan particular que solo la tensión de un trabajo como aquel hacía escupir por los poros.

Un extraño ruido se precipitó atravesando el cielo de la Gran Vía madrileña. Malatierra alzó su cuello y la velocidad a la que surcaron el aire dos extraños aparatos le hizo girarse bruscamente para poder seguir su estela con la mirada. Dos drones movidos por unas grandes hélices, que vertiginosamente giraban sobre sí mismas, se cruzaron sobre el cielo que caía, pesado, en los hombros del inspector.

No tenía noticias de que se usaran drones de seguridad en la ciudad y se extrañó de la presencia de aquellos insectos metálicos. No estaba permitido que sobrevolaran por el centro de la ciudad. Los vio desaparecer al fondo de la calle, tapados por los grandes edificios. «¿Adónde irán?», se preguntó inquieto. Aquello no era normal. Miró al tráfico y a la gente caminando, algunos se habían percatado de la presencia repentina de los objetos voladores, pero, como siempre sucede en Madrid, la mayoría seguían con su ritmo. De momento, no estaba ocurriendo nada fuera de lo común. Su instinto de perro viejo, no obstante, le avisó: algo no estaba bien.

Movido por una corazonada imprecisa, regresó a paso ligero a la comisaría.

Mientras tanto, la ciudad empezó a estremecerse. Nadie supo con exactitud dónde empezó ni quién fue la primera víctima, pero las llamadas de emergencia comenzaron a saturar las líneas de la policía, creando un frenético ritmo de sirenas y agentes desbordados que se veían incapaces de atender a todos los requerimientos, según iba relatando uno de los policías en la comisaría de Gran Vía, que buscaba por radio a la desesperada una patrulla de refuerzo para dar apoyo a unos compañeros que en ese momento se encontraban en el Retiro y solicitaban auxilio de inmediato. Por lo que se transmitió por radio, una multitud corría enloquecida por todos los rincones del parque. Escapaban de algo o alguien. Al parecer, un anciano había sido agredido por un niño cerca del estanque y se había vuelto contra todo el mundo creando una cadena de pánico colectivo.

—¿Pero qué coño me estás diciendo, Javi? —gruñó el comisario pocos segundos después de salir de su despacho ante el alboroto que se estaba armando en la oficina. Todo el mundo hablaba alto, estaban llegando requerimientos desde la oficina del 091 pidiendo refuerzos para demasiados sitios al mismo tiempo.

—No tenemos más patrullas disponibles —se escuchaba decir a uno de los agentes acalorado por el agobio.

—¡Comisario, los de Moncloa necesitan apoyo! —gritó Antonio, otro de los compañeros.

—Imposible, Alfredo, acabo de mandar dos *zetas* para el Retiro y dos más a la Puerta de Toledo —le contestó Clotilde, recibiendo todas las miradas de la oficina.

—¡A ver, chicos, calma! —entró en acción Santiago—. Antonio, ¿cuántos requerimientos del 091 tenemos? —indicó señalándole con el dedo.

El agente agudizó su mirada en la pantalla del ordenador y dio un par de golpecitos con el dedo al ratón. Cuando elevó la cabeza por encima del monitor y miró a su jefe se quedó sin saliva y solo logró emitir un hilillo de voz inaudible, pues, con tanto ruido de teléfono y agentes hablando cada vez más alto, las voces de unos se iban solapando con las de otros, lo que obligaba paulatinamente a ir subiendo el tono de voz.

—¿Cuántos? ¡Antonio, joder, que no se te oye!

El hombre se puso de pie casi de un salto como intentando coger impulso y, tras un carraspeo rápido y forzado, consiguió elevar su grito por encima del estruendo de fondo.

—¡58, comisario, 58!

—Cincuenta y och... pero... ¿qué cojones está pasando? —Santiago palideció al escuchar el dato. Eran demasiados requerimientos simultáneos para una sola oficina y para colmo recibían peticiones de apoyo de comisarías vecinas, por lo que la situación era realmente estresante. La ciudad entera se estaba volviendo loca.

—¿Quién coño está usando drones en plena Gran Vía?! —irrumpió en la oficina Malatierra que venía jadeante, síntoma de haber acelerado demasiado el paso. Clavó de nuevo su mirada en el comisario Santiago.

—¿Qué? ¡Inspector, no estamos para drones ni mierdas, la ciudad está colapsando, joder! —le gritó Santiago.

Ambos se miraron de nuevo, retándose, echando fuego por el iris. Ahora el comisario fue el que dio la espalda a Malatierra y entró en su despacho, esta vez, sin cerrar la puerta. El inspector le siguió.

—¿Qué está ocurriendo, Santiago? —preguntó en tono más amable—. Acaban de cruzarse dos enormes drones surcando el cielo de Madrid. ¿Qué son? ¿Del ejército? ¿Sabes algo?

Santiago marcó un número en el teclado de su teléfono y se colocó el auricular en el oído. Miró a Malatierra confuso, respondiéndole con un pequeño suspiro.

—¿Oiga?... Sí, soy el comisario Santiago, de Gran Vía... ¿eh?... —Malatierra guardó silencio mientras intentaba sonsacar algo de la conversación que estaba manteniendo en ese instante con... aún no sabía quién—. Sí, de acuerdo... entiendo, señor, lo haremos... haremos lo que podamos... —El inspector se impacientaba a cada segundo, no le gustaba nada que fuera el comisario quién estuviera llevando el ritmo de la situación, así que llamó a su oficina de la UDEV, pero nadie le cogió el teléfono. Se extrañó profundamente. Mientras, el comisario mantenía un diálogo a base de síes, ratificándolos con un movimiento afirmativo de su cabeza—. De acuerdo, señor... la situación es muy grave... trataremos de contener a la multitud mientras se despliega el ejército... —Roberto Malatierra abrió los ojos, sorprendido al escuchar ese término—. Sí, señor... A la orden, señor... adiós.

Colgó. Ahora era Santiago el que parecía vencido por el espanto, allí sentado en su sillón, apoyándose con las manos sobre su mesa y la mirada inyectada en sangre. El inspector comprendió la situación y, para tratar de apaciguar los ánimos, se sentó en frente del comisario al otro lado de la mesa de su despacho.

—¿Qué pasa? —le preguntó casi susurrando.

—He hablado con la Dirección General de la Policía. Tenemos otro ataque de rabiosos, igual que el del sábado, pero esta vez es a lo bestia. Están por toda la ciudad. Ya han dado orden al ministerio de Defensa: despliegan al ejército. Estamos desbordados, Roberto —respondió frotándose la frente con la mano con la expresión desesperada.

—¿Qué órdenes hay?

—Mantener en lo posible las avalanchas de gente que se están produciendo, tratar de mantener el orden en nuestra zona. Al parecer, los focos de violencia se están sucediendo por toda la ciudad. Hay drones, Roberto, muchos drones.

—¿Cómo los que he visto antes?

—No sé qué coño has visto antes, pero hay drones sobrevolando toda la ciudad. Han mandado helicópteros para abatirlos.

—Pero...

—Sí, yo también me lo pregunto, pero aún no saben qué cojones pintan en todo esto y quién los está manipulando.

—¿Y si...? —pensó en voz alta Malatierra.

—Déjese de conjeturas, inspector, tenemos que salir ahora mismo a la calle con todos los agentes disponibles —le cortó el pensamiento levantándose del sillón y volviendo a la oficina. El inspector le siguió. Volvió a llamar a la UDEV, pero el silencio se mantenía.

—¡A ver, chicos, dejad los teléfonos y atendedme un momento! —La oficina seguía a un ritmo frenético de llamadas y agentes movilizandopatrullas como buenamente podían; era tal la inercia que la primera orden del comisario casi fue rechazada de plano—. ¡Qué me atendáis, coño he dicho! —repitió desgañitándose. Como si de un aula de colegio se tratase, todo el mundo allí presente puso toda su atención en el comisario y en el inspector, que ahora, ambos con el gesto torcido, el rostro pálido y con la tensión respirando por los poros, casi parecían amigos—. Quiero que os preparéis ahora mismo con material antidisturbios, revisad los cargadores, quitad los

seguros de las chicharras —toda la oficina estaba expectante— y nos vamos de aquí en tres minutos. ¿Está claro?

Nadie contestó, no hizo falta, todo el personal allí presente empezó a moverse como si hubieran ensayado la escena con mucha antelación.

—¿Dónde vamos, comisario? —Se le acercó Guillermo, que siempre era uno de los agentes más prestos a cualquier batalla. Todos miraron un segundo al jefe, esperando una respuesta.

—Parece que al mismísimo infierno, Guille.

Había entrado en Madrid por el norte, al inicio de la Castellana, con su BMW rugiendo por la autovía y ahora, tras incorporarse a la principal arteria que partía a la gran ciudad en dos, moderó su velocidad. Las cuatro torres se dibujaban al fondo como guardianes silenciosos de la urbe. A su derecha se cruzó con varias personas que transitaban con normalidad. De momento, no parecía haber mucho tráfico. Tenía que llegar hasta la comisaría de Gran Vía: necesitaba ver a su marido, lo habían detenido mientras ella andaba medio perdida en Escocia y se sentía mal consigo misma. Se le cogió un pellizco en el estómago al pensar que su hermana hubiese podido intentar algo con él y, desde luego, si Pelayo había sido detenido, era la prueba irrefutable de que Amanda había aparecido en escena y estaba empezando a actuar con la maldad y la inhumanidad propia de aquel ser psicopático que, por desgracia, tanto se parecía a ella y cada mañana veía reflejado en el espejo del baño al asearse. Millones de veces deseó no tener gemela, al menos eso: hubiese sido más fácil olvidar el rostro de su hermana. No obstante, a pesar de los años transcurridos sin ningún contacto, le resultaría fácil reconocerla. Tanto como ver una foto propia.

El semáforo que la tenía retenida justo detrás de una furgoneta cambió al verde y volvió a pisar el acelerador de su automático. La furgoneta giró a la derecha dejándole la visión de las cuatro torres expedita. Teresa acercó su barbilla al volante para poder ver mejor. Algo le llamó la atención.

—Parece... es igual que en el aeropuerto.

Un dron sobrevolaba la primera de las torres, circundándola a la mitad de su altura. Agudizó todo lo que pudo la vista. Los cristales del edificio estaban saltando por los aires.

—¡Dioos! —gritó echándose a la derecha y, tras un rápido vistazo al retrovisor para comprobar que nadie la embestiría por detrás, paró en seco su deportivo. Se bajó del vehículo para ver mejor. Ahora escuchaba unas ráfagas metálicas seguidas de cristales rotos. El sonido se escuchaba lejano, pero ya estaba lo suficientemente cerca para poder recibirlo con precisión.

El dron que giraba en torno al edificio se ocultó tras la cara sur de este unos segundos hasta volver a aparecer en el campo de visión de Teresa, que regresó al interior de su coche tapándose instintivamente la cabeza con la mano. Los disparos eran continuos y el edificio parecía resquebrajarse pedazo a pedazo. El aparato metálico seguía volando en círculos alrededor del rascacielos. Volvió a desaparecer de la vista de Teresa por unos segundos, eclipsado por la construcción. Al reencontrarse con el dron, ya no disparaba, algo había cambiado. Desde el coche, pegada a la luna delantera, sujetándose al volante y con los ojos bien abiertos, Teresa vio que aquel extraño y mortífero aparato expulsaba una especie de chorro blanquecino, gaseoso y no muy denso, pues parecía disiparse con facilidad. Seguía girando y girando, inyectando en el interior del rascacielos, justo por la grieta abierta en las cristaleras, aquel humo blanco que se perdía en las entrañas de la torre. Volvió a mirar por el espejo retrovisor; ningún vehículo venía, así que mantuvo su posición. Comprobó que el cierre del BMW estuviera echado y continuó mirando la escena.

Después de tres vueltas más al coloso de cristal, llenándolo con aquella nube blanca, el dron viró brusco y rápido hacia el sur, siguiendo la estela que marcaba en el horizonte la Castellana y desapareció. Teresa apretó levemente el acelerador, simplemente quiso comprobar que el coche estaba dispuesto a hacer rugir el motor a su orden. No estaba segura de lo que iba a ocurrir, pero se quedó esperando justamente eso: algo iba a pasar. El padre Luis acababa de hablarle de su hermana y de un ejército de drones. Ella misma había visto sobrevolar uno en Barajas y había logrado escapar de milagro del ataque caníbal.

—Vamos —susurró Teresa, invitando a los acontecimientos que estaban por venir que apresuraran su llegada. Miró alrededor, miró por los tres espejos retrovisores. No venía ningún otro coche en su sentido y tan solo una mujer joven y bien vestida estaba en la acera de su derecha. Había dejado su maletín en el suelo, pues se había llevado las manos a la cabeza, asombrada y con cara de angustia, al ver los disparos del dron. Teresa, desde el interior de su coche, intuyó que trabajaría en la torre. Parecía muy nerviosa.

Volvió a mirar al edificio. Un objeto cayó desde lo más alto, atravesándose verticalmente por su campo de visión, provocándole un ligero espasmo.

—¿Qué es eso? —se alertó.

Pegó su cabeza al techo para intentar ver dónde había caído, pero nada. Al segundo, varios objetos empezaron a caer consecutivamente. Giró la cabeza a la derecha; allí seguía la mujer joven, ahora con las rodillas algo dobladas, las manos en la boca y la expresión llena de espanto. Teresa bajó otra vez del coche para fijarse bien.

Seguían cayendo desde la parte más alta del edificio, desde donde también continuaban arrojándose cristales. Alguien los estaba rompiendo desde dentro. Teresa negaba con la cabeza, no podía creer lo que estaba viendo. Eran personas las que se estaban precipitando al vacío.

—¡Oh, dios! ¿Pero qué es esto? —Entró nerviosa en el BMW y se colocó el cinturón. Un ruido atronador barrió el espacio en el que se hallaba. Al mirar al frente, vio a uno de esos drones que acababa de pasarle por encima dejando un rastro blanquecino que se expandía rápidamente hasta disiparse. Teresa pulsó el botón del cierre y comprobó que todas las lunas estuvieran bien cerradas. El aparato atravesó la vía transversalmente escupiendo el humillo blanco y desapareció. Vio que la ejecutiva aleteó las manos unos segundos tratando de evitar que la envolviera la extraña masa gaseosa que había dejado el objeto volador. Teresa la contempló con las dos manos en el volante y el pie dispuesto en el acelerador. Sintió la tentación de abrir la ventanilla del copiloto y ofrecer asiento a aquella mujer, pero tras unos segundos y tras haberse esfumado la artificial niebla, comprobó que la ejecutiva estaba bien. Recogió su maletín del suelo y como si nada empezó a caminar en dirección al edificio. De refilón pudo ver su rostro: ya no parecía angustiada ni mostraba ningún síntoma de pánico. Al adelantarse unos metros sobre su posición, Teresa la contempló de espaldas. De repente, paró. Volvió a dejar el maletín en el suelo y extrajo algo del bolsillo. Al principio no pudo ver bien de qué se trataba porque la ejecutiva seguía dándole la espalda, pero se ladeó ligeramente y vio que se trataba de su móvil. No le dio la impresión de que moviera sus labios, solo parecía escuchar. Apenas unos segundos y bajó de nuevo el móvil. Teresa seguía expectante, no la perdía de vista. Tras guardar el móvil, la ejecutiva se acercó al BMW con decisión, directa al coche. Teresa apretó el volante y se empujó a sí misma sobre el respaldo del asiento. Todo su cuerpo estaba en tensión.

—Pero... ¡¿qué?! Oiga, ¡¿dónde va?! —gritó.

La ejecutiva, con el rostro serio, se acercó hasta la ventanilla de Teresa, que la miró con pavor. Estampó su maletín sobre el cristal que, a pesar de haberlo impulsado con las dos manos, aguantó

el golpe.

—¡Joder, joder, joder! —Aceleró el BMW quemando ruedas sobre el asfalto y dejó atrás a aquella mujer. No quiso mirar al edificio al pasar por su lado, mantuvo la mirada al frente y atenta a la carretera. Tenía que encontrar a su marido y salir de allí.

Pasó al lado de las cuatro torres como una exhalación, mirada al frente y con el acelerador a fondo. No entendía por qué esa mujer le había atacado de repente y su primer impulso fue huir de allí a toda velocidad. Le esperaba la ciudad tras la llamada Puerta de Europa con sus dos torres inclinadas que, a modo de pórtico infernal, se erigían amenazantes al fondo.

—¡Dios mío! —exclamó.

Se percató de que de uno de los rascacielos emanaba una inmensa llamarada de la que se desprendía una manga de humo negro espeso y turbio. Apenas tuvo tiempo de reaccionar, dada la velocidad a la que estaba manejando su deportivo. Cuando puso el pie en el freno, calentando al máximo los discos de las ruedas, varias personas impactaron contra el coche y salieron despedidas.

Teresa gritó, al igual que los neumáticos rechinaron al deslizarse totalmente bloqueados por el rugoso asfalto. Una masa espontánea se abalanzó sobre ella; venían desde ambos lados y empezaron a saltar encima del coche. No los había visto acercarse, simplemente aparecieron de golpe, interrumpiendo su camino, estrechándolo en un pasillo humano imposible de superar sin destrozarse algunos de esos cuerpos que sin explicación razonable se le venían encima.

—¿Pero qué está pasando? —gimoteó.

El coche se detuvo al fin. Nada más parar, Teresa miró por el cristal trasero; vio claramente el reguero de muertos atropellados tras atravesar esa extraña multitud. Fue imposible cuantificarlos. Teresa se aterró, pero le había sido imposible frenar a tiempo, aparecieron de golpe. Los sucesivos impactos sobre el capó del vehículo aún retumbaban en su cabeza. Dirigió de nuevo la mirada al frente.

—¡Joder! —gritó.

Dos hombres —uno joven de apenas treinta años y complexión fuerte y un anciano, totalmente calvo y con el rostro consumido por la edad— saltaron sobre el capó y empezaron a golpear la luna delantera. Teresa se protegió el rostro con ambos brazos. El cristal aguantaba los impactos que con ferocidad y mandíbula desencajada aquellos dos hombres imprimían con todas sus fuerzas. A su espalda, el resto del grupo que había intercedido en su camino ya iba llegando hasta donde el BMW había logrado detenerse tras el brusco frenazo y una mujer entrada en carnes, con mejillas sonrojadas, empezó a golpear la trasera del coche entrelazando sus manos para formar una especie de martillo humano. Golpeaban con furia y sin cesar. Teresa miró a ambos lados. La multitud se amontonaba sobre su coche, tapándole la luz y amenazando su vida. Justo al otro lado de su puerta, un adolescente, con *piercing* en la nariz y el pelo tintado de verde, tiraba con ambas manos del pulsador de su puerta. En un acto reflejo, Teresa cogió la abrazadera interna para impedirse; por suerte, los cierres estaban activados. El joven, ante la imposibilidad de poder abrir, embistió el cristal con su cabeza, dejando una mancha de sangre sobre él. La luna se agrietó, un leve crujido sonó de su interior y brilló un hilo de ruptura que se iba abriendo camino desde el interior del cristal extendiéndose en diagonal.

—¡Noooo, por favor! ¡Ahhhhh!

Antes del inminente estallido de los cristales de su coche, duramente atacado por aquellas personas, Teresa reaccionó: metió marcha atrás y, sin contemplaciones, pisó a fondo. Por el retrovisor pudo ver cómo la mujer gruesa de mofletes coloreados desapareció tras los bajos del

vehículo y, tras ella, una sucesión de rostros, todos ellos desencajados y con las miradas fuera de órbita, fueron impactando sobre la trasera del BMW.

A los pocos segundos, vio la luz de nuevo y el terreno despejado. Aprovechó para rodar el volante y cambiar el sentido de su marcha. No había sido buena idea entrar por allí a Madrid, así que, con una rápida maniobra y con la marcha atrás puesta, giró a su derecha hasta colocarse transversalmente en la carretera y retorció de nuevo el volante hacia su izquierda para salir en dirección, otra vez, a las cuatro torres. Justo antes de enderezar y emprender la huida, pudo ver por el lateral que la marabunta de fanáticos se le volvía a acercar. Pisó a fondo y los dejó atrás. Ahora su mirada abarcaba más espacio: sabía que la ciudad no era segura, algo estaba pasando, así que miraba hacia todos los puntos que le era posible mientras conducía con el velocímetro a punto de salirse de su esfera.

Al llegar a la altura de las cuatro torres agarró con fuerza el volante, pues las bases de los edificios estaban atestadas de gente que iban inundando también la carretera. Teresa no estaba dispuesta a parar. Vio como todo el mundo se peleaba con todo el mundo. En pequeños corrillos como si fuera un patio de colegio con centenares de pequeñas reyertas. Era una lucha infernal en la que se atacaban con todo: maletines, puñetazos, patadas, mordiscos, bolígrafos... lo que fuera.

Su raciocinio estaba bloqueado, no comprendía nada de lo que estaba sucediendo. Cogió la salida de Begoña hacia la autovía. Necesitaba unos minutos para respirar y pensar en cómo llegar a la comisaría de Gran Vía. Visualizó un segundo la imagen de Pelayo en su cabeza y se estremeció.

—Aguanta, cariño —se le escapó de la emoción.

Una vez en la autovía, encendió la radio del coche. Quizás en las noticias estuvieran informando sobre lo que ocurría. Necesitaba saber para poder actuar con presteza. Ruido de interferencias copaban casi toda la banda hasta que topó con una emisora que aún parecía poder hacer su trabajo. La voz del locutor sonaba atenzaba. No había mucho tráfico, pero tampoco estaba sola en la autovía. Se cruzó con varios coches volcados y alguno más que había impactado contra la mediana. Era como si hubiese pasado por allí un suicida en sentido contrario. Observó que la mayor parte de los vehículos iban tomando las salidas hacia el exterior de la ciudad. Nadie estaba respetando el límite de velocidad. No conducían, estaban huyendo. Teresa se pegó todo lo que pudo al carril derecho y trató de moderar la velocidad, de calmarse a sí misma e intentar gestionar la información que iba llegando por la radio.

El locutor seguía con su interminable sucesión de hechos, narrándolos aceleradamente y sin mucho orden: «Al parecer, el primer altercado se ha registrado en el estanque del Retiro. Un anciano ha sido atacado por su nieto, un joven de tan solo trece años que sin motivo aparente cogió a su abuelo del cuello y le sesgó la yugular presionándole con una cadena de oro que llevaba colgada. Después, el muchacho atacó a una pareja joven. Cogió a la chica del pelo y la tiró, mientras el novio de esta se abalanzó sobre el chico que, al verse aprisionado por los brazos, impulsó su cráneo sobre la mandíbula del hombre, tirándolo al suelo y aprovechando la ocasión para destrozar su rostro con una piedra. Aún no se sabe de dónde proceden los drones que están sobrevolando toda la ciudad y expulsando bocanadas de algún material gaseoso, pero se recomienda por las autoridades que se alejen lo más que puedan de esos artefactos y que procuren no respirar esa sustancia. Se han visto drones por todo el centro y a su paso han provocado un auténtico caos. En Plaza Mayor, tras el vuelo repentino de uno de esos pequeños helicópteros —por llamarlos así—, un camarero que atendía en una de las terrazas empezó a acuchillar a sus clientes; hay varios muertos y heridos y ha provocado una espantada general en toda la plaza.

Según información de un testigo presencial que estaba comiendo en esa terraza, el camarero en cuestión, que minutos antes la había atendido a ella, tras la aparición del dron en la plaza y la emisión de varias ráfagas de ese gas blanquecino, se quedó paralizado; por lo visto, el chorro de gas le dio de lleno. Todo el mundo se alertó al ver el aparato de repente que cruzó sobrevolando, a pocos metros del suelo, toda la plaza. Al cabo de unos segundos, el camarero tomó su teléfono móvil y, tras escuchar algo, en un instante, casi nada, empezó a atacar a todo el mundo».

Teresa ya estaba a la altura del centro comercial de La Vaguada mientras oía las noticias. «También en la calle Alcalá —continuaba el locutor— se ha producido una enorme estampida humana. Desde las Ventas hasta Príncipe de Vergara, la gente ha empezado a correr huyendo despavorida de la multitud de ataques espontáneos que se han ido produciendo en la emblemática calle madrileña; también se ha observado la presencia de varios de esos drones que han rociado a conciencia toda la longitud de la calle.

»No tenemos aún cifras oficiales, ni de fallecidos ni de heridos. Solo podemos trasladar a nuestros oyentes el comunicado que nos ha llegado desde el ministerio del Interior. Se recomienda por las autoridades que permanezcan en sus casas con todas las ventanas y terrazas cerradas. No salgan a la calle bajo ningún concepto y, si ya están en ella, regresen a sus domicilios lo antes posible. Si tienen la posibilidad de escapar de la ciudad, háganlo, pero se advierte que todas las vías urbanas del centro de Madrid están saturadas y en muchos puntos bloqueadas por los numerosos accidentes que se están produciendo. Se informa de que ya se está desplegando el ejército y se ha dado orden de abatir a todos los drones que sobrevuelan la ciudad. El espacio aéreo está cerrado, bajo supervisión de la autoridad militar. El aeropuerto de Barajas ha interrumpido automáticamente su actividad al registrarse también allí algunos ataques. Mantengan la calma y quédense en sus domicilios hasta que el ejército pueda retomar el control de la ciudad».

Teresa tomó conciencia de cuál era la situación. Desaceleró el vehículo y paró en el arcén derecho. No venía nadie. No había tráfico. La ciudad estaba siendo devastada por la propia gente que la habitaba. Un ataque desde dentro diseñado a la perfección. Se bajó del coche mirando hacia todos lados y se quedó un instante mirando Madrid.

—¿Cómo has conseguido hacer esto, Amanda? —preguntó al aire.

Sabía que no iba a poder entrar en plena Gran Vía. Por lo que estaban relatando en la radio, estaría colapsada y sería inútil intentar atravesarla con el coche. No iba a poder rescatar a su marido. Las lágrimas brotaron al borde de sus párpados y un ligero temblor hizo palpar sus labios.

—¡Serás tonta! —reaccionó.

Volvió al coche y abrió con premura su mochila. Cogió su móvil y llamó a Pelayo.

—Pelayo, cógelo, por favor, cógelo —lloraba con la esperanza pendiendo de un hilo.

Los tonos de llamada se sucedían sin que nadie los atendiera.

—Por favor, cógelo, necesito saber que estás bien —suplicaba en voz alta.

Cuando saltó el contestador de voz descolgó y el silencio más desolador le atravesó el alma. Se acordó de lo que le había dicho el padre Luis hacía un rato.

—¡Y una puta mierda voy a perdonar a mi hermana!

Tomó de nuevo el teléfono y con la rabia contenida insistió en la llamada.

El grupo de doce policías —al frente Malatierra y el comisario— salieron por la calle Leganitos. Llevaban puestos los petos antibalas, rodilleras, coderas y cascos; armados y cubiertos

de protecciones, y dispuestos a hacer su trabajo. Bajaron hasta el cruce con la calle del Doctor Carracido y, una vez allí, solo tenían que andar unos metros hasta desembocar en Gran Vía. Se cruzaron con algunos viandantes que corrían en sentido opuesto. Nadie les pidió nada. Malatierra se fijó en una pareja joven; él iba echado sobre los hombros de la mujer, parecía herido en una pierna e iba cojeando. Se miraron, pero no dijeron nada. También una señora de unos cuarenta años con un pequeño perro y un hombre de nariz aguileña y de mucha altura, flaco y desgarrado dejó paso al grupo de agentes al cruzarse.

—¿Pero dónde van? ¿No se puede hacer nada? —les dijo, girándose mientras se alejaba.

Los policías se miraron entre sí, buscando alguna respuesta en el compañero. Nadie dijo nada. Al fondo se cruzaba la Gran Vía y no tenían muy claro qué es lo que se iban a encontrar.

—¡Sigamos! —alzó la voz el inspector.

Malatierra y el comisario Santiago al frente, con las armas desenfundadas, dirigían el paso. Clotilde, Raquel, Pedro, Antonio, Daniel, Guillermo, Luis, Armando, Felisa y Jordi seguían los pasos de los superiores, con el ánimo a punto de desquebrajarse, pues la mayoría de ellos estaban más habituados al trabajo de oficina que a las batallas campales. Todos los agentes y oficiales disponibles ya estaban replegándose por todo Madrid.

Poco antes de alcanzar la Gran Vía madrileña, se escuchó un alboroto. Se cruzaron en su visión un grupo de siete hombres; estaban enzarzados en una pelea encarnizada entre ellos.

—¡Alto, policía! —Malatierra aceleró el paso hacia la riña con decisión, sin mirar atrás, como si él solo pudiera encargarse del asunto. Llegó el primero hasta el grupo, en plena Gran Vía, y cogió por la espalda a un hombre que se ensañaba con otro con una vara de hierro. Los otros cinco formaban un pequeño corrillo aparte; parecía que tres de ellos peleaban contra los otros dos.

—¡Quieto, no se resista! —Forcejearon, pero el tipo de la vara no se amedrentó ante la presencia de los policías que ya estaban intentando retener a los otros cinco. Malatierra consiguió estampar contra la pared al hombre, pero este seguía resistiéndose y trataba de golpearle con torpeza con la barra de hierro. Lo tenía bien sujeto por los brazos, por lo que sus ataques se volvieron inútiles; no obstante, no podía relajar la presión, pues el hombre no daba el más mínimo síntoma de calma. Miró atrás de él sin dejar de apretar al agresor contra la pared. Vio al agredido tirado en el suelo. Era un joven de unos veinte años, vaqueros rotos, deportivas y un anorak de esquíador; la sangre brotaba de su cabeza: tenía una brecha abierta de la que emanaba un gran chorro viscoso de una sustancia entre gris y roja.

—¿Está bien? —le preguntó.

Santiago y los otros diez agentes habían conseguido retener a los otros cinco. Los tenían boca abajo tumbados sobre el suelo. Tampoco cesaban en su empeño de liberarse a pesar de tener encima de ellos el peso de dos agentes por cabeza. El comisario estaba en el centro ordenando que se calmaran, pero hicieron caso omiso. Gruñían, pataleaban, estiraban los dedos de las manos; eran pura tensión muscular y no atendían a razones.

El veinteañero herido no respondió al inspector, que aún seguía intentando poner los grilletes al furioso que tenía contra la pared. El joven herido se puso de pie y, sin decir nada, corrió hacia Santiago, que le estaba dando la espalda.

—¡Comisario! —alertó Malatierra. Fue tarde, pues el joven con la cabeza abierta se abalanzó sobre Santiago dando un salto y encaramándose sobre los hombros de este. No tuvo tiempo de reaccionar; el joven le mordió en el cuello con fuerza, se adhirió a él como una sanguijuela y en menos de un segundo consiguió arrancar un pedazo de piel y tendones. Santiago cayó redondo

sobre el suelo. Su cuello era una fuente humana de sangre. Su líquido rojo saltaba a la superficie, dividido en dos pequeños chorros por donde el comisario se dejaba la vida.

Malatierra, impresionado, aflojó la presión casi sin darse cuenta y el tipo que tenía sujeto se zafó dándole un codazo en el pómulo que le hizo desequilibrarse.

Se oyó un disparo. El inspector vio a la agente Clotilde apuntando al veinteañero. Acababa de abatirlo. Cayó justo al lado del cuerpo yacente de Santiago. El hombre de la barra de hierro aprovechó ese instante para correr hacia Clotilde.

—¡Cuidado con ese! —gritó Guillermo, que se las veía difícil para inmovilizar las piernas del hombre que tenía debajo de él.

Malatierra se incorporó tras el codazo recibido e intentó en vano alargar la mano para sujetarlo. Pedro, uno de los agentes que estaba sujetando junto a Jordi a otro de los rabiosos, al ver la barra de hierro con la que se aproximaba aquel tipo, se incorporó y con un rápido movimiento desenfundó su arma y le voló la cabeza. La vara de hierro rebotó un par de veces antes de dejar su peso muerto sobre la acera. Al dejar a su compañero Jordi solo con el rabioso que sujetaban ambos, este, que parecía disponer de una fuerza sobrehumana, consiguió retorcerse y tomar por el cuello a Jordi, dándole la vuelta y volteándolo hasta tumbarlo en el suelo. Cuando Pedro se dio la vuelta, alarmado por los gritos de su compañero, el rabioso le había arrancado la nuez de un mordisco y el malherido agente se ahogaba en su propia sangre, escupiendo espumarajos y la vida misma por la boca.

De nuevo fue Clotilde la que disparó en la nuca al rabioso; fue rápida, pero no lo suficiente para Jordi.

Todo había ocurrido demasiado rápido, apenas unos segundos, y el comisario Santiago y Jordi abandonaron este mundo para siempre.

—¡Ponedlos sobre la pared! —ordenó Malatierra.

Los agentes que aún vivían cogieron a los cinco rabiosos y a duras penas consiguieron cumplir la orden, pues los detenidos seguían forcejeando e intentando escapar. Pedro se llevó un cabezazo sobre su ojo izquierdo que lo desestabilizó, pero Guillermo pudo contener él solo la furia del detenido.

Malatierra se acercó hasta uno de los rabiosos. Lo sujetaban Raquel y Antonio. Un hombre alrededor de los cuarenta, ojos marrones, mentón bien marcado y la nariz gruesa, corpulento, rudo, aunque sin dibujo muscular. Un hombre grande y fuerte que lo miraba como un perro descontrolado.

—¿Cómo se llama? —intentó razonar con él.

Solo gruñía, no emitió una sola palabra inteligible. Apretaba los dientes y los entrechocaba, haciéndolos sonar y mostrando su única intención: morder si se acercaba lo suficiente. Raquel y Antonio lo empujaban con todas sus fuerzas contra la pared, mientras con una mano le tiraban del cabello por detrás para que no pudiera cabecear. Lo tenían inmovilizado, pero aún notaban la tensión en su cuerpo. La más mínima relajación y el rabioso los atacaría.

—¡¿Qué hacemos con estos, inspector?!—gritó a regañadientes Guillermo, que imprimía toda su fuerza contra un hombre obeso que era el que más alto gruñía de los cinco detenidos.

No tuvo tiempo para dar la orden de llevarlos a comisaría cuando un dron apareció sobrevolando la escena, atravesó la calle casi a ras del suelo cortando el viento y emitiendo un agudo silbido que desconcertó a los agentes. Los rabiosos aprovecharon el momento para revolverse contra los diez agentes que tuvieron que emplearse a fondo de nuevo con ellos. El dron se elevó hasta la altura de las azoteas de los edificios y viró ciento ochenta grados. Ahora se

dirigía justo a ellos. A una velocidad vertiginosa, el extraño aparato descendió hasta casi rozar el suelo y emprendió la subida de la calle por la acera en la que se encontraba Malatierra y los demás agentes.

—¡Cuidado! ¡Apartaos! —aulló el inspector saliendo a la calzada para quitarse de la trayectoria de las hélices que, a modo de trituradora, se aproximaban amenazantes.

Los nueve agentes y el inspector reaccionaron de inmediato y, soltando a los rabiosos, se movieron hasta el centro de la carretera, dejando espacio libre al dron, que pasó por el lugar que habían ocupado casi rozando la pared con las aristas de sus hélices. Cuatro de los rabiosos se echaron al suelo pegándose lo más que pudieron para evitar el impacto con el objeto volador, pero uno de ellos, el tipo obeso y de movilidad torpe, no logró apartarse a tiempo y las cuchillas giratorias que hacían volar al dron separaron su cabeza del resto de su grueso cuerpo.

El aparato volvió a elevarse tras pasar por allí.

—¡Se escapan! —gritó Pedro al ver a los cuatro rabiosos supervivientes echar carrera abajo en dirección a Plaza de España. Clotilde, que era la que estaba en mejor posición, dio unos pasos hasta colocarse en la vertical justa con las espaldas de los huidos y sin mediar pregunta ni duda alguna descargó cuatro certeros disparos que dieron de lleno en las nuca de los fugados y con sus cuerpos sobre el cemento.

Fue un impulso irrefrenable. Tras abatirlos miró al inspector con gesto confuso; parecía que la tensión del momento le movió impulsivamente a disparar y ahora parecía dudar sobre lo que acababa de hacer. Malatierra asintió en silencio, suspirando, concediendo el visto bueno.

—¡Ahí viene otra vez! —alertó Antonio que desenfundaba su arma.

El dron volvía a virar desde las alturas para encararse de nuevo a los agentes. Malatierra se colocó en el centro de la carretera, entreabrió sus piernas, empuñó su arma con la mano derecha apoyándola sobre la izquierda y apuntó.

—¡Hay que abatirlo! ¡Disparen!

El aparato se les echaba encima, descendiendo hacia ellos como un kamikaze con el ánimo encendido.

Diez armas sonaron al unísono escupiendo fuego sobre el animal metálico que se cernía sobre ellos. Los impactos se sucedían, rebotaban sobre la estructura del dron, que parecía inmune a los disparos. Los cargadores se fueron vaciando en segundos sobre aquel bicho; el olor a pólvora y a sudor impregnaba el cuerpo del inspector. De repente, a falta de veinte metros para el encontronazo, una bala desequilibró al dron, una de sus aspas salió despedida por la inercia del rotor, se desquebrajó y voló lateralmente hasta chocar con la fachada de uno de los edificios.

—¡Cuidado!

El dron había perdido su aéreo equilibrio y estaba a escasos metros. Los agentes se movieron veloces, despejando la línea de su trayectoria y salvando de nuevo la piel. El aparato se estrelló contra la calzada y cientos de pequeños pedazos volaron por los aires, incluidas las aspas que, divididas en trozos mortales, salieron escupidas en direcciones aleatorias como una metralla cortante y mortal. El dron llevaba ancladas varias bombonas de color plata que con el impacto estallaron, dejando liberada su carga. Un humo blanco y espeso inundó de golpe el lugar del siniestro, creando una esfera gaseosa de unos treinta metros de diámetro.

Los agentes apenas tuvieron tiempo de reaccionar, salvo Malatierra, que después del fatal aterrizaje y justo antes de que le envolviera esa capa blanca que emanaba de las entrañas del aparato, se tiró al suelo tapándose la boca y la nariz, cerró los ojos y contuvo la respiración.

Aguantó sin inhalar aire, apretando los dientes, tapándose con sus manos las fosas nasales y la boca para no tragar ni una sola partícula de ese humo.

La nube blanca tardó sobre un minuto y medio en disiparse. El inspector, a ras de tierra, abrió uno de sus párpados para comprobar que volvía a ver la luz del sol. El aire parecía despejado, así que se incorporó.

—¿Estáis todos bien?

Los nueve agentes parecían estatuas. Se habían quedado paralizados, sin moverse del lugar, con una inusitada calma tan imprevista como improbable.

—¿Estáis bien? —repitió el inspector.

Nadie le contestó, aunque los nueve le miraban como si esperasen algo de él. Formaban una especie de semicírculo y Malatierra estaba justo en el centro. Los miró. Recordó la grabación de la cámara de Demáscaras y una palabra se le vino a la mente: burundanga.

Los nueve agentes habían perdido por el momento su voluntad. Ya no eran policías, sino corderitos *docilizados*. El inspector respiraba agitadamente. Oteó los dos extremos de la Gran Vía hasta donde los límites de su visión le permitían. Con el estrés de la situación no se había percatado del panorama, pero ahora lo contemplaba comprendiendo cuál era realmente la situación en la que se encontraban. Dos autobuses, uno encima del otro, imprimieron en su retina el esbozo del infierno urbano en el que se había convertido Madrid. Alzó la mirada; incontables ventanas rotas daban a los edificios un aspecto siniestro, devastador. Malatierra se detuvo en lo desierta que estaba la Gran Vía, imposible de concebir algo así, no es que no hubiera gente, pero la mayoría yacían inertes sobre el asfalto y sus aceras. La emblemática calle estaba salpicada de muerte y a lo lejos, como un eco que rebotaba por las calles adyacentes, un murmullo funesto y grave atravesó sus oídos con nitidez. Miró a los nueve agentes y nada, ni el más mínimo atisbo de emoción había en ellos, simplemente lo miraban. Se preguntó cuánto duraría el efecto de la burundanga. No supo qué hacer en aquel momento. La situación estaba totalmente descontrolada y, tras una nueva llamada inútil a su unidad, maldijo al mundo.

—¡Putá mierda!

El murmullo que resonaba como una voz interior de la ciudad se hizo más grande, amenazaba con su proximidad. El inspector, moviendo la cabeza aceleradamente, intentó hallar el punto de origen de aquel extraño sonido. No parecía humano, sino más bien venido de otro mundo. Un gran monstruo se acercaba y él se encontraba solo con nueve agentes inutilizados.

El murmullo, que ya era un ruido estrepitoso de voces alaridas, se oía cada vez más cerca, casi hacía retumbar el suelo bajo los pies de Malatierra que, inquieto, miraba a ambos lados, zigzagueando con la mirada y dando pasos hacia atrás. Los nueve seguían mirándolo y manteniendo un marmóreo silencio, cual estatuas humanas esperando que alguien les soltara una moneda.

Al fondo, por una de las bocacalles de la izquierda, el ruido hizo presencia. Una multitud de rabiosos salieron escupidos a la Gran Vía, desordenados y totalmente fuera de sí; gritando y empujándose entre ellos, no parecían responder ante nadie, era una masa descabezada que seguía una misma dirección, como un banco de peces que se mueven coreográficamente sin llegar a discernir un líder claro. Se dirigían hacia ellos, descendiendo por la Gran Vía con amplias zancadas y graves gritos, aullidos y alaridos.

—¡Hostia puta! —Malatierra los apuntó instintivamente con su arma, pero al momento se dio cuenta de la estupidez. Su arma reglamentaria no iba a poder detener a la muchedumbre. Miró a los nueve, que seguían igual.

—¡Moveos, seguidme!

Echó a correr calle abajo, seguido por su grupo, hasta girar otra vez a la izquierda para meterse en la calle del Doctor Carracido. Giró el cuello para comprobar... y sí, le seguían los nueve agentes manteniendo el ritmo. La marabunta humana que los perseguía gritaba cada vez con más fuerza. Si los cogían, todo se habría acabado. Al llegar al cruce con la calle Leganitos y girar a la izquierda para alcanzar la comisaría, se toparon de frente con otro grupo de rabiosos, no tan numeroso como el que venía por la arteria principal de la ciudad, pero igual de decidido y sanguinario. Solo unos metros de distancia evitaron el choque tras la esquina.

—¡Disparadles! —ordenó de inmediato sin más contemplaciones.

En efecto, los nueve dóciles de uniforme descargaron con efectividad todo el fuego que llevaban encima sobre aquellas criaturas deshumanizadas, abriendo hueco, rompiendo las filas de esa tétrica falange de ultratumba. Caían con facilidad pues, a pesar de su ferocidad, la carne seguía siendo blanda para el acero caliente despedido de sus pistolas. No obstante, retuvieron su paso, no podían avanzar tan rápido como habían llegado hasta ese punto y los alaridos a su espalda cada vez eran más prominentes. Les estaban ganando terreno y acabarían por rodearlos si no abatían rápido al grupo de delante. A pocos metros estaba la puerta de la comisaría, lo que debería ser su refugio, pero estaban bloqueados. El grupo delantero mermaba, pero aún contenía el paso de los policías, cada vez con menos munición; mientras, el grupo trasero ya recorría la calle del Doctor Carracido; en cualquier momento aparecerían tras la esquina.

—¡Vamos! —Malatierra lanzó su carrera, arma en mano, recién puesto el último cargador que le quedaba y los otros nueve le siguieron sin protestar. Consiguió apartar a uno de los rabiosos con un golpe certero de su brazo, esquivó a otro con un quiebro de cintura impropio de su edad; al resto, fue regalándole balazos, contándolos mentalmente, pues sabía de sobra que solo tenía doce disparos. No miró atrás, no tenía sentido hacerlo, lo único que se podía hacer era llegar a comisaría y refugiarse. No estaba seguro de cuántos quedaban, pero sabía que no era el único superviviente, pues a sus extremos seguían cayendo rabiosos, cabezas reventadas que saltaban por los aires tras el sonido de los disparos; estaba claro que, si no todos, algunos de los nueve agentes seguían tras sus pasos.

Después de unos segundos pendiendo de un hilo, entre la vida y la muerte, la claridad de la calle se abrió ante sí y con ella la puerta de la comisaría. Miró a su derecha y vio a Guillermo. No se detuvo en nadie más, simplemente esprintó, gastando su última gota de fuerza hasta alcanzar la puerta de la comisaría que, por fortuna, estaba abierta.

—Entra —le dijo a Guillermo que, con el mismo rostro impasible, aunque con la respiración agitada por la carrera entre aquellas bestias, obedeció. Malatierra miró al fondo de la calle antes de atravesar él mismo la puerta. Había sido el fin para el resto. La marabunta caníbal no avanzaba, se había quedado a unos treinta metros, apelotonados, formando una semiesfera de cuerpos como buitres despellejando un cadáver. Entró en las dependencias de la policía y cerró la puerta por dentro. Dejó caer su espalda sobre la pared y resopló con angustia y alivio al mismo tiempo.

Guillermo, de pie, lo miraba hinchando su pecho a cada respiración. Sus ojos no decían nada, estaba como muerto.

—Guarda la pistola, Guillermo —le ordenó al ver su arma colgando aún de su mano derecha. Obedeció sin decir nada y siguió mirándolo.

El inspector se puso de pie, miró una de las mesas de la oficina, se acercó a ella y cogió una grapadora y la llave de la puerta. La introdujo en la ranura y la golpeó con el objeto hasta partirla.

Miró a Guillermo.

—No abras la puerta y no dejes que nadie entre. Yo tengo que irme, tú quédate aquí, ¿me oyes? ¡Y que no entre nadie, Guillermo!

Malatierra cruzó la oficina para dirigirse a la escalera. Estaba vacía. Antes de empezar a descender los escalones, se giró. Guillermo se había quedado de pie, mirando la puerta, obedeciendo la orden. Comprendió que estaba con un rabioso, pero... Guillermo no le atacaba ¿Por qué? Se preguntó el inspector. Se apoyó en la barandilla como si el esfuerzo al estrujar su mente para intentar entender aquello le doblara el cuerpo.

—Alguien tiene que estar dirigiendo a los rabiosos —se dijo en voz alta. Recordó el vídeo de la grabación de Demáscaras, la situación era diferente. En aquel local, después de drogar a los asistentes a la fiesta, esas mujeres aparecieron en escena y con un extraño ritual, que pudo ver, pero no oír, los rabiosos comenzaron su festín; pero ahora, cómo y quién, y desde dónde se daban las órdenes pertinentes para dirigir a los infectados por la burundanga. Había sido el ataque perfecto, toda la ciudad había sucumbido en cuestión de minutos.

Descendió las escaleras hasta la planta sótano, al garaje de la comisaría.

—Bien, menos mal —suspiró.

Como tenía pensado, quedaban algunos vehículos disponibles. Se acercó a uno de los coches patrullas para disponer de él hasta que vio una de las motocicletas oficiales. Lo pensó mejor: la ciudad estaría llena de barricadas formadas por los accidentes que el ataque de los rabiosos habría ido provocando por todo Madrid. No habría espacio, así que optó mejor por las dos ruedas. Cogió el manillar con ambas manos y movió la 600 cc con un brusco vaivén. El depósito parecía estar lleno, pero faltaban las llaves. Dirigió su mirada hacia la lucecita que alumbraba la garita. Al llegar a la diminuta oficina del garaje comprobó el cuadro de llaves; no le costó encontrar la que correspondía a la única moto que quedaba en la cochera. A su izquierda vio un casco y una cazadora acolchada con protecciones de las que usaban los agentes. Se la puso con rapidez, cogió la llave y montó en el caballo de acero. El rugido del motor le contagió del valor de la bestia metálica que llevaba entre sus piernas. Iba a cruzar media ciudad infectada de rabiosos y le vino bien para levantar su ánimo sentir la fuerza de la máquina. Paró justo al inicio de la rampilla de salida y volvió a la garita. Se movió con rapidez hasta encontrar el pulsador electrónico que, con un pequeño chasquido, avisó de que la puerta se abría. Esperó unos segundos a que hubiera suficiente hueco y aceleró para escapar de allí.

«Aguanta, Sara, ya voy a por ti», era el único pensamiento que en ese momento le guiaba.

XXVIII

21 de enero de 2020. Martes. 16:30. Comisaría de Gran Vía.

Pelayo estuvo todo el tiempo apoyado en los barrotes de su celda. Durante un buen rato había estado atento al enorme barullo de voces y teléfonos que procedían de la planta superior en la que se encontraba la oficina. Después, y de un plumazo, todo el jaleo desapareció de repente. Gritó todo lo que pudo pidiendo la presencia de algún policía. Nadie vino. Entendió que se había quedado solo. A lo lejos y gracias a una ventana enrejada de ventilación que se abría en la pared del pasillo y que probablemente daría a pie de calle escuchó sonidos extraños, mitad humanos, mitad animales y también alguna explosión lejana. No alcanzaba a entender lo que ocurría, así que, durante un tiempo, al ver que nadie atendía sus gritos y los teléfonos sonaban desamparados sin que fueran descolgados, se dejó vencer por la resignación. No podía hacer nada y se quedó sentado en el catre hasta que volvió a escuchar una voz. Parecía la de Malatierra, hablaba con alguien. Volvió a encaramarse a las rejas intentando doblar la vista para ver al fondo del pasillo, pero fue imposible. Apenas un par de frases y el silencio lo envolvió todo otra vez.

—¡Oiga, inspector! Por favor, ¿puede bajar alguien aquí? —elevó su voz.

Su grito se perdió por el pasillo sin recibir respuesta alguna. Pelayo se desesperó, le dolían los brazos de apretar los barrotes y le angustiaba el ánimo no saber qué estaba ocurriendo y, sobre todo, no saber dónde estaba su mujer. Pensó de nuevo en la persecución policial que lo había llevado hasta allí, recordó la conversación en la que ella le contó la historia de su infancia. No podía explicarse cómo pudo habérsela ocultado durante tanto tiempo. Tenía una hermana gemela envuelta en una gran tragedia familiar. «¿Cómo se oculta algo así?», se preguntaba. Dudaba; ¿quién era esa Teresa que le contó tan terrible historia? ¿Quién era esa mujer que condujo su coche con la policía pisándoles los talones? Esa misma mujer le había revelado la existencia de una hermana gemela.

—Gemela —suspiró caminando de un lado a otro del habitáculo en el que lo habían encerrado, en un ir y venir de dos pasos por dos pasos, con el oxígeno justo, con la angustia hirviéndole por dentro. Desesperado por entender la situación.

Unos pasos se aventuraron por el fondo del pasillo, alguien estaba bajando a los calabozos y Pelayo detuvo su andar de presidiario al percibirlos. Miró a la reja, se acercó.

—¡Oiga!

Los pasos no se detuvieron, seguían avanzando y Pelayo encajó su cabeza entre dos barrotes a la espera. Apareció un agente de uniforme con el rostro sereno que se colocó justo delante de él, al otro lado de las rejas.

—Agente, ¿qué está pasando? Antes escuché mucho jaleo y después... —se entrecortó—. ¿Qué ocurre?

Guillermo solo miró al detenido, sin contestar, sin mostrar ninguna emoción. Solo se quedó allí, como si el sonido de la voz de Pelayo lo hubiera atraído, pero no le dijo nada.

No supo interpretar aquel comportamiento. El policía era una estatua humana, muda y fría que se había plantado delante de él. Dudó de sus intenciones y retrocedió un paso por cautela.

—Agente, ¿me escucha?

Una melodía que reconoció al instante sonó al fondo. El agente giró entonces su cuello, alertado por aquella canción: *Highway to hell* sonaba al fondo. Pelayo reconoció de inmediato el tono de llamada de su móvil. Se lo habían decomisado al detenerlo y supuso que estaría guardado en alguna caja en la que depositaban los efectos personales de los detenidos. No tuvo tiempo de decir nada antes de que Guillermo moviera su cuerpo hacia el origen del sonido. Momentáneamente, el agente desapareció de su campo de visión. La canción seguía sonando.

Pelayo esperaba ansioso, de nuevo aferrado a los barrotes. A los pocos segundos, AC/DC dejó de sonar y los pasos volvieron a escucharse, esta vez más acelerados, casi se podría decir que corrían. Guillermo apareció de repente, agitado, ahora su rostro mostraba una expresión severa y cruel. Nada más encararse a la celda de Pelayo, lo agarró por la camisa introduciendo una mano entre los barrotes y con la otra sacó su pistola para colocársela directamente sobre la cabeza. Pelayo, tras golpearse con los hierros al tirar de él el endemoniado policía, reaccionó agarrando con las dos manos el brazo que sujetaba la pistola, desviándola justo en el momento en el que un disparo sonó varias veces. La bala rebotó por las paredes de la celda y se perdió sin alcanzar a nadie. Siguieron forcejeando, policía y detenido, agarrándose torpemente y con fuerza entre los huecos que dejaban los barrotes. Pelayo no perdía de vista la pistola, tenía que impedir que le apuntara directamente, pues el agente había dejado claras sus intenciones, aunque no comprendiese el porqué. Un nuevo disparo tronó y la bala también rebotó varias veces antes de parar su funesta trayectoria. Como una ruleta rusa en la que cualquiera podría caer. El policía seguía manteniéndolo bien sujeto y Pelayo hacía lo propio con el brazo que sujetaba al temible artefacto. En un pequeño traspiés durante el forcejeo, Pelayo pudo aprovechar el desequilibrio del agente y tiró con fuerza del brazo que tenía sujeto hacia sí; sonó un crujido seco del interior de aquel antebrazo, pero el policía no emitió ningún sonido de dolor ni mostró gesto alguno de ceder, a pesar de que, con aquel tirón, Pelayo había partido la extremidad del policía. Ahora podía doblar noventa grados esa parte del brazo del agente que seguía teniendo apresado; ni el cúbito ni el radio parecían oponer ninguna resistencia y el arma cayó al suelo ante la pérdida de fuerza de la mano que la sujetaba. Pelayo se tiró al suelo *ipso facto* para apropiarse de ella. Con el movimiento consiguió desprenderse de la otra mano del policía que le sujetaba por el pecho y se retiró veloz al fondo de su celda con el arma en mano.

Guillermo no cesaba, no parecía importarle en absoluto haber perdido la ventaja; estaba desarmado y con un brazo roto y, sin embargo, empujaba su cuerpo sobre los barrotes como queriendo atravesarlos. Los ojos desbocados, salivando como un perro, jadeando, estaba fuera de sí.

Pelayo miró el arma y amagó un instante con usarla, pero no fue capaz. Seguía encerrado con aquel loco acechándolo tras las rejas. La situación era de lo más inverosímil, no sabía qué hacer. El policía extendía ambos brazos entre las rejas intentando alcanzarlo, pero solo uno de ellos lograba estirarse, pues el otro, partido como estaba, caía irremediamente hacia el suelo como

si fuese un simple trozo de goma. Aquella fractura debía dolerle horrores y, sin embargo, el policía no mostraba el más mínimo síntoma de dolor.

Highway to hell sonó de nuevo. Esta vez, más cerca. Pelayo bajó la mirada y el policía se detuvo automáticamente como si aquel sonido le paralizara. Vio cómo el agente, engatusado por la canción, introducía la mano útil que le quedaba en el bolsillo y sacó un teléfono. Era su móvil, advirtió Pelayo.

Guillermo lo miró y con el dedo pulgar de su mano pulsó la pantalla táctil. Ambos pudieron escuchar el mensaje de voz:

—¡Mata a todo el mundo!

Pelayo se estremeció; era una voz de contestador, fría, automática y robótica la que daba ese orden. De inmediato, Guillermo dejó caer el móvil al suelo y embistió con su cuerpo los hierros que los separaban. Estirando de nuevo su brazo, empujando con todas sus fuerzas y con la inequívoca voluntad de echar la celda abajo para matarle.

«Mata a todo el mundo», repitió mentalmente Pelayo.

—¡Eso es! —exclamó expresando una intuición.

Miró al policía, que continuaba enloquecido intentando atravesar la reja. Respiró profundamente e hizo lo que se le pasó por la mente.

—¡Detente ahora mismo! —gritó al policía.

Guillermo volvió a su estado inicial. Detuvo su embestida, retrocedió un paso y se quedó quieto y sereno mirando a Pelayo, el cual se asombró de su propio descubrimiento y empezó a entender. El policía solo obedecía órdenes. Divisó el móvil que había quedado tirado en el suelo. Sin perder de vista al agente, se acercó a la reja y doblando sus rodillas extendió una mano para recogerlo y hacerse con su teléfono. Guillermo seguía en el mismo estado de aparente calma. No se inmutó del gesto de Pelayo. Se atrevió a intentar algo más.

—¡Busca la llave de la celda y ábrela! —ordenó.

El agente desapareció al fondo del pasillo y no tardó en regresar con una llave en la mano. Sin mediar palabra ni mirada obedeció. El ruido de la reja al atravesar la corredera estremeció a Pelayo, que se echó para atrás apuntándole con la pistola. Le temblaba el pulso. Guillermo volvió a pasar a modo estatua, mirándolo sin hacer nada.

—¡Apártate de la puerta y sube a la oficina!

Sin más, el agente cumplió la orden y empezó a caminar, lo que aprovechó Pelayo para salir de la celda sin bajar la pistola y siguió al policía escaleras arriba.

De repente, el móvil volvió a sonar con la mítica canción. Pelayo lo sacó de su bolsillo.

—¡Quieto! —gritó a Guillermo, que se había dado la vuelta al escuchar el sonido—. ¡Quieto! —repitió con el dedo puesto en el gatillo, apretándolo levemente, justo al límite irreversible de lanzar una bala.

El policía seguía obedeciendo y pudo descolgar la llamada sin dejar de controlarlo con la mirada.

—¿Diga?

—¡Cariño, soy yo! ¿Estás bien?

La voz de Teresa sonó al otro lado.

—¡Sigue andando! —ordenó al policía, que cumplió sin más.

—¿Con quién hablas, cariño? ¿Estás bien? —preguntó Teresa alertada.

Pelayo tardó unos segundos en contestar, primero para comprobar que el agente se alejaba y segundo porque la llamada de su mujer le dejó desconcertado en medio de aquella situación.

—¿Cómo sé que eres tú? —dijo al fin.

La frase cayó como una losa sobre el ánimo de Teresa al otro lado de la línea, varada en medio de la autopista, a la altura de La Vaguada, divisando las humaredas que se desprendían de la ciudad derrotada; se esforzó por no romper en lágrimas. La interrogación de su marido sonó con una frialdad antinatural, no correspondía a alguien con quien lo había compartido todo durante tantos años. Fue la señal inequívoca de que algo había pasado y ese algo no podría ser otra cosa ni tener otro nombre que el de Amanda. Teresa tuvo la sensación previa al desvaído, pero sus piernas, inexplicablemente, contuvieron el peso de su alma; no obstante, tuvo que apoyar una mano sobre el capó del coche para asegurar su estabilidad. No le contestó, sino que siguió preguntando, pues la urgencia del momento no permitía perder tiempo en un interrogatorio inesperado, era el momento de tener fe.

—¿Sigues en la comisaría? ¿Te tienen detenido por lo de la persecución?

Pelayo, sin dejar de vigilar a Guillermo que permanecía quieto justo delante de la puerta de salida, seguía sin fiarse de aquella voz tan parecida a la de su mujer.

—¿Cómo sabes que estoy aquí? ¿Y cómo escapaste? El túnel de las Delicias no tiene ninguna salida de emergencia en el punto en el que nos detuvimos.

Se oyó un suspiro al otro lado de la línea.

—Pelayo, ya me he enterado de lo que pasó. Tengo que contarte algo que debí revelarte hace mucho tiempo, pero ahora necesito que confíes en mí y me escuches con atención —intentó redirigir la conversación.

—¿Cómo que te escuche con atención? ¿Sabes lo que he pasado? ¡Es que has perdido la cabeza! ¿Cómo puedes pedirme que confíe en ti después de lo que hiciste?

Empezó a desahogar todo el estrés acumulado de las últimas veinticuatro horas.

—Cariño, me he enterado de lo que pasó ayer por Madrid, sé lo de la persecución policial y lo de tu detención.

Pelayo se extrañó; en el fondo de su corazón, como ya le reveló en su momento al propio Malatierra, tenía un raro presentimiento de que su mujer no hubiese sido capaz de algo así, pero todo era demasiado insólito.

—Pero tú...

—Yo no, cariño. No era yo, acabo de llegar hace un rato de Escocia. Me fui a Edimburgo hace dos días y he vuelto hoy mismo.

—¿Edimburgo? —El nombre de la ciudad escocesa no fue lo que más le desconcertó, sino el recordar la conversación que tuvo con su mujer en casa, cuando esta le contó la historia de su infancia, la trágica Nochebuena en la que su hermana posiblemente acometió la peor de las atrocidades posibles; y recordó a aquella intrépida Teresa conduciendo su Megane como si de una piloto profesional se tratase. Todo aquello no encajaba y le dolía tanto que no se atrevió a reconocer aún la cruda verdad que se le ponía delante.

—¿Edimburgo dices? ¿Hace dos días? Pero... —repitió con torpeza.

—Sí, amor. Te lo contaré todo. Ahora no hay tiempo que perder. Madrid está siendo atacada por... —no supo bien qué decir—. Es peligrosa. Iba a ir a por ti a la comisaría de Gran Vía. ¿Estás allí, verdad?

—Sí, aquí estoy.

—Me es imposible llegar; por lo que están diciendo en la radio, la ciudad está sumida en un caos total. No podré entrar con el coche.

—¿Dónde estás tú? —reaccionó de su letargo.

—Parada en la M-30, a la altura de La Vaguada. Creo que podré acercarme siguiendo la autopista hasta Príncipe Pío. Quizás puedas llegar hasta allí aprovechando los túneles del metro —hablaba con ansiedad como si alguien la estuviera persiguiendo.

—¿Los túneles del metro?

—Sí, Pelayo, tienes que evitar la superficie, es peligrosa.

—¿Pero qué coño está pasando ahí fuera?

Teresa se desesperaba ante la incredulidad de su marido.

—No estoy segura, pero la ciudad está siendo atacada por...

—¡Por quién! —gritó confundido.

Los dos pararon en seco de repente. Se había elevado tanto la tensión que se les estaba yendo de las manos.

—Pelayo... por la propia gente.

—¿Qué?

—Los ciudadanos se están atacando unos a otros. Toda la ciudad se ha vuelto loca. Por radio dicen que el ejército está siendo desplegado para tomar el control. Yo misma intenté entrar en la ciudad por la Castellana y a la altura de las torres fui atacada y tuve que huir. Por eso te digo que uses los túneles del metro. Imagino que los trenes estarán fuera de servicio, dudo mucho que algún servicio público esté funcionando en este momento.

Pelayo apretó el teléfono, no entendía nada de lo que le decía. No quería creerlo, no se fiaba, no podía estar seguro de quién era aquella mujer que le hablaba.

—Pelayo, ¿no estás en la comisaría de Gran Vía? ¿Cómo es que allí no saben nada de lo que está pasando? ¡No lo entiendo, según las noticias, todo Madrid está envuelto en un caos monumental!

Su marido tomó consciencia del detalle. Era cierto. Estaba en la comisaría. Solo. Con aquel policía que había intentado matarle y que ahora, cual perro vigilante, controlaba la puerta de acceso del recinto sin chistar ni mediar palabra. «¿Dónde estaría el inspector?», se preguntó.

—Pelayo, ¡¿me oyes, Pelayo?!

—Sí, sigo aquí, espera, es que... todo esto es muy extraño.

—¡Pelayo, por Dios, tienes que reaccionar y salir de allí!

Otra vez, el mismo griterío que escuchó desde la celda se aproximaba. Se asomó a una de las ventanas que estaban abiertas. Un grupo de personas manchadas con lo que parecía ser sangre atravesaba la calle. Andaban con normalidad, pero emitían una especie de gruñido gutural al ritmo de su respiración. Eran una multitud y Pelayo tuvo la prudencia de no asomarse demasiado ni de permanecer en la ventana más que unos segundos. Se alejó de ella con la respiración acelerada.

—Respóndeme a lo que voy a decirte —le ordenó directo.

Teresa se resignó a la petición.

—Sí, dime.

—¿Dónde hicimos el amor por primera vez?

La pregunta pilló desprevenida a su mujer. Le siguió el juego y no tardó en contestar, pues sabía que su marido necesitaba asegurarse. Quiso imaginarse por lo que habría pasado para llegar a ese extremo de duda.

—En el coche de tu padre.

—¿Cuál es mi cerveza de las ocasiones especiales?

—Guinness negra.

—¿Dónde cogí síntomas de hipotermia por el frío?

—En el descenso del Sella, lo bajamos en piragua. No conseguíamos enderezarla, ¿recuerdas? Hicimos casi todo el trayecto dando círculos. —A Teresa se le escapó una sonrisa acompañada de una lágrima espontánea.

Pelayo entró en calor al ir escuchando, ahora sí, a su mujer.

—¿Y qué hacemos cuando no nos apetece hacer nada?

Teresa, desde la M-30, al otro lado de la línea sonrió.

—Sofá-peli, mi amor.

—Sofá-peli, cariño. —A punto estuvo de desmoronarse cuando la reconoció. Era su mujer, ya no tenía duda.

—Cariño, ahora tienes que escucharme. Sal de allí, usa los túneles del metro, será lo más seguro. ¿Pueden acompañarte algunos policías? Tendría que hablar con ellos, creo que sé cómo parar esto.

Pelayo miró a su alrededor y al único agente que lo acompañaba.

—Eh... no, Teresa, no es posible; déjalo, aquí no hay nadie disponible.

—¿Estás solo en la comisaría?

—Más o menos.

Teresa arrugó el gesto, pero no había tiempo que perder en detalles. Si su marido decía que no había policías, pues así sería.

—¿Crees que podrás llegar a la terminal de Príncipe Pío? Intentaré llegar hasta allí con el coche.

Pelayo dudó un momento, miró al techo tratando de visualizar el plano de metro en su cabeza.

—Desde aquí, creo que lo mejor sería coger el metro de Santo Domingo y...

—¡No, esa no, Pelayo! —corrigió de golpe—. Esa línea no tiene conexión con Príncipe Pío, caminarías hacia el norte.

Pelayo se dio un ligero golpe en la cabeza, reprochándose su error.

—Joder.

—Mira, cariño, tienes que bajar por Leganitos, evita la Gran Vía y ve directo a Plaza de España. Una vez allí trata de tomar los túneles que conectan con Príncipe Pío, ¿de acuerdo?

Si algo tenía Teresa era su capacidad resolutiva.

—Sí. Ahora lo veo claro. Eso haré.

—En comisaría tiene que haber linternas. Coge una, pues por la vía del metro irás a oscuras.

Nuevo acierto de su mujer, que Pelayo reconoció asintiendo mientras se puso a buscar el aparato luminoso que llevaría consigo.

—Y ten mucho cuidado, mi amor. Corre. Vuela como tú sabes, ¿de acuerdo?

Se le heló la sangre al escuchar la voz temblorosa de su mujer.

—Claro, cariño, no te preocupes, en unos veinte minutos o quizás menos llegaré.

—Vale, yo me voy acercando con el coche. Es posible que no pueda aparcar y esperarte en la puerta. No sabemos cómo estará de gente esa zona, así que, si no me ves cuando llegues, no te quedes quieto, sigue corriendo por el paseo de la Florida, en dirección sur.

—¿Dirección sur?

—Sí, no te preocupes, en algún momento daré contigo y te alcanzaré, ¿de acuerdo?

—Sí.

—¿Quince minutos has dicho?

—Eso espero.

—Yo también, cariño. Arranco ya para recogerte. Ten mucho cuidado.

—Lo tendré. Ahora te veo. *Ciao*.
—Te quiero.
—Y yo.

El tacto suave de la planta del pie sobre su mejilla lo despertó. Había algo de luz que entraba por una pequeña ventana al fondo. Tardó un momento en adaptarse a la penumbra y sorprenderse a sí mismo de seguir con vida.

—Incorpórate, quiero que veas las noticias —dijo Amanda con aire malicioso.

El padre Luis se apoyó sobre el suelo para elevar su torso. Aún seguía encadenado por los tobillos y a su lado, sentada también sobre el suelo, una imponente Amanda, con los pechos turgentes y puntiagudos, la escultura femenina perfecta, sus piernas dobladas por las rodillas y la barbilla pegada a estas, lo miraba con dulzura infantil.

—Quiero que veas parte de mi obra —le dijo.

Justo delante de él, sobre el suelo, había colocado una *tablet* apoyada sobre un pequeño soporte que hacía las veces de atril. La encendió y pudo ver una retransmisión en directo desde Madrid. Una vista aérea de la ciudad tomada desde algún helicóptero y la voz seria de la presentadora que narraba, no sin asombro y estupor, lo que acontecía.

—¿Qué es esto, Amanda?

Luis estaba con la vida a punto de acabarse, mucha sangre y energía había perdido ya. Las imágenes de la *tablet* lo reavivaron, una última dosis de adrenalina que su mente había generado ante el horror que visualizaba. Las azoteas escupían humo y llamas, se dibujaba un caos en las carreteras, diferente a lo que era el tráfico habitual de la capital; a la altura desde la que estaban retransmitiendo las imágenes las calles parecía un cuadro cubista con formas descompuestas y enloquecidas. Multitudes se agolpaban por diversos lugares, corrían agitadas, atacándose como animales en plena cacería.

—¿Qué es esto, Amanda? —repitió, esta vez, mirando a la hermosa y terrible mujer que tenía a su lado. Dio un ligero vistazo a su desnudez, no pudo evitarlo, y se le torció en su mente la idea de la belleza. ¿Cómo algo tan bello podía ser tan malvado?

—¿No te parece maravilloso? He conseguido inundar Madrid con la sustancia del mal y mira qué magnífica obra. —Parecía relamerse de gusto mientras el sacerdote sintió una profunda repulsión.

—Pero ¿qué es lo que quieres?

—El mal, ya te lo dije.

Algo le tiró al sacerdote de las cadenas, sintió la presión sobre sus tobillos. Al mirar hacia atrás se sobresaltó.

—Shsssss, tranquilo, no vas a ir a ninguna parte. —Le agarró Amanda con un brazo parando su impulso—. No te asustes, ella es Carla, no te hará nada malo —dijo irónica.

El cura le clavó la mirada, suplicándole que le dejaran en paz mientras la joven nínfula, de tez infantil y piel transparente, rodeada de su cabello rubio emergió de la oscuridad tras la espalda de Luis, abrazándolo con una pasión desprovista de emotividad.

—Y esta es Rosa —dijo señalando a la exuberante pelirroja que apareció justo delante del apresado clérigo, desnuda al igual que las otras dos mujeres.

—¡Empieza, Carla! —ordenó Rosa.

Fue entonces cuando la más jovencita de las tres abrió el abrazo con el que sujetaba al cura y, sacando alguna diminuta llave de algún lugar inverosímil, desencadenó a Luis. Este, al verse

liberado, se dio la vuelta e intentó levantarse, pero Rosa lo frenó por los hombros y lo llevó de nuevo al suelo. Amanda seguía sentada con total tranquilidad. Le sonreía.

—Pero... ¡¿qué vais a hacerme, demonios?! —lloriqueó como un niño asustado.

La joven rubia lo tomó por los tobillos y se los retorció cambiándoselos de lado, obligando al sacerdote a darse la vuelta y ponerse boca abajo. Rosa, que lo sujetaba por delante, lo empujó con firmeza para que flexionara las rodillas y se colocara a cuatro patas. Le puso las dos manos sobre sendas mejillas y la pelirroja lo miró de cerca.

—Ahora no te muevas, padre. A lo mejor hasta te gusta —soltó una carcajada.

Carla se aproximó por detrás y se agachó, colocando su boca justo a la altura de los glúteos del clérigo. Los separó con las manos y metió su boca en la hendidura. Empezó a lamer sin contemplaciones, con fuerza y avidez. Restregando bien la lengua sobre el ano y el perineo de Luis, que empezó a sentir náuseas, no tanto por el hecho de que la joven estuviera chupándole en esa parte de su cuerpo, sino por resistirse a reconocer el placer que al mismo tiempo le estaba provocando. Así, en esa posición, y con la jovencita brindándole las habilidades de su lengua, Amanda le acarició la nuca, haciéndole cosquillas que fueron incrementando el desasosiego del ultrajado cura.

Rosa le hizo a la rubia un gesto con la cabeza y la chica se apartó un momento para abrir aún más las nalgas del hombre. De nuevo volvió a pasar su lengua por el mismo sitio, pero esta vez empujando con fuerza. Primero logró introducir la punta de su lengua dentro del cuerpo de Luis que, al mismo tiempo que le brotaban lágrimas de impotencia, jadeaba como un perro. La joven Carla, una vez tuvo abierta aquella puerta infranqueable para la castidad del pobre sacerdote, movió sus manos hacia el escroto de este y lo acarició con delicadeza. A los pocos segundos el miembro viril, irremediablemente, comenzó a estirarse por el flujo potente de sangre que lo recorría por dentro.

—Por favor, parad —consiguió pronunciar entre jadeos.

La pelirroja se sentó justo delante de él y abrió sus piernas. Movía su cuerpo con excitación, ofreciendo al sacerdote la imagen explícita de su valle más íntimo. Lo agarró por la nuca, enredando sus dedos en el cabello del hombre y le hundió el rostro hacia ella, obligándolo a sumergirse en la humedad de su entrepierna. Lo apretó con fuerza contra su vulva.

—Así te impediré que hables, curita —dijo sonriendo de placer Rosa, que iba elevando su pelvis contra la boca de Luis.

Por su parte, Amanda se tumbó transversalmente al cura, metiendo su cabeza por debajo de su torso, buscando el falo erecto para succionarlo.

Su mente estaba bloqueada, las tres mujeres lo estaban llevando al clímax contra su voluntad. La moral de su cabeza no pudo resistir el poder del tacto de las féminas. Se desmoronó, se derrumbó. Su cuerpo se venció al placer y el orgasmo le atravesó como una descarga de electricidad que le quemaba por dentro. La explosión de su placer, líquido, espeso, abundante, fue recogido por Amanda, que recibió en su boca la debilidad del sacerdote. Tras exprimirlo, la mujer se puso de pie y se acercó a Rosa. Le lamió la boca dejando caer la sustancia viril dentro de la pelirroja, que lo recibió con agrado. Luis las miraba, excitado y aterrado. Aún tenía detrás suyo a Carla penetrándole con su lengua por la parte de atrás. Amanda y Rosa jugaban entre ellas pasándose de una boca a otra el esperma arrebatado. Se llenaban el cuerpo de caricias libidinosas y pequeños gemidos. La pelirroja indicó con la mano a la joven rubia que se acercase y esta abandonó los glúteos del hombre para tumbarse en el suelo, justo delante de él y de ellas. Rosa la cogió por los tobillos y le elevó las piernas hasta dejar el diminuto cuerpo de Carla doblado en un ángulo de

noventa grados. Se las abrió un poco. Entonces, Amanda, sin dejar de mirar a Luis, llevó su boca hasta la vagina de la joven; primero la estimuló con dos dedos y después le separó los labios. En la hendidura abierta dejó caer lo que aún llevaba en la boca. Tuvo cuidado de que no se derramara nada y todo cayera en el interior de Carla. La dejaron unos minutos en esa postura para favorecer la gravedad.

—Fíjese, padre, a su edad me va a hacer usted abuela —le dijo Rosa, pícara y malévola.

Las tres mujeres rieron con la expresión de espanto del cura.

—¿Qué dices, maldita? —dijo mirando alternativamente a Carla y a Rosa como si la pregunta la dirigiera a las dos a la vez.

—Sí, padre, en efecto, esta joven es hija de Rosa —contestó Amanda afirmando y señalando a la pelirroja.

Luis no pudo controlar el espasmo involuntario de su cuerpo y vomitó algo de bilis que aún le quedaba dentro. Jamás había sentido tanta repugnancia.

Le volvieron a encadenar por los tobillos y las tres mujeres desaparecieron.

—¡Esperad! No me dejéis aquí, por favor —les rogó con lágrimas en los ojos.

Entreabrió los ojos y volvió a cerrarlos, pues lo veía todo borroso. Sentía su cuerpo pesado y había perdido la noción del tiempo que llevaba hospitalizada. Se preguntó cómo le iría a Malatierra. Un extraño olor le penetró por la nariz, sentía que ardía por dentro, era como si su cuerpo se chamuscara. El olor a quemado se intensificó, notaba su sabor en el paladar y hasta le obstruyó la garganta. Le sobrevino un ataque de tos que la obligó a incorporarse y comprobó que sus ojos veían perfectamente. Era el humo lo que le nublaba la visión y esa fragancia a quemado no era producto de su imaginación. Había fuego en algún lugar del hospital. Sara se asomó al pasillo de su planta y el humo era mucho más denso y oscuro, así que volvió a cerrar la puerta. Entró en el pequeño baño para mojar todas las toallas disponibles y tapar con ellas la ranura inferior de la puerta. Tosió. Estaba acorralada en su habitación; abrió la ventana, pudo contar que estaba en la octava planta. A su izquierda observó la estructura metálica de la escalera de incendios. Tendría que llegar hasta el fondo del pasillo para intentar descender por ahí. Descubrió sus pertenencias dobladas sobre una de las sillas; se apresuró a cambiarse y enfundarse sus vaqueros. También le habían dejado su móvil, aunque —miró por toda la habitación— su arma no estaba. Supuso que era lógico después de lo ocurrido: ahora mismo estaría siendo investigada por el suceso en Grimofarmaceutix. Ella había disparado a Tiziano.

Una explosión le aceleró el corazón de repente. Sonó en el exterior y se acercó a la ventana de su habitación. Uno de los tanques de oxígeno clínico había reventado, pero no fue eso lo que más le sorprendió. Desde su habitación disponía de una amplia panorámica de la zona norte de la ciudad. Dos de las cuatro torres ardían al fondo y no eran las únicas columnas de humo que se divisaban, pues por toda la urbe se elevaban esas torres negras de aire negro. Apenas había tráfico, de hecho, solo vio un coche que conducía a toda velocidad. Había desperfectos por todos sitios, coches atravesados en medio de la vía, pequeños incendios de contenedores, vehículos... se oían gritos de fondo, algo lejanos. Intentó descubrir desde dónde, pero era como si la ciudad hubiese quedado desierta.

No tenía tiempo para pensar, ahora solo urgía salir de allí, el denso humo que ocupaba el pasillo solo podía significar que el hospital estaba en llamas y que estas, tarde o temprano, la alcanzarían. Tomó una de las toallas mojadas y se la echó encima. Se acuclilló al lado de la puerta de su habitación y la abrió. Gateó por el pasillo lo más rápido que pudo hasta alcanzar el otro extremo;

una vez allí entró en la última de las habitaciones y cerró la puerta colocando de nuevo la toalla en la ranura del suelo.

Había tragado algo de humo y empezó a toser desesperadamente. Aun así, sabía que no debía parar. Abrió la ventana de esa habitación y saltó por el bordillo hasta una de las plataformas de la escalera de emergencias. La estructura vibró con el peso de Sara. Emprendió el descenso, bajando las escaleras que zigzagueaban pegadas a la pared; al aproximarse a cada codo se agarraba a la barandilla e impulsaba su cuerpo para saltar los últimos escalones, ganando metros y tiempo al incendio que se alimentaba en el interior del hospital. Le dolía la pierna, aunque parecía aguantar.

Llegaba a la altura de la cuarta planta cuando las ventanas de los pisos que aún tenía por debajo escupieron una inmensa bocanada de fuego. Una nueva explosión, ahora desde el interior del edificio, convirtieron a este en un coloso infernal. Sara se agazapó y se cubrió como pudo con sus brazos. Sintió un calor extremo por un instante. Tras la explosión, las llamas disminuyeron de tamaño, pero sobresalían por las ventanas de manera constante. Le cortaban el paso; el fuego cubría las dos plantas inmediatamente inferiores y varias lenguas de fuego salían al exterior cubriendo esa parte de la escalera metálica. Un humo negro y caliente ascendía a ras de la fachada.

—¡Mierda! —Miró hacia arriba; pensó en subir a la azotea del hospital para buscar otra salida. Dudó, tampoco estaba segura de que existiese otra escalera de incendios. Miró hacia el suelo, era la cuarta planta y el salto parecía demasiado. Tampoco vio ninguna tubería exterior de desagüe por la que pudiera descender. Las llamas se iban elevando poco a poco; tuvo que subir un poco y quedar entre la planta cuarta y la quinta. Estaba desesperada cuando escuchó una voz conocida.

—¡Saraaaa, aquí! —Malatierra movía los brazos desde el suelo, llevaba en una de las manos un casco de moto.

—¡Roberto! —gritó esperanzada.

El inspector miró a su alrededor; no sabía qué, pero tenía que encontrar algo para sacarla de allí. Sara desde arriba lo miraba impaciente, confiaba en él o al menos eso creía, pero el calor de las llamas se incrementaba a cada segundo. Subió varios escalones más. Escuchó un ruido metálico; eran pasos, parecía que alguien bajaba por las escaleras y, en efecto, pudo contar a siete personas con las batas blancas hospitalarias. Descendían desde la azotea. Al verlos, Sara subió varios peldaños más y les hizo señas con los brazos para indicarles que el fuego cortaba el camino. Bajaban a mucha velocidad.

Dos disparos impactaron sobre los dos hombres que encabezaban el grupo. Sara se quedó perpleja al oír los impactos. Dieron de lleno sobre las cabezas de los médicos; uno de ellos se estrelló contra la pared del edificio por la inercia de la bala; el otro, tras recibir el impacto cerca de la barandilla en la parte exterior de la escalera, se precipitó al vacío estrellando su cuerpo, tras una vertiginosa caída, contra el suelo. Sara miró hacia abajo sin entender lo que pasaba. Malatierra seguía apuntando con su arma hacia arriba. Los había abatido él.

—¿Por qué? —susurró Sara, preguntándose a sí misma.

Los otros cinco sanitarios seguían bajando, apenas los separaban dos plantas y Sara, colgándose un poco por el exterior de la barandilla, pudo ver el rostro de uno de ellos. Algo no era normal. Tenía la mandíbula desencajada y expresión demoníaca. Gruñían. Se oyó un nuevo disparo, Malatierra estaba dispuesto a acabar con los cinco que quedaban. Sara estaba asustada y confundida. Reaccionó rápido movida por el miedo. Se acercó a la ventana que tenía a esa altura del tramo de escalera en el que se encontraba y tiró con fuerza de la cortina para arrancarla. Se lió en la cabeza y se cubrió con ella. Sin mirar atrás siguió carrera abajo, saltando los escalones

lo más rápido que pudo, lanzándose hacia ellos sin ni siquiera agarrarse a la barandilla. Atravesó una llamarada de fuego y siguió corriendo escaleras abajo sin pararse para ver si ardía. Cruzó la siguiente lengua ardiente y notó el calor sobre su cabeza y su espalda. Una bocanada de humo se le coló por la boca. Siguió corriendo entre el fuego. Al llegar al último tramo de escaleras, se desprendió de la cortina que estaba hecha jirones, se dio varios manotazos en el pelo como si quisiera quitarse el fuego de encima. Sentía calor por todo el cuerpo. Malatierra apareció al final de la escalera; se había quitado la chaqueta.

—¡Tumbate! —le ordenó nada más verla.

Y Sara, sin oponerse, se tiró sobre los pies del inspector que empezó a fustigarla con la chaqueta para apagar una llama que se abría camino en su espalda, desquebrajando el algodón de su ropa. Notó los golpes. Alguno le dolió, pues la cremallera y las protecciones que revestían la chaqueta se le clavaron en la piel.

—¡Vamos, levántate, Sara! —le gritó Malatierra cogiéndola de un brazo y bordeando su cintura con el otro. Ella había conseguido atravesar las llamas y Malatierra apagó la que se adhirió a la espalda de su jersey.

Se alejaron del edificio cruzando el pequeño muro que bordeaba el recinto. Al salir a la carretera de acceso, Malatierra soltó a Sara y se paró en seco. Esta lo observó extrañada, el inspector miraba hacia todos lados, estaba buscando algo. Ella no dijo nada, solo esperó.

—Está bien, vamos —dijo al fin y se acercó a una moto patrulla que tenían a pocos metros. Sara dio por hecho que Malatierra había llegado conduciéndola al verlo ponerse el casco y montar sobre el vehículo de dos ruedas. La subinspectora se encaramó a la parte de atrás del asiento, apoyándose sobre los hombros de su jefe.

Un dron se cruzó a lo lejos. Sara lo siguió con la mirada; iba a preguntar, pero Malatierra arrancó la moto con poca delicadeza y el primer tirón del motor la desequilibró echando su cuerpo hacia atrás, lo que la llevó a agarrarse fuerte a la cintura del piloto que, o mucho se equivocaba o pretendía salir de allí a toda velocidad. Ya habría tiempo de preguntas.

Pelayo pudo recorrer la calle Leganitos hasta desembocar en Plaza de España sin ningún contratiempo. Una vez en la céntrica plaza, se agazapó tras una hilera de coches aparcados. Había gente dispersa por la plaza; los observó un momento: parecían paralizados, quietos como estatuas. Se acordó de Guillermo que hacía un momento le abrió la puerta de la comisaría tras ordenárselo y como si nada permaneció en su sitio. No le siguió ni le preguntó nada, simplemente obedeció y lo dejó marchar. Era extraño, pues un momento antes había intentado matarlo. «¿Quién habría enviado aquel mensaje de voz a su móvil?», se preguntó.

Tenía al lado una de las bocas de metro de Plaza de España. Dudó, pues durante algunos metros tendría que exponerse a la vista de las personas que parecían vigilar la plaza. Estaban dispuestos en orientaciones distintas. Esperó unos segundos en los que aprovechó para contar cuántos miraban hacia su posición. Unas seis de aquellas extrañas personas. Tomo aire, comprobó que la linterna que había tomado funcionaba y salió de su escondite a la carrera, mirando solo al frente, a las escaleras de acceso al metro. Mientras se acercaba tuvo la sensación de que se metía en la boca de un gran monstruo subterráneo. No paró su marcha.

Una vez dentro y tras bajar de dos en dos el primer tramo de escalones, saltó las barreras giratorias y buscó el túnel hacia Príncipe Pío. Las luces de la estación amagaron con apagarse tras una intermitencia en el flujo eléctrico. Pelayo paró un segundo y preparó su linterna para la oscuridad. Finalmente, las luces aguantaron. Suspiró.

Por el pasillo se cruzó con varios cadáveres que habrían sido tratados con saña, pues presentaban heridas de lo más atroces. Tenía el corazón a mil y no se detuvo hasta llegar al andén. Una vez allí comprobó el letrero que indicaba el sentido que debía seguir. Príncipe Pío. Apoyándose con una mano, bajó de un salto a las vías y encendió la linterna; de momento había luz, así que no notaba la intensidad del haz que desprendía el pequeño aparato. Al ver la profunda oscuridad del túnel en el que debía adentrarse, sintió pavor.

Empezó a andar sigiloso por la vía, penetrando poco a poco en la oscuridad del subsuelo, dejando la luz del andén a su espalda y moviendo la linterna hacia ambos lados, barriendo con el diminuto rayo de luz todo el espacio posible. De repente, a su espalda, unos terribles alaridos con diferentes tonos y timbres le pararon el pulso. Puede que algunas de las estatuas humanas que vio en la plaza le hubieran seguido y ahora no parecían precisamente estatuas, sonaban más bien a bestias despiadadas que no tendrían más propósito que cazarlo y dejarlo igual que los fiambres con los que se había topado en su descenso al infierno. Se aproximaban, los gritos retumbaban más cerca.

Pelayo echó a correr atravesando la oscuridad con la decisión que solo el miedo es capaz de provocar. Su propia respiración parecía retumbar allí dentro, un calor húmedo se le pegó a la piel. Los gruñidos a su espalda se hacían más nítidos, graves, contundentes. Era como si sus perseguidores ya hubieran entrado en el mismo túnel. El eco de aquellas voces era terrible. Pelayo corría como si de una de sus rutinas diarias por el Retiro se tratase, elevando bien las rodillas para no tropezar con algún saliente de la vía e imprimiendo toda la velocidad que pudo. Le pareció que ganaba terreno a las bestias que le perseguían.

Teresa paró su BMW cerca de la Ermita de San Antonio de la Florida; le pareció un lugar seguro, pues no se observaba movimiento ni ninguna amenaza. Había tardado escasos minutos y sabía que su marido aún necesitaría algo más de tiempo antes de llegar por el subterráneo de la ciudad hasta la estación de Príncipe Pío. Decidió darle tiempo, apenas unos minutos, parada en ese lugar, a unos quinientos metros del punto de recogida. Miró al cielo a través del cristal frontal del vehículo. Ninguna de aquellas bestias metálica sobrevolaba la zona.

Aún faltaba por cumplir un detalle antes de ir a Toledo con su marido: tenía que pedir ayuda, eso le había indicado el padre Luis. Con el pulso inseguro, buscó en el registro de llamadas de su móvil. Intuyó que la subinspectora que la interrogó hacía unos días tenía un carácter lo suficientemente sereno y calmado como para atender la llamada y recibir el insólito mensaje que iba a transmitirle. Visualizó en su mente el rostro amable pero firme que la subinspectora le ofreció en su entrevista y se confirmó a sí misma. «Sí, mejor llamarla a ella».

Esperó los tonos del teléfono pegado a su oreja mientras revisaba el punto en el que se había detenido, ayudándose de los espejos retrovisores. Continuaba sola, nadie había al acecho.

Sara apretaba con fuerza el cuerpo del inspector, sujetándose al enloquecido piloto de la motocicleta que pulverizaba los kilómetros de la M-30. Una vibración en el bolsillo de su pantalón vaquero la alertó. Alguien la llamaba. Movié su cabeza ligeramente hacia su lado izquierdo tratando de visualizar su bolsillo y al dejar el rostro descubierto, fuera del área de protección que le proporcionaba el casco de Malatierra, sintió el aire que impactaba directamente en su mejilla a una velocidad vertiginosa; le tiraba de la piel haciéndola ondular. Presionó más la cintura del inspector con su mano derecha para sujetarse firmemente y se soltó de su izquierda para intentar sacar el móvil del bolsillo, que seguía vibrando con insistencia. Cuando lo sacó del

pantalón, la posición en la que estaba y la velocidad de la moto le impidió descolgar, así que volvió a aferrarse de nuevo al cuerpo de Malatierra, esta vez con el móvil en mano y le dio unos golpecitos a su compañero en el pecho. Este, al percibir la señal de Sara, desaceleró un poco y giró su casco para ver qué ocurría.

—¡Para un momento, Roberto!

El silbido del aire que cortaban a su paso y el grueso casco que le tapaba toda la cabeza ahogó el grito de Sara. El inspector no alcanzó a escuchar lo que le decía. Sara levantó su brazo derecho y lo estiró para que el piloto pudiera verlo. Lo movió de arriba abajo, indicando que frenara. Malatierra volvió a girar el casco desconcertado, pero obedeció. Paró en el arcén derecho de la autovía. Levantó la visera del casco.

—¿Qué sucede?

Sara descolgó la llamada que aún insistía y su expresión abrigó tal sorpresa que Malatierra se alertó.

—¿Qué coño pasa, Sara? ¿Quién es?

Su compañera le hizo un gesto con la mano rogándole silencio.

—¿Subinspectora Sara Trello? —le preguntaron directamente sin más preámbulo.

Reconoció al instante la voz que la buscaba al otro lado de la línea. Agudizó aún más la sorpresa en su rostro. Malatierra, desprendiéndose del casco, acercó su oído al teléfono para escuchar la conversación. La ciudad desierta, con múltiples columnas de humo en su horizonte a orillas de la M-30, desprendía una devastación apocalíptica y una extraña calma desoladora, como si fuera un volcán a punto de estallar. Los dos oficiales escucharon con atención.

—Soy Teresa Sánchez Crespo... —Malatierra tragó saliva al escuchar el nombre. Se supone que la habían detenido en Barajas y después de todo lo ocurrido no pudo refrenar el impulso de coger a la principal sospechosa. Con un rápido movimiento arrebató el móvil de las manos de su compañera y empezó a pedir explicaciones mientras Sara intentaba calmarlo.

—Sí, me han detenido en el aeropuerto... ha habido un ataque... —explicaba Teresa mientras el inspector seguía despotricando al teléfono, furioso y sin atener a razones. Sara, tras pedirle encarecidamente que le devolviera el móvil, se plantó delante de él, brazos en jarras y le reprochó su comportamiento con la mirada.

—¡Pues no sé cómo coño se habrá librado ni qué ha pasado en Barajas, pero le recuerdo que está detenida, así que quédese donde está! —aullaba el inspector llenando de salpicaduras de su propia saliva el aparato.

Así siguió Malatierra unos segundos más hasta que se dio cuenta de que estaban en mitad de la M-30, con toda la ciudad descontrolada, sin agentes disponibles. Observó a su compañera que lo estaba mirando con desaprobación y entendió que de nada iba a servir gritarle a un móvil. Por su parte, Teresa guardó silencio y esperó a que la situación se calmase. De todas formas, no le pareció posible poder razonar con aquel hombre que le gritaba al teléfono.

Hubo un silencio en el que los dos oficiales se miraron. Sara extendió la mano y resopló negando con la cabeza a su jefe; Malatierra, resignado y consciente de su mala reacción, obedeció y le devolvió el teléfono.

—¿Teresa? Disculpe, soy yo, la subinspectora Sara.

La mujer sintió alivio al escucharla. Ahora el tono era más amable. Respiró hondo antes de empezar.

—Subinspectora, soy la mujer que usted...

—Sí, sí, lo recuerdo, Teresa, no se preocupe. ¿Dónde está?

—Señora, ahora no hay tiempo para eso. Ha habido un ataque en Barajas, la gente se ha vuelto loca y han comenzado a atacarse unos a otros... —Sara recordó el pequeño grupo que el inspector abatió a tiros mientras descendían por las escaleras del hospital. Malatierra, más sosegado, volvió a pegar la oreja al teléfono.

—¿Un ataque dice?

—Sí, señora. No hay tiempo que perder, ahora no puedo explicárselo todo, pero tienen que hacerme caso. Ya sé que me buscan, de hecho, me han detenido en Barajas —se entrecortó—. Tiene que creerme, subinspectora. Conozco el lugar desde el que se está lanzando el ataque.

—¿Te refieres a los drones? —interrumpió Malatierra, que se mantenía pegado a su compañera.

—Exacto —confirmó—. Tienen que acudir a ese lugar, lleven a todos los agentes que puedan, será peligroso. Se trata de mi hermana, mi hermana gemela...

—Pero...

—¡Tienen que creerme! Ya sé que me están buscando y que soy la sospechosa, pero no era yo la que conducía con mi marido el otro día. No era a mí a quién perseguían.

Los dos oficiales se miraron, a punto estaban de confirmar una de las hipótesis que habían estado barajando.

—Perseguid a Amanda, mi gemela. Es ella la que está detrás de todo lo que está ocurriendo en Madrid.

—¿Por qué intentabas huir entonces, Teresa? —preguntó Sara.

—Se equivoca, subinspectora, no estaba huyendo, sino regresando. Hace dos días, después de hablar con usted y ver lo que estaba pasando, tomé un vuelo a Edimburgo.

—¿Edimburgo? —Sara no comprendía, aunque se relajó al ver que su compañero le confirmaba con el rostro la información pues era cierto que, según los datos que le habían llegado a comisaría, la detenida apareció en un vuelo Edimburgo-Madrid. No huía, sino que regresaba a España.

—Sí. Es la última seña que tenía de mi hermana y fui a buscarla, solo que... —se le oyó suspirar.

—¿Qué ocurre, Teresa?

—Ustedes la han encontrado primero y, por lo visto, mi marido también. —Sara recordó la persecución por Madrid—. Escuchen, les mando la ubicación, busquen toda la ayuda que puedan y no acudan solos. Mi hermana es muy peligrosa.

Sonó un pitido en el móvil y Sara lo retiró un momento para ver el mensaje: finca La Perdiz. Toledo. Se sorprendieron al ver la ubicación.

—¿Usted dónde se encuentra? —intervino Malatierra.

—Eso da igual ahora mismo; vayan al lugar que les he indicado, hay que frenar a mi hermana. No tarden, por favor.

Malatierra negaba con la cabeza, no era el momento de ir a Toledo estando Madrid colapsado por el ataque.

—¿Qué vas a hacer, Teresa? —interrogó la voz amable de la subinspectora.

Guardó silencio por unos segundos. Parecía que estaba pensando muy bien lo que iba a decir. Los dos oficiales esperaban atentos, pegados sus rostros alrededor del móvil.

—Voy a acabar con mi hermana. Nos vemos en Toledo —colgó.

Sara gritó en vano su nombre varias veces para retenerla al otro lado de la línea. Había colgado. Pulsó el botón de rellamada y los tonos se perdieron en el más absoluto silencio.

—¿Qué hacemos? —preguntó Malatierra mirando hacia la ciudad. Al fondo se vislumbraba la silueta de varios helicópteros militares. La escena estaba tomando un tinte bélico.

—Pues no tenemos otra cosa, Roberto.

Se giró hacia su compañera. Tenía el rostro pálido, de recién salida del hospital, su corto pelo se alborotaba por toda su cabeza, le daba aires de chica mala con la mirada dulce y la voz aterciopelada. Estaba preciosa y con el jersey abierto a la espalda por culpa del fuego.

—¿A qué te refieres?

Sara se acercó hasta el inspector y le posó una mano en el hombro.

—Vayamos a Toledo. Si lo que dice es verdad, podremos poner fin a este asunto.

Malatierra, sin desprenderse de la línea visual que marcaban los ojos de Sara, afirmó en silencio, resignado a la única posibilidad que les ofrecía el destino más inmediato.

—Tenemos que pedir ayuda.

—Sara, la comisaría central está... —pensó lo que iba a decir—. No queda nadie y me temo que el resto de las comisarías estarán más que ocupadas —dijo mientras volvió la mirada a la ciudad en la que resonaban lejanas explosiones por doquier.

—¿Y los nuestros? —insistió Sara.

Malatierra negó con la cabeza.

—Antes de ir a por ti intenté varias veces contactar con la UDEV; nadie atiende el teléfono allí, me temo lo peor, Sara. Como ves —le señaló los helicópteros que se veían al fondo—, según las últimas órdenes que se recibieron en comisaría, el ejército está siendo desplegado para retomar el control de Madrid. Mucho me temo que estamos solos —concluyó desolado.

Sara acarició el rostro del inspector y volvió la mirada a su móvil. Estaba buscando algo. A Malatierra la caricia de su compañera le calmó. La tenía allí delante, con él, había logrado salvarla y estaba preciosa en medio de aquel panorama infernal.

—¿Qué haces?

Sara le sonrió con dulzura.

—Tengo una buena amiga en la central de Toledo. Supongo que estarán viendo las noticias de lo que ocurre... —El teléfono de Sara volvió a emitir tonos de llamada mientras esta señalaba a Malatierra la motocicleta—. Nos ayudarán, Roberto —le dijo con convicción mientras, cogiéndole por un brazo, caminaba hacia la moto. Malatierra se enfundó el casco nuevamente y esperó. Su compañera saludaba al teléfono a alguien desconocido para él. Sara hizo un breve resumen de la situación y concretó su petición.

—...Todos los agentes que podáis mandar a la ubicación que te envió... —Malatierra la observaba, la aparente serenidad de su compañera le estaba insuflando el ánimo.

»pero esperad a que lleguemos nosotros, tardaremos... —miró al inspector como si le estuviera preguntando a él— ¿sobre una hora? —Al decir esto volvió a señalar la motocicleta y Malatierra asintió respondiendo a su pregunta—. Sí, en menos de una hora podremos llegar. Gracias, compañera. Nos vemos en un rato —finalizó la llamada.

Malatierra se montó en la motocicleta y esperó a Sara antes de encender la máquina. Se abrazó de nuevo al inspector, esta vez colocando sus brazos sobre el pecho del hombre, como si fueran las asas de una mochila.

Al arrancar la moto vibró debajo de los dos oficiales. Roberto se giró un segundo antes de bajarse la visera.

—¿A Toledo entonces?

—A Toledo.

Pelayo corría hacia su encuentro con ¿Teresa? Le asaltó una duda imprevista e inoportuna. Atravesando la hostil oscuridad del túnel de metro con aquellos seres pisándole los talones, a los que oía gruñir —aunque no veía—, le atravesó la idea de que quizás la mujer con la que había hablado hacía unos minutos no era, precisamente, la suya.

La intensidad de los gruñidos le indicaba que la distancia entre ambos se mantenía, pero no había duda de que no podía permitirse el más mínimo descanso. Corría con toda la intensidad posible. Trató de interiorizar en su cabeza el ritmo frenético de tres minutos por kilómetro que solía aguantar haciendo series de mil metros. No obstante, percibía que ya llevaba algo más de esa distancia cubierta y sus fuerzas, rechazando los impulsos de su voluntad, empezaban a aflojar. Llevaba la linterna que poco le servía, pues su haz de luz se movía a la par que su mano, que iba de arriba abajo para impulsar el cuerpo con cada zancada. Alguna luz de posición en la pared del túnel le iba marcando la ruta y los malditos gruñidos seguían rebotando por las paredes; iban y venían, como un mar rugiente deseando tragarse la orilla. «Corre, corre, corre».

El túnel viraba hacia la derecha. Pelayo inclinó todo su cuerpo, pero sin doblarlo, hacia ese lado, emulando a los grandes velocistas de los doscientos metros. «Ojalá tras la curva solo queden cien metros más», deseó mentalmente para concentrarse en la carrera.

Ahora los rabiosos sonaban algo más fuerte. Pelayo forzó su corazón, sus pulmones, sus músculos... estaba consumiendo su última gota de combustible corporal. «¡Por fin!», se le escapó de su garganta medio ahogada por el largo esprint. El camino volvió a enderezarse y al final de la oscuridad, casi justo en el centro, una gota de luz dibujaba la entrada de lo que sería la estación de Príncipe Pío. Quiso dar un último acelerón, se esforzó al máximo por mantener su ritmo o al menos no aflojarlo demasiado. Con el desgaste de su cuerpo y la tensión de la persecución giró inútilmente su cabeza hacia atrás todo lo que pudo, intentando divisar a sus perseguidores, y su pie izquierdo rozó con el borde paralelo de la vía. Tropezó. Dio de bruces contra las vigas ennegrecidas de óxido y a saber qué más. El dolor le recorrió todo el cuerpo tras el impacto. Las palmas de las manos con las que se frenó en seco sobre el suelo lleno de piedras, quedaron rasgadas. En las rodillas, sobre todo la derecha, la quemazón por haberla arrastrado por la irregular y pedregosa superficie dolía. Mucho. Demasiado, pero tenía que seguir.

No había tiempo para dolerse. Se levantó de inmediato. Con la caída había perdido la linterna que ahora alumbraba una de las paredes del túnel a un par de metros de donde se encontraba él. Se le había quedado atrás y los gruñidos se acercaban. Solo dos segundos para decidir. Reaccionó. Siguió corriendo, dejando atrás la linterna. Al frente se iba haciendo cada vez más grande la luz que ponía fin a la oscuridad del túnel. «¡Tienes que llegar!», gritaba su pensamiento apretándole el ánimo.

Y llegó. Entrando en la estación de destino, envolviéndose de la luz que le supo a gloria y alcanzando el arcén de un salto, apoyando una sola de las manos para tomar impulso. «Salida paseo de la Florida», leyó en un cartel. Miró hacia la boca del túnel por donde había llegado; los gruñidos seguían rebotando en las paredes, un eco monstruoso que le perseguía. Sin apenas poder recuperar el resuello, se lanzó de nuevo a la carrera. Un leve tramo de escaleras, un pasillo largo, un par de esquinas, izquierda a derecha, con los ojos inquietos y el corazón en un puño. Su psique rezó para no toparse con uno de esos seres. Pero no. El pasillo siguió vacío tras doblar cada esquina y así llegó al *hall* principal de la estación de Príncipe Pío.

Frenó un momento y resopló. Ya veía las cristaleras que anunciaban el esplendor de la superficie; tan solo unos metros, un tramo de escaleras, y estaría fuera. Puede que también a salvo.

¿Habría llegado Teresa?, ¿le estaría esperando? Al salir de la estación, una pequeña plaza por debajo del nivel del paseo de la Florida le ocultaba. Subió las últimas escaleras, ya al aire libre, y encontró la respuesta. La carretera, amplia y solitaria, flanqueada de edificios, coches cruzados en mitad de la acera. Olía a quemado, aunque no vio ningún incendio desde su posición. Adelantó unos pasos hasta colocarse en mitad de la calzada. El paseo de la Florida se extendía desde sus pies en dos extremos inhóspitos y vacíos. ¿Dónde estaba Teresa? ¿Le habría ocurrido algo?

Volvió a mirar alrededor, jadeante y con síntomas de desesperación. No respiraba un alma salvo la suya. Estresada. Enfundó su mano derecha en el bolsillo para extraer el móvil con la mirada fija en la puerta de acceso de la estación. Sabía que en cualquier momento la atravesarían, apareciendo en escena sus perseguidores. Cada segundo que pasaba allí quieto les daba ventaja. El miedo y la pesadumbre hicieron temblar sus dedos que trataban de desbloquear la pantalla táctil.

No tuvo tiempo de intentar la llamada a su mujer cuando una muchedumbre, vestida de muerte y de sangre, apareció tras una calle a unos cincuenta metros de donde él se encontraba. Durante un primer instante, Pelayo se quedó inconscientemente quieto; quizás el movimiento lo delataría, pero estaba en mitad del paseo y no había más presa que él. La cabecera del grupo lo divisó al momento y emprendió la carrera, gruñidos animales incluidos, hacia él. Giró sobre sí mismo y de nuevo aceleró sus pasos. Al ir bordeando la puerta de San Vicente aprovechó la curvatura de la carretera para echar más fácilmente un vistazo a su espalda. La muchedumbre se había convertido en una auténtica estampida de bestias con rostros humanos. Iban a por él sin más contemplaciones. Pelayo siguió corriendo, tomando el paseo de la Virgen del Puerto. No había dónde esconderse, su vida era solo el tiempo de esfuerzo que le quedasen a sus piernas y a su corazón. Estaba agotado, pero aún resistía y mantenía unos metros de ventaja a aquel pelotón sediento de sangre.

La leve inclinación de la carretera a su favor le permitió ganar un poco de terreno recobrando algo de confianza. Miró hacia ambos lados buscando una solución desesperada a la situación. No visualizó nada mejor que seguir corriendo. «¡Mierda!», gritó enrabiado. Al frente, otro grupo tan numeroso como el que tenía a su espalda apareció de sopetón. Salían por la izquierda, desde algún punto indeterminado del Campo del Moro.

Paró en seco su carrera y miró hacia ambos extremos. Le acorralaban por su frente y su trasera. Ahora los gruñidos no se podían individualizar, pues el número de rabiosos había crecido hasta cantidades industriales. A su derecha, una verja protegía el Campo del Moro. No iba a ser buena idea saltarla, pues de allí dentro provenía uno de los frentes. A su izquierda, un camino que llegaba hasta el Manzanares. Quizás su única salida. Tomó aire e incrustó en su mente la idea de tirarse al río. Los dos frentes se acercaban. Ya no quedaba tiempo.

Algo sonó diferente en el interior del pelotón deshumanizado que descendía desde la puerta de San Vicente. Pelayo esperó unos segundos más de los pocos que le quedaban antes de dirigirse al río y miró a su derecha. Por encima de la primera línea de rabiosos pudo ver cómo algo iba volteando decenas de aquellos cuerpos, rompiendo las líneas desordenadas de tan inhumano ejército. Un claxon sonaba desde el interior del grupo. Volvió a mirar al río, apenas quedaba tiempo, tenía que correr de inmediato. Apenas le salvaban diez metros de ser aplastado por los dos ingentes frentes de seres humanos, rabiosos, medio muertos, enloquecidos y ávidos de sangre; pero Pelayo siguió manteniendo la posición, levemente flexionada su pierna izquierda, dispuesto a lanzarse a la última carrera hasta el río si fuese necesario. El claxon seguía sonando con insistencia mientras que muchos de aquellos cuerpos salían despedidos por los aires. Algo estaba logrando atravesar indemne a las bestias y Pelayo se aferró a ese clavo ardiendo.

Algunos segundos después de mantener el aliento, un BMW ensangrentado, pitando descosidamente, apareció de entre la multitud infernal, reventando algunos de los cuerpos que iban a la cabeza. «¡Teresa!». El BMW iba embalado. Pelayo tuvo que apartarse, pues al deportivo no le dio tiempo a frenar y mantuvo su inercia unos metros más, rasgando con el asfalto las ruedas bloqueadas y pasando a escasos centímetros de su dolorido cuerpo.

Pelayo se lanzó hacia el vehículo detenido. Justo antes de llegar, la puerta del copiloto se abrió desde dentro. Los rabiosos del extremo frontal al coche llegaron hasta él casi al mismo tiempo. Logró meterse en el coche, frenándose con la propia guantera del interior y chocando su cabeza contra el parabrisas. Los rabiosos subían por el capó y golpeaban el cristal delantero. Pelayo estiró su mano derecha y tiró de la puerta para cerrarla, justo en el momento en que una mujer rubia y con una cara nada angelical metió la mano por el hueco que iba quedando a medida que la puerta se cerraba, perdiendo así tres falanges que cayeron en el interior del vehículo.

No hubo tiempo para nada más, ni pudo sentarse correctamente en el asiento de copiloto ni abrocharse el cinturón de seguridad. Teresa pisó a fondo el acelerador y las bestias se iban apareciendo, cada vez a más velocidad, sobre el cristal delantero. Imágenes fugaces de rostros llenos de crueldad impactaban irremediablemente —el ruido de los atropellos—, rompiendo huesos y desmembrando cuerpos, haciendo rugir el motor del BMW para salir de aquel enjambre de lo que sea que fuesen aquellos seres. Apenas un minuto que se hizo eterno y de nuevo la carretera vacía. Suspiraron. Los dos.

—Cariño...

—Ahora no hay tiempo, Pelayo, te lo voy contando todo por el camino.

Teresa conducía sin perder de vista la carretera, mirada al frente y con decisión. Esquivando algún que otro rabioso solitario que se les tiraba encima. Su marido, exhausto, se limitó a preguntar algo obvio:

—¿Adónde vamos?

—A por mi hermana.

XXIX

21 de enero de 2020. Martes. 19:30. Toledo, finca La Perdiz.

La oscuridad se cernía sobre el numeroso grupo de policías. Malatierra se ajustó el chaleco antibalas que le habían dado en la central de Toledo. Sara miró hacia atrás para comprobar la posición que iba tomando el resto del grupo. Consiguieron reunir a unos cincuenta agentes bien pertrechados y armados convenientemente para la ocasión. «La mayoría de ellos no había visto un anochecer así», pensó. La tensión se cortaba con una hoja de papel y una ligera brisa, fría e invernal no ayudaba a mantener en calma el pulso. Disponían de armas de asalto, esas que casi nunca usan los policías nacionales, reservadas tan solo para los acontecimientos extraordinarios y este, sin duda, lo era.

La subinspectora buscó la mirada de su jefe. El rostro de Malatierra era una roca hierática; cual perro cazador curtido en mil batallas, parecía aceptar el inmediato destino que les esperaba. Sin dudar. Sin amedrentarse por la espera.

Habían bordeado el exterior de la inmensa finca hasta colocarse dentro de un pequeño bosque de pinos. Los separaban unos trescientos metros de una gran nave, viejo almacén de aquella finca, de la que se desprendía luz por sus altos ventanales. A su izquierda, y a una distancia similar, se erigía desafiando al tiempo una vieja casa destartada y sin movimiento aparente en su interior. Entre ambos edificios, una gran explanada a la vista, de piso firme y rectilíneo, desde la que habían podido observar cómo varios drones regresaban mientras otros emprendían el vuelo. Estaban en la base de operaciones de aquel macabro ataque a la ciudad de Madrid. Sara pensó en Teresa. Le agradeció mentalmente la información que inopinadamente le había brindado. Gracias a ello todo acabaría pronto, aunque la incertidumbre del resultado atenazaba en silencio el corazón de los agentes.

—¿A qué esperamos, jefe?

Malatierra ni pareció inmutarse. Seguía observando el entorno con mudez y seriedad. Sara dirigió la mirada hacia el punto al que apuntaba el inspector con la suya, tratando de entender lo que este cavilaba.

—Tendríamos que haber traído máscaras antigás —dijo sin apenas mover el rostro.

Ahora entendía. El goteo de aquellos aparatos aterrizando y despegando era constante. Sara advirtió que estaba esperando un hueco, un pequeño espacio temporal en el que no estuviera sobrevolando la zona alguno de esos aparatos.

—Bueno, somos maderos, no el ejército. —Malatierra la miró sorprendido, desbloqueando su mirada concentrada—. Nuestro material es algo más limitado —aclaró Sara resignándose a la situación.

Tres drones que aún estaban en tierra despegaron cogiendo altura con rapidez y tomaron dirección noroeste, perdiéndose poco a poco en el horizonte visible, haciéndose más pequeños. Otearon el espacio aéreo circundante. Parecía estar limpio. Ni se veía ni se escuchaba ninguna de esas máquinas. El inspector cargó con un brusco movimiento su fusil automático, se ajustó el casco y el micro que llevaba pegado a la boca.

—Todos listos —dijo con serenidad—. Recordad el plan: equipo uno, conmigo, abordaremos por el extremo izquierdo; el equipo dos, con la subinspectora por el flanco derecho.

Hubo una afirmación silenciosa e individualizada en el rostro tenso de cada agente. Todos se prepararon para el inminente asalto. Las manos apretadas al tacto metálico de sus armas, los músculos con la tensión comprimida, pidiendo acción; la ruleta del destino ya empezaba a girar sobre sus vidas.

—¡Ahora! ¡Vamos! —ordenó Malatierra con decisión.

El pelotón de policías empezó a avanzar; no podían correr pues el terreno era demasiado irregular, lleno de pequeñas simas y ondulaciones que, a modo de dunas, ralentizaba su paso. Iban dividiéndose en dos grupos, separándose por la mitad para dirigirse a cada uno de los extremos de la gran nave a la que pretendían rodear. A la cabeza de cada uno de ellos, Sara y Malatierra, que iban distanciándose progresivamente el uno del otro. El avance durante la primera parte del recorrido fue tranquilo, lo que inquietó a Malatierra. El edificio que tenía en frente era enorme y la explanada que se extendía a su margen, donde quedaban aparcados algunos de los drones, tampoco se quedaba corta. Aquello debería estar repleto de gente que dirigiese los malditos aparatos, pero, en cambio, el ambiente era de extrema soledad. Por el momento no se atisbaba el más mínimo signo de movimiento ni de presencia humana. Todo parecía despejado.

Cuando llegaron a la cancela que marcaba el límite de la finca La Perdiz, sintieron una bocanada de alivio en su interior al ver numerosos vehículos de policía.

—La subinspectora me ha hecho caso.

Ella, con la esperanza de que ya hubieran detenido a su hermana y con la ansiedad, al mismo tiempo, de poder volver a verla. Él, en cambio, seguía los pasos de su mujer, tratando de digerir todo lo sucedido y la terrible historia que su mujer le había contado en el trayecto hacia Toledo.

—¿No crees que a lo mejor deberíamos esperar? —alegó Pelayo intentando frenar el impulso de su esposa.

Ella se le quedó mirando seria, reprochándole su indecisión.

—Si no quieres venir, lo entiendo, pero yo tengo que acabar con esto de una vez por todas. —Pelayo asintió con expresión de derrota mientras Teresa se le acercó para darle un beso—. Durante demasiado tiempo he tratado de olvidar a mi hermana. Ahora es el momento de que me enfrente a mi propia realidad.

Nunca la había visto con tanta seguridad al tomar una decisión. Tenía miedo, ambos lo tenían, pero sabía que su mujer no iba a parar.

—Está bien. Vayamos con cuidado, cariño.

Aceleraron el paso hasta empezar a correr por la pista forestal que marcaba el camino hacia el lugar donde Teresa esperaba encontrarse con su pasado.

Una ráfaga de disparos rompió el silencio. Malatierra viró hacia su derecha. El grupo de Sara echaba cuerpo a tierra, ocultándose tras un montículo que les sirvió de parapeto improvisado. Estaban siendo atacados.

—¡Al suelo! —gritó a los suyos.

Los disparos continuaron con su lluvia metálica y estridente. Un grupo de individuos estaba escupiéndoles fuego desde el tejado del gran almacén al que se dirigían. Los policías respondieron con algunos disparos que se dispersaron en el aire, fallando el blanco.

—¡¿Sara, me oyes?! —gritó por el intercomunicador tratando de asegurarse de que Sara seguía viva, pero el ruido era ensordecedor.

Arrastró su cuerpo por la tierra húmeda aprovechando una ondulación del terreno para ocultarse hasta llegar a un punto en el que el piso se allanaba. Asomó su mirada por el hueco para localizar al fuego enemigo. Varias balas pasaron muy cerca de su cara haciéndole vibrar los oídos con un zumbido agudo que le hizo retroceder y seguir oculto tras el montículo.

Estaban en paralelo a la posición del grupo de Sara, a unos cien metros de distancia. Todos los agentes tirados en el suelo, protegiéndose de los disparos y contraatacando en pequeños intervalos en el que descubrían momentáneamente su cuerpo para lanzar una ráfaga y volver a tumbarse en el suelo. Estaban en una ratonera.

—¡Disparad! —ordenó, poniéndose de pie unos segundos para apretar el gatillo de su automática y volver a dejarse a caer a la tierra húmeda.

Los policías se sucedían en el movimiento de ataque. Iban asomándose de forma intermitente para lanzar sus balas sobre el tejado del edificio y volver a ocultarse. Era casi imposible acertar, pues apenas tenían tiempo para apuntar antes de que las balas enemigas les alcanzasen.

Malatierra, desesperado, se arrastraba por el suelo después de lanzar cada ráfaga para ir cambiando de posición y evitar salir a la batalla siempre por el mismo lugar. Dos de los agentes que le seguían se retorcían de dolor mientras evitaban desangrarse presionando sus heridas con las manos. No se había percatado hasta ese momento. La situación empezaba a ser crítica con los primeros caídos.

Un sonido diferente alertó al inspector entre el rugido metálico de las ametralladoras. Subió hasta la cresta del montículo en el que se encontraba y oteó el horizonte tras unos matorrales que le camuflaban. Las hélices de uno de los drones cortaban el aire y lo hacían retumbar con un sonido más grave.

—¡Mierda!

Metió su arma entre los matorrales y buscó por la mirilla al aparato hasta tenerlo a tiro. El dron se movía en línea recta, directamente hacia ellos, así que no le resultó difícil ponerlo justo en el centro de los ejes de la guía telescópica de su fusil. Varios disparos limpios y certeros impactaron sobre el aparato. Las balas reventaron los depósitos que llevaba anclados y el dron explotó en el aire, provocando una bola de fuego instantánea y precipitándolo hacia el suelo. Malatierra lo alcanzó justo cuando sobrevolaba el nido de ametralladoras desde el que los estaban acibillando. Se escucharon gritos a lo lejos y los disparos cesaron de golpe. El inspector clavó su rodilla en la tierra y elevó su cuerpo sin dejar de apuntar con su arma, dejándolo sobresalir entre los matorrales que lo habían ocultado. El dron en llamas impactó contra el tejado del edificio, que no parecía estar hecho de un material excesivamente resistente, y abrió un agujero sobre la uralita que cubría aquella construcción. Una explosión sonó desde el interior de la nave haciendo saltar los cristales de varias ventanas. Miró un segundo hacia su equipo.

—¡Ahora o no tendremos otra oportunidad!

Los agentes, siguiendo al inspector embravecido, salieron de sus escondites a una carrera frenética hacia el extremo izquierdo del edificio. Malatierra, mientras corría, giró la mirada a su derecha. El grupo de Sara se acercaba hacia la posición de ellos. Se alegró de ver a su compañera

liderando su grupo y aproximándose a ellos. El extremo derecho de la nave estaba envuelto en llamas tras la caída del dron; sería imposible entrar por allí, así que la subinspectora cambió el rumbo para unirse al grupo de Malatierra y atacar todos por el flanco que quedaba libre del fuego.

Al girar la esquina del edificio se encontraron una puerta metálica. Estaba abierta.

—¡Vamos!

El inspector se aproximó a ella, encabezando el grupo, pegado a la pared del edificio y avanzando con rapidez. Buscando la abertura para penetrar en el edificio. Dos hombres armados salieron del interior desprendiendo humo de sus cuerpos. Malatierra, al verlos, apretó sin pensar el gatillo y los abatió sin contemplaciones.

Entraron en el edificio. La nave era enorme, de techos altos y repleta de ordenadores dispuestos a lo largo de varias hileras de mesas rectangulares que ocupaban la mayor parte del espacio. Estaban sin duda en la torre de control de los drones. Había humo y unas terribles llamas al fondo debidas al impacto del aparato caído desde el cielo gracias al inspector. Este se agazapó de inmediato tras una de las mesas, buscando refugio al igual que el resto del grupo.

—¡Dispersaos!

Los disparos volvieron a sonar. Ahora con un eco más rotundo, pues el sonido rebotaba salvajemente en el interior.

Sara corría como nunca lo había hecho, apresurándose para alcanzar al grupo del inspector al que ya había perdido de vista cuando doblaron la esquina del edificio. El sonido de los disparos en el interior de la nave le encogió el corazón. Su grupo le seguía, jadeante y atemorizado, pero sin frenar el ritmo. Dispuestos a lo que hiciera falta en medio de aquel infierno.

—¡Hostia puta, disparad! —aullaba Malatierra enardecido por la tensión del momento. Las ráfagas iluminaban la casi total penumbra de la nave que, tras la explosión del dron, había quedado a oscuras. Tan solo unos tubos fluorescentes sobrevivieron al chispazo eléctrico que el fuego había provocado.

Se sentó un momento en el suelo para cambiar el cargador. Vio que varios agentes yacían esparcidos irregularmente sobre el terrible escenario en el que se había metido. Hizo la operación con rapidez y de nuevo flexionando las rodillas se asomó para disparar y volver a agacharse. Disparaban casi a ciegas: el humo y el anochecer borrarán los pocos focos de luz que iluminaban el interior. Tan solo ráfagas mortales de luz despuntaban en la oscuridad. Malatierra quiso ganar terreno y saltó hacia la siguiente hilera de mesas.

—¡Ahhhh! —Cayó en el suelo empujado por algo que le había mordido en el hombro derecho. Se llevó su mano izquierda hacia la herida. La sangre empapó pronto su ropa. Le habían dado. Una bala le rozó desgajándole una parte de su deltoides—. ¡Joder, me cago en la puta!

El resto de los agentes imitaron a su líder y adelantaron su posición.

—¡Inspector, está sangrando! —le dijo uno de ellos mientras le ayudaba a incorporarse.

La lluvia de disparos se sucedía sin cesar como una orquesta infernal. Focos intermitentes de fuego brillaban en ambos extremos del edificio, el intercambio era incesante. Malatierra gruñía de dolor mientras se agarraba al cuello del agente que intentaba moverlo hacia unas mesas que habían quedado apelotonadas y estaban sirviendo de escudo a varios policías.

—Inspector, hay que sacarlo de aquí o perderá mucha sangre.

Malatierra apretó los dientes y volvió a incorporarse para seguir disparando.

—Ya habrá tiempo para sangrar después —le contestó.

Sara cruzó el portalón del edificio y se lanzó sobre el suelo de inmediato. Se ocultó sobre la primera hilera de mesas que habían servido de trinchera a Malatierra y su grupo, que ahora se encontraban unos pasos más adelantados.

—¡Roberto! —gritó en vano, pues el ruido de las armas alcanzaba mucho más nivel de decibelios que su voz desgañitada y exhausta por la carrera. El resto de los agentes del segundo grupo tomaron posiciones, replegándose por todo lo ancho del edificio. Estaban en una segunda línea de ataque, por lo que no podían abrir fuego sin riesgo a herir a los miembros más adelantados del grupo de Malatierra. Sara tomó la iniciativa.

—¡Hay que avanzar! —Se agazapó para mirar a ras del suelo, buscando un hueco entre las mesas, sillas y ordenadores que habían quedado amontonados y les cortaban el paso—. ¡Por aquí! —indicó, arrastrando su cuerpo y serpenteando entre el mobiliario revuelto. Logró alcanzar la segunda hilera de mesas.

»¡Ya estoy aquí, jefe! —dijo colocándose al lado de Malatierra y empezando a disparar. El resto de supervivientes fue atravesando el mismo hueco que la subinspectora y se replegaron. Ahora eran el doble de agentes disparando. El ruido era verdaderamente enloquecido—. ¿Cuántas bajas tienes? —le preguntó sin dejar de apretar el gatillo.

—Creo que... —miró a su alrededor pero los dos grupos estaban mezclados—, no estoy segura, jefe.

Un haz de luz repentino le quemó los párpados al abrirlos. Llevaba tantas horas a oscuras que le costó un momento adaptarse. Alguien lo agarró con fuerza de la cintura y del cuello y lo obligó a ponerse de pie. Estaba desnudo, olía a sudor y a sangre. Malherido y moribundo, el padre Luis Argüelles avanzó, cogido por ambos brazos por Rosa y Carla.

—Mire, padre, quiero que vea esto —dijo Amanda indicándole una gran ventana que acababa de abrir. Ya era de noche, pero no una noche cerrada, había algo de claridad. El sacerdote estaba aturdido y al límite de la extenuación; no obstante, sus sentidos aún parecían funcionar y cuando la mujer abrió la ventana entró en sus oídos el sonido terrible de los disparos que se sucedían y que provenían del viejo almacén. Desde la ventana le obligaron a mirar lo que estaba sucediendo—. ¿Qué le parece? Ahora mismo la policía está luchando allí dentro contra mis esclavos. Es posible que Teresa haya alertado a la policía para detener a mis drones. Me pregunto si ella misma se habrá atrevido a venir hasta aquí —dijo fingiendo una sonrisa macabra.

—La po-li-cía te de-ten-drá —logró pronunciar, pero apenas tenía fuerzas para mantenerse en pie. Si no fuera porque Rosa y Carla lo sujetaban, se desplomaría en el suelo.

Amanda, con la voz sensual y la sonrisa triunfante, le susurró al oído:

—Lo dudo mucho, padre, ahora mismo voy a mandar al infierno a esos malditos policías.

Luis Argüelles la miró de soslayo y con acritud.

—¡Tu hermana te derrotará! —la amenazó con rabia recuperando la voz, provocando la risa de las tres mujeres.

—Pues espero que la buena de Teresa no esté ahora mismo con esos policías porque sería una verdadera lástima. Créame lo que le digo, padre.

Rosa posó sus dos manos sobre las mejillas del sacerdote moviéndole la cabeza hacia el frente para que no perdiera detalle de lo que iba a suceder en el viejo almacén. Amanda llevaba en su mano un mando a control remoto. Extendió una pequeña antena telescópica que sobresalía del aparato y apuntó en dirección a la nave desde la que seguía oyéndose el rugir de las armas.

A Pelayo le estaba costando seguir el ritmo de su mujer. Habían descendido por la pista forestal hasta llegar a la entrada del viejo caserón. Se detuvieron unos instantes delante de la fachada cuando empezaron a escuchar disparos a lo lejos.

—¡Vamos, la policía ya habrá llegado!

—¡Cariño, espera!

Teresa siguió corriendo hacia el bosque de pinos que bordeaba la vieja casa. Por cautela siguieron avanzando entre la arboleda, en paralelo al camino que rodeaba la edificación. Encontraron multitud de autobuses aparcados sobre la fachada lateral y prosiguieron la marcha al ver que no había nadie. Los disparos cada vez se escuchaban más próximos. Al llegar al otro extremo de la casa, vieron la gran explanada con algunos drones apostados en el suelo y, al fondo, una nave enorme desde la que provenían los disparos. Se pararon un segundo tras unos árboles. No estaban seguros si salir a campo abierto pues ellos no llevaban armas ni eran policías y allí al fondo, dentro del edificio, se escuchaba una batalla enardecida. Pelayo cogió de la mano a Teresa para asegurarse de que no volvería a salir corriendo y dirigirse hacia aquel lugar.

—Un momento, cariño. Si la policía está interviniendo, pronto acabará todo. Esperemos a que los disparos cesen.

Teresa no dijo nada, solo apretó la mano de su marido en señal de conformidad. Los dos aguardaron en silencio tras la arboleda, sin dejar de mirar las ráfagas de luz que iluminaban el interior de aquel edificio. «Ojalá acaben contigo», pensó con la esperanza de no tener que enfrentarse cara a cara con su hermana.

Malatierra y Sara se sucedían en el ataque. Cuando uno disparaba el otro se agachaba y viceversa. La lucha estaba siendo encarnizada. Varios de los agentes habían sido abatidos y otros tantos, incluido Malatierra, lucían heridas sangrantes en su piel.

—¡Sara, hay que seguir avanzando, los tenemos acorralados!

La subinspectora se agachó y fue gateando por el suelo buscando otro hueco por el que atravesar la barricada formada por el mobiliario y los ordenadores, pero no encontró nada.

—¡Tendríamos que saltar por encima de la barricada! —afirmó al volver al lado del inspector—. ¡El amasijo de hierros y madera es impenetrable!

—¡Mierda! —maldijo el inspector, pues sabía que saltar por encima de la improvisada barricada era muy arriesgado; el frente enemigo también habían adelantado posiciones tratando de huir del fuego que se extendía en el otro extremo del edificio, lo que provocó que los dos bandos estuviesen disparándose a muy pocos metros de distancia y cualquier descuido, cualquier momento en el que te dejases ver más de dos segundos, sería tu fin. La situación era de absoluto bloqueo.

»¡Tendremos que mantener la posición y esperar! —gritó a la vez que lanzó una nueva ráfaga de fuego y plomo.

—¿Esperar a qué, jefe? —preguntó Sara repitiendo el mismo movimiento que el inspector.

—¡A que se les acabe la munición a esos malnacidos o a que los engulla el fuego!

Entonces ocurrió. Una gran llamarada recorrió todo el espacio. Las barricadas volaron por los aires, los trozos de cristal cortaron el aire y la carne. Una explosión desde el interior del edificio que barrió con su onda expansiva todos los equipos informáticos, las mesas, las sillas, los cuerpos. Como una olla a presión, el edificio reventó por sus dos extremos dejando salir al exterior dos grandes llamaradas instantáneas que fueron seguidas de sendas columnas de humo

negro. Las armas callaron. Ya no hubo más disparos y Teresa soltó la mano de su marido para sorpresa de este, que la vio correr campo a través hacia la nave.

—¡Teresa, espera! —le suplicó inútilmente.

No tuvo más remedio que lanzarse él mismo a campo abierto siguiendo la estela de su mujer. Las llamas empezaron a brotar por el tejado hasta que una parte de él colapsó y se vino abajo. Pelayo frenó un poco el paso ante el estruendo que provocó el derrumbe. Su mujer, sin embargo, mantenía el ritmo. Estaba decidida a llegar hasta el lugar. No tuvo más opción que seguirla.

Una lengua de humo espeso y negro sobresalía por el quicio superior de la puerta de entrada, elevándose a ras de la fachada, como si de la boca de un fumador empedernido se tratase.

—¡Con cuidado, Teresa! —alertó Pelayo, que había alcanzado a su mujer y ahora iban a la par. Se agacharon para evitar el humo ardiente y otearon desde la entrada para ver si veían algún superviviente. Estaba oscuro, más aún con el humo con lo envolvía todo. El edificio desprendía un calor infernal, no se podía entrar allí.

—¡Mira ahí! —señaló Teresa con el dedo.

Pelayo agudizó la vista intentando descubrir lo que su mujer había divisado. Entre la espesura y los escombros, una mano parecía querer salir, se agarraba a lo que podía, escarbando entre los despojos humanos y materiales. Teresa se quitó el abrigo y se cubrió con él la cabeza. Entró en el edificio y alcanzó la mano que sobresalía de un montón de deshechos. Pelayo la siguió y empezó a retirar escombros para descubrir el cuerpo de una mujer. Tiraron de ella con fuerza hasta que dejaron descubierto su torso. Entonces Pelayo la agarró por el pecho, bordeándola con sus brazos y tiró tan fuerte que se fue al suelo por el impulso que tomó para sacar aquel cuerpo de los escombros. Se levantó de inmediato ayudado por su mujer y entre los dos sacaron el cuerpo al exterior. Al salir, el aire desvaneció el humo que parecía perseguirles y Teresa la reconoció al momento.

—¡Subinspectora! ¡Sara! —la llamó mientras le daba unas palmadas en la mejilla.

La mujer entreabrió los ojos y tosió. Tenía humo dentro y se ahogaba. Le dieron la vuelta para ponerla boca abajo y, tras unas arcadas, Sara volvió a respirar con normalidad.

—¿Teresa? —preguntó aturdida.

—Sí, soy yo. Al final han venido a este lugar. Me hicieron caso. —La subinspectora la miró y asintió. Aún estaba recuperando la respiración—. Lo siento —dijo Teresa.

Sara se incorporó un poco y tomó aire para poder hablar.

—No lo sienta. Gracias a usted hemos podido detener el ataque de los drones.

La subinspectora miró a su alrededor. Había restos del edificio esparcidos por todos lados, también algunos cuerpos yacían inertes sobre la tierra húmeda. Quiso levantarse del todo, tuvo que apoyarse en Pelayo, que la ayudó a mantener el equilibrio. Sara se dirigía hacia un punto fijo.

—¿Qué ocurre?

—¡No, por favor, no! —balbució entre sollozos.

—¿Qué pasa, Sara? —le preguntó Teresa mientras avanzaban hacia uno de los cuerpos.

—¡Robertooooo! —gritó de repente, adelantándose unos pasos que logró dar sin el apoyo de Pelayo y dejándose caer de rodillas al lado del cuerpo de Malatierra. Lo abrazó tirándose al suelo y trató de levantarle la cabeza—. ¡Roberto, háblame, por favor, despierta! —le suplicaba ante la mirada atónita de Pelayo y Teresa que se mantuvieron a una distancia prudente, como queriendo dejarle algo de intimidad.

Brotaron lágrimas de los ojos de Sara mientras se aferraba al cuerpo del inspector. Tosió, carraspeó violentamente, parecía ahogarse.

—¡Roberto! —gritó llena de esperanza—. ¡Vengan aquí, ayúdenme a moverlo!

Pelayo se acercó de inmediato y cogió al inspector por debajo de los hombros para incorporarlo. Lograron ponerlo de pie, pero Malatierra estaba aturdido por el golpe de la onda expansiva y a punto estuvo de caer de nuevo al suelo si no es porque lo sujetaron con fuerza en el último momento. Volvieron a dejarlo tumbado.

—Roberto, ¿estás bien, puedes respirar? —preguntó Sara angustiada.

—Sa-ra... —jadeaba con esfuerzo—, sí... estoy... bien. No te preocupes.

Sara comprobó si le funcionaba aún la radio. Alguien respondió al otro lado de la línea y su rostro se relajó levemente. Solicitó ayuda de inmediato y ambulancias. La voz le confirmó la orden desde el otro lado. Suspiró con alivio.

—Ya está, Roberto, en breve te sacaremos de aquí. Te pondrás bien, ya verás —trató de animarse a sí misma alentando a su jefe.

—¡Ey! Sale alguien más —dijo Pelayo, que echó a correr hacia la puerta de la nave al ver a un hombre con uniforme de la policía gateando y saliendo al exterior envuelto en humo.

Uno de los agentes había logrado sobrevivir. Pelayo le ayudó a levantarse. Vio que su pierna izquierda estaba totalmente rota. Colocó el brazo derecho del agente sobre su cuello y tiró hacia arriba para levantarlo. El policía se apoyó sobre su pierna derecha, la única que le servía. Apretaba los dientes del dolor. Teresa acudió a ayudarlos y entre los dos lo trasladaron a unos metros del edificio, que amenazaba con terminar de derrumbarse de un momento a otro. Lo dejaron sentado al lado de Malatierra.

—Gracias —dijo entre alaridos de dolor.

—La ambulancia está en camino, no tardarán en llegar —dijo Sara tratando de aliviar la agonía del agente.

La maltrecha estructura de la nave rugió. El extremo por donde había caído el dron colapsó y una nube de polvo se elevó hacia el cielo tras un gigantesco estruendo que siguió al desplome de esa parte del edificio. Los cinco se acuclillaron en el suelo protegiéndose de la onda de polvo que les envolvió.

—¡Túmbense, respiren a ras del suelo! —aconsejó Sara.

La nube de polvo era densa, pero el aire que corría la disipó rápidamente. Pelayo tardó un poco más en abrir los ojos, dejando algo más de tiempo para que el viento limpiara el aire. Cuando abrió los ojos buscó a su mujer. Teresa estaba ya de pie, con la mirada fija en el horizonte.

—Cariño —se levantó y se puso a su lado, pero no le contestó. Estaba seria, con la mirada fija. Miró en la dirección en que lo estaba haciendo ella—, ¿qué ocurre?

—Está allí.

—¿Allí? ¿Quién? —Pelayo no lograba entender.

Sara y Malatierra miraron en la misma dirección.

—Mi hermana. —Señaló con la mano extendida hacia la vieja casa. En la fachada trasera de la misma, que es la que tenían en frente a unos trescientos metros, una silueta femenina se asomaba a la ventana. Solitaria e impenetrable. Dejando que el viento meciera su cabello negro. Esperando su momento. Esperándole a ellos.

—Está bien, acabemos con esto de una vez por todas —dijo Sara de repente. Malatierra hizo amago de levantarse, pero volvió a ceder: se había dado un golpe demasiado fuerte en la cabeza y sufría una conmoción que le impedía el equilibrio. Tuvo que negar con la cabeza, resignándose a no poder ayudar. Sacó su pistola de la funda y se la ofreció a Sara.

—Ten cuidado, Sara, ya sabemos de lo que es capaz esa mujer.

La subinspectora tomó el arma y se dirigió al otro agente para recoger la suya; advirtió que la había perdido tras la explosión.

—Bueno, no importa, con dos pistolas será suficiente. —Comprobó los cargadores. Estaban llenos.

Sara miró a Teresa y a Pelayo.

—Le ayudaremos —dijo ella sorprendiendo de nuevo a su marido.

Dudó un segundo, pero aceptó el ofrecimiento. Se enfundó una de las pistolas y la otra se la ofreció a Teresa. Pelayo quiso intervenir y tomar el arma, pero se le adelantó su mujer haciéndose con ella.

—Tiene el seguro quitado y está cargada. Lo único que hay que hacer es apretar el gatillo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, subinspectora —respiró hondo—. Vayamos a por mi hermana.

XXX

21 de enero de 2020. Martes. 20:30. Toledo, finca La Perdiz.

Caminaron los tres atravesando la explanada que los separaba del viejo caserón. La silueta de Amanda había desaparecido de la ventana. Solos, envueltos en una brisa húmeda, vigilados por Malatierra que se había quedado sentado sobre el terreno. Veía cómo se iban haciendo más pequeños a medida que se alejaban. Teresa empuñaba la pistola cogiéndola solo por el mango, no se atrevía a meter el dedo en la anilla del gatillo, pues su pulso no era todo lo firme que desearía. El desenlace esperado, que durante tanto tiempo trató de ocultarse a sí misma, estaba apenas a cincuenta metros. Intentó pensar en lo que le diría a su hermana. Pelayo iba a su lado, taciturno y disimulando torpemente su inseguridad.

—Entraremos por la puerta trasera —dijo Sara volviéndose, pues llevaba unos metros de distancia sobre el matrimonio.

La fachada del edificio tenía dos grandes ventanas y una puerta trasera de doble hoja. Le confería un rostro indeterminado, con ojos y boca a punto de engullirlos. Era como si la propia casa los mirase. Teresa apartó la vista de ese rostro imaginario.

La distancia estaba prácticamente agotada cuando un estruendo les sobresaltó. Uno de los ventanales de la casa saltó por los aires esparciendo añicos afilados hacia el exterior.

—¡Cuidado! —Sara se agachó un poco en un acto reflejo que sus dos acompañantes imitaron por instinto.

Un cuerpo humano, inerte y escuálido salió volando de la ventana. La escena no duró ni dos segundos. Justo antes de impactar contra el suelo algo detuvo su caída.

—¡Oh, Dios! —se alarmó Teresa, que se volvió contra el pecho de su marido buscando protección, evitando ver la horrible escena.

Habían defenestrado a Luis Argüelles, bien atado con una gruesa soga que le partió el cuello al tensarse justo antes de topar con el suelo húmedo. Quedó colgado de la fachada, con los ojos fuera de órbita y los pómulos amoratados; el cuerpo desnudo y ensangrentado. Un ligero vaivén, fruto de la inercia reprimida de la caída, lo meció unos instantes hasta que el rozamiento con la fachada del propio edificio detuvo el último movimiento del sacerdote. Teresa se abrazó a Pelayo y lloró con un arrebató emocional, mezcla de rabia e impotencia. Los tres se quedaron petrificados. A pesar de lo que habían visto hasta ahora, ninguno se esperaba un recibimiento así. Acababan de darles la bienvenida al infierno.

—Teresa, tenemos que seguir —se acercó la subinspectora con la voz serena—, terminemos con esto.

La mujer respiró profundo y apartó las lágrimas de su mejilla. Asintió. Pelayo le pasó su mano por la nuca y se miraron. Estaban juntos en esto. Él no la abandonaría a su destino, estaría a su lado llegado el momento de encararse a su hermana. Se entendieron sin hablarse, ese era su silencio, elaborado con muchos años de convivencia. El lenguaje de las miradas que no necesitaba de la voz, tan solo un gesto bastaba para decir: estoy contigo, cariño, no nos detengamos.

Ascendieron por la pequeña escalera que los llevó hasta la puerta de entrada apoyándose en la balaustrada. Sara no palpó el tirador, sabía que estaría abierta, era obvio que les esperaban. Revisó su arma una última vez y encendió la linterna. Empujó la puerta con el pie y esta cedió. El haz de luz de su linterna parecía ser engullido por la oscuridad del interior.

—Seguidme, cada uno a un lado —susurró.

El punto de luz que se desprendía de la mano izquierda de la subinspectora atravesó la estancia con rapidez. Sara tenía prisa por hacerse una idea del espacio en el que acaban de entrar, así que la movió de un lado a otro y arriba y abajo. Parecía que la planta baja estaba totalmente vacía, sin muebles ni otro tipo de enseres. Al fondo, una estrecha escalera de caracol ascendía al siguiente piso. Caminaron en silencio; los tres contenían su respiración para no hacer el más mínimo ruido. En formación de triángulo y alerta. Teresa, al lado izquierdo de la subinspectora, y Pelayo, al derecho. Este adelantaba sus manos, tanteando la oscuridad y deseando que no hubiera nada que tocar. Teresa empuñaba la pistola con las dos manos, en una posición que se diría muy profesional, pero era el miedo que la hacía temblar lo que la llevó a sujetar el arma con ambas manos y así darle algo de estabilidad. Rozaba el gatillo con su dedo índice, inquieto y presto a disparar.

—Aquí no están, habrá que subir —avisó Sara en un susurro y alumbrando la desvencijada escalinata.

Al poner el pie sobre el primer peldaño, se dieron cuenta de lo inestable de la estructura metálica que la sostenía. La subinspectora iba en cabeza, le seguía Pelayo, que se agarraba a la barandilla esperando el derrumbe inmediato de aquel amasijo de hierro. Teresa, a la cola, aprovechando la curvatura de la estructura para ir mirando de reojo a su espalda.

Sara notó algo que la puso en alerta.

—Quietos —dijo sin elevar la voz.

Teresa se giró sobre su espalda. No vio nada. Todo seguía oscuro. Sara alumbró la base de la escalera. No había nadie. Estaban a mitad del camino de ascenso.

—¿Qué pasa? —preguntó Pelayo.

—He notado algo, como si la escalera se moviera...

—No parece muy estable, es por nuestro propio peso —razonó forzosamente Pelayo.

Alumbró de nuevo hacia arriba y subió otro peldaño. La escalera, ahora sí, empezó a vibrar con violencia, tambaleándose y obligando a los tres a sujetarse a la baranda.

—¡Agarraos! —gritó la subinspectora, que movía con agitación la linterna buscando el origen del movimiento.

Una risa femenina, jovial, casi infantil, se escuchó en la planta baja. Sara apuntó con la linterna y la pistola al suelo. Logró ver unos pies desnudos que corrían antes de que se desvanecieran de nuevo en la oscuridad. Barrió la planta baja con la linterna, pero quien fuese había desaparecido.

—No es posible —se ofuscó.

—¿Quién es? Esa risa no ha sonado como la tuya —preguntó Pelayo a su mujer, dando por hecho que Amanda no estaría sola.

Teresa no pudo hablar, solo negó con la cabeza. Los tres esperaron unos segundos. Querían atemorizarlos. La subinspectora esperaba un ataque más directo, un cara a cara, un duelo... Esta forma de actuar le desconcertó. Estaban jugando con ellos.

Retomaron el ascenso. Les faltaban un par de giros sobre el eje de la escalera para alcanzar el hueco abierto en el suelo de la planta siguiente. Sara animó un poco el paso en los últimos peldaños, pero al llegar al nivel del suelo del piso superior frenó en seco y alzó la linterna para iluminar el techo. No se veía nada allí arriba. Subió un par de escalones más para poder asomar su mirada a ras del piso superior. Giró sobre su eje con la linterna a la altura de sus ojos para recorrer toda la estancia, apuntando al mismo tiempo con su arma. Al dar un cuarto de giro algo le golpeó la cabeza, dando con su espalda sobre la barandilla de la escalera. Pelayo la cogió antes de que su cuerpo cayera al vacío colándose por uno de los huecos de la barandilla.

—¡Sara!

—¡Jodeeeeer! —Teresa, presa del pánico, lanzó dos disparos hacia arriba atravesando el desvencijado techo que separada las dos alturas de la casa. Se quedaron a oscuras. La linterna cayó al suelo apagándose tras el golpe con el suelo—. ¡Pelayo, Pelayo! —se aferró Teresa a su marido palpándolo en la oscuridad.

—Tranquila, cariño —jadeó aquel—. Sara, Sara —la llamaba mientras le daba suavemente con la palma de la mano en la mejilla. La subinspectora no respondía. Acercó su oreja a la nariz de la agredida—. Aún respira.

Teresa tragó saliva y quiso sacar fuerzas de donde no le quedaban. Se habían quedado completamente a oscuras.

—Déjame pasar a mí primero —dio un paso largo para adelantar a su marido, que aún sujetaba a la subinspectora evitando que se precipitase al vacío. Pelayo la colocó de manera que su cuerpo quedara apoyado sobre los barrotes laterales de la barandilla y se incorporó.

—Teresa, espérame —le pidió expulsando el aire por la boca.

Teresa había encendido la linterna de su móvil y algo de luz había. Se asomó sigilosa por el hueco del techo desde donde habían agredido a la subinspectora. Acababa de disparar dos veces. La primera vez en su vida que hacía algo así. Había sentido la fuerza del retroceso del arma primero en su mano y después recorriéndole como una onda expansiva por todo el brazo hasta sentir un cosquilleo en su hombro derecho. Eso le insufló ánimo. Le dio algo de seguridad.

—¡Teresa, espera, por dios! —le repitió, ahora alzando la voz al ver que su mujer iba decidida a adentrarse ella sola en la siguiente planta. Pelayo empezó a subir peldaños de dos en dos, ayudándose de la baranda para impulsarse. A punto de llegar a la altura de su mujer, un chirrido metálico volvió a desequilibrarlo. La estructura de la escalera fue desplazada lateralmente con violencia varios metros, impulsada por una fuerza no visible. Pelayo se golpeó la cabeza con el filo de uno de los peldaños y rodó escaleras abajo hasta que logró aferrarse a una de las barras laterales.

—¡Pelayooooo! —gritó Teresa, que había quedado sujeta al suelo del piso superior, con los pies colgando sobre el vacío, apoyándose con el torso en el suelo de la segunda planta e hincando las uñas sobre los tablones de madera que revestían el forjado—. ¡Pelayoooo! —pero este no contestó.

Al usar sus manos para agarrarse, su móvil quedó boca abajo, por lo que el dispositivo de la linterna apuntaba directamente al suelo sin poder iluminar nada. Con su mano izquierda trató de impulsarse aprovechando una ranura entre los tablones. Alzó su rodilla izquierda hasta llevarla al borde del suelo del que pendía. Hizo un terrible esfuerzo para elevar esa pierna y entonces sí,

conseguir estabilizarse. Cogió el móvil y se puso de pie apuntando en todas direcciones, girando como una loca sobre sí misma para no dar tiempo al enemigo a que la atacase por la espalda.

—¿Dónde estás? —gritó enfurecida.

El pequeño brote de luz de su móvil, girando en la inmensa oscuridad como un faro en una noche de tempestad, no atinó a vislumbrar ningún rostro ni ningún cuerpo. Se había quedado sola en la segunda planta. Parecía algo más pequeña que la inferior y también estaba vacía. Aparentemente al menos.

—¡Amanda! —la llamó, casi invocándola, con el deseo de dar con ella de una vez por todas y con el miedo apretándole por dentro. Su osadía y su temor pugnaban dentro de ella, creando un equilibrio que pendía de un filo. Teresa, a punto de disparar, a punto de desmoronarse en una lucha interna contradictoria e impredecible.

Inspiró varias veces por la nariz: olía a quemado. Se agitó. Intentó alumbrar a su alrededor. No veía fuego por ninguna parte. Notó el humo, pudo iluminarlo con el teléfono, estaba formando una espesa cortina, brotaba por el agujero del suelo por el que había ascendido. Se acercó hasta él.

—¡Pelayoooo! —gritó desesperada, temiéndose lo peor—. ¡Pelayooooo!

El silencio fue atronador. El humo llenó todo el espacio; era espeso, podía notar sus partículas de polvo caliente sobre su tez. Se apartó del agujero y se agachó buscando una bocanada de aire respirable. Sintió que se ahogaba, sintió que fracasaba, que la oportunidad se le desvanecía entre los dedos y el humo se iba adueñando de ella. Estaba a punto de sucumbir a la asfixia. Comenzó a arrastrarse por el suelo, agonizando, abriendo la boca desesperadamente, rebañando el oxígeno al aire contaminado. Muriéndose por respirar y viendo cómo se cerraban poco a poco sus ojos. Echando las cortinas a la vida, poniéndole fin.

Una ráfaga de aire frío y húmedo le abrió los ojos. Empezó a toser con violencia, su cuerpo reaccionó expulsando algo del humo tragado. Con los ojos entreabiertos vio al fondo una luz que se abría camino en la venenosa espesura creada por el humo que ahora se iba disipando. Alguien había abierto una ventana al fondo. Un hueco para que la esperanza brotara de nuevo. Tosió con más fuerza, escupió, volvió a aspirar. Fue recobrando sus fuerzas mientras el humo salía hacia el exterior velozmente.

Allí estaba ella. Al fin.

—A-man-da —acertó a pronunciar mientras se incorporaba.

La imagen vívida del terror de su infancia se mostró al fondo de la estancia, ahora hecha una mujer de similitud incomparable: era ella misma en el otro extremo de la habitación. El pelo negro y ondulado, las mismas formas, las mismas curvas, todo igual, pero distinto. Emergió en escena con un vestido rojo como el infierno.

El humo terminó de desvanecerse y pudo ver más.

—¡Pelayo! —gritó.

Su marido yacía tirado en el suelo al lado de Amanda y rodeado de dos mujeres desnudas. Una, muy joven, apenas sobrepasaba la adolescencia, cabello dorado y rostro ingenuo. Otra, pelirroja y voluptuosa, mostrando una seguridad incontestable. Acariciaban a Pelayo. La joven recorría su torso con la mano mientras la pelirroja lo sujetaba por la espalda recogiendo en su regazo y acariciándole el cuello. Lo miraban con picardía y desdén al mismo tiempo.

—¡Dejad a mi marido, malditas perras! —les gritó apuntándoles con el arma.

—Te presento a Rosa y Carla, querida hermana —dijo Amanda—. No hay motivo para ponerse así, no te preocupes, hermanita; ellos ya se conocen, créeme; muy bien, además... te lo aseguro —intentó provocarla con el sarcasmo.

Teresa encaró la mirada de su hermana y le apuntó con el arma.

—¿Por qué has vuelto? ¿Qué quieres de mí?

—Justo eso, querida.

—¡Explícate!

Amanda hizo un gesto de obviedad como si su expresión no albergara ninguna metáfora.

—Te quiero precisamente a ti, hermana. Hemos estado demasiado tiempo separadas.

Teresa le mostró su desprecio más profundo.

—¿Y qué te hace pensar que yo quiero estar contigo después de todo lo que le hiciste a nuestra familia?

—¡Ah, es eso! No me guardes rencor por lo de papá y mamá, ni tampoco por lo de los tíos ni la prima Inés. Ellos solo eran una molestia para nosotras, hermanita.

Teresa sintió fuego en su esófago, tuvo que contener una arcada.

—Eres una hija de puta —dijo con lágrimas—. También sé lo que le hiciste a tus padres adoptivos, ¿por qué?

Amanda no mostró ningún rastro de empatía, su expresión era fría y serena.

—Porque solo me importas tú. Te necesito, hermana —pronunció esto último con una especie de pena que Teresa no alcanzó a entender.

—¿Qué quieres decir?

La gemela abrió las palmas de las manos en señal de evidencia.

—Somos gemelas idénticas ¿o es que no lo ves? Univitelinas, monocigóticas. Ya sabes, un óvulo y un solo espermatozoide que lo fecunda para después dividirse. Somos una materia rota, partida en dos, y eso no puede ser... —Teresa seguía apuntándola con el arma, forzando la tensión de sus músculos para no derrumbarse mientras atendía la explicación de su hermana—. Debes entender que esta dualidad no puede mantenerse más tiempo. Tu existencia, querida hermana, ha sido mi carencia más doliente, una amputación arbitraria de la naturaleza. He tenido que soportarlo todos estos años, pero al fin hoy pondremos solución a esta falta de completitud.

—¿A qué te refieres? —preguntó Teresa con la mente colapsada, intentando comprender.

Amanda hizo un gesto de impaciencia y resopló.

—Por dejártelo claro, hermanita, el óvulo del que procedemos no debió dividirse nunca, ¿entiendes? Eres un error, pero ya no se puede hacer nada al respecto, no puedo destruirte porque formas parte de mí y ya te he dicho que te necesito.

—¿Me necesitas para qué? —le tembló la voz al tentar una respuesta que sospechaba que no le agradaría.

—Para ser solo yo, Teresita, completa y al cien por cien; con esa parte que tú me arrebataste y que además has deteriorado con tu conducta.

—¿Mi conducta? ¿Qué es lo que he hecho? —dijo compungida por el asombro.

—Ser demasiado buena en tu vida. Has contaminado mi naturaleza.

—¿Tu naturaleza? ¡Estás loca! ¿A qué naturaleza te refieres, de qué coño me estás hablando?

Amanda dio un paso hacia adelante confiada de que esa réplica de ella misma que la apuntaba con un arma no apretaría el gatillo.

—Soy el mal, hermanita. Sin más adjetivos ni artificios, el mal más absoluto, el poder más increíble de la naturaleza corre dentro de mí. Nada me detiene, no tengo límites, salvo tú.

—¡Quieta, no te acerques más o disparo! —gritó al ver que se aproximaba a ella.

Amanda se detuvo. Torció ligeramente la cabeza sin dejar de mirarla, con un gesto que evocaba cierta ternura.

—Cariño, sabes que no eres capaz de disparar a tu propia hermana; no puedes hacerlo y lo sabes. Yo, en cambio, no dudaría, Teresa; apretaría el gatillo y te volaría la puta cabeza.

Teresa notó que la vencía, era como si la voz de su hermana hiciese audible su propio pensamiento, como si estuviera dentro de ella o, más bien, como si fuese ella misma. Sabía que llevaba razón, así que bajó el arma. Amanda sonrió.

—¿Por qué me odias? Desde siempre, desde que soy consciente de mí misma, he sentido tu odio más profundo dentro de mí. ¿Por qué odiabas a papá y a mamá? ¿Por qué los mataste? ¿Por quéééééé? —explotó enfurecida con lágrimas resbalando por las mejillas.

Amanda se acercó hasta su hermana. Frente a frente. Teresa descompuesta en llanto, buscando con los ojos algún atisbo de humanidad en aquel ser que era su fiel reflejo. Amanda, hielo y sin emotividad, reluciendo una belleza cruel e impasible. Le acarició el rostro con falsa ternura.

—Oh, pobrecilla, veo que estás pasándolo realmente mal.

Teresa la miró suplicante. Necesitaba descubrir algo de bondad en aquel ser.

—¿Cómo pudiste matar a nuestros padres? Nosotras éramos sus hijas, una bendición para ellos —insistió en saber los motivos mientras se secaba las lágrimas.

—En realidad era algo que no tenía pensado, simplemente surgió. Fue un pequeño ataque de furia por mi parte, lo reconozco, pero, chica, qué quieres que te diga, solo tenía seis años, aún era muy joven para controlar mis impulsos —contestó dejando clara la ausencia total de cualquier tipo de sentimientos.

—Eran papá y mamá —reclamó Teresa entre sollozos que la ahogaban—. ¿Por qué?

Amanda llenó de seriedad su expresión, cansada por la insistencia.

—Porque a la puta de tu madre se le dividió el óvulo y entonces naciste tú, maldita zorra, llevándote contigo la mitad de lo que yo soy: el mal, un mal incompleto. Tú no lo entiendes, necesito que la parte que me fue sustraída vuelva conmigo.

—¿Para qué?

—¡Para que mi poder sea absoluto y entonces ya no necesitaré drones ni burundanga para someter al mundo! —sentenció con la voz grave y firme.

—¡Maldita seas! —Le empujó golpeándole en el hombro con la empuñadura de la pistola. Amanda retrocedió un paso para no perder el equilibrio—. ¿Y qué pretendes, que volvamos de nuevo al óvulo? —Elevó de nuevo el arma para mantenerla a distancia. Esta vez su dedo índice apretaba levemente el gatillo. Con la furia desatada. Lista para disparar.

Amanda le sonreía como si nada, le hizo gracia la ocurrencia de su hermana.

—¡Ay, hermanita! Eso ya no es posible, me temo. No podemos volver tan atrás, pero sí puedo hacer que te sometas a mi voluntad.

—¿Pretendes drogarme como a todo Madrid?

—No, corazón, contigo debe ser diferente. Debo ganarme tu voluntad, someterla de manera natural. Hacer que vuelvas a formar parte de mí. Una sola. Solo Amanda.

—No pienso someterme.

—Eso ya lo veremos —le retó, andando en círculo sobre ella como una felina esperando el ataque final.

Pelayo despertó de la inconsciencia y, ante el primer impulso de incorporarse rápidamente al ver a su mujer apuntando con la pistola a su gemela, Rosa lo cogió con fuerza apretándole el cuello para impedirselo. Apenas pudo patear antes de que Carla echara su liviano cuerpo sobre las piernas del hombre.

—¡Teresa! —le gritó.

—¡Cariño! —Se le escapó una sonrisa al comprobar que seguía vivo—. ¡Soltadle! —ordenó apuntando ahora a las dos mujeres que lo retenían.

—Chssss, cariño, déjalos a ellos ahora, esto es entre tú y yo —le pidió Amanda colocándose directamente en frente del arma, tapando cualquier posibilidad de disparar a ninguna de las dos mujeres.

—¡Cariño, tienes que bajar el arma, recuerda lo que me contaste de camino a Toledo, recuerda lo que te dijo el padre Luis!

—¡Tapadle la puta boca a ese cabrón! —gritó Amanda enrabiada.

Las dos mujeres obedecieron y oprimieron la voz del hombre presionándole la boca con las manos.

Una idea terrible brotó de repente en la cabeza de Teresa, algo que pareció inquietar al mismo tiempo a su hermana. Podía percibirlo y podía sentir la intranquilidad de Amanda. Era como si hubieran conectado mentalmente, sin necesidad de hablarse. Ambas sabían lo que estaba pensando. «Perdonar a tu hermana, es la única forma de vencer el mal: con el perdón».

Se miraron, buscándose mutuamente en el interior. Amanda, expectante, como si fuese a ser descubierta; Teresa, ofuscada, removiendo sus recuerdos. Necesitaba algo. Alguna imagen del pasado, algún momento de felicidad con su hermana, alguna sonrisa compartida. Hubo un silencio. Las hermanas solo se miraban, ninguna dijo nada.

Mientras, Pelayo no paraba de moverse, las dos mujeres lo seguían reteniendo. Intentaba con todas sus fuerzas zafarse de ellas, pero fue imposible. Lo tenían inmovilizado.

Amanda quiso aproximarse a su gemela, amagó el movimiento.

—¡No te muevas! —recibió como respuesta.

—Teresa, no te resistas más, sabes que no puedes perdonarme, te resulta imposible.

La terrible afirmación de su cruel hermana le anegó de impotencia. La única manera de parar a esa bestia era el único camino que no podía tomar. Su corazón no podía resistir tanta maldad, tantos años de sufrimiento sin la más mínima causa que lo justificase. No podía perdonar a su hermana. Escudriñando sus recuerdos no encontró sino el desasosiego de saberse acompañada por el mal más profundo y esencial que era capaz de concebir; y lo tenía allí mismo, delante, idéntica a ella y al mismo tiempo tan diferente.

Apretó los dientes en un ataque de rabia y apuntó con el arma directamente al corazón de Amanda.

—No me queda otro remedio —dijo con lágrimas contenidas.

—No lo hagas, hermanita, por favor, te lo suplico, no rompas nuestra unión, juntas podremos ser increíblemente poderosas —rogaba Amanda con brillo en los ojos y la voz trémula.

Teresa sintió la rigidez en su mandíbula. La tensión le oprimía el cuerpo. Estaba a punto de hacer algo que no hubiera podido imaginar. Se preparó para quitar la vida.

El disparó tronó seco y trágico. El sonido metálico del fin de la vida rebotando sobre el cuerpo blando de Amanda. Teresa cerró los ojos justo cuando apretó el gatillo. No quería ver el desenlace evidente de su acción; a pesar de todo lo ocurrido, le dolía en el alma matar a su gemela, era inevitable: una misma materia, un mismo dolor.

Pelayo cesó su forcejeo durante unos segundos tras el silbido lanzado por la pistola de su mujer. Patidifuso. Se sorprendió de que Teresa hubiese hecho algo así. Las dos mujeres que lo retenían ni se inmutaron, simplemente siguieron oprimiendo el cuerpo del hombre asegurando su neutralización hasta nueva orden.

—Ya puedes abrir los ojos, hermanita —dijo la voz imprevista de quien debería ser un cadáver

en ese momento.

Teresa los abrió, con la sorpresa inyectada en los capilares de su esclerótica, con el deseo frustrado y al mismo tiempo el alivio de saber que no se había consumado el homicidio. Su hermana seguía viva pese al disparo.

—Pero... ¿cómo es posible?

Amanda sonreía victoriosa e invencible.

—¿De verdad creías que iba a ser tan fácil acabar conmigo? ¿Con una simple bala? —preguntó con arrogancia.

Teresa no supo qué decir. Aquello no era algo que pudiera explicarse de un modo científico o razonable. Le acababa de disparar a bocajarro justo en el pecho. La incólume gemela deslizó por sus hombros los tirantes del vestido que llevaba, dejándolo caer al suelo y mostrándose así, desnuda, con la piel reluciente y tersa e, incomprensiblemente, intacta. Elevó los brazos poniéndolos en cruz.

—¿Lo ves? El mal es de una belleza perfecta. No hay plomo que pueda penetrar en mí. Tu arma no te servirá para nada. No tienes más opción que unirme a mí. No te resistas o tu maridito tendrá que sufrir —trató de amenazarla mientras se le iba acercando sigilosa.

Teresa respiraba agitadamente por la boca, estaba oprimida por la impotencia, no podía matar a su hermana: su cuerpo, de alguna extraña e insólita manera, repelía las balas, y tampoco encontró dentro de sí el perdón para su hermana. Rememoró de nuevo las palabras del padre Luis: «Debes perdonar a tu hermana, es la única manera de terminar con el mal».

Amanda dio un paso más quedándose tan solo a un par de metros de su hermana.

—No te resistas, Teresa, ven conmigo —le tendió una mano.

Teresa miró a Pelayo. Le regaló su mirada más tierna y afectiva. Amanda, desconcertada, giró la cabeza hacia atrás para ver al hombre. Seguía apesado por sus sumisas, cogido por el cuello y las piernas y con la boca tapada con la palma de una mano, pero en sus ojos leyó la tragedia. Supo interpretar la mirada de su mujer, algo terrible estaba a punto de ocurrir.

Pelayo hizo un último esfuerzo por liberarse y acudir en ayuda de su esposa, pero las dos mujeres lo tenían bien sujeto. Un grito ahogado por la mano de Rosa que le tapaba la boca sonó como un eco enmudecido.

Amanda se giró de nuevo hacia su gemela.

—¿Qué pretendes? —le inquirió alertada.

Teresa respiró hondo.

—Tú misma lo has dicho. Somos la misma materia, un mismo óvulo. Yo soy tu error, la parte que incompleta tu maldad. Un rescoldo de humanidad en tu propio infierno. Me necesitas para ser completa, pero mientras no me tengas tendrás en mí un punto débil.

—¿Qué dices, bastarda?

—Digo que voy a destruirte. —Volvió a apuntarla con el arma.

Amanda abrió los brazos animándola a disparar de nuevo.

—¡Vamos pues! ¡No puedes matarme, estúpida! —le gritó retándola con todas sus fuerzas.

Teresa le brindó una inesperada sonrisa. Llena de osadía y vulnerabilidad al mismo tiempo.

—Tienes razón. No puedo matarte directamente. Tu naturaleza no responde a las leyes de este mundo. Efectivamente, eres el mal más absoluto que he conocido y no puedo enfrentarme a eso directamente y te aseguro que tampoco encuentro dentro de mí un mísero grano de consuelo o de entendimiento hacia ti. No puedo comprender ni justificar nada de lo que has hecho en toda tu vida. No puedo perdonarte, hermana. Te odio profundamente aun sabiendo... ahora lo sé... que ese

odio me destruirá. Somos la misma materia, hermana, pero hay una diferencia que tú misma muy bien has expuesto. Tú eres el mal absoluto, intocable e indestructible al parecer; y yo tan solo soy un pedazo que se separó de ti y de tu maldad. Yo soy tu talón de Aquiles, Amanda.

Colocó el cañón de su arma sobre su sien y miró a Pelayo, cuyos ojos parecían querer salirse de sus órbitas al reflejarse en ellos la cruda escena que estaba presenciando.

—Adiós, cariño. Lo siento. Te quiero —se despidió con lágrimas en los ojos.

—¡Noooooooooooo! —gritó Amanda por última vez.

Un disparo sonó y dos cuerpos cayeron a la vez. Teresa y Amanda se desplomaron como dos simples muñecos de trapo, con el cuerpo caliente, con su tiempo desparramándose por el suelo. Allí quedaron, yacentes, despojadas de la existencia.

Rosa y Carla también se desvanecieron. Aún respiraban, pero quedaron semiinconscientes; acababan de ser liberadas de un yugo misterioso que las había dominado hasta ese momento. Pelayo, libre al fin, se levantó deprisa y fue a socorrer el cuerpo de su mujer, pero tan solo pudo darle el quejido de su dolor mojado en lágrimas desesperadas. Abrazó la cabeza inerte de quien había sido su esposa; trató de teparle inútilmente la herida por donde se le había escapado la vida.

—Pelayo... —Apareció Sara, que había podido subir a la segunda planta tras colocar la estructura movable de la escalera de caracol sobre el agujero abierto en el techo de la planta superior. La subinspectora se estremeció al ver la escena. Las dos mujeres exactamente iguales e igualmente muertas. Apartó la mirada para dejar a Pelayo algo de intimidad en aquel instante y se acercó hasta Rosa y Carla. Pulsó en el cuello de ambas buscando el eco de su corazón en la yugular. Las dos parecían estar vivas, aunque algo trastornadas.

Pensó en pedir auxilio cuando las sirenas sonaron a lo lejos. Seguramente los refuerzos ya estarían con Malatierra. La subinspectora se contagió del lamento a voces de Pelayo. Estaba sujetando la muerte de su mujer con sus brazos, roto en mil pedazos, su esposa fallecida y él muerto en vida. Deseó que los refuerzos llegaran de inmediato, necesitaba salir de allí. Pensó en Malatierra. Necesitaba un abrazo en el que derrumbarse. Hincó las rodillas de impotencia mientras compartía en silencio el grito desgarrado del dolor de Pelayo.

Las sirenas sonaron más próximas y, al poco, múltiples pisadas se escucharon desde la planta inferior. Los refuerzos habían llegado tarde. Todo estaba acabado.

XXXI

24 de enero de 2020. Viernes. 13:00. Madrid.

Después del ataque de los drones, Madrid respiraba aliviada; los destrozos fueron innumerables y los rastros del delirio colectivo sufrido decoraban cada rincón de la ciudad. La Unidad de Emergencias del Ejército y el ejército mismo se repartieron por toda la urbe para retirar vehículos destrozados, acordonar zonas con peligro de derrumbe y, sobre todo, retirar los cadáveres que habían quedado esparcidos por doquier. Aún ascendía en el horizonte alguna fumarola que parecía querer resistirse a su extinción; de hecho, en el ambiente flotaba un ligero olor a quemado que impregnaba la atmósfera de la capital. Quizás por ello quedaron en verse en el Retiro, justo en la glorieta del Ángel Caído. Allí al menos se podía respirar aire limpio: el gran parque de Madrid era más pulmón que nunca para la ciudad malherida.

—¿Qué tal estás, Roberto?

Él había llegado unos cinco minutos antes, cojeando, pues tras la explosión sufrida días antes en Toledo, la metralla se había incrustado en su pierna izquierda desgarrándole parte de su fibra muscular. Quiso disimular un elegante bastón con el que había salido a su cita.

La había visto aproximarse a lo lejos, por el paseo Fernán Núñez, botas negras por encima del tobillo, *leggings* y jersey granate con escote; su pelo negro, corto y alborotado como siempre, y una sonrisa eterna que el inspector agradeció con las ganas de verla.

—Pues ya ves, Sara, herido como esta ciudad, pero aquí sigo.

Se miraron un momento. Se sonrieron.

—¿Puedes caminar? —miró el bastón que llevaba.

—Sí, no te preocupes, esto solo lo llevo por darme un aire señorial, creo que ya tengo edad para eso.

—¡Vaya! Parece que estos días en el hospital te han sentado de maravilla.

—Se come mejor en la calle y, además, no me han dejado fumar. —Extrajo un cigarrillo y se lo llevó a la boca.

—Pues eso lo podemos arreglar; conozco un sitio cerca que... ya verás, te va a encantar... ¿Me puedo coger de tu brazo?

—No lo dirás porque crees que este viejo ya no puede valerse por sí mismo —le sonrió con ternura, a lo que ella respondió abrazándose a su brazo derecho.

—Lo digo porque me apetece caminar contigo.

Malatierra asintió, reconfortado y agradecido a su compañera.

—Vaya un asunto de mierda, ¿verdad?

—¿Ya vas a empezar a decir palabrotas? Creo que el efecto del bastón se te está pasando.

Se rieron mientras caminaban dirección norte.

—Ya me conoces.

—Desde luego... Y sí, vaya una mierda de asunto. Al final... no sé... no puedo explicar lo que sucedió en aquel caserón; yo intenté subir, pero las escaleras...

—No te preocupes, he leído el informe y... te entiendo. Lo que ha declarado ese hombre, Pelayo, es realmente extraño. ¿Has hablado con él después de...?

—Sí, al día siguiente de los hechos, en la oficina. Me contó lo que sucedió entre las hermanas, se ratificó en su primera declaración.

—¿Lo van a imputar por la muerte de las dos mujeres?

—Aún no lo sabemos, en realidad no hay pruebas contra él.

—Pero se quedó solo con ellas en la planta superior de la casa y cuando llegaron los refuerzos las gemelas yacían muertas, tú misma lo explicaste así en tu declaración.

—También estaban aquellas otras dos mujeres.

—Sí, pero...

—Pero no recuerdan nada, Roberto; siguen ingresadas, están en una especie de estado amnésico para el que los médicos no encuentran una explicación razonable.

—¿Y te crees lo que Pelayo declaró? Según él, Teresa disparó en el pecho a Amanda y esta quedó indemne para después volarse la cabeza...

—La autopsia del cuerpo de Amanda ha revelado la misma causa de muerte.

—¿Qué causa?

—La misma que explica la muerte de Teresa.

—¿Un disparo en la cabeza?

—Traumatismo craneoencefálico severo.

—Sí, ya, un disparo en la cabeza, pero...

—El cuerpo de Amanda no presentaba ningún orificio de bala en su cabeza ni en ninguna otra parte de su cuerpo.

—Entonces, ¿cómo va a morir por traumatismo craneoencefálico severo?

—Esa es la pregunta que inquietó la otra noche al forense.

Malatierra guardó silencio. Buscaba mentalmente una explicación sin conseguirlo.

—¿Tú qué crees?

Sara se detuvo un instante para encararse al inspector. Le brillaban los ojos, compungidos por lo que estaba a punto de revelar.

—Creo que Pelayo dice la verdad y creo que nos hemos estado enfrentando a alguien que escapa a nuestro entendimiento —dijo con seriedad y sin atisbo de vacilación.

—Según la declaración de Pelayo, Amanda se describió a sí misma como...

—El mal absoluto —se adelantó.

Sara emprendió de nuevo la marcha volviéndose a sujetar del brazo de Roberto, que también reanudó el paso. Mantuvieron el silencio mientras avanzaban por el parque. A Roberto Malatierra le perturbaba esa historia del mal y del bien; no obstante, ya que él no fue el testigo del encuentro entre las hermanas y que su compañera parecía aún muy afectada por lo sucedido, no quiso insistir más.

—¿En qué piensas, Sara? —preguntó al cabo.

La subinspectora agachó levemente la cabeza, síntoma de abatimiento mental.

—Pienso en Tiziano —lamentó con lágrimas en los ojos.

Roberto la paró en seco y la cogió por los hombros. Se acercó hasta su rostro todo lo que pudo y

mezclaron sus miradas.

—Sara, cariño, tú no tuviste la culpa.

—¡Yo le disparé! —gimoteó con fuerza.

—¡No eras tú, te drogaron esos demonios! —se turbó nada más oírse pronunciar esa palabra.

Se aferraron en un abrazo desgarrado, uniendo los cuerpos, el desasosiego azorado, las lágrimas y el dolor. A los pocos minutos, volvieron a respirar algo más repuestos y aliviados. Sara sacó un pañuelo para limpiar el rímel corrido de sus párpados. Se miraron con intimidad, con ternura, con la complicitad de haber sobrevivido al infierno.

—Vayamos a comer, ahora tengo mucha hambre —dijo Sara volviendo a su tono más alegre.

Malatierra echó su brazo sobre ella, rodeándole el cuello, y Sara le correspondió sujetándose a la mano que la caía por el hombro. Se sonrieron; no eran exactamente felices, pero se tenían el uno al otro.

24 de enero de 2020. Viernes. 19:00.
Madrid, cementerio de la Almudena.

Habían pasado pocos días desde la trágica muerte de su mujer. Pelayo, hecho escombros, deambulaba por el cementerio de regreso tras la primera de muchas visitas, suponía, que haría a la tumba de Teresa y de su inesperada cuñada. Decidió que se enterrarían juntas, una al lado de la otra, sin saber muy bien por qué. Aún retumbaba en su cabeza el eco seco del disparo que puso fin a su mitad inseparable. Se estremeció al pensar que Teresa también fue la mitad inseparable de su hermana.

Resultaba imposible entender lo ocurrido la última semana, la última de todas las que, sin saberlo, tendría a su mujer consigo. Una mezcla de culpa y agonía le ensombrecía el ánimo, pero, sobre todo, una incógnita que como una sombra se cernía incólume sobre él y que amenazaba con perseguirle para siempre: ¿quién fue Amanda? ¿Quién, Teresa? ¿Por qué tardó tanto en revelar su verdadera historia y la existencia de su gemela?

Su cabeza giraba alrededor de los hechos a una velocidad vertiginosa, buscando una explicación. Nunca le contó nada hasta el último día. ¿Por qué? ¿Quiso mentirle? ¿Quiso protegerle? Ahora ya jamás lo sabría. Se había quedado solo, con una soledad cargada de preguntas que nadie podría resolver. Ahora tocaba vivir con la vida rota y deshecha.

Sacó del bolsillo una vieja foto que había encontrado la noche anterior en el trastero. Era una foto de la familia de Teresa, la que debería haber sido la suya política, y, sin embargo, tan solo era la prueba de la sombra que había permanecido oculta tantos años. Las dos gemelas, pequeñas, parecían mirarle desde la fotografía, mudas, inertes. Sus ojos se envolvieron en lágrimas pues, por más que se esforzaba, no lograba distinguir cuál de las dos era Teresa.

Sacó un mechero y prendió la fotografía. La dejó caer al suelo y apresuró el paso para marcharse del cementerio sin mirar atrás. El fuego consumió los bordes de la foto con rapidez, borrando uno a uno los rostros de aquel árbol genealógico hasta que una ligera brisa apagó la brizna y dejó vivir un pedacito de ese recuerdo. El rostro de una niña que parecía sonreír.

EPÍLOGO

24 de diciembre de 1986. Toledo.

El tío Miguel acababa de llegar cargado con la harina y el anís estrellado que «la tata» Elsa había mandado traer a su yerno a última hora al darse cuenta de su olvido en la compra que hizo dos días antes de la cena familiar.

—Cosas del directo, chicas —cantaba la abuela a sus nietas, que la miraban alegres y deseosas, sabedoras de que «la tata» ya disponía de lo necesario para que se pusiera a amasar sus famosos buñuelos navideños.

El salón se quedaba pequeño cada Nochebuena. Una mesa rectangular que acogería a los adultos y otra redonda y supletoria para las pequeñas. Teresa, Silvia, y Yasmina, las tres hijas de Elsa —la abuela—, se movían como obreras de un gran hormiguero disponiéndolo todo. Cuadrando el mantel, guardando unas medidas imaginarias en la disposición de la cubertería que Elsa, una de las nietas —hija de Yasmina—, trataba de desentrañar con mirada escrutadora desde las rodillas de su padre, Carlos, quizás el yerno menos querido por la abuela, que siempre iba protestando de esas «detestables reuniones navideñas», decía él, aunque siempre era el primero el sentarse a la mesa y el último en dejar de comer.

—¡Carlos, por favor, deja de picotear mientras no esté todo listo! —gritó su mujer, Yasmina, que iba y venía desde la cocina al salón trayendo bandejas con canapés y demás aperitivos.

—No regañes tanto a papá, deja disfrutar al gordito —espetó Elsa, que así llamaba a su padre.

Elsa, con nueve años, era la mayor de las nietas y, desde luego, la que más predisposición mostraba para dejarse notar y no perder nunca el protagonismo. Su largo y brillante pelo castaño y sus grandes ojos verdes le ayudaron a acumular agasajos desde temprana edad, lo que fue forjando en ella cierta arrogancia prematura. Ni siquiera frente a su primo pequeño permitía ceder el protagonismo: Rubén, con solo tres añitos —pelirrojo como su padre, Miguel—, hacía las delicias de todos.

El tío Miguel había vuelto a colgar el chaquetón tras su repentina salida a la tienda de veinticuatro horas. Estaba nevando y su pelo apareció con pequeñas virutas blancas que se fueron licuando con el calor del hogar.

—¡El tito Miguel es un héroe, ha salido él solo a por la harina de los buñuelos! —felicitó Teresa, que era su sobrina favorita, mientras corría a los brazos de su tío, que siempre tenía un abrazo para ella—. ¡El tío Miguel es el mejor, el tío Miguel es el mejor! —canturreaba Teresa correteando por toda la casa y contagiando a sus primas Inés, de siete años, y Elsa, con nueve, que la siguieron de inmediato llenando la casa de alboroto.

—¡Ya está bien, chicas, no hace falta armar tanto ruido! —regañó Yasmina, pero las niñas seguían a lo suyo—. ¡Haced algo, chicos, que nosotras estamos que no paramos! —gritó a los tres hombres de la casa, cuñados entre sí, que se miraron sorprendidos ante la bronca de Yasmina, lo que no era baladí, pues todo el mundo conocía los arrebatos momentáneos de ira de los que era capaz la mujer de Carlos. Miguel se percató de que el pronto de Yasmina pilló a su marido con la boca llena de canapés de marisco con salsa rosa, así que actuó para romper el hielo.

—¡Está bien, niñas, haced caso a vuestra tía! —ordenó de repente Miguel poniéndose en pie y en actitud firme en un tono nada usual en él. Inés se apartó un poco para ponerse detrás de su hermana mayor; Elsa miró a su padre, Carlos, buscando la complicidad de su mirada que la amparase ante el tío Miguel y Teresa simplemente se quedó paralizada con la boca abierta.

Ninguna de las tres había visto jamás al tío Miguel ponerse tan serio. Hasta Yasmina se sobresaltó con el grito de su cuñado. Todo el salón se quedó en silencio, todos expectantes y entonces el tío Miguel volvió a hacer una de las suyas.

—¿Quién es el mejoooooor? —gritó de nuevo, esta vez en tono de guasa y haciendo mueca de exagerado entusiasmo, despertando las risas de las niñas y de nuevo el alboroto.

—¡El tío Migueeeeeel! —gritaron las tres chicas al unísono.

Yasmina resopló y volvió a la cocina.

—Esto es una victoria por agotamiento, cuñada —le dijo Miguel, a lo que Yasmina respondió con una mirada de negación.

—¡Hombres!

La abuela Elsa revisaba el solomillo Wellington tras el cristal del horno. Era lo único que faltaba. Silvia, Teresa y Yasmina habían terminado de colocarlo todo y la mesa rebosaba de viandas de todos los colores y sabores: tabla de embutidos, langostinos tigre, almejas a la marinera, croquetas de rabo de toro, buñuelos de bacalao... y, en el extremo, un gran botellero de mesa con algunos de los mejores caldos que Juan Antonio, el marido de Teresa, siempre traía.

—¿Mami, mami, cuándo cenamos? —dijo Teresa hija a Teresa madre.

—Ya está todo, cariño, empezamos ya; ve a buscar a tu hermana, anda.

—¡No, que vaya la prima Elsa que para eso es la mayor, mami! —respondió para seguir con las algarabías y juegos con sus primas.

Teresa miró a su marido, Juan Antonio, pero absorto como estaba en una conversación con su cuñado Carlos, aceptó que nadie le hacía caso y siguió con los últimos preparativos.

—¡Bueno, todo el mundo a la mesa! —Apareció la abuela Elsa sujetando una gran bandeja con el solomillo Wellington recién sacado del horno. Yasmina y Silvia, a los flancos de su anciana madre, controlaban con una tierna sonrisa que la bandeja no se le resbalara.

—Solomillo Wellington para doce. Felicidades, Elsa, es realmente extraordinario —agasajó Juan Antonio a su suegra, que respondió con cierto enrojecimiento de los pómulos en señal espontánea de agradecimiento.

—¡Anda, galán, que te gusta sacarle los colores a tu suegra! —le dijo Teresa a su marido provocando la sonrisa de todos.

—Papi, ¿qué es sacarle los colores a la abuela? —preguntó Teresa, que fue recogida tiernamente por los brazos de su padre y, como si no hubiera preguntado nada importante, este le dijo:

—¿Tienes hambre, cariño? Vamos a cenar.

Al fin, todos en la mesa. La abuela Elsa presidiendo la familia. Era el honor que se había ganado por haber criado a sus hijas y ayudado incluso en la crianza de sus nietas. Es lo que le decía a su

nieta del mismo nombre, que no había tardado en reclamar la silla presidencial de su abuela en la mesa.

—Cuando estés todo el día cocinando para todo el mundo ocuparás mi lugar, pequeñaja —le dijo su abuela con un dedo apuntándole directamente en la nariz, lo que Elsa nieta aceptó por falta de argumentos.

Silvia se sentó junto a su marido Miguel llevando en su regazo al pequeño Rubén, que horas antes, de camino a casa de la abuela, había prometido que cenaría solo sentado en su silla, pero llegada la hora renegó de su promesa y, como si nunca hubiera dicho una palabra, no se quiso separar de los brazos de su madre.

—¡Pero si ya eres muy grande! —le dijo su prima Inés desde el otro extremo del salón donde se ubicaban las pequeñas.

Rubén hizo caso omiso y acariciaba el rostro de su madre mientras movía sus piernas, colgadas al vacío desde las rodillas de Silvia en señal de entusiasmo.

Juan Antonio y Carlos se sentaron juntos, casi sin interrumpir la conversación que mantenían desde el sofá del salón.

—Yasmi, creo que deberían haberse casado entre ellos, míralos que buena pareja hacen —susurró a su hermana mofándose de los distraídos maridos.

—Desde luego, hermanita, nos equivocamos —contestó Teresa con sorna.

Un golpeteo de tenedor sobre el cristal de una copa acaparó la atención de todos los presentes. La abuela reclamaba su espacio anual para dar gracias a Dios por tenerlos a todos juntos en una noche tan especial. Un instante de silencio que todo el mundo prestó a las inminentes palabras de la abuela.

—Vaya por Dios, pues aún no estamos todos. ¡Amadaaaaa! —gritó la abuela Elsa dirigiendo su leve torrente de voz hacia la planta superior de la casa.

Teresa hija respondió de inmediato levantándose, no sin antes echar una mirada de reproche a Juan Antonio.

—¡Ya voy yo a por tu hija, no te levantes! —le dijo.

Las niñas se rieron ante el imprevisto corte del tradicional discurso de la abuela.

—Cosas del directo, niñas, ya sabéis —les dijo con aires de estrella cinematográfica.

La pequeña Teresa vio cómo su madre subía las escaleras perdiéndose en la oscuridad de la segunda planta en busca de su hermana. Descubrió a su padre regalándole una mirada cariñosa desde la mesa de los mayores. Teresa se tranquilizó.

—Prima, mira lo que hago.

Inés se metió dos langostinos por sendos orificios de la nariz y, dejándoselos ahí colocados, empezó a gesticular, cual monstruo acechante, con los brazos erguidos y las manos en forma de garra. Provocó la risa de su hermana Elsa y la inquietud de su prima Teresa.

—¡Deja de hacer eso, Inés! —le ordenó.

—Buoooo, buoooo, Teresa voy a por tiiiiii —insistía Inés en su teatro, mientras Elsa se echaba sobre la mesa vencida por la risa.

Rubén las miraba desde los brazos de su madre, en lado opuesto del salón. No sabía muy bien cómo interpretar la escena: su prima Teresa tenía el rostro serio y reclamaba a Inés que parase mientras que su prima Elsa se ahogaba en carcajadas.

Juan Antonio y Carlos seguían a lo suyo. Miguel degustaba las primeras lonchas de ibérico y asentía en señal de buen gusto, mientras Silvia le comentaba algo a su madre sobre algún vestido pendiente de algún arreglo casero.

—¡Juan! ¡Haz el favor de subir a por tu hija que a mí no me hace ni puñetero caso! —regresó Teresa refunfuñando escaleras abajo.

—Cuando solo te llama Juan, cuñado, es que va en serio —le dijo Miguel en tono de mofa.

Y así era.

—Tranquila, cariño, voy —respondió el requerido.

—Esta hija nuestra es imposible, con solo seis años y no hace caso a nadie —dijo Teresa muy enfadada.

Elsa echó su mano sobre la de su hija pidiéndole calma. Teresa respiró profundo; tenía lágrimas en los ojos, lo que provocó el desconcierto de todos.

—¿Estás bien, hermanita? —le dijo Silvia—. Los niños, a veces, es que te sacan de quicio —le dijo mirando a su pequeño Rubén, que escrutaba el rostro de su madre torciendo el cuello hacia arriba lo más que podía.

—Juan y yo estuvimos hablando hace poco. «¡Hay que poner una solución, Juan!», le dije; esta hija nuestra no responde a razones, no es... —se atragantó por un pequeño nudo en la garganta y aprovechó el momento para sacar un pañuelo del bolsillo y secarse una lágrima que se le acababa de escapar. Miró a su hija Teresa, pero estaba en sus juegos con las primas—. Hemos decidido llevar a Amanda a un psicólogo infantil —anunció de repente.

Yasmina puso de inmediato una mano sobre el hombro de su hermana al escuchar esas palabras, al igual que Elsa que cogió, esta vez con fuerza, la mano de su hija.

—Pero... ¿para tanto es el comportamiento de Amanda? Los niños a veces... —preguntó Yasmina, pero fue interrumpida.

—A veces nada, Yasmi, tu sobrina Amanda es intratable, créeme —sentenció.

Todos se quedaron sin saber muy bien qué decir. Bien sabían que Amanda era algo retraída, pero les pilló por sorpresa esta revelación de Teresa.

—¡Teresa, cariño! ¿Puedes subir? —sonó la voz de Juan Antonio desde la planta de arriba.

Teresa se incorporó de inmediato dejando a todos expectantes y, haciéndole una señal a su otra hija de que se quedara donde estaba, subió ligera las escaleras hacia la segunda planta.

Elsa apoyó su cabeza sobre su mano e hizo un gesto de negación. Teresa nieta dejó de prestar atención a sus primas para dirigir su mirada a la mesa de los adultos. Su tía Yasmina se levantó y se dirigió a la mesa de las pequeñas para tratar de calmar a su sobrina.

Al instante, se oyó un portazo proveniente del piso superior y un estruendoso golpe de cristales rotos. La luz se fue en toda la casa. Un chispazo general dejó inundada en oscuridad a toda la familia. Teresa nieta se asustó tanto que se aferró instintivamente a los brazos de su tía Yasmina. Escuchó a su tío Miguel levantarse y preguntar dónde estaba el cuadro de la luz.

—Quizás haya sido un corte en toda la zona —sugirió la abuela.

Rubén lloraba por no entender la oscuridad. Silvia abrazaba a su pequeño para consolarlo. En la oscuridad, Teresa pudo distinguir la silueta de sus tíos moviéndose por la casa, abriendo cajones y armarios.

—Abuela, ¿dónde tiene las velas? —preguntó Carlos.

En el pequeño revuelo montado en el salón, la voz de la tía Silvia sonó desde el inicio de la escalera.

—Teresa, ¿estáis bien? ¡Se ha ido la luz! —gritó para que le escucharan en el piso superior, pero no hubo más respuesta que el silencio.

El pequeño Rubén empezó a llorar de nuevo. Carlos y Miguel discutían algo sobre las palancas del cuadro de luz. Teresa seguía abrazada a su tía Yasmina y a su lado esperaban las siluetas

pacientes de sus primas, esperando en silencio que volviera la luz y sin ganas de juegos.

—¡Aquí está! —dijo Elsa que, encendiendo una vela con un mechero, emergió de la oscuridad para volver a dar algo de luz a la estancia.

—¡Abuela! —gritó Inés.

—Chsssss, no grites, hija —le regañó Yasmina.

Y todos, obedeciendo, guardaron silencio. Teresa, sobre los brazos de Yasmina, vio a su otra tía mirar a la abuela extrañada, a la vez que el tío Carlos, extendiendo las manos en señal de silencio, parecía buscar algo. El salón quedó completamente taciturno y entonces pudieron distinguir lo que parecía un balbuceo. Miguel miró a su hijo Rubén, pero no era él. Todos, sin moverse de sus sitios, buscaban el origen de aquel sonido que ahora se distinguía como un intento sutil de carcajada.

—¡Por Dios bendito! —gritó Elsa acelerando el corazón de todos los presentes.

—¿Qué pasa? —gritó Yasmina mientras dejaba en el suelo a su sobrina que se resistía a soltar los brazos de su tía.

Silvia, Carlos y Miguel asistieron rápidamente a la abuela, que literalmente se había caído sentada sobre la silla del sobresalto. Dirigieron la mirada hacia donde la tenía Elsa fijamente.

—¡Oh, por favor! —gritó de espantó Yasmina al ver a su sobrina.

Acababa de aparecer en el salón tras la repentina oscuridad y alumbrada levemente por la vela temblorosa que sujetaba a duras penas la abuela. Amanda apareció en escena; estaba en el suelo apoyada sobre sus rodillas, dando la espalda a toda la familia. Tras un segundo de parálisis generalizada, Miguel fue rápidamente a recogerla del suelo.

—¡Vaya susto que nos has dado, jovenci...! —Y justo en el momento de colocarle las manos sobre las axilas para levantar a su sobrina, Amanda giró el rostro hacia su tío, que dio un salto repentino hacia atrás y se llevó las manos a la cabeza. La pequeña se puso de pie en el acto por sí sola y todos, al ver la escena, quedaron bloqueados. Amanda sujetaba con dos dedos de su mano derecha un cuchillo de cocina que estaba manchado de sangre. Ella misma tenía restos de sangre en el rostro y en el vestido. Su mirada era fría, llena del vacío más absoluto que ninguno de los presentes jamás hubiera podido ver. No obstante, a su tía Yasmina le brotó cierta compasión y casi sin darse cuenta le quitó el cuchillo a su sobrina y la cogió en sus brazos.

Amanda empezó a lloriquear en el regazo de su tía. Carlos se abalanzó hasta subir la mitad de las escaleras que llevaban al piso superior de la casa, pero su impulso inicial se bloqueó por el miedo.

—¡Juan Antonio, Teresaaaa! —gritó. No hubo respuesta. Miguel fue hasta donde estaba su cuñado y ambos subieron hasta el final de la escalera perdiéndose a la vista de los demás.

Silvia agarraba a Rubén con un brazo mientras con el otro se cogía a su madre, que temblaba y tenía enmudecida la voz. Parecía como si le costase respirar. Teresa, que había quedado desamparada de los brazos de su tía Yasmina —que ahora recogía en los suyos a su hermana—, estaba paralizada, sola y mirando la espalda de su tía por donde asomaba el rostro de Amanda, que la miraba fijamente con la expresión llena de tristeza. Sus primas, Inés y Elsa, se agarraron de las manos justo detrás, apoyándose en la pared.

De pronto, pasos atropellados se escucharon bajar por las escaleras. Sus dos tíos, Carlos y Miguel, con el rostro desencajado por un incommensurable pavor, aparecieron con el rostro blanco cadavérico, lo que angustió más al resto. Carlos tuvo un colapso estomacal y repentino y, sin poder contenerse, vomitó allí mismo.

—¡Papi! —gritó Elsa hija

—¡Miguel, por Dios! ¿Qué pasa? ¿Dónde están mi hermana y Juan Antonio? —interpeló Silvia a su marido.

Y Miguel, lanzando una breve mirada a Rubén, dijo:

—Están arriba, cariño. —Dio media vuelta y se dirigió al mueble donde estaba el teléfono. Se volvió—. Que no suba nadie, hay que llamar a la policía —dijo sin más.

Teresa nieta era un bloque de mármol, sus piernas no respondían, sus brazos la habían abandonado, su sangre apenas circulaba. Sintió frío, más frío que nunca, un frío en la sangre que la helaba por dentro y contraía todos sus músculos. Percibió algo dentro de sí misma, algo malvado que no podía entender. Alzó levemente la vista y volvió a ver el rostro de su hermana, que seguía abrazada a la tía Yasmín; pero ahora no vio tristeza en su rostro, ahora Amanda sonreía. Le sonreía a ella.